

WILLIAM B ARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
- Tomo 12 -

Las Cartas a.
Timoteo, Tito y Filemón

PRESENTACIÓN

En los tomos del Comentario al Nuevo Testamento que ya se han publicado ya hemos notado los conocimientos enciclopédicos que tenía William Barclay de las literaturas clásica, hebrea y cristiana primitiva, además naturalmente de la Palabra de Dios. Todo esto resalta también en este tomo; pero me permito adelantar que hay algo que brilla en él aún más que en los otros.

Si hubiéramos de escoger el carisma más representativo entre los muchos que Dios le concedió a William Barclay -profesor, conferenciante, comunicador, escritor, etc., etc.-, yo diría que fue el carisma de pastor. Tuvo una experiencia amplia en el trabajo pastoral antes de dedicarse especialmente a la enseñanza; pero, en todas sus numerosas actividades no faltó nunca, sino más bien fue el impulso y el exponente principal, el interés pastoral, y dedicó mucho de su esfuerzo a la formación de pastores, cosa que llevó a cabo consagrada y magistralmente, dejando una verdadera multitud de discípulos, no sólo en su país, sino en todo el mundo, y no sólo de los que tuvimos el privilegio de seguir sus cursos, sino de los que aprovechan la enseñanza que destiló en sus muchas publicaciones.

Y ya os he dado la clave para descubrir la nota barcliana característica de este tomo. Era de esperar, aunque Barclay siempre presenta sorpresas, que tal pastor fuera un intérprete excepcional de las Epístolas Pastorales fue es el nombre que se da generalmente a las cartas a Timoteo y Tito-, no sólo extrayendo de ellas toda la riqueza de sus veneros, sino infundiéndoles su experiencia y sensibilidad pastoral.

William Barclay nos dice que < es de lo más significativo que los misioneros nos dicen que, de todas las cartas del Nuevo Testamento, las *Epístolas Pastorales* son las que hablan más directamente a la situación de las iglesias jóvenes. » Incorpora en su comentario ejemplos gráficos tomados de los misioneros que no sólo encontraron en ellas la enseñanza que podían aplicar a las situaciones concretas que se les presentaban, sino también encontraron en esas situaciones la clave para entender y explicar el mensaje de las *Epístolas Pastorales*.

Como en todos sus libros, aquí también acerca la enseñanza y el mensaje de la Palabra de Dios a las situaciones y circunstancias de nuestro tiempo, como cuando aplica los consejos que daba Pablo a los esclavos a los muchos que trabajan ahora por cuenta ajena y a las órdenes de amos o empresarios, o cuando traslada la enseñanza acerca de la situación de la mujer en el mundo clásico y en la Iglesia Original a las circunstancias cambiantes y diversas de la mujer en las sociedades y en las iglesias actuales.

En tres áreas espero que la aportación de este libro sea de bendición abundante en nuestra lengua. La primera, en la edificación personal de los creyentes; porque Barclay no escribía sólo para los pastores o los futuros pastores, sino para todos los que quieren comprender mejor el mensaje del Evangelio, para los cristianos de a pie, normales y corrientes.

La segunda, en la formación de obreros para los diversos ministerios de las iglesias de nuestro tiempo; porque, al presentarnos los modelos bíblicos con tanta claridad, nos hace ver lo esencial que no debe cambiar con el tiempo, y nos ayuda a aplicarlo al nuestro. Y la tercera, en la fundación y organización y desarrollo de nuestras iglesias, que encontrarán en este libro abundante enseñanza acerca de la administración, los ministerios, el culto y la vida de la iglesia. Para esas tres áreas nos ofrece su jugoso y nutritivo comentario William Barclay.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN GENERAL A LAS CARTAS DE PABLO

LAS CARTAS DE PABLO

Las cartas de Pablo son el conjunto de documentos más interesante del Nuevo Testamento; y eso, porque una carta es la forma más personal de todas las que se usan en literatura. Demetrio, uno de los antiguos críticos literarios griegos, escribió una vez: <Cada uno revela su propia alma en sus cartas. En cualquier otro género se puede discernir el carácter del escritor, pero en ninguno tan claramente como en el epistolar> (Demetrio, *Sobre el Estilo*, 227). Es precisamente porque disponemos de tantas cartas suyas por lo que nos parece que conocemos tan bien a Pablo. En ellas abría su mente y su corazón a los que tanto amaba; en ellas aun ahora podemos percibir su gran inteligencia enfrentándose con los problemas de la Iglesia Primitiva, y sentimos su gran corazón latiendo de amor por los hombres, aun por los descarriados y equivocados.

EL ENIGMA DE LAS CARTAS

Por otra parte, muchas veces no hay nada más difícil de entender que una carta. Demetrio (*Sobre el Estilo*, 223) cita a Artemón, el editor de las cartas de Aristóteles, que decía que una carta es en realidad una de las dos partes de un diálogo, y como tal debería escribirse. En otras palabras: leer una carta es como escuchar un lado de una conversación telefónica. Por eso a veces nos es difícil entender las cartas de Pablo: porque no tenemos la otra a la que está contestando, y no conocemos la situación a la que se refiere nada más que por lo que podemos deducir de su respuesta. Antes de intentar entender cualquiera de las cartas que escribió Pablo debemos hacer lo posible para reconstruir la situación que la originó.

LAS CARTAS ANTIGUAS

Es una lástima que las cartas de Pablo se llamen *epístolas*. Son, en el sentido más corriente, *cartas*. Una de las cosas que más luz han aportado a la interpretación del Nuevo Testamento ha sido el descubrimiento y la publicación de los *papiros*. En el mundo antiguo, *el papiro* era el antepasado del papel, y en él se escribían casi todos los documentos. Se hacía con tiras de la corteza de una planta que crecía en las orillas del Nilo. Las tiras se colocaban unas encima de otras y se abatanaban, de lo que resultaba algo parecido al papel de estraza. Las arenas del desierto de Egipto eran ideales para la conservación de los papiros, que eran de larga duración siempre que no estuvieran expuestos a la humedad. Los arqueólogos han rescatado centenares de documentos, contratos de matrimonio, acuerdos legales, fórmulas de la administración y, lo que es más interesante, cartas personales. Cuando las leemos nos damos cuenta de que siguen una estructura determinada, que también se reproduce en las cartas de Pablo. Veamos una de esas cartas antiguas, que resulta ser de un soldado que se llamaba Apión a su padre Epímaco, diciéndole que ha llegado bien a Miseno a pesar de la tormenta.

<Capión manda saludos muy cordiales a su padre y señor Epímaco. Pido sobre todo que usted se encuentre sano y bien; y que todo le vaya bien a usted, a mi hermana y su hija y a mi hermano. Doy gracias a mi Señor Serapis por conservarme la vida cuando estaba en peligro en el mar. En cuanto llegué a Miseno recibí

*del César el dinero del viaje, tres piezas de oro; y todo me va bien. Le pido, querido Padre, que me mande unas líneas, lo primero para saber cómo está, y también acerca de mis hermanos, y en tercer lugar para que bese su mano por haberme educado bien, y gracias a eso espero un ascenso pronto, si Dios quiere. Dé a Capitón mis saludos cordiales, y a mis hermanos, y a Serenilla y a mis amigos. Le mandé un retrato que me pintó Euctemón. En el ejército me llamo Antonio Máximo. Hago votos por su buena salud. Recuerdos de Sereno, el de Ágato Daimón, y de Turbo, el hijo de Galonió> (G. Milligan, *Selections from the Greek Papyri*, 36) .*

¡No **podría figurarse Apión que estaríamos leyendo la** carta que le escribió a su padre 1800 años después! Nos muestra lo poco que ha cambiado la naturaleza humana. El mozo está esperando un pronto ascenso. Era devoto del dios Serapis. Serenilla sería la chica con la que salía. Y le ha mandado a los suyos el equivalente de entonces de una foto. Notamos que la carta tiene varias partes: (i) Un saludo. (ii) Una oración por la salud del destinatario. (iii) Una acción de gracias a un dios. (iv)

El tema de la carta. (v) Finalmente, saludos para unos y recuerdos de otros. En casi todas las cartas de Pablo encontramos estas secciones, como vamos a ver:

(i) *EL saludo: Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1; 2 Corintios 1:1; Gálatas 1:1; Efesios 1:1; Filipenses 1:1; Colosenses 1:1; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:1.*

(ii) *La oración:* en todas sus cartas Pablo pide a Dios por las personas a las que escribe: *Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:3; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2.*

(iii) *La acción de gracias: Romanos 1:8; 1 Corintios 1:4; 2 Corintios 1:3; Efesios 1:3; Filipenses 1:3; 1 Tesalonicenses 1:3; 2 Tesalonicenses 1:3.*

(iv) *El tema de la carta:* de lo que trata cada una.

(v) *Saludos especiales y recuerdos personales: Romanos 16; 1 Corintios 16:19; 2 Corintios 13:13; Filipenses 4:21; Colosenses 4:12-15; 1 Tesalonicenses 5:26.*

Las cartas de Pablo siguen el modelo de todo el mundo. Deissmann dice de ellas: «Son diferentes de las otras que encontramos en las humildes hojas de papiro de Egipto, no en cuanto cartas, sino en cuanto cartas de Pablo.» No son ejercicios académicos ni tratados teológicos, sino documentos humanos escritos por un amigo a sus amigos.

LA SITUACIÓN INMEDIATA

Con unas pocas excepciones, Pablo escribió todas sus cartas para salir al paso de una situación inmediata, y no como tratados elaborados en la paz y el silencio de su despacho. Si se había producido una situación peligrosa en Corinto, Galacia, Filipos o Tesalónica, Pablo escribía una carta para solucionarla. No estaba pensando en nosotros, sino solamente en aquellos a los que escribía. Deissmann dice: «Pablo no estaba pensando en añadir unas pocas composiciones nuevas a las ya existentes epístolas judías; y menos en enriquecer la literatura sagrada de su nación... No tenía ningún presentimiento del lugar que sus palabras llegarían a ocupar en la historia universal; ni siquiera de que se conservarían en la generación siguiente, y mucho menos de que llegaría el día en que se consideraran Sagrada Escritura.» Debemos recordar siempre que una cosa no tiene por qué ser pasajera porque se escribiera para salir al paso de una situación inmediata. Todas las grandes canciones de amor del mundo se escribieron para una persona determinada, pero siguen viviendo para toda la humanidad. Precisamente porque Pablo escribió sus cartas para salir al paso de un peligro amenazador o de una necesidad perentoria es por lo que todavía latén de vida. Y es precisamente porque las necesidades y las situaciones humanas no cambian por lo que Dios nos habla por medio de ellas hoy.

LA PALABRA HABLADA

De una cosa debemos darnos cuenta en estas cartas. Pablo hacía lo que la mayoría de la gente de su tiempo: no escribía él mismo las cartas, sino se las dictaba a un amanuense, y añadía al final su firma, a veces con algunas palabras más. (Conocemos el nombre de uno de los que escribieron para Pablo: en *Romanos 16:22*, Tercio, el amanuense, introduce su propio saludo antes del final de la carta). En *1 Corintios 16:21* Pablo dice: «Esta es mi firma, mi autógrafo, para que estéis seguros de que esta carta os la mando yo.» (Ver también *Colosenses 4:18; 2 Tesalonicenses 3:17*).

Esto explica un montón de cosas. Algunas veces es difícil entender a Pablo porque sus frases no terminan nunca, la gramática se quiebra y se enreda la construcción. No debemos figurárnosle sentado tranquilamente a su mesa de despacho, puliendo cuidadosamente cada frase; sino -más bien recorriendo de un lado a otro la habitación, soltando un torrente de palabras, mientras su amanuense se daba toda la prisa que podía para no perder ni una. Cuando Pablo componía sus cartas, tenía presentes en su imaginación a las personas a las que iban destinadas, y se le salía del pecho el corazón hacia ellas en palabras que se atropellaban en su voluntad de ayudar.

INTRODUCCIÓN A LAS CARTAS A TIMOTEO Y TITO

CARTAS PERSONALES

1 y 2 Timoteo y Tito siempre se ha considerado que formaban un grupo aparte de cartas, diferentes de las otras de Pablo. La diferencia que está más a la vista es que, juntamente con la pequeña carta a *Filemón*, se les escribieron a *personas*, mientras que todas las otras cartas paulinas iban dirigidas a *iglesias*. El Canon de Muratori, que fue la primera lista oficial de los libros del Nuevo Testamento, dice que fueron escritas «por sentimiento y afecto personal.» Son cartas privadas más que públicas.

CARTAS ECLESIASTICAS

Pero muy pronto se empezó a ver que, aunque estas son cartas personales y privadas, tienen un significado y una importancia muy por encima de la situación inmediata. En *1 Timoteo* 3:15 se expresa su objetivo: Pablo le dice a Timoteo que le escribe «para que sepas cómo debe uno comportarse en la Casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo.» Así que llegó a verse que estas cartas no tienen solo un significado personal, sino también lo que se podría llamar un significado *eclesiástico*. El Canon de Muratori dice de ellas que, aunque son cartas personales escritas por afecto personal, «se siguen considerando como algo santo en el respeto de la Iglesia Católica y en la organización de la disciplina eclesiástica.» Tertuliano decía que Pablo había escrito «dos cartas a Timoteo y una a Tito, acerca del estado de la Iglesia (de ecclesiastico statu). » No es pues sorprendente que el primer nombre que se les dio fuera Cartas Pontificales, es decir, escritas por el pontifex, el sacerdote, el responsable de la Iglesia.

CARTAS PASTORALES

Poco a poco llegaron a adquirir el nombre por el que se las sigue conociendo -Las Epístolas Pastorales. Escribiendo sobre *1 Timoteo*, Tomás de Aquino, en 1274, decía: «Esta carta es como si dijéramos una regla pastoral que el Apóstol dirigió a Timoteo.» En su introducción a la segunda carta escribe: «En la primera carta le da instrucciones a Timoteo acerca del orden eclesiástico; en esta segunda carta trata del cuidado pastoral, que debe ser tan grande como para llegar a aceptar el martirio por causa del cuidado del rebaño.» Pero este título, Las Epístolas Pastorales, no llegó a asignárseles a estas cartas hasta el año 1726, cuando el gran investigador Paul Anton dio una serie de conferencias famosas sobre ellas bajo ese título.

Así es que estas cartas tratan del cuidado y la organización del rebaño de Dios; les dicen a los miembros cómo deben comportarse en el seno de la familia de Dios, dando instrucciones acerca de cómo ha de administrarse la casa de Dios, de qué clase de personas deben ser los responsables y los pastores de las Iglesias, y cómo hay que enfrentarse con las amenazas que ponen en peligro la fe y la vida cristiana.

EL CRECIMIENTO DE LA IGLESIA

El interés supremo de estas cartas está en que nos ofrecen, una descripción del crecimiento de la Iglesia en su primera edad. En aquellos primeros días era una isla en un mar de paganismo. Sus miembros eran la primera generación de

cristianos convertidos del paganismo. Era muy fácil recaer en las prácticas de la vieja vida. La atmósfera contaminada seguía a su alrededor. Es de lo más significativo que los misioneros nos dicen que, de todas las cartas del Nuevo Testamento, las Epístolas Pastorales son las que hablan más directamente a la situación de las iglesias jóvenes. La situación que tratan se está presentando de nuevo en la India, en África, en la China todos los días. No pierden nunca su interés, porque en ellas vemos, más que en ninguna otra parte del Nuevo Testamento, los problemas que asediaban a la Iglesia Primitiva en su crecimiento.

EL TRASFONDO ECLESIAÍSTICO DE LAS PASTORALES

Estas cartas han presentado problemas desde el principio a los investigadores del Nuevo Testamento. Hay muchos que creen que, tal como han llegado hasta nosotros, no pueden venir directamente de la mano y de la pluma de Pablo. Que esto no responde a ninguna actitud moderna se puede ver por el hecho de que Marción que, aunque era un hereje, fue el primero que trazó una lista de los libros del Nuevo Testamento y no incluyó las Pastorales entre las cartas de Pablo. Veamos qué es lo que ha hecho a tantas personas dudar de la autoría paulina.

En ellas nos encontramos con una descripción de la Iglesia como una organización considerablemente desarrollada. Tiene ancianos (*1 Timoteo* 5:17-19; *Tito* 1:5-6); obispos, superintendentes o supervisores (*1 Timoteo* 3:1-7; *Tito* 1:7-16); diáconos (*1 Timoteo* 3:8-13). De *1 Timoteo* 5:17s deducimos que para entonces los ancianos eran responsables asalariados. Los ancianos que gobernarán bien debían ser tenidos por dignos de un doble sueldo, y se exhorta a las iglesias a recordar que el obrero es digno de su salario. Hay por lo menos el principio de una orden de viudas que llegó a ser muy importante más tarde en la Iglesia Primitiva (*1 Timoteo* 5:3-16). Está claro que había una estructura eclesiástica bastante elaborada, demasiado elaborada argüirían algunos, para dos días tempranos en que Pablo vivió y trabajó.

LOS DÍAS DE LOS CREDOS

También se pretende que en estas cartas podemos ver surgir el tiempo de los credos. La palabra *fe*, cambia de significado: en los primeros días era siempre *fe en una Persona*; es la relación personal de amor y confianza y obediencia más íntima posible con Jesucristo. Más adelante llegó a ser *fe en un credo*; llegó a ser la aceptación de ciertas doctrinas. Se dice que en las Epístolas Pastorales podemos ver cómo se produjo ese cambio. Posteriormente se llegó a abandonar la *fe*, y a rendir pleitesía a doctrinas de demonios (*1 Timoteo* 4:1). Un buen siervo de Jesucristo debe nutrirse de las palabras de *la fe y la buena doctrina*

(1 Timoteo 4:6). Los herejes son personas que tienen la mente corrompida, réprobos en lo tocante a *la fe* (2 Timoteo 3:8). Tito tiene la obligación de exhortar a los miembros para que sean sanos en *la fe* (Tito 1:13).

Esto aparece muy claramente en una expresión que es característica de las Pastorales. Se exhorta a Timoteo a retener «la verdad que se te ha confiado» (1 Timoteo 1:14). La palabra para lo *que se te ha confiado* es *parathéké*. *Parathéké* quiere decir *un depósito* que se le confía a un banquero o a otra persona para que lo conserve a salvo. Es esencialmente algo que hay que devolver sin que haya sufrido el más mínimo cambio. Es decir, se hace hincapié en *la ortodoxia*. En vez de ser una relación personal íntima con Jesucristo como era en los días emocionantes y palpitantes de la Iglesia Original, le fe se ha convertido en la aceptación de un credo. Hasta se mantiene que en las Pastorales tenemos ecos de los credos más antiguos:

*Dios Se ha manifestado en la carne,
ha sido justificado por el Espíritu,*

*ha sido visto por los mensajeros,
ha sido predicado a los gentiles,
ha sido creído en el mundo,
ha sido recibido arriba en la gloria* (1 Timoteo 3:16).

Esto suena al fragmento de un credo que se recita.

Acuérdate de Jesucristo, descendiente de David, resucitado de los muertos, como se predica en mi Evangelio (2 Timoteo 2:8).

Eso suena a una frase de un credo conocido.

Dentro de las Pastorales hay sin duda indicios de que el día de la insistencia en la aceptación de un credo había comenzado, y de que los días de la emoción del descubrimiento personal de Cristo estaban empezando a declinar.

UNA HEREJÍA PELIGROSA

Está claro que en la primera línea de la situación contra la que se escribieron las Epístolas Pastorales había una herejía peligrosa que amenazaba la salud de la Iglesia Cristiana. Si podemos distinguir las líneas principales de esa herejía puede que consigamos identificarla.

Se caracterizaba por *un intelectualismo especulativo*. Producía discusiones (1 Timoteo 1:4); sus adeptos proliferaban en discusiones (1 Timoteo 6:4); se discutían cuestiones necias e insensatas (2 Timoteo 2:23); había que evitar sus necias cuestiones (Tito 3:9). La palabra que se usa en cada caso para *cuestiones o discusiones* es *ekzétésis*, que quiere decir *discusión especulativa*. Esta herejía se ve que era el terreno de juego de los intelectuales, o más bien los seudeintelectuales, de la iglesia. Se caracterizaba por *el orgullo*. El hereje es orgulloso, aunque en realidad no sepa nada de nada (1 Timoteo 6:4). Hay indicaciones de que estos intelectuales se consideraban por encima de los cristianos ordinarios; de hecho, puede que hasta dijeran que la Salvación completa estaba fuera del alcance de la gente normal y corriente, y solo abierta para ellos. A veces las Epístolas Pastorales hacen hincapié en la palabra todos de una manera de lo más significativa. La gracia de Dios que trae Salvación, se ha manifestado a todos los hombres (Tito 2: 11). Es la voluntad de Dios que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:4). Los intelectuales trataban de reservar las bendiciones más grandes del Evangelio para unos pocos escogidos; pero la verdadera fe subraya el amor universal de Dios.

Había en el seno de esa herejía dos tendencias opuestas. Una era la tendencia al ascetismo. Los herejes trataban de establecer leyes alimentarias especiales, olvidando que todo lo que Dios ha hecho es bueno (1 Timoteo 4: 4s). Catalogaban muchas cosas como impuras, olvidando que todas las cosas son limpias para los limpios (Tito 1:15). No es imposible que consideraran el sexo como algo inmundo, y que menospreciaran el matrimonio; y hasta que trataran de persuadir a los que ya estaban casados a separarse, porque en Tito 2:4 se hace hincapié en los deberes naturales de la vida matrimonial como vinculantes para el cristiano.

Pero esta herejía también conducía a la inmoralidad. Los herejes hasta invadían las casas particulares y se llevaban a las mujercillas débiles e insensatas por malos caminos (2 Timoteo 3:6). Profesaban conocer a Dios, pero Le negaban con sus obras (Tito 1:16). Se dedicaban a embaucar a la gente y a hacer dinero con su falsa enseñanza. Para ellos la piedad era rentable económicamente (1 Timoteo 6:5); enseñaban y engañaban por dinero (Tito 1:11).

Por una parte esta herejía conducía a un ascetismo nada cristiano; y por la otra producía una igualmente no cristiana inmoralidad.

Se caracterizaba también por palabras y mitos y genealogías. Estaba llena de charlaseudopiadosa, y de controversias inútiles (1 Timoteo 6:20). Producía genealogías interminables, y mitos y fábulas (1 Timoteo 1:4; Tito 1:14, y 3:9).

Por lo menos de alguna manera y hasta cierto punto estaba relacionada con el legalismo judío. Entre sus adeptos estaban los de la circuncisión (Tito 1:10). Los herejes aspiraban a ser maestros de la Ley (1 Timoteo 1:7). Insistían en las fábulas judías y en los mandamientos de hombres (Tito 1:14).

Por último, estos herejes negaban la resurrección del cuerpo. Decían que cualquier resurrección que una persona hubiera de experimentar, ya había tenido lugar (2 Timoteo 2:18). Probablemente esto es una referencia a los que mantenían que la única resurrección que experimentaba el cristiano era una resurrección espiritual, cuando moría con Cristo y surgía de nuevo con Él en la experiencia del Bautismo (Romanos 6:4).

LOS PRINCIPIOS DEL GNOSTICISMO

¿Hay alguna herejía conocida que encaje en todos estos datos? Sí, y es el gnosticismo. Su idea fundamental era que la materia es esencialmente mala, y sólo el espíritu es bueno. Esa creencia básica tenía ciertas consecuencias.

Los gnósticos creían que la materia es tan eterna como Dios; y que, cuando Dios creó el mundo, tuvo que usar esta materia esencialmente mala. Eso quería decir que, para ellos, Dios no podía ser el Creador directo del mundo. A fin de poder tocar esta materia corrompida, Dios tuvo que producir una serie de emanaciones -ellos las llamaban eones- cada una de ellas más distante de Dios mismo que la anterior, hasta que por último hubo una emanación o un eón tan distante de Dios que pudo manejar la materia y crear el mundo. Entre el hombre y Dios se extendía una larga serie de emanaciones, cada una con su nombre y genealogía. Así es que el gnosticismo tenía literalmente un sinnúmero de fábulas y genealogías. Si uno había de llegar a Dios alguna vez, debía, como si dijéramos, ascender esta escala de emanaciones; para lo cual necesitaba una especie muy especial de conocimiento que incluyera todas las consignas que le permitieran pasar de una etapa a otra. Solamente de una persona del más elevado calibre espiritual se podía esperar que adquiriera este conocimiento tan extraordinario y que supiera todas esas consignas para llegar a Dios.

Además, si la materia era totalmente mala, el cuerpo también lo era. De ahí surgían dos actitudes opuestas. O bien el cuerpo tenía que someterse al más estricto ascetismo, en el que las necesidades del cuerpo se eliminaran en la medida de lo posible, y sus instintos, especialmente el sexual, se destruyeran lo más posible; o se podía mantener que, puesto que era malo, no importaba lo que se hiciera con el cuerpo; y se les podía dar rienda suelta a sus instintos y deseos. Por tanto, los gnósticos llegaron a ser, o bien ascetas, o personas para quienes la moralidad había dejado de tener ninguna relevancia.

Todavía más, si el cuerpo era malo, estaba claro que no podía haber tal cosa como resurrección. Lo que los gnósticos esperaban no era la resurrección del cuerpo, sino su destrucción.

Todo esto encaja exactamente con la descripción que obtenemos en las Epístolas Pastorales. En el gnosticismo tenemos el intelectualismo, la arrogancia intelectual, las fábulas y las genealogías, el ascetismo y la inmoralidad, el rechazo a esperar la posibilidad de una resurrección del cuerpo, que eran partes integrantes de la herejía contra la que se escribieron las Epístolas Pastorales.

Un elemento de esa herejía no se ha podido encajar todavía en su sitio: el judaísmo y el legalismo de los que hablan las Epístolas Pastorales. También eso encuentra su lugar. Algunas veces, el gnosticismo y el judaísmo iban de la mano. Ya hemos dicho que los gnósticos insistían en que era necesario un conocimiento muy especial para ascender por la escala de los eones hasta Dios, y que algunos de ellos insistían en que para la vida buena era esencial un ascetismo estricto. Algunos judíos pretendían que eran precisamente la Ley judía y las reglas dietéticas de los judíos lo que proveía ese conocimiento especial y ese ascetismo necesario; así que había veces que el judaísmo y el gnosticismo iban de la mano.

Está suficientemente claro que la herejía que sirve de trasfondo a las Epístolas Pastorales era el gnosticismo. Algunos han usado ese hecho para tratar de demostrar que Pablo no puede haber tenido nada que ver con estas epístolas; porque, dicen ellos, el gnosticismo no surgió hasta mucho después de Pablo. Es totalmente cierto que los grandes sistemas formales del gnosticismo conectados con nombres tales como los de Valentino y Basílides no surgieron hasta el siglo II; pero estas grandes figuras no tuvieron que hacer nada más que sistematizar lo que ya estaba allí. Las ideas básicas del gnosticismo estaban en la atmósfera que rodeaba a la Iglesia Primitiva hasta en los días de Pablo. Es fácil notar la atracción que ejercería, y también que, si se les hubiera permitido florecer sin resistencia, podrían haber convertido el Cristianismo en una filosofía especulativa y haberlo arruinado. Al enfrentarse con el gnosticismo, la Iglesia estaba arrojando uno de los peligros más graves que hayan amenazado nunca a la fe cristiana.

EL LENGUAJE DE LAS EPÍSTOLAS PASTORALES

El argumento de más peso contra la autoría paulina de las Epístolas Pastorales es un hecho que resulta muy claro en griego, pero no tanto en una traducción española. El número total de las palabras de las Epístolas Pastorales es 902, de las cuales 54 son nombres propios; y de estas 902 palabras, no menos de 306 no se encuentran en ninguna otra de las cartas de Pablo. Es decir,

que más de una tercera parte de las palabras de las Epístolas Pastorales no se encuentran en las otras cartas de Pablo. De hecho, 175 palabras de las Epístolas Pastorales no aparecen en ningún otro lugar del Nuevo Testamento; aunque es justo decir que hay 50 palabras en las Epístolas Pastorales que se encuentran en las otras cartas de Pablo aunque no en ningún otro lugar del Nuevo Testamento.

Además, cuando las otras cartas de Pablo y las Epístolas Pastorales tratan el mismo asunto lo presentan de maneras diferentes, usando otras palabras y frases para expresar la misma idea.

También, muchas de las palabras favoritas de Pablo faltan en las Epístolas Pastorales. Las palabras para *Cruz (staurós)* y para *crucificar (staurín)* aparecen 27 veces en las otras cartas paulinas, pero ni una sola en las Epístolas Pastorales. *Eleuthería* y derivadas que tienen que ver con *libertad* aparecen 29 veces en las otras cartas y nunca en las Epístolas Pastorales. *Hyiós, hijo y hyiothesía, adopción*, aparecen 46 veces en las otras cartas de Pablo y nunca en las Epístolas Pastorales.

Además, en griego hay muchas más palabras que en español de las que llamamos *partículas y enclíticas*. Algunas veces no indican más que el tono de la voz; cualquier frase griega está unida con la anterior por una de ellas; y suelen ser intraducibles. De estas partículas y enclíticas hay 112 que usa Pablo en conjunto 932 veces y nunca en las Epístolas Pastorales.

Aquí hay indudablemente algo que hay que explicar. El vocabulario y el estilo hacen difícil aceptar que Pablo escribiera las Epístolas Pastorales en el mismo sentido que las otras cartas.

LAS ACTIVIDADES DE PABLO EN LAS PASTORALES

Pero tal vez la más clara dificultad de las Epístolas Pastorales está en que nos presentan a Pablo realizando actividades para las que no hay sitio en su vida tal como la conocemos por el *Libro de los Hechos*. Está claro que había llevado a cabo una campaña en Creta (*Tito 1: S*). Y se propone pasar un invierno en Nicópolis, que está en Epiro (*Tito 3:12*). En la vida de Pablo tal como la conocemos no encajan esa campaña y ese invierno. Pero bien puede ser que precisamente aquí nos tropecemos con la solución del problema.

¿SALIÓ LIBRE PABLO DE SU PRISIÓN ROMANA?

Resumamos. Ya hemos visto que la organización de la Iglesia en las Epístolas Pastorales es más elaborada que en las otras cartas paulinas. Hemos visto que el énfasis en la ortodoxia suena a la segunda o tercera generación de cristianos, cuando la emoción del gran descubrimiento se va disipando, y la Iglesia lleva camino de convertirse en una institución. Ya hemos visto que se presenta a Pablo llevando a cabo una misión o misiones que no encajan en el esquema de su vida tal como lo tenemos en *Hechos*. Pero *Hechos* no aclara lo que le sucedió a Pablo en Roma. Termina diciéndonos que vivió dos años enteros en una especie de libertad vigilada, predicando el Evangelio sin dificultades (*Hechos 28:30s*). Pero no nos dice el resultado de su juicio ante el César, si Pablo salió en libertad, o fue ejecutado. Es verdad que más bien se hace suponer que terminó con su muerte; pero hay una corriente de tradición que no debemos ignorar que dice que terminó con su liberación, y que no fue hasta dos o tres años después cuando fue detenido de nuevo, y esa vez sí terminó su detención con su ejecución final hacia el año 67 d.C.

Consideremos esta cuestión, que es del mayor interés.

Primero, está claro que cuando Pablo estuvo preso en Roma no consideraba imposible quedar en libertad; de hecho, más bien parece que la esperaba. Cuando escribió a los filipenses, les dijo que les enviaba a Timoteo, y continuó: < Y confío en el Señor que yo mismo os visitaré dentro de poco > (*Filipenses 2:24*). Cuando escribió a Filemón devolviéndole al fugitivo Onésimo, dice: «Al mismo tiempo, prepárame el cuarto de los huéspedes, porque espero que por vuestras oraciones os será concedido» (*Filemón, 22*). Está claro que contaba con la posibilidad de la libertad, llegara esta o no. Segundo, recordemos el plan que le era tan querido a su corazón. Antes de ir a Jerusalén en aquel viaje en que fue arrestado escribió a la iglesia de Roma mencionándole sus planes de visitar España: «Espero veros de paso cuando vaya a España» «Iré a España pasando por ahí» (*Romanos 15:24,28*). ¿Pudo Pablo realizar aquel proyecto? Clemente de Roma, cuando escribió a la iglesia de Corinto alrededor del año 90 d.C. dijo que Pablo había predicado el Evangelio en el Este y en el Oeste; que había enseñado a todo el mundo (es decir, el Imperio Romano) la justicia; y que llegó al extremo (*terma, el término*) del Oeste antes de su martirio. ¿Qué quiso decir Clemente con *el extremo de Occidente*? Hay muchos que defienden que no quería decir más que Roma; porque es verdad que alguien que escribiera en el Este de Asia Menor consideraría que Roma era el *límite de Occidente*. Pero Clemente estaba escribiendo en Roma; y es difícil que para nadie que estuviera en Roma *el límite del Oeste* pudiera querer decir otra cosa que España. Y parece que Clemente creía que Pablo había llegado a España.

El más grande de los historiadores de la Iglesia Primitiva fue Eusebio. En su relato de la vida de Pablo escribe: «Lucas, que escribió *Los Hechos de los Apóstoles*, acabó su historia en este punto, después de relatar que Pablo había pasado dos años enteros en algo así como libertad vigilada, y había predicado la Palabra de Dios sin restricciones. Así que después de hacer su defensa, se dice que el Apóstol fue enviado otra vez en su ministerio de predicación, y que al llegar por segunda vez a Roma sufrió el martirio» (Eusebio, *Historia Eclesiástica 2.22.2*). Eusebio no especifica nada acerca de España, pero sí conocía el detalle de que Pablo había obtenido la libertad después de su primer encarcelamiento en Roma.

El Canon de Muratori, la primera lista de libros del Nuevo Testamento que ha llegado a nosotros, describe el esquema de Lucas cuando escribió *Hechos*: «Lucas le relató a Teófilo los acontecimientos de los que había sido testigo presencial, y también en otro lugar declara evidentemente el martirio de Pedro -probablemente se refiere a *Lucas 22: 31 s-* pero omite el viaje de Pablo de Roma a España.»

En el siglo V, dos de los grandes padres de la Iglesia Cristiana estaban seguros de ese viaje. Crisóstomo dice en su sermón sobre *2 Timoteo 4:20*: «San Pablo, después de su estancia en Roma, partió para España.» Jerónimo dice en su *Catálogo de Escritores* que Pablo «fue puesto en libertad por Nerón para que pudiera predicar el Evangelio de Cristo en el Oeste.»

No hay duda de que una cierta corriente de tradición mantenía **que Pablo había llegado** a España.

Este es un asunto en el que tendremos que hacer nuestra propia decisión. La única cosa **que nos hace dudar** de la historicidad de esa tradición es que en la misma España no hay ni ha habido nunca ninguna tradición fidedigna de que Pablo predicara y trabajara en ella, ni relatos acerca de él, ni lugares relacionados con su nombre. Sería de lo más extraño que se hubiera olvidado totalmente el recuerdo de tal visita. Y bien podría ser que toda esta tradición acerca de la liberación de Pablo y su viaje al Oeste hubieran surgido como una deducción natural de su intención expresa de visitar España (*Romanos 15:24,28*). La mayor parte de los investigadores del Nuevo Testamento no creen que Pablo quedara libre después de su juicio ante Nerón; el consenso general de opinión es que su única liberación le vino con la muerte.

PABLO Y LAS EPÍSTOLAS PASTORALES

Entonces, ¿qué podemos decir de la relación de Pablo con estas cartas? Si podemos aceptar la tradición de su liberación y de su vuelta a la predicación y la enseñanza, y de su muerte tan tarde como en el año 67 d.C., bien podríamos creer que proceden de su mano tal como han llegado hasta nosotros. Pero, si no aceptamos esa premisa -y la evidencia está en general en contra- ¿hemos de decir que no tienen ninguna relación con Pablo?

Debemos recordar que el mundo antiguo no consideraba estas cosas como nosotros. No le parecería mala nadie que se publicara una carta bajo el nombre de un gran maestro, si se estaba seguro de que la carta contenía lo que ese maestro habría dicho en las mismas circunstancias. Para el mundo antiguo era natural y digno el que un discípulo escribiera en nombre de su maestro. A nadie le habría parecido mal el que uno de los discípulos de Pablo saliera al frente de una situación nueva y amenazadora con una carta con el nombre de Pablo. El considerarlo como un plagio es malentender la mentalidad del mundo antiguo. ¿Hemos de pasarnos completamente al otro extremo, y decir que lo que pasó fue que algún discípulo suyo publicó estas cartas en nombre de Pablo años después de su muerte, y en un momento en que la Iglesia estaba mucho más organizada que durante su vida?

Tal como nosotros lo vemos, la respuesta es que no. Es increíble que algún discípulo pusiera en boca de Pablo la afirmación de ser el primero de los pecadores (*1 Timoteo 1: 15*); su tendencia habría sido subrayar la santidad de Pablo, no hablar de su pecado. Es increíble que ninguno que escribiera en nombre de Pablo le diera a Timoteo el consejo paternal de tomar un poco de vino por causa de su salud (*1 Timoteo 5:23*). La totalidad de *2 Timoteo 4* es tan personal y tan henchida de intimidad y de detalles cariñosos, que nadie sino Pablo lo hubiera podido escribir.

Entonces, ¿dónde está la solución? Bien puede ser que sucediera algo así. Es absolutamente obvio que se perdieron muchas cartas de Pablo. Aparte de sus grandes cartas públicas, debe de haber mantenido una constante correspondencia privada de la que no ha llegado hasta nosotros nada más que la pequeña *Carta a Filemón*. Bien puede ser que en días posteriores hubiera algunos fragmentos de la correspondencia de Pablo en posesión de algún maestro cristiano. Este maestro veía la iglesia de su tiempo y de Éfeso amenazada por todas partes. La amenazaba la herejía por dentro y por fuera. Tenía la amenaza de abandonar sus propios niveles elevados de pureza y verdad. La calidad de sus miembros y el nivel de sus ministros se estaban degenerando. Tenía en su posesión breves cartas de Pablo que decían exactamente las cosas que hacía falta decir, pero en el estado en que estaban, eran demasiado cortas y fragmentarias para publicarlas. Así es que las amplió y suplementó y las hizo supremamente relevantes a la situación contemporánea y las envió por toda la Iglesia.

En las Epístolas Pastorales todavía seguimos escuchando la voz de Pablo, con su intimidad personal característica; pero creemos que la forma de las cartas se debe a algún maestro cristiano que convocó la ayuda de Pablo cuando la Iglesia de su tiempo necesitaba la dirección que solamente Pablo le podía dar.

1 TIMOTEO

EL REAL DECRETO

1 Timoteo 1:1s

Pablo, apóstol de Jesucristo por real decreto de Dios, nuestro Salvador, y de Jesucristo, nuestra esperanza, escribe esta carta a Timoteo, su auténtico hijo en la fe. Gracia, misericordia y paz te sean concedidas de nuestro Señor Jesucristo.

Nunca ha habido una persona que haya apreciado su misión tanto como Pablo. No la elevaba por orgullo, sino maravillado de que Dios le hubiera escogido para una tarea así. Dos veces en las palabras introductorias de esta carta establece la grandeza de su privilegio.

(i) Primero, se llama *apóstol de Jesucristo*. *Apóstol* es la forma española de la palabra griega *apóstolos*, del verbo *apostellein*, que quiere decir *enviar*; un *apóstolos* era *uno que era enviado*. Ya en los tiempos de Heródoto quería decir *un mensajero, un embajador*, uno que es enviado como representante de su país y de su rey. Pablo siempre se consideraba el mensajero y embajador de Cristo. Y, en verdad, esa es la tarea de todo cristiano. Es la primera obligación de todo embajador el establecer contacto entre el país al que es enviado y el país que le ha enviado. Es un enlace. Y su primera obligación es ser un enlace entre sus semejantes y Jesucristo.

(ii) Segundo, dice que es apóstol *por real decreto de Dios*. La palabra que usa es *epitagué*. Esta es la palabra que usaban los griegos para las obligaciones que le imponía a una persona alguna ley inviolable; para el decreto que le llegaba a una persona del rey; y, sobre todo, para las instrucciones que le llegaban a uno, ya fuera directamente o mediante algún oráculo, de Dios. Por ejemplo: en una inscripción, un hombre dedica un altar a la diosa Cibeles *kat'epitaguén*, de acuerdo con la orden de la diosa que, nos dice, se le había aparecido en un sueño. Pablo se consideraba un hombre que había recibido una comisión del Rey.

Si uno pudiera llegar a esa seguridad de ser enviado de Dios, tendría un nuevo esplendor en su vida. Por muy humilde que fuera su papel, estaría al servicio del Rey.

La vida ya no puede parecer aburrida si de par en par hemos abierto las ventanas y visto el ancho mundo que está esperando fuera, y con recogimiento nos hemos susurrado: - ¡Se nos contrata para la empresa del gran Rey!

Es siempre un privilegio hacer aunque sea las cosas más sencillas por alguien a Quien amamos y respetamos y admiramos. El cristiano está toda la vida en el negocio del Rey.

Pablo pasa a dar a Dios y a Jesús dos grandes títulos. Habla de Dios como *nuestro Salvador*. Esta es una nueva forma de hablar. No encontramos este título de Dios en ninguna de las cartas anteriores de Pablo. Hay dos trasfondos de los que procede.

(a) Viene del trasfondo del Antiguo Testamento. Moisés acusa a Israel de que Jesurún «abandonó al Dios Que le había hecho, y menospreció a la Roca de su salvación» (*Deuteronomio* 32:15). El salmista canta del hombre que recibirá la bendición del Señor y la vindicación del *Dios de su salvación* (*Salmo* 24:5). María dice en su cántico: « ¡Engrandece, alma mía, al Señor, y regocíjate, espíritu mío, en *Dios mi Salvador!*» (*Lucas* 1:46s). Cuando Pablo llama a Dios *Salvador*, estaba volviendo a una idea que siempre había sido muy querida a Israel.

(b) Tiene un trasfondo pagano. Resulta que precisamente por este tiempo el título *sótér* estaba bastante de moda. La gente lo había usado siempre. En los días antiguos, los romanos habían llamado a su gran general Escipión «nuestra esperanza y nuestra salvación.» Pero, por este tiempo, era el título que los griegos le daban a Esculapio, el dios de la sanidad. Y era uno de los títulos que el emperador romano Nerón se había asignado. Así es que, en esta frase inicial, Pablo está tomando el título que estaba a menudo en los labios de un mundo buscador e ilusionado, y dándoselo a la única Persona a la Que pertenecía por derecho propio.

No debemos olvidar nunca que Pablo llamó a Dios Salvador. Es posible tener una idea equivocada de la Reconciliación. Algunas veces se habla de ella de una manera que indica que algo que Jesús hizo apaciguó la ira de Dios. La idea que dan es que Dios estaba decidido a destruirnos, y que de alguna manera Jesús consiguió transformar Su ira en amor. En ningún lugar del Nuevo Testamento se encuentra la más mínima insinuación de tal cosa. Fue porque *de tal manera amó Dios al mundo* por lo que envió a Jesús al mundo (*Juan* 3:16). Dios es Salvador. No debemos pensar nunca, ni predicar, ni enseñar, que Dios tuviera que ser apaciguado y persuadido a amarnos, porque todo empieza por Su amor.

LA ESPERANZA DEL MUNDO

1 Timoteo 1:1s (continuación)

Pablo usa un título que ha llegado a ser uno de los grandes títulos de Jesús -«Jesucristo, *nuestra esperanza*.» Mucho tiempo antes, el salmista se había preguntado: «¿Por qué te abates, alma mía?» Y se había respondido: « ¡Espera en Dios!» (*Salmo* 43:5). Pablo mismo habla de «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria» (*Colosenses* 1:27). Juan habla de la perspectiva deslumbradora que aguarda al cristiano, la de ser como Cristo; y pasa a decir: «Todo el que tiene esta esperanza en Él se purifica a sí mismo así como Él es puro» (1 *Juan* 3:2s).

En la Iglesia Primitiva este había de llegar a ser uno de los títulos más preciosos de Cristo. Ignacio de Antioquía, cuando iba de camino a su propia ejecución en Roma, escribe a la iglesia de Éfeso: «Tened buen ánimo en Dios el Padre y en Jesucristo nuestra común esperanza» (Ignacio de Antioquía: *A los Efesios* 21:2). Y Policarpo escribe: «Perseveremos por tanto en nuestra esperanza y en las arras de nuestra justicia que es Jesucristo» (*Epístola de Policarpo* 8).

(i) Los hombres encontraron en Cristo *la esperanza de la victoria moral y de la conquista del yo*. El mundo antiguo conocía su pecado. Epicteto había hablado anhelantemente de «nuestra debilidad en las cosas necesarias.» Séneca había dicho que «odiamos nuestros vicios y los amamos al mismo tiempo.» Y dijo también: «No nos hemos mantenido valerosamente firmes en nuestras resoluciones; a pesar de nuestra voluntad y resistencia hemos perdido nuestra inocencia. Y no es sólo que hayamos fallado en el pasado, sino que seguiremos igual hasta el final.» El poeta latino Persio escribía impactantemente: «Que los culpables vean la virtud, y lamenten haberla perdido para siempre.» También habla del «inmundo Natta, embrutecido por el vicio.» El mundo antiguo reconocía su indefensión demasiado bien; y Cristo vino, no solamente para decirle a la humanidad lo que es correcto, sino para darle el poder para vivirlo. Cristo dio a las personas que la habían perdido la esperanza de la victoria en vez de la derrota moral.

(ii) Las personas encontraron en Cristo *la esperanza de la victoria sobre las circunstancias*. El Cristianismo vino a un mundo en una edad de la más terrible inseguridad personal. Cuando el historiador latino Tácito llegó en su historia a la edad en que la Iglesia Cristiana empezó a existir escribió: «Me adentro en la historia de un período rico en desastres, entenebrecido por guerras, rasgado por sediciones; más aún, salvaje hasta en sus momentos de paz. Cuatro emperadores perecieron por la espada; hubo tres guerras civiles; hubo más guerras con los extranjeros, y algunas eran las dos cosas a un tiempo... Roma, desolada por incendios; sus viejos templos, quemados; el mismo Capitolio, ardiendo en llamas provocadas por manos romanas; profanación de los ritos sagrados; el adulterio, en los lugares más encumbrados; el mar, abarrotado de exiliados; las islas rocosas, inundadas de crímenes; y aun más salvaje era el frenesí en Roma: la nobleza, la riqueza, el rechazo de los cargos, su aceptación... todo era un puro crimen, y la virtud era el camino más seguro a la ruina. Las recompensas de los informadores no eran menos odiosas que sus obras. Uno encontraba su botín en el sacerdocio o en el consulado; otro, en un gobierno de provincia; otro, detrás del trono. Todo era un delirio de odio y terror; se sobornaba a los esclavos para que traicionaran a sus amos; a los libertos para que traicionaran a sus patronos; y el que no tenía enemigo, era traicionado por su amigo» (Tácito: *Historias* 1,2). Como decía Gilbert Murray, toda la edad sufría de «falta de nervio.» La gente anhelaba alguna muralla de defensa contra «el caos mundial que se les echaba encima.» Fue Cristo Quien en tales tiempos dio a las personas la fuerza para vivir, y el coraje, si era necesario, para morir. En la certidumbre de que nada en la tierra podía separarlos del amor que Dios les había mostrado en Jesucristo, los cristianos encontraron la victoria sobre los terrores de la edad.

(iii) Los hombres encontraron en Cristo *la esperanza de la victoria sobre la muerte*. Encontraron en Él al mismo tiempo la fuerza para las cosas mortales y la esperanza inmortal. (Cuando murió la madre de este vuestro traductor, mi padre, don Carlos Araujo García, de bendita memoria, escogió las tres palabras de este texto para la lápida que sería también la suya: «Jesucristo, nuestra esperanza»). Ese fue -y sigue siendo el grito de combate de la Iglesia.

TIMOTEO, HIJO MÍO

1 Timoteo 1:1s (continuación)

Era a Timoteo a quien se dirigía esta carta, y Pablo no podía nunca hablar de él sin poner afecto en su voz.

Timoteo era natural de Listra, en la provincia de Galacia. Era una colonia romana; se daba el nombre de <La muy esplendente Colonia de Listra,> aunque en realidad era una población pequeña al final de la tierra civilizada. Su importancia radicaba en que había allí una guarnición romana acuartelada para mantener el control de las tribus salvajes de las montañas de Isauria que se encontraban más allá. Fue en su primer viaje misionero cuando Pablo y Bernabé llegaron allí (*Hechos 14:821*). Entonces no se menciona a Timoteo en el relato; pero se ha sugerido que, cuando Pablo estuvo en Listra, tal vez se alojó en la casa de Timoteo, en vista del hecho de que conocía bien la fe y la consagración de la madre de Timoteo, Eunice, y de su abuela Loida (*2 Timoteo 1:5*).

En aquella primera visita Timoteo sería muy joven, pero la fe cristiana arraigó en él, y Pablo se convirtió en su héroe. Fue en la visita de Pablo a Listra en su segundo viaje misionero cuando empezó la vida para Timoteo (*Hechos 16:1-3*). Aunque era joven, había llegado a ser una de las promesas de la iglesia cristiana de Listra. Había tal encanto y entusiasmo en el muchacho que todos los miembros de la congregación hablaban bien de él. A Pablo le pareció que era el hombre ideal para ser su ayudante. Puede ser que ya entonces tuviera el sueño de que ese muchacho fuera la persona idónea a la que podía entrenar para que le sucediera cuando su tiempo llegara a su fin.

Timoteo era hijo de un matrimonio mixto. Su madre era judía y su padre griego (*Hechos 16:1*). Pablo le circuncidó, no porque fuera un esclavo de la Ley, ni porque viera en la circuncisión ninguna virtud especial; pero sabía muy bien que si Timoteo había de trabajar entre los judíos, habría un primer juicio inicial contra él si no estaba circuncidado; así que dio este paso como medida práctica para aumentar su utilidad como evangelista.

Desde entonces en adelante Timoteo fue el compañero constante de Pablo. Le dejó en Berea con Silas cuando él, Pablo, escapó a Atenas, y más tarde se reunió con él allí (*Hechos 17:14s. y 18:5*). Fue enviado como mensajero de Pablo a Macedonia (*Hechos 19:22*). Estaba allí cuando se hizo la colecta de las iglesias para la de Jerusalén (*Hechos 20:4*). Estaba

con Pablo en Corinto cuando Pablo escribió su carta a Roma (*Romanos 16:21*). Fue a Corinto cuando hubo problemas en aquella iglesia conflictiva (*1 Corintios 4:17; 16:10*). Estaba con Pablo cuando Pablo escribió *2 Corintios (1:1,19)*. Fue a Timoteo a quien Pablo envió a ver cómo iban las cosas en Tesalónica, y estaba con Pablo cuando escribió su primera carta a esa iglesia (*1 Tesalonicenses 1:1; 3:2,6*). Estaba con Pablo cuando este estaba preso y escribió a Filipos, adonde Pablo tenía intención de enviarle como su representante (*Filipenses 1:1; 2:19*). Estaba con Pablo cuando escribió a la iglesia de Colosas y a Filemón (*Colosenses 1:1; Filemón 1:1*). Timoteo estaba casi constantemente al lado de Pablo, y cuando Pablo tenía una tarea difícil se la encomendaba a él.

Una y otra vez vibra con afecto la voz de Pablo cuando habla de Timoteo. Cuando le envía a aquella tristemente dividida iglesia de Corinto, escribe: «Os he enviado a Timoteo, que es mi hijo amado y fiel en el Señor» (*1 Corintios 4:17*). Cuando tiene intención de mandarle a Filipos, escribe: «Porque no tengo a ningún otro... que como hijo a padre me haya servido en el Evangelio» (*Filipenses 2:20,22*). Aquí le llama «su auténtico hijo.» La palabra que usa para *auténtico* es *gnésios*, que tiene dos sentidos: el normal de *legítimo* como opuesto a ilegítimo, y el de *genuino* como opuesto a falso.

Timoteo era el hombre en quien Pablo podía confiar y al que podía mandar adonde fuera. ¡Feliz el líder que tiene un lugarteniente semejante! Timoteo es nuestro ejemplo de cómo se debe servir. Cristo y Su Iglesia necesitan siervos así.

GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ

1 Timoteo 1:1s (conclusión)

Pablo empezaba siempre sus cartas con una bendición (*Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:2; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2; Filemón 3*). En todas sus otras cartas solo aparecen las palabras Gracia y Paz. Es solo en las cartas a Timoteo y Tito donde se nombra también Misericordia (*2 Timoteo 1:2; Tito 1:4*) Veamos estas tres grandes palabras.

(i) En *Gracia* hay siempre tres ideas dominantes.

(a) En griego clásico, la palabra *jaris* quiere decir gracia exterior o favor, belleza, atractivo, encanto. Corrientemente, aunque no siempre, se aplica a personas. (Los hispanohablantes tenemos la gran suerte de que nuestra palabra gracia tenga todos estos significados, y sea por tanto una traducción fiel de *jaris*). Gracia es característicamente algo atractivo y encantador.

(b) En el Nuevo Testamento siempre conlleva la idea de una generosidad a ultranza. Gracia es algo que no se gana ni se merece. Es lo contrario de una *deuda*. Pablo dice que al que se lo ha ganado no se le da su salario por gracia, sino porque se le debe (*Romanos 4:4*). Se opone también a *obras*. Pablo dice que la elección de Dios a Su pueblo no fue debida a obras que ellos hubieran hecho, sino a la gracia de Dios (*Romanos 11:6*).

(c) En el Nuevo Testamento siempre conlleva la idea de *universalidad*. Una y otra vez Pablo usa la palabra gracia en relación con la recepción de los gentiles en la familia de Dios. Da gracias a Dios por la gracia que se ha concedido a los corintios en Jesucristo (*1 Corintios 1:4*). Habla de la gracia que Dios ha otorgado a las iglesias de Macedonia (*2 Corintios 8:1*). Y de que los gálatas fueron llamados a la gracia de Cristo (*Gálatas 1:6*). La esperanza que recibieron los tesalonicenses vino por gracia (*2 Tesalonicenses 2:16*). Fue la gracia de Dios lo que hizo a Pablo apóstol de los gentiles (*1 Corintios 15:10*). Fue por la gracia de Dios por lo que trabajó él entre los corintios (*2 Corintios 1:12*). Fue por gracia por lo que Dios le llamó y apartó desde el vientre de su madre (*Gálatas 1:15*). Es la gracia que Dios le ha concedido lo que le hace atreverse a escribir a la iglesia de Roma (*Romanos 15:15*). Para Pablo, la gran prueba de la gracia de Dios era la entrada de los gentiles en la Iglesia y su apostolado entre ellos.

La gracia es algo encantador; es algo gratuito; y es algo universal. Como F. J. Hort escribió hermosamente: «Gracia es una palabra inclusiva, que reúne en sí todo lo que se puede suponer que puede expresarse en la sonrisa del Rey celestial mirando a Su pueblo aquí abajo.»

(ii) Paz era la palabra judía normal de saludo; y en el pensamiento hebreo expresa, no simplemente la ausencia de guerra, sino «la forma más inclusiva de bienestar.» Es todo lo que contribuye al máximo bien de la persona. Es el estado del que se encuentra arropado por el amor de Dios. F. J. Hort escribe: «La paz es la antítesis de cualquier clase de conflicto o guerra o malestar, de toda enemistad exterior o inquietud interior.»

(iii) *Misericordia* es la palabra nueva en la bendición apostólica. En griego es *éleos*, y en hebreo *jésed*. «Misericordia -decía don Juan Fließner- es tener el corazón dispuesto para con el mísero.» Cuando Pablo pedía *misericordia* sobre Timoteo estaba diciendo sencillamente: «Timoteo, que Dios sea bueno contigo.» Pero hay más que eso en esta palabra. *Jésed* se usa en los Salmos no menos de 127 veces. Una y otra vez tiene el significado de *ayuda en tiempo de necesidad*. Denota, como dice Parry, «la intervención activa de Dios para ayudar.» Y Hort la define como «la condescendencia del

Altísimo para ayudar al indigente.» En el *Salmo 40:11* el salmista exclama con gozo: «¡Tu misericordia y Tu verdad me guardan siempre!» Y el *Salmo 57:3* dice: « Él enviará desde los cielos y me salvará... Dios enviará Su misericordia y Su verdad.» En el *Salmo 86:14-16* el salmista piensa en las fuerzas de los malvados desplegadas contra él, y se conforta con el pensamiento de que Dios es «grande en misericordia y fidelidad.» Es por Su generosa misericordia por lo que Dios nos ha hecho renacer a una esperanza viva por la Resurrección de Jesucristo (1 *Pedro 1:3*). Los gentiles deben glorificar a Dios por esa misericordia que los ha rescatado del pecado y de la desesperación (*Romanos 1:8*: 9). La misericordia de Dios es Dios actuando para salvar. Bien puede ser que Pablo añadiera misericordia a sus dos palabras corrientes, gracia y paz, porque Timoteo se encontrara en una situación difícil, y necesitara en una palabra que se le dijera que el Altísimo era la ayuda de los necesitados.

ERROR Y HEREJÍA

1 Timoteo 1:3-7

Te estoy escribiendo ahora para insistir en la petición que ya te hice cuando te exhorté a que te quedaras en Efeso mientras yo iba a Macedonia para que transmitieras la advertencia a algunos de los de allí de que no enseñaran errores novedosos, ni prestaran atención a leyendas improductivas y a genealogías interminables que solo consiguen producir vanas especulaciones más bien que la edificación efectiva del pueblo de Dios que debe basarse en la fe. La instrucción que te di estaba diseñada para producir el amor que brota de un corazón puro, de la buena conciencia y de la fe firme auténtica. Pero algunas de estas personas de las que estoy hablando no han tratado nunca de encontrar el verdadero camino, y se han desviado siguiendo vanas e inútiles discusiones en su pretensión de llegar a ser maestros de la Ley, aunque no saben de lo que están hablando ni se dan cuenta del verdadero significado de las cosas sobre las que dogmatizan.

Está claro que por detrás de las Epístolas Pastorales se encuentra alguna herejía que amenazaba a la Iglesia. Desde el mismo principio será bueno tratar de ver cuál era esa herejía. Por tanto, recojamos los datos acerca de ella.

Este mismo pasaje nos coloca cara a cara con dos de sus grandes características. Trataba de *leyendas improductivas* y *genealogías interminables*. Estas dos cosas no eran peculiares de esta herejía, sino estaban profundamente enraizadas en el pensamiento del mundo antiguo.

Primero, *las leyendas improductivas*. Una de las características del mundo antiguo era que los poetas, y aun los historiadores, se deleitaban en desarrollar historias románticas y ficticias sobre la fundación de ciudades y familias. Hablaban de algún dios que había venido a la tierra y fundado la ciudad, o tomado en matrimonio a alguna joven mortal y creado una familia. El mundo antiguo estaba lleno de historias por el estilo.

Segundo, *las genealogías interminables*. El mundo antiguo tenía verdadera pasión por las genealogías. Podemos ver esto hasta en el Antiguo Testamento, con sus capítulos de nombres, y en el Nuevo Testamento con las genealogías de Jesús que se encuentran en los evangelios de Mateo y Lucas. Un hombre como Alejandro Magno hizo que le construyeran un pedigrí totalmente artificial en el que trazaba su ascendencia por una parte hasta Aquiles y Andrómaca, y por la otra hasta Perseo y Hércules.

Sería la cosa más fácil del mundo para el Cristianismo el perderse en historias interminables y fabulosas acerca de sus orígenes, y en genealogías elaboradas e imaginarias. Ese era un peligro inherente en la situación en la que se iba desarrollando el pensamiento cristiano.

Era especialmente amenazador desde dos direcciones.

Amenazaba desde la tradición *judía*. Para los judíos no había libro en el mundo que se pudiera comparar con el Antiguo Testamento. Sus investigadores se pasaban la vida estudiándolo y exponiéndolo. Muchos capítulos y secciones del Antiguo Testamento son largas genealogías; y una de las ocupaciones favoritas de los estudiosos judíos era construir una biografía imaginaria y edificante de cada uno de los nombres de la lista; uno podía dedicarse a eso interminablemente, y puede ser que eso fuera lo que Pablo tuviera en mente. Puede que estuviera diciendo: «Cuando deberíais estar trabajando en la vida cristiana, estáis elaborando biografías y genealogías imaginarias. Estáis perdiendo el tiempo en curiosidades elegantes, cuando deberíais dedicaros a vivir íntimamente la vida cristiana.» Esta puede ser una advertencia para nosotros para que no dejemos nunca que nuestro pensamiento se pierda en especulaciones que no aprovechan.

LAS ESPECULACIONES DE LOS GRIEGOS

1 Timoteo 1:3-7 (continuación)

Pero este peligro presentaba una amenaza aun más grande desde el lado *griego*. En aquel tiempo de la Historia se estaba desarrollando una línea de pensamiento griego que llegó a conocerse como *el gnosticismo*. Lo encontramos especialmente en el trasfondo de las Epístolas Pastorales, la carta a los Colosenses y el Cuarto Evangelio.

El gnosticismo era totalmente especulativo. Empezaba con el problema del origen del pecado y del sufrimiento. Si Dios es totalmente bueno, no podía haberlos creado. Entonces, ¿cómo se introdujeron en el mundo? La respuesta gnóstica era que la creación no había sido de la nada, sino que desde toda eternidad había existido la *materia*. Creían que esta materia era esencialmente imperfecta, una cosa mala, y de esta materia fue creado el mundo.

Tan pronto como llegaron a este punto, se metieron en otro problema. Si la materia es esencialmente mala y Dios es esencialmente bueno, Dios no podía haber tocado esta materia. Así es que empezaron otra serie de especulaciones. Decían que Dios había producido una emanación, y esta a su vez otra, y la segunda una tercera, y así sucesivamente hasta que hubo una emanación tan distante de Dios que podía manejar la materia; y que no había sido Dios, sino esa emanación la que había creado el mundo.

Y llegaban aún más lejos. Mantenían que cada emanación sucesiva conocía menos a Dios que las anteriores, hasta el punto de que llegó una etapa en la serie cuando las emanaciones Le desconocían totalmente, y más: hubo una etapa final cuando las emanaciones, no solo no conocían a Dios, sino Le eran activamente hostiles. Así es que llegaron a la idea de que el dios que había creado el mundo desconocía y era hostil al verdadero Dios. Más tarde llegaron aún más lejos identificando al Dios del Antiguo Testamento con ese dios creador, y al Dios del Nuevo Testamento con el verdadero Dios.

Además proveían a cada una de las emanaciones con una biografía completa. Así es como construyeron una mitología elaborada de dioses y emanaciones, cada una con su historia, y biografía, y genealogía. No cabe duda que el mundo antiguo se enredaba en esa clase de pensamientos; y que esto también penetró en la Iglesia. Hacía de Jesús si acaso la más grande de las emanaciones, la más próxima a Dios. Le catalogaba como el primer eslabón de la cadena interminable que iba desde Dios hasta el hombre.

Esta línea gnóstica de pensamiento tenía ciertas características que aparecen por todas partes en las Epístolas Pastorales como las de aquellos cuyas herejías amenazaban a la Iglesia y la pureza de la fe.

(i) El gnosticismo está claro que era altamente especulativo, y era por tanto intelectualmente cursi. Creía que toda esta especulación intelectual estaba muy por encima de la percepción mental de la gente corriente, y no era nada más que para unos pocos escogidos, la elite de la Iglesia. Así es que se advierte a Timoteo contra «la charla impía y las contradicciones de lo que llaman falsamente conocimiento» (1 Timoteo 6:20). Se le advierte contra una religiosidad de cuestiones especulativas en lugar de una fe humilde (1 Timoteo 1:4). Y se le advierte contra el hombre que está orgulloso de su inteligencia, pero que realmente no sabe nada de nada, y no hace más que inventar cuestiones y luchas de palabras (1 Timoteo 6:4). Se le dice que evite la «charla impía,» porque no produce más que impiedad (2 Timoteo 2:16). Se le dice que evite «controversias estúpidas e insensatas» que no acaban más que en peleas (2 Timoteo 2:23). Además, las Epístolas Pastorales dejan bien claro que esta idea de una aristocracia intelectual es totalmente errónea, porque el amor de Dios es universal. Dios quiere que *todos* los hombres sean salvos, y que *todos* vengan al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:4). Dios es el Salvador de *todos* los hombres, especialmente de los creyentes (1 Timoteo 4:10). La Iglesia Cristiana no debe tener nada que ver con ninguna especie de fe que se base en la especulación intelectual y que presuponga una aristocracia intelectual arrogante.

(ii) El gnosticismo investigaba la larga serie de emanaciones. Le daba a cada una de ellas una biografía y un pedigrí y una importancia relativa en la cadena entre Dios y los hombres. Estos gnósticos se interesaban por «genealogías interminables» (1 Timoteo 1:4). Les encantaban «los mitos impíos y estúpidos» acerca de las emanaciones (1 Timoteo 4:7). Apartaban los oídos de la verdad, y los aguzaban a los mitos (2 Timoteo 4:4). Traficaban en fábulas como los mitos judíos (Tito 1:14). Lo peor de todo era que pensaban en términos de dos dioses, y en Jesús como uno de una serie de mediadores entre Dios y los hombres; mientras que «no hay más que un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Jesucristo» (1 Timoteo 2:5). No hay más «que un solo Rey de los siglos, inmortal, invisible; no hay más que un solo Dios (1 Timoteo 1:17). El Cristianismo tuvo que repudiar una religión que despojaba a Dios y a Jesucristo de Su unicidad.

LA ÉTICA DE LA HEREJÍA

1 Timoteo 1:3-7 (continuación)

El peligro del gnosticismo no era solamente intelectual. Tenía serias consecuencias morales y éticas. Debemos recordar que su creencia básica era que la materia era esencialmente mala, y solo el espíritu era bueno. Aquello producía dos resultados opuestos.

(i) Si la materia es esencialmente mala, el cuerpo también lo es; y hay que despreciar y humillar el cuerpo. Por tanto, el gnosticismo podía conducir a un ascetismo riguroso. Prohibía casarse, porque había que suprimir los instintos del cuerpo.

Establecía severas leyes alimentarias, porque había que suprimir las necesidades del cuerpo en la medida de lo posible. Así es que las Epístolas Pastorales hablan de los que prohíben casarse y mandan abstenerse de viandas (1 Timoteo 4:3). La respuesta a esas personas es que todo lo que Dios ha creado es bueno y se ha de recibir con acción de gracias (1 Timoteo 4:4). Los gnósticos consideraban la creación una cosa mala, la obra de un dios malo; el Cristianismo considera la creación una cosa noble, el don de un Dios bueno. El cristiano vive en un mundo en el que todas las cosas son puras; el gnóstico vivía en un mundo en el que todo era inmundo (Tito 1:15).

(ii) Pero el gnosticismo podía conducir a la actitud ética totalmente opuesta. Si el cuerpo es malo, no importa lo que se haga con él. Por tanto, se le puede permitir que sacie sus apetitos. Tales cosas no tienen ninguna importancia. Por tanto, uno puede usar su cuerpo de la manera más licenciosa, porque todo es exactamente lo mismo. Así es que las Epístolas Pastorales hablan de los que descarrián a mujeres débiles hasta que están cargadas de pecado y son víctimas de toda clase de concupiscencias (2 Timoteo 3:6). Tales hombres profesan conocer a Dios, pero Le niegan con sus obras (Tito 1:16). Usaban sus creencias religiosas como licencia para la peor inmoralidad.

(iii) El gnosticismo tenía todavía otra consecuencia. El cristiano cree en la resurrección del cuerpo. Eso no es decir que se haya creído nunca que resucitamos con este cuerpo humano mortal; pero siempre se ha creído que, después de la resurrección, una persona tendría un cuerpo espiritual provisto por Dios. Pablo trata de toda esta cuestión en 1 *Corintios* 15. Los gnósticos mantenían que no hay tal cosa como la resurrección del cuerpo (2 *Timoteo* 2:18). Después de la muerte una persona sería una especie de fantasma desencarnado. La diferencia básica está en que los gnósticos esperaban la destrucción del cuerpo; los cristianos creen en su redención. Los gnósticos creían en lo que llamarían *la salvación del alma*; los cristianos creemos en la salvación de toda la persona.

Así es que por detrás de las Epístolas Pastorales se encuentran estos herejes peligrosos que dedicaban sus vidas a especulaciones intelectuales; que veían este mundo como malo, lo mismo que al dios creador; que ponían entre el mundo y Dios una serie interminable de emanaciones y dioses inferiores, y se pasaban la vida equipando a cada una de ellas con fábulas y genealogías interminables; que reducían a Jesús a la posición de un eslabón de la cadena, y Le despojaban de Su unicidad; que vivían, o en un ascetismo riguroso o en una licencia desmadrada; que negaban la resurrección del cuerpo. Las Epístolas Pastorales se escribieron para combatir esas creencias heréticas.

LA MENTALIDAD DEL HEREJE

1 Timoteo 1:3-7 (continuación)

En este pasaje tenemos una clara descripción de la mentalidad del hereje. Hay una clase de herejía en la que una persona difiere de la fe ortodoxa porque ha pensado las cosas honradamente y no puede estar de acuerdo con ella. No es que se enorgullezca de ser diferente; es diferente sencillamente porque no lo puede evitar. Tal herejía no echa a perder el carácter de la persona; puede hasta llegar a elevarlo, porque ha pensado a fondo su fe, y no vive de una ortodoxia de segunda mano. Pero ese no es el hereje cuyo retrato se nos traza aquí. Aquí se distinguen cinco características del hereje peligroso.

(i) Lo que le mueve es el deseo de lo novedoso. Es como el que tiene que ir a la última moda, y experimentar la última novedad. Desprecia las cosas antiguas por la sencilla razón de que lo son, y desea cosas nuevas nada más que por serlo. El Cristianismo ha tenido siempre el problema de presentar la verdad antigua de una manera nueva. La verdad no cambia; pero cada edad tiene que encontrar su propia manera de presentarla. Un maestro y predicador debe hablar a su audiencia en el lenguaje que puede entender. La antigua verdad y la nueva presentación deben ir de la mano.

(ii) Exalta la mente a expensas del corazón. Su concepción de la religión es que es especulación y no experiencia. El Cristianismo no ha exigido nunca que una persona dejara de pensar por sí misma; pero sí exige que su pensamiento esté dominado por una experiencia personal de Jesucristo.

(iii) Se dedica a la discusión en lugar de a la acción. Está más interesado en la discusión rebuscada que en la edificación efectiva de la casa de la fe. Olvida que la verdad no es solamente lo que una persona acepta con la mente, sino también algo que se traduce en acción. Hace mucho se trazó una comparación entre los griegos y los judíos. A los griegos les encantaba la discusión como tal; no había nada que les gustara más que sentarse en un grupo de amigos, y entregarse a una serie de acrobacias mentales y gozar del «estímulo del paseo mental.» Pero no estaban especialmente interesados en llegar a conclusiones, ni en desarrollar un principio de *acción*. Al judío también le gustaba la discusión; pero quería llegar siempre a una decisión que exigiera *acción*. Siempre hay peligro de herejía cuando caemos en la fascinación de las palabras, y olvidamos las obras; porque las obras son la piedra de toque por la que se comprueba todo argumento.

(iv) La mueve la arrogancia y no la humildad. Mira por encima del hombro despectivamente a la gente sencilla que no puede seguir sus vuelos de especulación intelectual. Considera a los que no pueden llegar a comprender sus conclusiones como necios ignorantes. El cristiano tiene que combinar de alguna manera una certeza inamovible con una humildad amable.

(v) Es culpable de dogmatismo sin conocimiento. No sabe realmente de lo que está hablando, ni entiende realmente el significado de las cosas sobre las que dogmatiza. Lo extraño de la discusión religiosa es que todo el mundo se cree con derecho a

expresar su opinión dogmáticamente. En todos los otros terrenos se exige que la persona tenga un cierto conocimiento antes de establecer una ley. Pero hay algunos que dogmatizan acerca de la Biblia y su enseñanza aunque no han tratado nunca de descubrir lo que han dicho los expertos en el lenguaje y en la historia. Bien puede ser que la causa cristiana haya sufrido más por el dogmatismo ignorante que por ninguna otra causa.

Cuando pensamos en las características de los que estaban turbando a la iglesia de Efeso podemos ver que sus descendientes siguen entre nosotros.

LA MENTALIDAD DEL PENSADOR CRISTIANO

1 Timoteo 1:3-7 (conclusión)

De la misma manera que este pasaje traza el retrato del pensador que causa problemas en la Iglesia, también lo traza del verdadero pensador cristiano. También él tiene cinco características.

(i) Su pensamiento se basa en *la fe*. La fe quiere decir tomarle a Dios la palabra. Quiere decir creer que Dios es como Jesús nos Le ha presentado. Es decir: parte de la base de que Jesucristo nos ha dado la plena revelación de Dios.

(ii) Su pensamiento está motivado por *el amor*. Lo que Pablo se propone por encima de todo es producir amor. El pensar con amor siempre nos libraré de ciertas cosas. Nos libraré de pensar *arrogantemente*. Nos libraré de pensar *despectivamente*. Nos libraré de *condenar*, ya sea aquello con lo que no estamos de acuerdo, o lo que no entendemos. Nos libraré de expresar nuestros puntos de vista de tal manera que hircamos a tras personas. El amor nos libra del *pensamiento destructivo* y de *hablar destructivamente*. Pensar con amor es siempre pensar con simpatía. El que conversa con amor no trata de derrotar a sus oponentes, sino de ganárselos.

(iii) Su pensamiento procede de *un corazón puro*. La palabra que se usa aquí es significativa, *katharós*, que quería decir en un principio simplemente limpio como opuesto de sucio o *inmundo*. Más tarde llegó a tener ciertos usos de lo más sugestivos. Se usaba del grano que se había trillado y aventado y estaba limpio de polvo y paja. Se usaba de un ejército que hubiera sido purgado de todos los soldados cobardes o indisciplinados hasta tal punto que no quedaban en él más que luchadores de primera clase. Se usaba de algo que no tenía ninguna mezcla que lo empobreciera. Así pues, un corazón puro es un corazón cuyos motivos son absolutamente limpios y sin mezcla. En el corazón del pensador cristiano no existe el deseo de demostrar lo inteligente que es, ni de ganar una victoria puramente polémica, ni de demostrar la ignorancia del oponente. Su único deseo es ayudar e iluminar y guiar hacia Dios. El pensador cristiano no tiene más móvil que el amor a la verdad y a las personas.

(iv) Su pensamiento viene de *una buena conciencia*. La palabra griega para *conciencia* es *syneidésis*, que quiere decir literalmente *conocer con*. El verdadero sentido de la palabra es *conocer con uno mismo*. Tener una buena conciencia es poder mirar a la cara el conocimiento que uno no comparte con nadie más que consigo mismo, y no avergonzarse. Emerson comentaba de Séneca que decía las cosas más encantadoras, pero sin tener derecho a decirlas. El pensador cristiano es aquel cuyos pensamientos y cuyas acciones le dan derecho a hablar -y esa es la prueba más definitiva de todas.

(v) El pensador cristiano es la persona de *fe auténtica*. La frase quiere decir literalmente *una fe en la que no hay hipocresía*. Eso quiere decir sencillamente que la gran característica del pensador cristiano es *la sinceridad*. Es sincero tanto en su deseo de encontrar la verdad como en el de comunicarla.

LOS QUE NO NECESITAN NINGUNA LEY

1 Timoteo 1:8-11

Todos sabemos que la ley es buena, siempre que se use legítimamente, sabiendo que no se ha establecido para tener a raya a las buenas personas, sino a los sin ley y a los rebeldes, a los irreverentes y pecadores, a los desvergonzados y contaminados, a los que han caído tan bajo que llegan hasta a golpear a su padre y a su madre, son asesinos, inmorales, homosexuales, traficantes de esclavos y secuestradores, mentirosos, perjuros, y todos los que son culpables de todo lo que es el reverso de la sana enseñanza, de la que está de acuerdo con el glorioso Evangelio del Dios bendito. Ese es el Evangelio que se me ha confiado.

Este pasaje empieza con un pensamiento favorito del mundo antiguo. La ley está para tener a raya a los malhechores. Una buena persona no necesita ninguna ley para controlar sus acciones que la amenace con castigos; y en un mundo de buenas personas no harían falta leyes.

El griego Antífanos decía: «El que no hace nada malo no necesita ley.» Aristóteles proclamaba que «la filosofía le permite a una persona hacer sin control externo lo que otros hacen por miedo a las leyes.» El gran obispo cristiano Ambrosio escribió: «El justo tiene la ley de su propia mente, de su propia equidad y de su propia justicia como su principio; y por tanto no se retiene de cometer una falta por miedo al castigo, sino por regla de honor.» Los paganos y los cristianos estaban de acuerdo en

considerar la verdadera bondad como algo que tiene su fuente en el corazón de la persona; como algo que no depende de las recompensas y los castigos de la ley.

Pero en una cosa diferían los paganos y los cristianos. Los paganos recordaban con añoranza una edad de oro pasada en la que todos eran buenos y no se necesitaban leyes. El poeta latino Ovidio trazó una de las descripciones más famosas de aquella edad de oro imaginaria: «Dorada fue la primera edad, en la que, sin nadie que lo impusiera, sin ninguna ley, por propia voluntad, se guardaba la fe y hacía lo recto. No existía el miedo al castigo, ni había que leer palabras amenazadoras en tablas de bronce; ninguna multitud suplicante miraba con temor el rostro del juez; sino, sin jueces, la gente vivía segura. Todavía no se había talado el pino de sus montañas nativas, y ya descendía de ellas a la llanura regada para visitar otras tierras; la gente no conocía más orillas que las propias. Ni tampoco había ciudades ceñidas con fosos profundos; no había trompetas de alarma, ni cornetines de bronce, ni espadas, ni cascos. No había necesidad en absoluto de gente armada, porque las naciones, libres de las alarmas de la guerra, pasaban los años en benigna paz.» (*Metamorfosis* 1:90-112). El historiador romano Tácito nos deja la misma descripción: «En los primeros tiempos, cuando las personas todavía no tenían malas pasiones, vivían vidas inocentes, intachables, sin castigos ni limitaciones. Guiados por su propia naturaleza para proponerse solamente fines virtuosos, no requerían recompensas; y, como no deseaban nada contrario al derecho, no había necesidad de penas ni castigos.» El mundo antiguo añoraba los remotos días ideales. Pero la fe cristiana no mira hacia atrás a una supuesta edad de oro pasada; mira hacia adelante, al día en que la única ley será el amor de Cristo en cada corazón; porque el día de la ley no podrá terminar hasta que amanezca el día del amor.

No tiene por qué haber más que un factor controlador en la vida de cada uno de nosotros. Nuestra bondad debe venir, no del miedo a la ley, ni siquiera del miedo del juicio, sino del temor de defraudar el amor de Cristo, y de entristecer el corazón paternal de Dios. La dinámica del cristiano viene del hecho de que sabe que el pecado es, no solamente quebrantar la Ley de Dios, sino también quebrantar Su corazón. No es la Ley de Dios, sino el amor de Dios lo que nos constriñe.

A LOS QUE CONDENA LA LEY

1 Timoteo 1:8-11 (continuación)

En un Estado ideal, cuando viniera el Reino, no habría necesidad de ninguna ley que no fuera el amor de Dios dentro del corazón humano; pero, según están las cosas, el caso es muy diferente. Y aquí Pablo traza un catálogo de pecados que la ley debe controlar y condenar. El interés del pasaje está en que nos presenta el trasfondo que había cuando la Iglesia Cristiana empezó a crecer. Esta lista de pecados es de hecho una descripción del mundo en que vivían y se movían los primeros cristianos. Esto nos muestra claramente que la Iglesia Cristiana era una isleta de pureza en un mundo vicioso. Hablamos a veces de lo difícil que es ser cristiano en la civilización moderna; no tenemos más que leer un pasaje como este para ver lo infinitamente más difícil que tiene que haber sido en las circunstancias en que la Iglesia empezó su andadura. Tomemos esta terrible lista, y veamos cada una de sus entradas.

Están *los sin ley (anomoí)*. Son los que conocen perfectamente las leyes del bien y el mal, y las quebrantan con los ojos abiertos. No se puede culpar a una persona por quebrantar una ley que no sabe que existe; pero los *sin ley* son los que violan deliberadamente las leyes con el fin de satisfacer sus propios deseos y ambiciones.

Están *los rebeldes (anypotaktoi)*. Son los insubordinados que viven fuera del orden, que se niegan a obedecer cualquier autoridad. Son como soldados que se amotinan para desobedecer la voz de mando. Son, o demasiado orgullosos o demasiado indisciplinados para aceptar ningún control.

Están *los irreverentes (asebeis)*. *Asebés* es una palabra terrible. No describe ni la indiferencia ni la caída en pecado, sino < la irreligiosidad positiva y activa,» el espíritu que niega desahortadamente a Dios lo que Le pertenece. Describe a la naturaleza humana «en guerra con Dios.»

Están *los pecadores (hamartóloi)*. En su uso más corriente esta palabra describe un carácter. Se puede usar, por ejemplo, de un esclavo que tiene un carácter negligente e inútil. Describe a la persona que ha dejado de tener principios éticos.

Están *los impíos (anosíoi)*. *Hosios* (singular) es una palabra noble. Describe, como dice Trench, «las ordenanzas duraderas del derecho, que no ha constituido ninguna ley o costumbre humana, porque son previas a toda ley y costumbre.» Las cosas que son *hosios* son parte de la constitución misma del universo, las santidades perdurables. Los griegos, por ejemplo, declaraban sobrecogidos que la costumbre egipcia según la cual un hermano podía casarse con su hermana, y la costumbre de los persas según la cual un hijo podía casarse con su madre, eran *anosia*, totalmente *impías*. La persona que es *anosios* es peor que la que quebranta la ley. Es la persona que viola las últimas decencias de la vida.

Están *los corrompidos (bebéloi)*. *Bébélos* (singular) es una palabra fea con una historia curiosa. Originalmente quería decir simplemente *lo que se puede pisotear*, en contraposición a lo que está consagrado a un dios, y es por tanto inviolable.

De ahí pasó a significar *profano* en oposición a *sagrado*, y de ahí la persona que profana las cosas sagradas, que profana el día de Dios, desobedece Sus leyes y menosprecia Su culto. La persona que es *bebélos* contamina todo lo que toca.

Están *los que golpean y hasta matan a sus padres (patralóai y métralóai)*. Bajo la ley romana, a un hijo que golpeará a sus padres se le condenaba a la pena de muerte. Las palabras describen a hijos o hijas que han perdido la gratitud, el respeto y la vergüenza. Y se debe recordar que el más cruel de los golpes no es el que se da en el cuerpo, sino el que se dirige al corazón.

Están los *asesinos (androfonoí)*, literalmente *los que matan a hombres*. Pablo está pensando en los Diez Mandamientos, y ve la manera de quebrantarlos que caracteriza al mundo pagano. No debemos pensar que por lo menos esto no tiene nada que ver con nosotros, porque Jesús amplió el mandamiento hasta incluir, no solamente el acto del asesinato, sino también el sentimiento de ira contra un semejante.

Están los *fornicarios y los homosexuales (pornoí y arsenokoítai)*. Nos es difícil darnos cuenta del estado del mundo antiguo en cuestiones de moralidad sexual. Estaba resquebrajado por el vicio contra naturaleza. Una de las cosas más sorprendentes era la relación entre la inmoralidad y la religión. El templo de Afrodita, la diosa del amor, en Corinto tenía adscritas a mil sacerdotisas que eran en realidad prostitutas sagradas, y que por las tardes bajaban a las calles de la ciudad para realizar su comercio. Se dice que Solón fue el primer legislador de Atenas que legalizó la prostitución, y que con las ganancias de los burdeles públicos edificó un templo nuevo a Afrodita, la diosa del amor.

E. F. Brown fue misionero en la India, y en su comentario a las Epístolas Pastorales cita una sección extraordinaria del código penal de la India. Una sección de ese código prohibía representaciones obscenas, y a continuación decía: «Esta sección no incluye cualquier representación o escultura, grabado, pintura o representación de cualquier tipo que se encuentre en cualquier templo, o cualquier coche usado para transportar las imágenes, o que se guarde y se use para cualquier propósito religioso.» Es algo extraordinario que en las religiones no cristianas una y otra vez la inmoralidad y la obscenidad florecen bajo la protección de la misma religión. Se ha dicho a menudo, y con verdad, que la castidad fue la única virtud

completamente nueva que aportó el Cristianismo. No era nada fácil en los primeros días de la Iglesia esforzarse para vivir de acuerdo con la ética cristiana en un mundo así.

Están los *andrapodistai*. Esta palabra puede querer decir, *o traficantes de esclavos o secuestradores de esclavos*. Posiblemente aquí se incluyen los dos sentidos. Es verdad que la esclavitud era una parte integrante de la vida del mundo antiguo. Es verdad que Aristóteles declaraba que la civilización estaba fundada sobre la esclavitud, que ciertos hombres y mujeres no existían nada más que para llevar a cabo las tareas serviles de la vida para la conveniencia de las clases cultas. Pero hasta en el mundo antiguo se levantaron voces contra la esclavitud. Filón habló de los traficantes de esclavos como los que «despojan a las personas de su más preciosa posesión: su libertad.»

Pero esto se refiere más probablemente a los secuestradores de esclavos. Los esclavos eran una propiedad valiosa. Un esclavo ordinario que no tuviera dotes especiales contaba de 30 a 40 dólares -para usar un equivalente actual, aunque debe recordarse que el poder adquisitivo del dinero era muy superior al actual. Un esclavo especialmente dotado podría costar tres o cuatro veces más. Los jóvenes hermosos estaban en especial demanda como pajes y camareros, y costaban hasta 1,500 ó 2,000 dólares. Marco Aurelio se dice que pagó 4,000 dólares por dos jóvenes que parecían gemelos. En los días en que Roma estaba especialmente ansiosa por aprender de Grecia y los esclavos instruidos en literatura y música y artes griegas eran especialmente valiosos, un cierto Lutatius Dafnis se vendió por 7,000 dólares. El resultado era que frecuentemente a los esclavos valiosos, o bien se los engatusaba para que dejaran a sus dueños, o los secuestraban. El secuestro de esclavos especialmente hermosos o dotados era una característica corriente de la vida antigua.

Por último estaban *los mentirosos (pseustai)* y *los perjurados (epiorkoi)*, hombres que no dudaban en tergiversar la verdad para obtener fines deshonestos.

Aquí tenemos una descripción gráfica del ambiente en que creció la Iglesia antigua. De una infección así buscaba proteger a los cristianos a su cargo el autor de las Epístolas Pastorales.

LA PALABRA PURIFICADORA

1 Timoteo 1:8-11 (conclusión)

A este mundo vino el mensaje cristiano, y este pasaje nos dice cuatro cosas acerca de él.

(i) Es doctrina *sana*. La palabra que se usa para *sana (hyguainein)* quiere decir literalmente *portadora de salud*; El Cristianismo es una religión ética. Exige de la persona, no solamente la observancia de ciertas leyes rituales, sino vivir de acuerdo con la fe. E. F. Brown traza una comparación entre el Cristianismo y el Islam. Puede que se considere a un musulmán un hombre muy santo si observa ciertas ceremonias rituales, aunque su vida moral esté muy por debajo. Cita a un escritor marroquí: < La gran mancha en el credo del Islam es que el precepto y la práctica no se espera que vayan juntos, excepto en lo que se refiere al ritual, así que uno puede ser notoriamente malvado, y sin embargo estimado como religio-

so, buscándose su bendición como la de alguien que tiene influencia con Dios, sin el más ligero sentimiento de incongruencia. La situación real me la presentó claramente un moro de Fez que me advirtió: «¿Quieres saber en qué consiste nuestra religión? Nosotros nos purificamos con agua mientras programamos adulterio; vamos a rezar a la mezquita mientras pensamos en la mejor manera de engañar a nuestro vecino; damos limosnas a la puerta y volvemos a nuestra tienda a robar; leemos nuestro Corán, y salimos a cometer pecados innombrables; ayunamos, y vamoj de peregrinación, y sin embargo engañamos y matamos.»» Se ha de recordar siempre que el Cristianismo no significa la observancia de un ritual, ni siquiera si ese ritual consiste en la lectura de la Biblia y la

asistencia a la iglesia; quiere decir vivir una vida buena. El Cristianismo, si es real, es portador de salud; es el único antiséptico moral que puede limpiar la vida.

(ii) *Es un Evangelio glorioso*; es decir, es *una buena noticia gloriosa*. Es la buena noticia del perdón de los pecados pasados y del poder para conquistar el pecado en los días por venir; la buena noticia de la misericordia de Dios, de la purificación de la gracia de Dios.

(iii) Es la buena noticia *que viene de Dios*. El Evangelio cristiano no es un descubrimiento hecho por el hombre, sino algo revelado por Dios. No ofrece solo una ayuda humana; ofrece el poder de Dios.

(iv) Esa buena noticia *viene por medio de personas*. Le fue confiado a Pablo el llevársela a otros. Dios hace Su ofrecimiento, y necesita mensajeros. El verdadero cristiano es la persona que ha aceptado el ofrecimiento de Dios, y se ha dado cuenta de que no puede guardarse tan buena noticia para él solo, sino que debe compartirla con otros que todavía no la han recibido.

SALVADOS PARA SERVIR

1 Timoteo 1:12-17

Doy gracias a Jesucristo, nuestro Señor, que me ha llenado de Su poder. Que ha demostrado que cree que puede confiar en mí al nombrarme para Su servicio, aunque yo fui antes blasfemo, perseguidor y hombre de violencia insolente y brutal. Pero El tuvo misericordia de mí, porque fue por ignorancia por lo que actué de esa manera en los días de mi incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor se elevó por encima de mi pecado, y yo la encontré en la fe y el amor de aquellos que viven sus vidas en Jesucristo. Este es un dicho del que nos podemos fiar y que estamos totalmente obligados a

aceptar: Que Jesucristo vino al mundo para salvar pecadores, de los cuales yo soy el primero. Por eso fui yo recibido con misericordia, para que Jesucristo pudiera desplegar en mi toda su paciencia, para que yo pudiera ser el primer boceto de los que algún día llegarían a creer en Él, para que ellos puedan encontrar la vida eterna. Al Rey, eterno, inmortal, invisible, al Dios único, sea honor y gloria por siempre jamás. Amén.

Este pasaje empieza con un himno de acción de gracias. Había cuatro cosas tremendas por las que Pablo quería dar gracias a Jesucristo.

(i) Le daba gracias porque *le había escogido*. Pablo no había tenido nunca la impresión de que había sido él el que había escogido a Cristo, sino siempre que había sido Cristo Quien le había escogido a él. Fue como si, cuando iba lanzado hacia su propia destrucción, Jesucristo le hubiera puesto la mano en el hombro y le hubiera arrestado. Fue como si, cuando él estaba empeñado en tirar su vida por la borda, Jesucristo le hubiera devuelto a la sensatez de pronto. En los días de la guerra conocía un piloto polaco. Había coleccionado más escapadas de la muerte y de cosas peores por los pelos en unos pocos años de los que la mayoría de los hombres experimentan en toda una vida. Algunas veces contaba la historia de su escapada de la Europa ocupada, de tirarse en paracaídas, de ser rescatado del mar y al final de su odisea alucinante siempre acababa diciendo con un gesto de admiración en sus ojos: « ¡Y ahora soy un hombre de Dios! » Ese era el sentimiento de Pablo, era un hombre de Cristo, porque Cristo le había escogido.

(ii) Daba gracias a Jesucristo porque *había confiado en él*. Era para Pablo una cosa alucinante el que se le hubiera escogido a él, siendo el superperseguidor, para ser misionero de Cristo. No era solamente que Jesucristo le hubiera perdonado; era que Jesucristo había puesto Su confianza en él. Algunas veces perdonamos a una persona que ha cometido alguna

equivocación o que ha sido culpable de algún pecado pero dejamos bien claro que por su pasado es imposible confiar en ella otra vez para asignarle ninguna responsabilidad. Pero Cristo, no solo había perdonado a Pablo, sino le había confiado un trabajo en el que El tenía mucho interés. El que había sido perseguidor de Cristo fue hecho embajador de Cristo.

(iii) Le daba gracias porque *le había nombrado*. Debemos tener cuidado de fijarnos en para qué sentía Pablo que se le había nombrado. Se le había nombrado para *servir*. Pablo no creyó nunca que se le había elegido para un honor, o para un puesto de autoridad en la Iglesia. Había sido salvado para servir. Plutarco cuenta que, cuando un espartano obtenía una victoria en los juegos, su recompensa era el poder estar al lado del rey en la guerra. A un luchador espartano en los juegos olímpicos le ofrecieron un soborno muy considerable para que se retirara de la contienda, pero él se negó. Finalmente, después de un esfuerzo imponente, obtuvo la victoria. Alguien le dijo: «Bien, espartano, ¿qué has ganado con la costosa victoria que has obtenido?» Él contestó: « He ganado el privilegio de estar delante de mi rey en el campo de batalla. » Su recompensa era servir a su rey y, si llegaba la ocasión, morir por él. Fue para el servicio, no para el honor, para lo que Pablo sabía que había sido elegido.

(iv) Le daba las gracias porque *le había dotado de poder*. Pablo había descubierto y experimentado que Jesucristo nunca le da a una persona una tarea sin darle también el poder para realizarla. Pablo no habría dicho nunca: « ¡Fijaos en lo que he hecho!, » sino siempre: « ¡Mirad lo que Jesucristo me ha capacitado para hacer! » No hay nadie que sea suficientemente bueno, o fuerte, o puro, o sabio, para ser siervo de Cristo; pero, si se entrega a Cristo, irá, no en su propia fuerza, sino en la fuerza de su Señor.

MEDIOS PARA LA CONVERSIÓN

1 Timoteo 1:12-17 (continuación)

Hay otras dos cosas interesantes en este pasaje.

Resalta el trasfondo judío de Pablo. Dice Pablo que Jesucristo había tenido misericordia de él porque él había cometido sus pecados contra Cristo y Su Iglesia en los días de su ignorancia. A menudo se piensa que los judíos creían que el sacrificio expiaba el pecado: uno pecaba, su pecado quebrantaba su relación con Dios, y entonces el sacrificio se ofrecía y Dios se apaciguaba y se restauraba la relación.

Puede que fuera esa la opinión popular y vulgar del sacrificio; pero el pensamiento judío más elevado insistía en dos cosas. Primera, insistía en que el sacrificio no podía nunca expiar por el pecado deliberado, sino solamente por los pecados que uno cometiera por ignorancia o arrastrado por la pasión. La segunda, el pensamiento judío más elevado insistía en que ningún sacrificio podía expiar por ningún pecado a menos que hubiera contrición en la persona que lo ofrecía. Aquí Pablo está hablando desde su trasfondo judío. La misericordia de Cristo le había quebrantado el corazón; sus pecados los había cometido en los días antes de conocer a Cristo y Su amor; y por estas razones tenía la convicción de que había alcanzado misericordia.

Hay un asunto todavía más interesante, que señala E. F. Brown. El versículo 14 es difícil. En la versión Reina-Valera dice: «La gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús.» La primera parte no es difícil: quiere decir sencillamente que la gracia de Dios se elevó por encima del pecado de Pablo, cubriéndolo. Pero, ¿qué es lo que quiere

decir exactamente «con la fe y el amor que es en Cristo Jesús»? E. F. Brown sugiere que es que la obra de la gracia de Cristo en el corazón de Pablo fue ayudada por la fe y el amor que él encontró en los miembros de la Iglesia Cristiana, cosas como la simpatía y la comprensión y la ama-

bilidad que le mostraron hombres como Ananías, que le devolvió la vista y le llamó < hermano» (*Hechos 9:10-19*), y Bernabé, que se puso a su lado cuando el resto de la Iglesia le miraba con fría, y razonable, sospecha (*Hechos 9:26-28*). Esta es una idea muy preciosa; y, si es correcta, podemos ver que hay tres factores que cooperan en la conversión de cualquier persona.

(i) Primero, está Dios. Fue la oración de Jeremías: «Haz que nos convirtamos a Ti, Señor, y nos convertiremos» (*Lamentaciones 5:21*). Como decía Agustín, no habríamos nunca empezado a buscar a Dios si no fuera porque Él ya nos había encontrado. El Primer Motor es siempre Dios; por detrás del primer deseo de bondad que podamos sentir nosotros, está Su amor buscándonos.

(ii) Está la propia persona. La Versión Autorizada inglesa traduce *Mateo 18:3* totalmente en pasiva: «Except ye be converted and become as little children, ye will never enter the kingdom of heaven» que podríamos traducir: «A menos que se os convierta y se os vuelva como niñitos, nunca entraréis en el reino del cielo.» En las versiones españolas se usa la forma reflexiva, más idiomática en nuestra lengua: «Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino del Cielo.» Debe haber una respuesta humana a la invitación divina. Dios le da a cada uno libre albedrío, que puede usar para aceptar o para rechazar Su ofrecimiento.

(iii) Está la intervención de alguna persona cristiana. Pablo estaba convencido de que había sido enviado para abrirles los ojos a los gentiles, para que se volvieran de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios, para que recibieran el perdón de sus pecados (*Hechos 26:18*). Y Santiago creía que cualquier persona que convierta al pecador del error de su camino «salvará un alma de la muerte y cubrirá una multitud de pecados» (*Santiago 5:19s*). Así que se nos impone una doble obligación. Se ha dicho que un santo es alguien que hace a otros más fácil creer en Dios, y alguien en quien Cristo vive otra vez. Debemos dar gracias por los que nos mostraron a Cristo, cuyas palabras y ejemplo nos trajeron a Él; y debemos esforzarnos para ser la influencia que traiga a otros a Él.

En esta cuestión de la conversión, se combinan la iniciativa de Dios, la respuesta de la persona, y la influencia de los cristianos.

LA VERGÜENZA INOLVIDABLE Y LA INSPIRACIÓN CONSTANTE

1 Timoteo 1:12-17 (conclusión)

Lo que resalta en este pasaje es la insistencia con que Pablo recuerda su propio pecado. Se remonta con un verdadero clímax de palabras para demostrar lo que él le hizo a Cristo y a la Iglesia. El *insultó* a la Iglesia; les había dirigido palabras ardientes y airadas a los cristianos, acusándolos de crímenes contra Dios; había sido *perseguidor*; había echado mano de todos los medios a su alcance bajo la ley judía para aniquilar la Iglesia Cristiana; y entonces viene una terrible palabra: había sido un *hombre de violencia insolente y brutal*. En griego usa la palabra *hybristés*, que indica una clase de sadismo arrogante, y describe a un hombre que se dedica a infligir dolor por el simple placer de infligirlo. El nombre abstracto correspondiente es *hybris*, que Aristóteles definía: «*Xybris* quiere decir hacer daño y afligir a las personas de tal manera que se apila vergüenza sobre el que es herido y afrentado, sin que la persona que inflige el daño y la injuria gane nada más de lo que ya posea, sino que lo haga por el placer que encuentra en su propia crueldad y en el sufrimiento ajeno.»

Así había sido Pablo en relación con la Iglesia Cristiana. No contento con palabras de insulto, llegó al límite de la persecución legal; y no contento con la persecución legal, llegó al límite de la brutalidad sádica en su intención de erradicar la fe cristiana. Recordaba aquello; y hasta el fin de su vida se consideraba el primero de los pecadores. No es que *había sido*

el primero de los pecadores; lo seguía siendo. Es verdad que no podía olvidar nunca que era un pecador perdonado; pero tampoco podía olvidar nunca que era un pecador. ¿Por qué había de recordar su pecado tan vivamente?

(i) El recuerdo de su pecado era la manera más segura de guardarse del orgullo. No podía haber tal cosa como orgullo espiritual para un hombre que había hecho las cosas que había hecho Pablo. John Newton fue uno de los grandes predicadores y autores de himnos de la Iglesia; había caído en lo más bajo a que puede llegar un hombre en los días que navegaba los mares en un barco de tráfico de esclavos. Así es que, cuando se convirtió y llegó a ser predicador del Evangelio escribió un texto en letras grandes, y lo colocó en la parte de su despacho donde no podía por menos de verlo: «Te acordarás de que fuiste siervo en la tierra de Egipto, y que el Señor tu Dios te rescató» (*Deuteronomio 15:15*). Y él también escribió su propio epitafio: «John Newton, empleado, antaño infiel y libertino, traficante de esclavos en Africa, fue por la misericordia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo preservado, restaurado, perdonado y nombrado para predicar la Fe que tanto había tratado de destruir.» John

Newton nunca olvidó que era un pecador perdonado; y tampoco Pablo. Y tampoco debemos olvidarlo nosotros. Es bueno para una persona recordar sus pecados; la libra del orgullo espiritual.

(ii) El recuerdo de su pecado era la manera más segura de mantener la llama de su gratitud. El recordar que hemos sido perdonados es la manera más segura de mantener vivo nuestro amor a Jesucristo. F. W. Boreham cita una carta que le escribió el antiguo puritano Thomas Goodwin a su hijo: «Cuando yo amenazaba con enfriarme en mi ministerio, y cuando sentía llegar el domingo por la mañana y que no tenía lleno el corazón con la maravilla de la gracia de Dios, o cuando me estaba disponiendo a administrar la Cena del Señor, ¿sabes lo que solía hacer? Solía darme un repaso arriba y abajo por todos los pecados de mi vida pasada, y siempre volvía con el corazón contrito y humillado, dispuesto a predicar como se predicaba antes, el perdón de los pecados.» «No creo -leíaque he subido nunca las escaleras del púlpito sin detenerme un momento al pie de ellas y darme un repaso por los pecados de mis años pasados. No creo que he preparado nunca un sermón sin darme una vuelta alrededor de mi mesa de despacho mirando atrás a los pecados de mi juventud y de toda mi vida hasta el presente; y muchas mañanas de domingo, cuando estaba con el alma fría y seca por falta de oración durante la semana, volvía a dar un repaso a mi vida pasada antes de entrar en el púlpito, quebrantaba mi duro corazón y me aplicaba el Evangelio a mi propia alma antes de empezar a predicar.» Cuando recordamos como hemos herido a Dios y a los que nos aman y a nuestros semejantes, y cuando recordamos cómo nos han perdonado Dios y los hombres, ese recuerdo debe despertar la llama de la gratitud en nuestros propios corazones.

(iii) El recuerdo de su pecado era un acicate constante para realizar un mayor esfuerzo. Es absolutamente cierto que un hombre no puede ganar nunca la aprobación de Dios, o merecer Su amor; pero es igualmente cierto que no puede nunca dejar de tratar de hacer algo para mostrar hasta qué punto aprecia el amor y la misericordia que le han hecho lo que es. Siempre que amamos a una persona no podemos evitar el tratar siempre de demostrar nuestro amor. Cuando recordamos cuánto nos ama Dios, y lo poco que lo merecemos, cuando recordamos que fue por nosotros por lo que Jesucristo pendió de la Cruz y murió en el Calvario debe impulsarnos a un esfuerzo que Le diga a Dios que nos damos cuenta de lo que ha hecho por nosotros, y que Le muestre a Jesucristo que Su Sacrificio no fue en vano.

(iv) El recuerdo de su pecado no podía por menos de ser un aliento constante para otros. Pablo usa una imagen plástica. Dice que lo que le sucedió a él era una especie de boceto de lo que les iba a suceder a los que aceptaran a Cristo en los días por venir. La palabra que usa es *hypotyposis*, que quiere decir un croquis, bosquejo, esquema, esbozo, apunte, proyecto. Es como si Pablo dijera: «¡Fijaos en lo que Cristo ha hecho por mí! Si uno como yo se puede salvar, hay esperanza para todo el mundo.» Supongamos que un hombre está sumamente grave, y tiene que someterse a una operación peligrosa; sería el máximo ánimo que se le pudiera dar si hablara con alguien que había pasado aquella operación y había quedado totalmente curado. Pablo no ocultaba tímidamente su pasado; se lo presentaba claramente a otros para que tuvieran coraje y se llenaran de esperanza de que la gracia que le había cambiado a él podía cambiarlos igualmente a ellos.

El gran-corazón de El *Peregrino* les decía a los chicos: «Tenéis que saber que el Prado del Olvido es el lugar más peligroso de todos estos parajes.» El pecado de Pablo era algo que él se negaba a olvidar; porque cada vez que recordaba la grandeza de su pecado recordaba la aún mayor grandeza de Jesucristo. No era que estuviera obsesionado de una manera enfermiza con su pecado; era que lo recordaba para regocijarse en la maravilla de la gracia de Jesucristo.

EL ALISTAMIENTO IRRENUNCIABLE

1 Timoteo 1:18-20

Te encargo esta responsabilidad, joven Timoteo, porque es la consecuencia natural de los mensajes que recibieron de Dios los profetas, y que te marcaron como el hombre preciso para esta tarea; para que, obedeciendo a estos mensajes, peles una buena campaña, manteniendo todo el tiempo la fe y la buena conciencia, porque hay algunos que, en lo relativo a la fe, han rechazado la dirección de la conciencia y han sufrido un naufragio. Entre ellos están Himeneo y Alejandro, a los cuales ya he entregado a Satanás para que por medio de la disciplina salgan de sus insultos a Dios y a Su Iglesia.

La primera sección de este pasaje está sumamente comprimida. Lo que se ve detrás de él es lo siguiente. Tiene que haber habido una reunión de los profetas de la Iglesia. Eran hombres a los que se notaba que eran de la confianza de Dios y que Él los admitía a Sus consejos. «Porque no hará nada el Señor Dios sin revelar Su secreto a Sus siervos los profetas.» (Amós 3:7). En la referida reunión se pensó sobre la situación que amenazaba a la iglesia, y se llegó a la conclusión de que Timoteo era el hombre ideal para hacerse cargo. Podemos ver a los profetas actuando exactamente de esta manera en *Hechos 13:13*. La Iglesia se encontraba ante la gran decisión de si llevar el Evangelio a los gentiles o no; y fueron los profetas los que recibieron el mensaje del Espíritu Santo: «Apartadme a Bemabé y a Saulo para el trabajo al que los he llamado» (*Hechos 13:7*). Eso había sido lo que había sucedido con Timoteo. Había sido señalado por los profetas como el hombre para hacerse cargo de la situación de la Iglesia. Bien puede haber sido que él se encogiera ante la grandeza de la tarea que se le presentaba; y en este pasaje Pablo le anima con ciertas consideraciones.

(i) Pablo le dice: «Tú eres el hombre que ha sido escogido, y no puedes rechazar la responsabilidad.» Algo así le sucedió al reformador escocés John Knox. Había estado enseñando en Saint Andrews. Se suponía que su enseñanza era privada, pero muchos acudían a él porque era obvio que era un hombre con un mensaje. Así es que le exhortaron a «que se hiciera cargo del ministerio de la predicación. El se negó en redondo, alegando que no podía meterse donde Dios no le había llamado... A lo cual ellos, después de tener una consulta privada con sir David Lindsay of the Mount, concluyeron que debían encargar al dicho John, y públicamente por boca de su predicador.»

Así que llegó el domingo, y Knox estaba en la iglesia, y John Rough estaba predicando. «El dicho John Rough, el predicador, dirigió sus palabras al dicho John Knox diciéndole: "Hermano, no te debes dar por ofendido de que yo te diga lo que me han encargado todos los que están aquí presentes, que es lo siguiente: En nombre de Dios, y de Su Hijo Jesucristo, y en el nombre de estos que en el momento presente te llaman por mi boca, te exhorto que no rehúses esta santa vocación, sino... que asumas la responsabilidad pública y el ministerio de la predicación, tan ciertamente como tratas de evitar la seria desaprobación de Dios y deseas que multiplique Sus gracias sobre ti." Y acabó diciendo a los que estaban presentes: "¿No fue esto lo que me encargasteis? ¿Y no aprobáis esta vocación?" Ellos respondieron: "En efecto; y nosotros lo aprobamos." A lo cual el dicho John Knox, humillado, rompió en abundantísimas lágrimas, y se retiró a su habitación. Su aspecto y comportamiento, desde aquel día hasta el día en que se vio obligado a presentarse en el lugar público de la predicación, declaraban con suficiente claridad la angustia y preocupación de su corazón; porque nadie vio la menor señal de ligereza en él, ni tampoco encontró placer en estar en compañía de nadie durante muchos días.»

John Knox fue elegido; no quería aceptar la vocación, pero tuvo que aceptar porque la elección la había hecho Dios. Años después, el regente Morton pronunció su famoso epitafio junto a la tumba de Knox: «Con respecto a cómo asumió el mensaje de Dios, porque es a Él a Quien debe atribuirse, él (aunque era débil y una criatura indigna, y un hombre tímido, no temió ante ningún hombre.» La conciencia de ser elegido le infundió el coraje que necesitaba.

Así es que Pablo le dice a Timoteo: «Tú has sido escogido; no Le puedes fallar a Dios, ni a los hombres.» A cualquiera de nosotros llega la elección de Dios; y cuando se nos convoca para un trabajo para Él, no osaremos rechazarlo.

(ii) Puede ser que Pablo estuviera diciendo a Timoteo: «Sé fiel a tu nombre.» Timoteo -la forma completa de su nombre era *Timótheos*- se compone de dos palabras griegas: *timé*, que quiere decir *honor*, y *theós*, *Dios*; así es que *Timótheos* quiere decir *el honor de Dios*. Si nos llamamos *cristianos*, del rebaño de Cristo, debemos ser fieles a ese nombre.

(iii) Por último, Pablo le dice a Timoteo: < Te encargo de esta responsabilidad. » La palabra que usa Pablo para *encargar* es *paratizesthai*, que es la que se usa para confiar algo valioso a alguien para que lo mantenga a salvo. Se usa, por ejemplo, de hacer un depósito en un banco, o de confiar algo al cuidado de alguien. Siempre quiere decir que se le ha confiado a alguien un depósito del que luego se le pedirán cuentas. Así es que Pablo dice: < Timoteo, estoy poniendo en tus manos un depósito sagrado. Mírate muy mucho que no falles. » Dios deposita Su confianza en nosotros; deja en nuestras manos Su honor y el de Su Iglesia. Nosotros también debemos asegurarnos de no fallarle.

LANZADO A LA CAMPAÑA DE DIOS

1 Timoteo 1:18-20 (continuación)

Entonces, ¿qué es lo que se le ha confiado a Timoteo? Se le ha destinado a realizar una buena campaña. La alegoría de la vida como campaña siempre ha fascinado los pensamientos de los hombres. Máximo de Tiro decía: «Dios es el general; la vida es la campaña; el hombre es el soldado.» Séneca decía: «Para mí la vida, mi querido Lucilio, es una milicia.» Cuando uno mostraba interés en convertirse en seguidor de la diosa Isis y se iniciaba en los misterios relacionados con el nombre de la diosa, la llamada que se le dirigía era: « ¡Alístate en el ejército sagrado de Isis! »

Hay tres cosas que se deben notar.

(i) No es para una batalla para lo que se nos alista; es para una campaña. La vida es una larga campaña, un servicio del que no se licencia uno; no es una lucha breve y aguda después de la cual uno puede dejar las armas y descansar en paz. Cambiando la metáfora, la vida no es un sprint; es una carrera de maratón. Ahí es donde radica su peligro. Es menester estar siempre alerta. «La vigilancia eterna es el precio de la libertad.»

Las tentaciones de la vida no cesan nunca en su búsqueda de una grieta en la armadura del cristiano. Es uno de los peligros más corrientes de la vida el proceder en una serie de espasmos. Debemos recordar que se nos alista para una campaña que se prolonga tanto como la vida.

(ii) Fue a una campaña preciosa a la que se convocó a Timoteo. Aquí tenemos de nuevo la palabra *kalós*, que gusta tanto a las Pastorales. No quiere decir solamente algo que es bueno y fuerte; quiere decir algo que es también precioso y atractivo. El soldado de Cristo no es un forzado que sirve lúgubrementemente y de mala gana. Es un voluntario que sirve con la ilusión y dedicación de un caballero andante. No es un esclavo del deber, sino un siervo de la alegría.

(iii) A Timoteo se le instruye que tome consigo dos armas como equipo. (a) Debe tomar la fe. Hasta cuando las cosas estén más negras, debe tener fe en la esencial rectitud de su causa y en el triunfo definitivo de Dios. Fue la fe lo que mantuvo firme a John Knox cuando estaba desesperado. Una vez, cuando era un galeote, su barco estaba frente a Saint Andrews. Él estaba tan débil que tuvieron que auparle para que lo viera. Le señalaron la torre de la iglesia, y le preguntaron si la conocía. < Sí -dijo-, la conozco muy bien; y estoy convencido de que, aunque ahora parezco estar más débil que nunca, no me voy a ir de este mundo hasta que mi lengua glorifique Su santo nombre en ese mismo lugar. » Escribe sus sentimientos en 1554 cuando tuvo que huir del país para escapar de la venganza de María Tudor: « No sólo los impíos, sino hasta mis hermanos fieles, sí, y hasta yo mismo, es decir todo pensamiento natural, juzgaba mi causa desesperada. La frágil carne, oprimida por el temor y el dolor, deseaba liberación, aun aborreciendo y retrayéndose de la obediencia comprometida. ¡Oh, hermanos cristianos, escribo por experiencia... Conozco las quejas lastimosas y murmuradoras de la carne; conozco la ira, la rabia y la indignación que se concibe contra Dios, invocando todas Sus promesas con dudas, y estando dispuesto en cualquier momento a apartarse irremisiblemente de Dios.

Contra lo cual permanece solamente la fe. » El soldado cristiano necesita en la hora más tenebrosa le fe que no se rinde. (b) Ha de tomar como arma defensiva *una buena conciencia*. Es decir, el soldado cristiano debe por lo menos tratar de vivir de acuerdo con su propia doctrina. La virtud se ausenta del mensaje de un hombre cuando su propia conciencia le condena cuando habla.

UNA SEVERA REPRESIÓN

1 Timoteo 1:18-20 (conclusión)

Este pasaje cierra con una seria reprensión a dos miembros de la iglesia. que habían injuriado a la iglesia, entristecido a Pablo y arruinado sus propias vidas. Himeneo se menciona otra vez en 2 *Timoteo* 2:17; y Alejandro puede que sea el que se menciona en 2 *Timoteo* 4:14. Pablo tiene tres quejas de ellos.

(i) Se habían apartado de la dirección de la conciencia. Habían dejado que sus propios deseos hablaran con voz más persuasiva que la de Dios.

(ii) Habían vuelto atrás, a prácticas malvadas. Una vez que abandonaron a Dios, la vida se les hizo sucia y baja. Cuando se echa a Dios de la vida, la belleza se va con Él.

(iii) Se habían entregado a una doctrina falsa. También esto era casi inevitable. Cuando una persona se desvía, su primer instinto es buscarse disculpas. Toma la enseñanza cristiana, y la tergiversa a su gusto para que le dé la razón. De lo correcto extrae argumentos retorcidos para justificar lo incorrecto. Encuentra argumentos en las palabras de Cristo para justificar los caminos del diablo. En cuanto una persona desobedece la voz de la conciencia, su conducta se rebaja y su pensamiento se retuerce.

Así es que Pablo pasa a decir que « se los ha entregado a Satanás. » ¿Qué quiere decir esta frase terrible? Hay tres posibilidades.

(i) Puede que esté pensando en la práctica judía de la excomunión. De acuerdo con la práctica de la sinagoga, si un hombre era un malhechor, primero se le reprendía públicamente. Si eso resultaba ineficaz, se le excluía de la sinagoga por un período de treinta días. Si aún seguía tozudamente impenitente, se le colocaba bajo excomunión, lo que le convertía en una persona maldita, separada de la sociedad humana y de la comunión con Dios. En tal caso se podía muy bien decir que se le había entregado a Satanás.

(ii) Puede que esté diciendo que los ha separado de la iglesia y dejado otra vez en el mundo. En una sociedad pagana era inevitable que se trazara una línea divisoria clara y dura entre la Iglesia y el mundo. La Iglesia era el territorio de Dios; el mundo, el de Satanás. Y el ser excluido de la Iglesia era quedar en el territorio que estaba bajo la dictadura de Satanás. La frase puede que quiera decir que estos dos que causaban problemas en la iglesia se abandonaban al mundo.

(iii) La tercera explicación es la más probable. Se consideraba a Satanás responsable del sufrimiento y del dolor humano. Un hombre de la iglesia de Corinto había sido culpable del terrible pecado de incesto. El consejo de Pablo fue que debía ser entregado a Satanás «para la destrucción de la carne, para que el espíritu pueda ser salvo en el día del Señor Jesús» (1 *Corintios* 5:5). La idea es que la Iglesia debe pedir a Dios que le recaiga a esa persona algún castigo físico, alguna enfermedad o dolor en su cuerpo, que le haga volver en sí. En el caso de Job fue Satanás el que le trajo sufrimientos físicos (*Job* 2:6s). En el Nuevo Testamento mismo tenemos la terrible consecuencia que sufrieron Ananías y Safira (*Hechos* 5:5-10), y la ceguera que le sobrevino a Elimas por oponerse al Evangelio (*Hechos* 13:11). Bien puede ser que Pablo pidiera a Dios que esos dos hombres experimentaran alguna dolorosa visitación que fuera para ellos tanto un castigo como una advertencia.

Es lo más probable, porque la esperanza de Pablo era que aquellos dos hombres no quedaran excluidos definitivamente y destruidos, sino disciplinados y rehabilitados. Para él, como debería ser para nosotros, el castigo no era nunca vindicativo, sino una disciplina remedial que no estaba diseñada simplemente para hacer daño, sino para curar.

LA UNIVERSALIDAD DEL EVANGELIO

1 Timoteo 2:1-7

Así pues, la primera cosa que os recomiendo encarecidamente es que ofrezcáis peticiones, oraciones, ruegos, acciones de gracias, por todos los seres humanos. Orad por los reyes y por todos los que están en autoridad, para que gocen una vida que sea tranquila y reposada y que puedan actuar con toda piedad y reverencia. Esa es la manera digna de vivir, la que cuenta con la aprobación de Dios nuestro Salvador, Que quiere que todas las personas se salven y que vengan a un conocimiento pleno de la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y el hombre, el Hombre Jesucristo, Que Se dio a Sí mismo en expiación por todos. Fue así como Él dio Su testimonio de Dios en Su propio tiempo propicio, un testimonio del que yo he sido nombrado heraldo y enviado (estoy diciendo la verdad, esto no es ninguna mentira), maestro de los paganos, y mi mensaje esta basado en la fe y en la verdad.

Antes de estudiar este pasaje en detalle, debemos fijarnos en una cosa que resalta de manera que no se puede por menos de notar. Pocos pasajes de Nuevo Testamento hacen un hincapié tan claro en la universalidad del Evangelio. La oración se ha de hacer por *todos* los hombres; Dios es el Salvador Que desea que *todos* los hombres se salven; Jesús dio Su vida en rescate por *todos*. Como escribe Walter Lock, «la voluntad salvífica de Dios es tan amplia como Su voluntad creadora.»

Esta es una nota que suena una y otra vez en el Nuevo Testamento. Por medio de Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo (2 Corintios 5:18s). De tal manera amó Dios al mundo que dio a Su Hijo (Juan 3:16). Jesús tenía confianza en que, cuando fuera elevado sobre la Cruz, más tarde o más temprano atraería a todos los hombres a Sí mismo (Juan 12:32).

E. F. Brown llama a este pasaje < la carta magna de la obra misionera. » Dice que es la prueba de que todas las personas son *capax Dei*, capaces de recibir a Dios. Puede que estén perdidos, pero pueden ser encontrados; puede que sean ignorantes, pero pueden ser iluminados; puede que sean pecadores, pero pueden ser salvos. George Wishart, el precursor de John Knox, escribe en su traducción de la Primera Confesión Suiza: «El fin y el propósito de la Escritura es declarar que Dios es benevolente y amigable para con la humanidad; y que ha declarado esa amabilidad Suya en y por medio de Jesucristo, Su único Hijo; la cual amabilidad se recibe por la fe.» Por eso se deben ofrecer oraciones por todos los seres humanos. Dios quiere a todas las personas; y así, por tanto, debe querer Su Iglesia.

(i) El Evangelio incluye a los de arriba y los de abajo. Tanto el emperador en la cumbre de su poder como el esclavo en su indefensión están incluidos en el abrazo del Evangelio. Tanto el filósofo con su sabiduría como el hombre sencillo en su ignorancia necesitan la gracia y la verdad que el Evangelio les puede traer. En el Evangelio no hay diferencias de clase. El rey y el plebeyo, los ricos y los pobres, los aristócratas y los campesinos, el amo y el esclavo están todos incluidos en su abrazo ilimitado.

(ii) El Evangelio incluye a buenos y malos. Hay una extraña enfermedad que está afligiendo a la Iglesia en los tiempos modernos, que la hace insistir en que uno tiene que ser respetable antes de ser admitido, y mirar con suspicacia a los pecadores que tratan de entrar por sus puertas. Pero el Nuevo Testamento deja bien claro que la Iglesia existe, no solamente para edificar a los buenos, sino para recibir y salvar a los pecadores.

Uno de los grandes santos de los tiempos modernos, y de todos los tiempos, fue Toyohiko Kagawa. Fue a Shinkawa adonde se dirigió para buscar hombres y mujeres para Cristo, y vivió allí en los suburbios más abandonados y asquerosos del mundo.

W. J. Smart describe la situación: «Sus vecinos eran prostitutas no inscritas, ladrones que presumían de su astucia para burlar a toda la policía de la ciudad, asesinos que estaban orgullosos no solo de su ficha de crímenes sino siempre dispuestos a añadir a su curriculum nuevos delitos. Toda la gente, ya fueran débiles o retrasados mentales o criminales, vivían en condiciones de miseria abismal, en calles resbaladizas de porquería donde las ratas salían arrastrándose de las alcantarillas abiertas para morir. El aire estaba siempre cargado de hedor. Una chica idiota que vivía en la chabola de al lado de la de Kagawa tenía pinturas viles pintadas en la espalda para seducir a los hombres a su nido. Por todas partes había cuerpos humanos pudriéndose de sífilis.» Kagawa quería a las personas así lo mismo que Jesucristo, porque El quiere a *todos los seres humanos* lo mismo buenos que malos.

(iii) El Evangelio abraza a los cristianos y a los no cristianos. La oración se ha de hacer por literalmente *todos los seres humanos*. Los emperadores y gobernantes por los que esta carta nos exhorta a orar no eran cristianos; eran de hecho hostiles a la Iglesia; y, sin embargo; había que presentarlos ante el trono de la gracia en las oraciones de la Iglesia. Para el verdadero cristiano no hay tal cosa como un enemigo en todo el mundo. Nadie está fuera de sus oraciones, porque nadie está fuera del amor de Cristo ni del propósito de Dios, Que quiere que *todos los seres humanos* se salven.

EL CAMINO DE LA ORACIÓN

1 Timoteo 2:1-7 (continuación)

Aquí se agrupan cuatro palabras diferentes para la oración. Es verdad que no se deben distinguir abruptamente; pero cada una de ellas tiene algo que decirnos acerca del camino de la oración.

(i) La primera es *deésis*, que hemos traducido como *competiciones*. No es exclusivamente una palabra religiosa; se puede referir indistintamente a una petición que se hace a otra persona o a Dios; pero su idea fundamental es un sentimiento de necesidad. Nadie hace una petición a menos que se le haya despertado el deseo un sentimiento de necesidad. La oración empieza por ese sentimiento, con la convicción de que no podemos enfrentarnos con la vida solos. Ese sentimiento de debilidad humana es la base de que acudamos a Dios.

(ii) La segunda es *proseujé*, que hemos traducido por *oración*. La diferencia básica entre *deésis* y *proseujé* es que *deésis* se puede dirigir a un hombre o a Dios, pero *proseujé* nunca se usa nada más que en relación con Dios. Hay ciertas necesidades que sólo Dios puede satisfacer. Hay una fuerza que sólo Él puede dar; un perdón que sólo Él puede conceder; una certeza que Él sólo puede infundir. Bien puede ser que nuestra debilidad nos persiga porque presentamos nuestras necesidades donde no nos las pueden satisfacer.

(iii) La tercera es *enteuxis*, que hemos traducido como *ruegos*. De las tres palabras ésta es la más interesante. Tiene una historia alucinante. Es el nombre correspondiente al verbo *entynjánein*, que originalmente quería decir *encontrarse o dar con una persona*; de ahí paso a significar *tener una conversación íntima con una persona*; luego adquirió un significado especial, el de *entrar a la presencia de un rey para someterle una petición*. Eso nos dice mucho acerca de la oración. Nos dice que el acceso a Dios está abierto para todos y que tenemos derecho a presentarle nuestras peticiones a Uno Que es el Rey. No hay nada que sea demasiado grande o imposible para pedírselo a Tal Rey.

(iv) La cuarta es *eujaristía*, que hemos traducido como *acción de gracias*. La oración no es sólo pedirle cosas a Dios; también quiere decir darle gracias a Dios por cosas. Porque muchos de nosotros practicamos la oración como un ejercicio de quejas, cuando debería ser un ejercicio de gratitud. Epicteto, que no era un cristiano sino un filósofo estoico, decía: «¿Qué puedo hacer yo, que soy un hombrecillo viejo y cojo, sino alabar a Dios?» Tenemos derecho a presentarle nuestras necesidades a Dios; pero tenemos también el deber de presentarle nuestras acciones de gracias.

ORANDO POR LAS AUTORIDADES

1 Timoteo 2:1-7 (continuación)

Este pasaje nos manda especialmente orar por los reyes y emperadores y todos los que están en autoridad. Éste era un principio cardinal de la oración cristiana en comunidad. Los emperadores puede que fueran perseguidores, y los que estaban en autoridad podrían estar decididos a erradicar el Cristianismo; pero la Iglesia Cristiana nunca, ni siquiera en los tiempos cuando la estaban persiguiendo con el más cruel sadismo, dejó de orar por ellos.

Es extraordinario seguir el rastro por los primeros días, días de cruel persecución, cuando la Iglesia consideraba un deber absoluto el orar por el emperador, y los reyes y gobernadores a él subordinados. «Temed a Dios -dice Pedro-. Honrad al emperador» (1 Pedro 2:17). Y debemos recordar que aquel emperador era nada menos que Nerón, un monstruo de crueldad. Tertuliano insiste en que los cristianos piden a Dios para el emperador «una larga vida, un dominio seguro, un hogar pacífico, un senado fiel, un pueblo íntegro y un mundo en paz» (*Apología* 30). «Pedimos por nuestros gobernantes -escribía-, por el estado del mundo, por la paz de todas las cosas y por el aplazamiento del fin» (*Apología* 39). También escribía: «El cristiano no es enemigo de nadie, y menos del emperador; porque sabemos que, puesto que ha sido elegido por Dios, es necesario que le amemos, y reverenciamos, y honremos, y deseemos su seguridad, lo mismo que la de todo el Imperio Romano. Por tanto sacrificamos por la seguridad del emperador» (*Ad Scapulam* 2). Cipriano, escribiendo a Demetriano, habla de la Iglesia Cristiana «sacrificando y aplacando a Dios noche y día por vuestra paz y seguridad» (*Ad Demetrianum* 20). En el año 311 el emperador Galerio pidió expresamente las oraciones de los cristianos, y les prometió misericordia e indulgencia si oraban por el Estado. Taciano escribe: «¿Que el emperador nos manda dar tributo? Lo ofrecemos de buena voluntad. ¿El gobernador nos manda prestar servicio o servidumbre? Reconocemos nuestra servidumbre. Pero un hombre debe ser respetado como corresponde a un hombre, pero sólo hay que reverenciar a Dios» (*Apología* 4). Teófilo de Antioquía escribe: «El honor que yo le doy al emperador es tanto más grande, porque yo no le doy culto, sino oro por él. No adoro más que al verdadero y único Dios, porque sé que Él ha escogido al emperador... Los que le dan al emperador el verdadero honor son los que están bien dispuestos hacia él, a obedecerle, y que oran por él» (*Apología* 1:11). Justino Mártir escribe: «Adoramos solamente a Dios, pero en todas las otras cosas te servimos alegremente, estamos

contentos de servirte, reconociendo a los reyes y a los gobernadores de los hombres, y orando para que sean hallados actuando conforme a la verdadera razón con su poder real» (*Apología 1:14,17*).

La más grande de todas las oraciones por el emperador se encuentra en la *Primera Carta a la Iglesia de Corinto* que escribió Clemente de Roma hacia el año 90 d.C. cuando el salvajismo de Domiciano estaba todavía reciente en el recuerdo: «Tú, Señor y Maestro, has dado a nuestros gobernantes y autoridades el poder de soberanía en Tu poder excelente e indiscutible, para que nosotros, conociendo la gloria y el honor que Tú les has dado, nos sometamos a ellos en todo aquello que no se oponga a Tu voluntad. Concédeles, por tanto, oh Señor, salud, paz, concordia, estabilidad, para que administren sin falta el gobierno que Tú les has dado. Porque Tú, oh Dueño soberano, Rey de los siglos, das a los hijos de los hombres gloria y honor y poder sobre todas las cosas que están sobre la Tierra. Dirige, Señor, su consejo de acuerdo con lo que consideras bueno y agradable, para que, administrando el poder que Tú les has dado en paz y benevolencia con piedad, obtengan Tu favor. Oh Tú, que eres el único capaz de hacer estas cosas, y cosas incalculablemente mejores que estas por nosotros, te alabamos mediante el Sumo Sacerdote y Guardián de nuestras almas, Jesucristo, por medio de Quien la gloria y la majestad sean dadas a Ti tanto ahora como por todas las generaciones y por siempre jamás. Amén» (1 *Clemente 61*).

La Iglesia siempre consideró un deber inexcusable el orar por los que ocupaban puestos de autoridad en los reinos de la Tierra; y traía incluso a sus perseguidores ante el trono de la gracia como Jesucristo nos ha mandado: «Orad por los que os ultrajan y os persiguen» (*Mateo 5:44*).

LOS DONES DE DIOS

1 Timoteo 2:1-7 (continuación)

La Iglesia pedía ciertas cosas para los que estaban en autoridad.

(i) Pedía para ellos «una vida tranquila y reposada.» Ésa era la oración por liberación de guerra, de rebelión y de cualquier cosa que inquietara o disturbara la paz del reino. Ésta es la oración de un buen ciudadano.

(ii) Pero la Iglesia pedía mucho más que eso. Pedía «una vida que se vive en piedad y reverencia». Aquí se nos presentan dos grandes palabras que son clave en las Epístolas Pastorales y describen cualidades que debe ambicionar no solamente el gobernante sino todo cristiano.

La primera es la *piedad, eusébeia*. Esta es una de las grandes y casi intraducibles palabras griegas. Describe reverencia tanto para con Dios como para con el hombre, esa actitud de la mente que respeta al hombre y honra a Dios. Eusebio la definía como «reverencia hacia el solo y único Dios, y la clase de vida que Él quiere que vivamos.» Para los griegos, el gran ejemplo de *eusébeia* fue Sócrates, a quien Jenofonte describe con los siguientes términos: «Tan piadosa y devotamente religioso que no daría un paso fuera de la voluntad del cielo; tan justo y recto que no cometería nunca ni aun la injuria más insignificante a ningún alma viviente; tan controlado, tan templado, que nunca en ninguna ocasión escogió lo más dulce en lugar de lo más amargo; tan sensible y sabio y prudente que nunca erraba al distinguir lo mejor de lo peor» (Jenofonte: *Memorabilia*, 4, 8,11). *Eusébeia* está muy cerca de la gran palabra latina *pietas*, que Warde Fowler describe así: «La cualidad conocida por los latinos como *pietas* se eleva a pesar de pruebas y peligros por encima de los engaños de la pasión individual y de la facilidad egoísta. La *pietas* de Eneas era un sentimiento del deber para con la voluntad de los dioses, tanto como para su padre, su hijo y su pueblo; y este deber nunca le abandona.» Está claro que *eusébeia* es una cosa tremenda. Nunca olvida la reverencia que le es debida a Dios; nunca olvida los derechos que se deben a los hombres; nunca olvida el respeto que se debe a uno mismo. Describe el carácter de la persona que nunca falla a Dios al hombre o a sí misma.

Segundo, está la *reverencia, semnótés*. Aquí nos encontramos otra vez en el reino de lo intraducible. El adjetivo correspondiente, *semnós*, se aplica constantemente a los dioses. R. C. Trench dice que el que es *semnós* «tiene una gracia y una dignidad que no presta la Tierra.» Dice que es el que, «sin pedirla, inspira reverencia.» Aristóteles fue el gran maestro griego de ética. Tenía una manera de describir cualquier virtud como el término medio entre dos extremos. A un lado estaba el extremo por exceso y al otro, por defecto; y entre los dos estaba el término medio en el que se encontraba la virtud. Aristóteles dice que *semnótés* es el término medio entre *areskia*, *servilismo*, y *authadía*, *arrogancia*. Bien se puede decir que para el que es *semnós* toda la vida es un acto de culto; toda la vida se vive en la presencia de Dios; se mueve por el mundo, como ha dicho alguien, como si fuera el templo del Dios vivo. Nunca olvida la santidad de Dios ni la dignidad del hombre.

Estas dos son grandes cualidades regias que cada uno debe codiciar y pedir para sí en oración.

1 Timoteo 2:1-7 (conclusión)

Pablo concluye con la afirmación de las grandes verdades de la fe cristiana.

(i) Hay un solo Dios. No vivimos en un mundo como el que los gnósticos inventaron con sus teorías de dos dioses hostiles entre sí. No vivimos en un mundo como el que suponían los paganos con su horda de dioses, a menudo rivales entre sí. Los misioneros nos dicen que uno de los grandes alivios que trae el Cristianismo a los paganos en la convicción de que no hay más que un solo Dios. Viven constantemente aterrados con los dioses y es para ellos una emancipación el descubrir que no hay más que un solo Dios cuyo nombre es Padre y cuya naturaleza es amor.

(ii) Hay un solo Mediador. Aun los judíos habrían dicho que hay muchos mediadores entre Dios y el hombre. Un mediador es uno que se coloca entre dos partes y actúa como intermediario. Para los judíos, los ángeles eran mediadores. El *Testamento de Dan* (6:2) dice: «Acércate a Dios, y al ángel que intercede por ti, porque él es un mediador entre Dios y el hombre.» Para los griegos había toda clase de mediadores.

Plutarco decía que era un insulto a Dios el concebir que estuviera de alguna manera involucrado directamente en el mundo; estaba en relación con el mundo solamente a través de ángeles y demonios y semidioses que eran, por así decirlo, sus relaciones públicas.

El hombre no tenía acceso *directo* a Dios, ni según el pensamiento judío ni según el griego. Pero por medio de Jesucristo, el cristiano tiene ese acceso directo, que nada puede interrumpir. Además, no hay más que *un solo* mediador. E. F. Brown nos dice que eso es, por ejemplo, lo que los hindúes encuentran tan difícil creer. Ellos dicen: <Vuestra religión está bien para vosotros y la nuestra para nosotros.> Pero a menos que haya un solo Dios y un solo mediador no podrá haber tal cosa como fraternidad humana. Si hay muchos dioses y muchos mediadores compitiendo por la lealtad y el amor de los humanos, la religión se convierte en algo que divide a los hombres en lugar de unirlos. Es precisamente porque hay un solo Dios y un solo mediador por lo que los hombres son hermanos entre sí.

Pablo pasa a llamar a Jesús el Que dio Su vida en rescate por todos. Eso quiere decir simplemente que Le costó a Dios la vida y la muerte de Su hijo el recuperar para Sí a los hombres. Hubo un hombre que había perdido un hijo en la guerra. Había vivido una vida de lo más descuidada y aun impía; pero la muerte de su hijo le colocó cara a cara con Dios como nada nunca antes. Llegó a ser un hombre cambiado. Cierta día estaba parado ante una lápida conmemorativa de la guerra, mirando en ella el nombre de su hijo. Y dijo muy humildemente: «Supongo que él tuvo que rebajarse hasta ese punto para elevarme a mí.» Eso es lo que hizo Jesús; dio Su vida para revelarnos el amor de Dios y traernos de vuelta a casa.

Entonces Pablo reclama para sí cuatro oficios.

(i) Es *un heraldo* de la historia de Jesucristo. Un heraldo es uno que hace un anuncio y que dice: «¡Esto es la verdad!» Es un hombre que trae una proclamación que no es suya propia, sino que le ha encargado el rey.

(ii) Es *un testigo* de la historia de Cristo. Un testigo es el que puede decir: «Esto es verdad, y yo lo sé» y también «produce resultados». Es uno que transmite, no solamente la historia de Cristo, sino también la historia de lo que Cristo ha hecho por él.

(iii) Es *un enviado*. Un enviado es uno cuyo deber es representar a su país en tierra extranjera. Un enviado en el sentido cristiano es por tanto uno que comunica la historia de Cristo a otros. Quiere comunicar la historia a otros para que represente tanto para ellos como representa para él.

(iv) Es *un maestro*. *El heraldo* es la persona que proclama los hechos; *el testigo* es la persona que proclama el poder de los hechos; *el enviado* es la persona que recomienda los hechos; *el maestro* es la persona que conduce a otros al significado de los hechos. No basta con conocer y saber que Cristo vivió y murió; debemos pensar a fondo lo que eso quiere decir. Una persona debe no sólo sentir la maravilla de la historia de Cristo; debe pensar a fondo en su significado para sí mismo y para el mundo.

BARRERAS PARA LA ORACIÓN

1 Timoteo 2:8-15

Así pues, es mi deseo que los hombres oren en todos los lugares elevando manos santas, sin ira en sus corazones ni dudas en sus mentes. De la misma manera es también mi deseo que las mujeres se adornen con modestia y discreción y ropa adecuada. Este adorno no debe consistir en peinados artificiosos y adornos de oro y perlas sino -como corresponde a mujeres que profesan reverenciar a Dios- deben adornarse con buenas obras. Que la mujer aprenda en silencio y con toda sumisión. Yo no permito enseñar o recibir el hombre de la mujer. Más bien mi consejo es que ésta mantenga silencio. Porque Adán fue formado primero y después Eva; y Adán no fue engañado, sino la mujer, que se vio envuelta en trasgresión de esa manera. Pero las mujeres serán salvas criando hijos, si se mantienen en la fe y en el amor, y si se conducen con prudencia por el camino que conduce a la santidad.

La Iglesia Primitiva adoptó la actitud judía para la oración, que era de pie, con los brazos extendidos y las palmas hacia arriba. Más tarde Tertuliano había de decir que ésta reflejaba la postura de Jesús sobre la cruz.

Los judíos siempre habían sabido de ciertas barreras que impedían que las oraciones llegaran a Dios. Isaías oyó a Dios decirle a Su pueblo: «Cuando extendáis vuestros brazos, esconderé de vosotros Mis ojos; aunque elevéis muchas preces, no escucharé; vuestras manos están llenas de sangre» (*Isaías 1:15*). Aquí también se demandan ciertas condiciones.

(i) El que ore debe extender manos santas. Debe mantener elevadas hacia Dios manos que no toquen las cosas prohibidas. Esto no quiere decir ni por un momento que el pecador no tenga acceso a Dios; pero sí quiere decir que no hay realidad en las oraciones de la persona que sale a ensuciarse las manos con cosas prohibidas como si nunca hubiera orado. No se está pensando en el hombre que se encuentra en las garras de alguna pasión y desesperadamente luchando contra ella, amargamente consciente de su fracaso. Se está pensando en el hombre cuyas oraciones son un puro formulismo.

(ii) El que ore no ha de tener ira en su corazón. Se ha dicho que «el perdón es indivisible.» El perdón humano y el divino van de la mano. Una y otra vez Jesús subraya el hecho de que no podemos esperar recibir el perdón de Dios mientras estemos enemistados con nuestros semejantes. «Por tanto, si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces vuelve y presenta tu ofrenda» (*Mateo 5:23s*). «Pero si no perdonáis sus ofensas a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (*Mateo 6:15*). Jesús cuenta que el siervo que se negó a perdonar se encontró con que a él tampoco se le perdonaba, y termina: «Así también Mi Padre celestial hará con cualquiera de vosotros que no perdone a su hermano de todo corazón» (*Mateo 18:35*). Para ser perdonado uno tiene que ser perdonador. *La Didajé*, el primero de los libros cristianos sobre el culto público, que data de alrededor del año 100 d.C. dice: «Que no venga a nosotros ninguno que tenga una pelea con su prójimo hasta que se reconcilien.» El rencor en el corazón de una persona es una barrera que impide que sus oraciones lleguen a Dios.

(iii) El que hace oración no debe tener dudas en la mente. Esta frase puede querer decir dos cosas. La palabra que se usa es *dialoguismós*, que puede querer decir o *discusión* o *duda*. Si la tomamos en el sentido de *discusión*, simplemente repite lo que precede y reitera el hecho de que el rencor y las peleas y las discusiones envenenadas son un obstáculo para la oración. Es mejor tomar el sentido de *duda*. Antes de que la oración sea contestada tiene que haber fe en que Dios contestará. Si una persona ora de una manera pesimista y sin una fe verdadera en que tiene sentido, su oración cae a tierra porque no tiene alas para remontarse. Antes de que una persona pueda ser curada, debe creer que puede ser curada; antes que una persona pueda echar mano de la gracia de Dios debe creer en esa gracia. Debemos dirigir a Dios nuestras oraciones en completa confianza de que Él escucha y contesta la oración.

LAS MUJERES EN LA IGLESIA

I Timoteo 2:8-15 (conclusión)

La segunda parte de este pasaje trata del lugar de las mujeres en la Iglesia. No se puede leer fuera de su contexto histórico por surgir totalmente de la situación en la que se escribió.

(i) Se escribió desde un trasfondo judío. No ha habido nunca una nación que diera a las mujeres un lugar más importante en el hogar y en la familia que los judíos; pero oficialmente la posición de la mujer era muy inferior. Para la ley judía no era una persona sino una cosa; estaba totalmente a disposición de su padre o de su marido. Se le prohibía aprender la Ley; el instruir a una mujer en la Ley era echar perlas a los puercos. Las mujeres no tomaban parte en el culto de la sinagoga; estaban encerradas aparte en una sección de la sinagoga, como si dijéramos en «el gallinero» donde no se las podía ver. Un hombre iba a la sinagoga *para aprender*; pero, como mucho, una mujer iba *para oír*. La lección de la escritura la leían en la sinagoga los miembros de la congregación; pero nunca mujeres, porque eso habría sido «quitarle honor a la congregación.» Estaba prohibido el que una mujer enseñara en una escuela; ni siquiera a los niños más pequeños. Una mujer estaba exenta de las demandas concretas de la Ley. No le era obligatorio asistir a las fiestas y a los festivales sagrados. Las mujeres, los esclavos y los niños eran de la misma clase. En la oración judía de la mañana, un varón daba gracias a Dios porque no le había hecho «gentil, esclavo o mujer.» En los *Dichos de los Padres* Rabí Yosé Ben Yohanán se cita como diciendo: «Que tu casa esté siempre totalmente abierta, y que los pobres sean tu familia y no hables mucho con ninguna mujer.» De ahí que los sabios hubieran dicho: «Cualquiera que habla mucho con una mujer trae desgracia sobre sí mismo, se aparta de las obras de la Ley y por último hereda de gehena». Un estricto rabino no saludaba nunca a una mujer en la calle, aunque fuera su esposa o hija o madre o hermana. Se decía de la mujer: «Su misión es enviar los niños a la sinagoga; atender a las cuestiones domésticas; dejar libre a su marido para que estudie en las escuelas; y mantener la casa para él hasta que vuelva.»

(ii) Se escribió desde un trasfondo griego. El trasfondo griego ponía las cosas doblemente difíciles. El lugar de la mujer en la religión griega era bajo. El Templo de Afrodita en Corinto tenía mil sacerdotisas que eran prostitutas sagradas, y todas las tardes cumplían su función en las calles de la ciudad. El Templo de Diana en Éfeso tenía centenares de sacerdotisas que se llamaban *melissae*, que quiere decir *abejas*, cuya función era la misma. Una mujer griega respetable llevaba una vida muy recluida. Vivía en una parte de la casa a la que no accedía nada más que su marido. No estaba presente ni en las comidas.

Nunca se la veía sola en la calle; nunca asistía a ninguna reunión pública. El hecho es que si en un pueblo griego las mujeres cristianas hubieran tomado una parte activa y hubieran hecho uso de la palabra, la Iglesia habría ganado inevitablemente la reputación de ser una guarida de mujeres livianas.

Además, en la sociedad griega había mujeres que no vivían más que para vestirse y peinarse elaborada y lujosamente. Plinio nos cuenta que hubo una novia en Roma, Lollia paulina, cuyo vestido de boda costó el equivalente de 100 millones de pesetas o un millón de dólares. Hasta los griegos y los romanos se escandalizaban del amor a los vestidos y las joyas que caracterizaba a algunas de sus mujeres. Las grandes religiones griegas se llamaban misterios o religiones misteriosas, que tenían precisamente las mismas reglas acerca del vestir que Pablo expone aquí. Hay una inscripción que dice: < Una mujer consagrada no ha de tener adornos de oro, ni colorines, ni polvos, ni diademas, ni pelo enrevesado, ni zapatos, excepto los que se hacen de piel de ante o de las pieles de animales sacrificados. » La Iglesia Primitiva no establecía estas reglas con carácter permanente, sino como cosas necesarias en la situación en que se encontraba.

En cualquier caso hay mucho que decir de la otra parte. En la antigua historia había una mujer que fue creada en segundo lugar y que sucumbió a la seducción del tentador de la serpiente tentadora; pero fue María de Nazaret la que dio a luz y crió al niño Jesús; fue María de Magdalena la primera persona que vio al Señor resucitado; fueron cuatro mujeres de entre todos los discípulos las que se mantuvieron al pie de la cruz.

Priscila, con su marido Aquila, eran maestros apreciados en la Iglesia Primitiva, que condujeron a Apolos al conocimiento pleno de la verdad (*Hechos 18:26*). Evodia y Síntique, a pesar de sus desavenencias, eran mujeres que trabajaban en el Evangelio (*Filipenses 4:2s*). El evangelista Felipe tenía cuatro hijas que eran profetisas (*Hechos 21:9*). Las mujeres de más edad tenían que enseñar (*Tito 2:3*). Pablo consideraba a Lidia y Eunice dignas del más alto honor (*2 Timoteo 1:5*); y hay muchos nombres de mujer en el cuadro de honor de los servidores de la Iglesia en *Romanos 16*.

Todo lo de este capítulo son reglas meramente temporales para satisfacer una situación dada. Si queremos saber el punto de vista definitivo de Pablo en esta cuestión, vayamos a *Gálatas 3:28*: < No hay diferencia entre judíos o griegos, esclavos o libres, varones o mujeres, porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo. » En Cristo se borran en la Iglesia las diferencias de lugar y honor y cargos.

Y sin embargo este pasaje termina con una verdad indudable. Las mujeres, dice, se salvarán criando hijos. Esto puede querer decir dos cosas. Es posible que sea una referencia al hecho de que María, una mujer, fue la madre de Jesús, y que eso quiera decir que las mujeres se salvarán -como también los hombres- por ese acto supremo de dar a luz al Mesías. Pero es mucho más probable que el sentido sea mucho más sencillo; y que aquí se quiera decir que las mujeres encontrarán la salvación, no en hablar en las reuniones, sino en la maternidad, que es su corona. Aparte de todos los otros sentidos posibles, la mujer es la reina del hogar.

No debemos leer este pasaje como una barrera para el trabajo de las mujeres en la Iglesia, sino a la luz de su trasfondo judío y griego. Y debemos buscar el punto de vista permanente de Pablo en el pasaje en que nos dice que las diferencias se han borrado, y que hombres y mujeres, esclavos y libres, judíos y gentiles, son todos igualmente elegibles en el servicio de Cristo.

LOS DIRIGENTES DE LA IGLESIA

1 Timoteo 3:1-7

Hay un dicho que todos debemos creer: Si uno aspira al cargo de supervisor de la iglesia, es un trabajo digno el que se ha propuesto. El supervisor debe ser un hombre que no esté sujeto a críticas. Debe haber estado casado solamente una vez; debe ser sobrio, prudente, de buenos modales, hospitalario y con capacidad para la enseñanza. No debe ser excesivamente aficionado al vino, ni ser la clase de persona que se enfrenta con otros, sino debe ser amable y pacífico y libre del amor al dinero. Debe tener su casa en orden, manteniendo a sus hijos bajo control con completa dignidad. (Si uno no sabe dirigir su propia casa, ¿cómo va a estar a cargo de la congregación de Dios?) No debe ser un converso reciente, no sea que se enorgullezca con un sentimiento de su propia importancia, y caiga así en la misma condenación que el diablo. Debe haberse ganado el respeto de los de fuera de la Iglesia, para que no caiga en críticas y en lazo del diablo.

Éste es un pasaje muy importante desde el punto de vista del gobierno eclesiástico. Trata del hombre al que la versión Reina-Valera y muchas otras traducciones llaman *el obispo*, y que hemos traducido por *supervisor*.

En el Nuevo Testamento hay dos palabras que describen a los dirigentes principales de la Iglesia, es decir, los encargados que se habían de encontrar en todas las congregaciones y de cuya conducta y administración dependía su buena marcha.

(i) Estaba el hombre que se llamaba *el anciano* (*presbyteros*). El cargo de anciano es el más antiguo de todos los de la Iglesia. Los judíos tenían sus ancianos, y remontaban su origen a la situación en que Moisés, en el tiempo de la peregrinación por el desierto, nombró a 70 hombres para que le ayudaran en la tarea de controlar y cuidarse del pueblo (*Números 11:16*).

Todas las sinagogas tenían sus ancianos, que eran los verdaderos dirigentes de la comunidad judía. Presidían el culto de la sinagoga; administraban reprensión y disciplina cuando era necesario; zanjaban los pleitos que en otros países se habrían llevado a los tribunales.

Entre los judíos los ancianos eran hombres respetables que ejercían una supervisión paternal sobre los asuntos espirituales y materiales de cualquier comunidad judía. Pero los judíos no eran los únicos que tenían el cargo de anciano. El cuerpo rector de los espartanos se llamaba la *guerusia*, que quiere decir *la junta de los ancianos*. El Parlamento de Roma se llamaba el *Senado*, que viene de *sénex*, que quiere decir *un anciano*. En Inglaterra los hombres que se cuidaban de los asuntos de la comunidad se llamaban *aldermen*, que quiere decir *ancianos*. En los tiempos del Nuevo Testamento todas las aldeas de Egipto tenían sus ancianos que se cuidaban de los asuntos de la comunidad. Los ancianos tenían una larga historia, y tenían un lugar importante en la vida de casi todas las comunidades.

(ii) Pero algunas veces el Nuevo Testamento usa otra palabra, *episkopos*, que se suele traducir por la palabra que ha dado en español, *obispo*, y que quiere decir literalmente *supervisor o superintendente*. Esta palabra también tiene una historia larga y honrosa. La Septuaginta, la versión griega del Antiguo Testamento, la usaba para describir a los *capataces*, que estaban a cargo de las obras públicas y los proyectos de edificación (*2 Crónicas 34:17*). Los griegos la usaban para describir a los hombres nombrados para ir de la ciudad madre a regular los asuntos de una colonia recién fundada en algún lugar lejano. La usaban para describir lo que nosotros llamaríamos comisionados, nombrados para poner en orden los asuntos de una ciudad. Los romanos la usaban para describir a los magistrados nombrados para supervisar la venta de los alimentos dentro de la ciudad de Roma. Se usa de los delegados especiales nombrados por un rey para ver que las leyes que había establecido se cumplieran. *Episkopos* siempre implica dos cosas: Primera, *la supervisión* de algún área o esfera de trabajo, y segunda, *la responsabilidad* o algún poder ante autoridad superior.

La cuestión es: ¿Qué relación había en la Iglesia Primitiva entre el anciano, *presbyteros*, y el supervisor, *episkopos*.

La investigación moderna mantiene prácticamente unánimemente que en la Iglesia Original el *presbyteros* y el *episkopos* eran lo mismo. La base para esa identificación es: (a) Los ancianos se nombraban en todas las iglesias. Después del primer viaje misionero Pablo y Bernabé eligieron ancianos en todas las iglesias que habían fundado (*Hechos 14:23*). A Tito se le instruye que nombre y ordene ancianos en todas las ciudades de Creta (*Tito 1:5*). (b) Las cualificaciones de un *presbyteros* y las de un *episkopos* son idénticas en todos los sentidos (*1 Timoteo 3:2-7*; *Tito 1:6-9*). (c) Al principio de *Filipenses*, Pablo dirige sus saludos a los *obispos* y los *diáconos* (*Filipenses 1:1*). Es totalmente imposible que Pablo no mandara saludos a todos los *ancianos* que, como ya hemos visto, había en todas las iglesias; y por tanto los *obispos* y los *ancianos* deben ser la misma clase de personas en la iglesia. (d) Cuando Pablo estaba haciendo su último viaje a Jerusalén, mandó llamar a los *ancianos* de Éfeso para que se reunieran con él en Mileto (*Hechos 10:17*), y en el curso de su conversación con ellos les dice que Dios los ha hecho *episkopoi* para alimentar la Iglesia de Dios (*Hechos 20:28*). Es decir: Se dirige precisamente al mismo cuerpo de hombres, primero como *ancianos*, y luego como *obispos* o *supervisores*. Cuando Pedro está escribiendo a los suyos, les habla como un *anciano* a *ancianos* (*1 Pedro 5:1*), y entonces pasa a decir que su función es *supervisar* el rebaño de Dios (*1 Pedro 5: 2*), y la palabra que usa para *supervisar*, es el verbo *episkopein*, del que deriva *episkopos*. Toda la evidencia del Nuevo Testamento contribuye a demostrar que el *presbyteros* y el *episkopos*, el anciano y el obispo o supervisor, eran lo mismo y los mismos.

Surgen dos preguntas. La primera, si eran lo mismo, ¿por qué se usaban dos nombres para designarlos? La respuesta es .que *presbyteros* describía a aquellos dirigentes de la Iglesia tal como eran personalmente. Eran los hombres más ancianos, miembros respetados en la comunidad. *Episkopos*, por otra parte, describía *su función*, que era supervisar la vida y el trabajo de la iglesia. Una palabra describía al hombre; la otra describía su tarea.

La segunda pregunta es: Si el anciano y el obispo eran lo mismo en un principio, ¿cómo llegó a ser el obispo lo que llegó a ser? La respuesta es sencilla. Era inevitable que el cuerpo de los ancianos requiriera y adquiriera un moderador. Era esencial que alguien asumiera la dirección, y eso fue lo que sucedió. Cuanto más organizada llegó a estar la Iglesia tanto más era normal que surgiera tal figura. Y el anciano que sobresalía como dirigente llegó a ser conocido como el *episkopos*, el *superintendente* de la iglesia. Pero ha de notarse que era simplemente un dirigente entre iguales. Era de hecho el anciano cuyas circunstancias y cualidades personales se combinaban para hacerle dirigente de la obra de una congregación de la Iglesia Cristiana.

Se verá que el traducir *episkopos* por la palabra *obispo* en el Nuevo Testamento le da un sentido que no le corresponde. Es mejor traducirla por *supervisor o superintendente*.

EL NOMBRAMIENTO Y LOS DEBERES DE LOS DIRIGENTES DE LAS IGLESIAS

1 Timoteo 3:1-7 (continuación)

Este pasaje es interesante además porque nos dice algo del nombramiento y los deberes de los dirigentes de la Iglesia.

(i) Se los apartaba oficialmente para su responsabilidad. Tito tenía que ordenar ancianos en todas las iglesias (Tito 1:5). Los encargados de la iglesia no se nombraban en secreto; se los apartaba a la vista de todos; el honor de la Iglesia se ponía en sus manos públicamente.

(ii) Tenían que pasar un período de prueba. Primero tenían que ser aprobados (1 Timoteo 3:10). Nadie construye un puente o una maquinaria con metal que no haya sido probado. La Iglesia haría bien en ser más estricta en la prueba de los que son elegidos como dirigentes.

(iii) Se les pagaba por el trabajo que tenían que hacer. El obrero se merecía su salario (1 Timoteo 5:18). El dirigente cristiano no trabaja por el sueldo; pero, por otra parte, es el deber de la iglesia que le ha escogido para ese trabajo proveerle de los medios de vida.

(iv) Estaban expuestos a la crítica (1 Timoteo 5:19-22). En la Iglesia Primitiva los encargados tenían una doble función. Eran dirigentes de la iglesia; pero eran también servidores de la iglesia. Tenían que dar cuenta de su administración. Ningún encargado cristiano se debe considerar libre de tener que dar cuenta; es responsable ante Dios y ante la comunidad sobre la que Dios le ha encargado presidir.

(v) Tenían la obligación de *presidir* las asambleas cristianas y de *enseñar* a la congregación cristiana (1 Timoteo 5:17). El encargado cristiano tiene la doble obligación de *administrar* y de *instruir*. Bien puede ser que una de las tragedias de la Iglesia moderna sea que la función administrativa haya usurpado el espacio de la función docente casi totalmente. Es triste ver que pocos ancianos se ocupan activamente de la enseñanza de niños y jóvenes en la Escuela Dominical.

(vi) El encargado no tenía que ser *un converso reciente*. Se dan dos razones para esta norma. La primera está bien clara. Es «no sea que se envanezca con un sentimiento de su propia importancia.» La segunda no está tan clara. Es, como dice alguna versión: «No sea que caiga en la condenación del diablo.» Hay tres posibles explicaciones de esta frase tan extraña. (a) Fue por su orgullo por lo que Lucifer se rebeló contra Dios y fue expulsado del Cielo. Y esto puede ser sencillamente una segunda advertencia del peligro del orgullo. (b) Puede que quiera decir que si el converso que se pone en un puesto de responsabilidad demasiado pronto llega a ser culpable de orgullo, le da al diablo una oportunidad de hacer sus acusaciones contra él. Un encargado de iglesia que sea muy creído le da al diablo una oportunidad de sugerirle a los críticos de la Iglesia: «¡Fijaos! ¡Ahí tenéis a vuestro cristiano! ¡Ése es vuestro miembro de iglesia! ¡Así son todos los dirigentes!» (c) La palabra *diábolos* tiene dos significados. Quiere decir *diablo*, y ese es el sentido en que la ha tomado aquí la ReinaValera; pero también quiere decir *calumniador*. Es de hecho la palabra que se usa para *calumniador* en el versículo 11 donde se prohíbe a las mujeres que sean calumniadoras. Así es que esta frase puede querer decir que el converso reciente que ha sido nombrado para un cargo, como si dijéramos, le ha crecido la cabeza, da ocasión a los calumniadores. Su conducta indigna es una munición para todos los que están en contra de la Iglesia. No importa cómo lo tomemos; lo importante es que un dirigente de iglesia presumido es una mala inversión para la iglesia.

Pero, desde que la Iglesia lo descubrió, la responsabilidad del encargado no empezaba ni terminaba en la iglesia local. Tenía otras dos esferas de responsabilidad, y si fallaba en ellas era impecinable que fallara también en la iglesia.

(i) Su primera esfera de responsabilidad era su propio hogar. Si no sabía gobernar su propia casa, ¿cómo se podía encargar de la tarea de gobernar la casa del Señor? (1 Timoteo 3:5). El que no hubiera conseguido hacer un hogar cristiano no se podía esperar que consiguiera hacer una congregación cristiana. El que no hubiera instruido a su propia familia está claro que no sería idóneo para instruir a la familia de la Iglesia.

(ii) La segunda esfera de responsabilidad era el mundo. Tenía que ser «bien considerado por los de fuera» (1 Timoteo 3: 7) Debe ser un hombre que se haya ganado el respeto de sus contemporáneos en los negocios de la vida de día a día. No hay nada que le haya hecho más daño a la Iglesia que los que son activos en ella cuya profesión y vida social desmiente la fe que profesan y los preceptos que enseñan. El encargado cristiano debe en primer lugar ser una buena persona.

CARÁCTER DEL DIRIGENTE CRISTIANO

1 Timoteo 3:1-7 (continuación)

Acabamos de leer que el dirigente cristiano debe ser una persona que se haya ganado el respeto de todos los demás. En este pasaje encontramos una gran serie de palabras y frases que describen su carácter; y valdrá la pena considerar cada una por turno. Antes de hacerlo será interesante colocar al lado de ellas dos descripciones famosas hechas por grandes pensadores paganos acerca del carácter del buen dirigente. Diógenes Laercio (7:116-126) nos transmite la descripción estoica. Debe estar casado; debe carecer de orgullo; debe ser modesto; debe combinar la prudencia intelectual con la excelencia de la conducta exterior. Un escritor llamado Onosandro nos da la otra. Debe ser prudente, controlado, sobrio, frugal, sufrido en el trabajo, inteligente, sin

amor al dinero, ni joven ni viejo, a ser posible padre de familia, capaz de hablar competentemente, y de buena reputación. Es interesante ver hasta qué punto coinciden las descripciones pagana y cristiana.

El dirigente cristiano debe ser *un hombre al que no se le pueda criticar de nada (anepilémtos)*. *Anepilémtos* se usa de una posición que no está expuesta al ataque, de una vida que no está expuesta a la censura, de un arte o técnica que es tan perfecto que no se le puede encontrar ningún fallo, de un acuerdo que es inviolable. El dirigente cristiano no debe estar sólo libre de las faltas a las que pueda estar expuesto por acusaciones definidas; también debe tener tan buen carácter como para no estar expuesto a la crítica. Alguna versión antigua del Nuevo Testamento traduce la palabra griega por una muy inusual en inglés, *irreprehensible*, a quien no se le pueda encontrar un fallo. Los griegos mismos definían la palabra como «no ofreciendo nada que un adversario pudiera utilizar en su contra.» Aquí tenemos el ideal de la perfección. No seremos capaces de realizarlo plenamente; pero sigue en pie el hecho de que un dirigente cristiano debe tratar de ofrecerle al mundo una vida de tal pureza que no deje ninguna grieta abierta para la crítica.

El dirigente cristiano debe haber estado casado sólo una vez. El original quiere decir literalmente que debe ser < el marido de una sola mujer. » Algunos interpretan que esto quiere decir que el dirigente cristiano debe ser casado, y es posible que ése sea un sentido legítimo. Es indudablemente cierto que un hombre casado puede recibir confidencias y aportar ayudas de una manera que un soltero no puede, y que puede aportar una comprensión y simpatía especiales a muchas situaciones. Unos pocos interpretan que quiere decir que el dirigente cristiano no puede casarse por segunda vez, ni siquiera después de la muerte de su primera esposa. Citan en apoyo de esta idea la enseñanza de Pablo en *1 Corintios 7*. Pero, por su contexto aquí, podemos estar seguros de que la frase quiere decir que el dirigente cristiano debe ser un marido fiel, que mantenga el matrimonio en toda su pureza. En tiempo posterior los *Cánones Apostólicos* establecían: < El que haya contraído más de un matrimonio después de su bautismo, o el que haya tomado una concubina, no puede ser elegido *epískopos*, un obispo. »

Podríamos preguntar por qué era necesario establecer algo que parece tan obvio. Debemos tener presente el estado del mundo en que se escribió esto. Se ha dicho, y con mucho acierto, que la única virtud totalmente nueva que aportó al mundo el Cristianismo fue la castidad. El mundo antiguo estaba en muchos sentidos en un estado de caos moral, incluido el mundo judío. Aunque pueda parecer alucinante, algunos judíos todavía practicaban la poligamia. En el *Diálogo con Trifón*, en el que Justino Mártir discute el Cristianismo con judíos, se dice que < es posible que un judío tenga, aún ahora, cuatro o cinco mujeres » (*Diálogo con Trifón 134*). Josefo podía escribir: «Según costumbre ancestral un hombre puede vivir con más de una mujer» (*Antigüedades de los Judíos 17:1,2*).

Totalmente aparte de estos casos raros, el divorcio era trágicamente fácil en el mundo judío. Los judíos tenían el ideal más alto del matrimonio. Decían que un hombre debe entregar la vida antes que cometer asesinato, idolatría o adulterio. Tenían la creencia de que los matrimonios se hacen en el Cielo. En la historia de la boda de Isaac y Rebeca se dice: < Este asunto procede del Señor » (*Génesis 24:50*). Esto se interpretaba que quería decir que el matrimonio lo concertaba Dios. Así que se dice en *Proverbios 19:14*: «Una esposa prudente es algo que procede del Señor. » En la historia de Tobías, el ángel dice a Tobías: «No tengas miedo, porque ella fue preparada para ti desde el principio» (*Tobías 6:17*). Los rabinos decían: «Dios se sienta en el Cielo para concertar los matrimonios.» «Cuarenta días antes de que empiece a formarse el niño una voz celestial proclama su cónyuge.»

A pesar de todo eso la ley judía permitía el divorcio. El matrimonio era por supuesto el ideal, pero el divorcio estaba permitido. El matrimonio era «inviolable pero no indisoluble.» Los judíos mantenían que una vez que el matrimonio ideal había sufrido una sacudida por crueldad o infidelidad o incompatibilidad, lo mejor era permitir un divorcio y que los dos pudieran tener un nuevo principio. La gran tragedia era que la mujer no tenía absolutamente ningunos derechos. Josefo dice: «Entre nosotros es legal que el marido disuelva el matrimonio; pero la mujer, si se aparta de su marido no puede casarse con otro, a menos que su marido anterior le conceda el divorcio» (*Antigüedades de los Judíos, 15:8, 7*). En caso de divorcio por consentimiento, en los tiempos del Nuevo Testamento, todo lo que se requería eran dos testigos, sin que se tuviera que pasar por el juzgado. Un marido podía despedir a su mujer por cualquier causa; como mucho una mujer podía solicitar al juzgado que hicieran lo posible para que su marido le escribiera la carta de divorcio; pero no se le podía obligar a darla.

En vista de la situación, las cosas llegaron a tal punto que «las mujeres se negaban a contraer matrimonio, y los hombres encanecían célibes.» Se puso el freno en este proceso mediante una legislación que introdujo Simón ben Shétaj. Una mujer judía siempre aportaba a su marido una dote que se llamaba *ketubá*. Simón estableció que un hombre podía disponer totalmente de la *ketubá* mientras siguiera casado con su mujer, pero si la divorciaba estaba obligado irremisiblemente a devolverla, aunque para ello tuviera que < vender hasta su pelo. » Esto era un freno para el divorcio; pero el sistema judío siempre estuvo viciado por el hecho de que la mujer no tenía derechos.

En el mundo gentil las cosas estaban infinitamente peor. Allí también, según la ley romana, la esposa no tenía ningún derecho. Catón decía: «Si sorprendieras a tu mujer en adulterio, podrías matarla impunemente, sin peligro a juicio; pero si tú estuvieras implicado en adulterio, ya se guardaría ella muy bien de levantar un dedo contra ti, porque sería ilegal.» Las cosas se pusieron tan mal y el matrimonio se convirtió en algo tan molesto que en 131 a.C. un romano famoso llamado Metelo Macedónico hizo un pronunciamiento que más tarde citó el propio Augusto: « Si pudiéramos pasarnos sin mujeres, nos

libraríamos de muchas molestias. Pero, puesto que la naturaleza ha decretado que no podamos vivir tranquilamente con ellas, ni tampoco sin ellas, debemos mirar más bien a nuestros intereses permanentes que al placer pasajero.»

Hasta los poetas romanos se dieron cuenta de lo terrible de la situación. «Edades ricas en pecado -escribió Horacio fueron las primeras en manchar el matrimonio y la vida familiar. De esta fuente el mal ha seguido fluyendo» «Antes se secarán los mares -dijo Propertio- y se arrebatarán las estrellas de los cielos que se reformen nuestras mujeres.» Ovidio escribió su famoso, o infame, libro *El Arte de Amar*, y ni una sola vez desde el principio hasta el fin menciona el amor conyugal. Escribió cínicamente: «Las únicas mujeres castas son las que nadie desea, y el que se enfurezca porque su mujer tiene algún amorío no es más que un rústico jabalí.» Séneca declaraba: «Las mujeres desprecian como si fuera un adolescente a cualquiera cuyos amores no sean notorios, o que no le pague a una mujer casada con otro una renta anual; de hecho los maridos se han convertido en meros juguetes para sus amantes.» < Solamente las feas -decía- son fieles.» «Una mujer que se contente con tener dos perseguidores es un dechado de virtud.» Tácito alababa a las tribus germánicas supuestamente bárbaras por « no tomar a risa el mal, y no convertir la seducción en el espíritu de los tiempos.» Cuando tenía lugar un matrimonio, el hogar de la nueva pareja se decoraba con hojas verdes de bayas. Juvenal decía que había quienes iniciaban el divorcio antes de que las hojas se hubieran secado. El 19 a.C. uno llamado Quinto Lucrecio Vespilón erigió una lápida a su mujer que decía: «Raro es el matrimonio que llega a la muerte sin divorciarse; pero el nuestro se ha mantenido felizmente durante 41 años.» Un matrimonio feliz era una excepción.

Ovidio y Plinio tuvieron tres mujeres; César y Antonio, cuatro; Sula y Pompeyo, cinco; Herodes tuvo nueve; Tulia, la hija de Cicerón, tuvo tres maridos; Nerón fue el tercer marido de Popea y el quinto de Estatila Mesalina.

No fue sin razones el que las Pastorales establecieran que el dirigente cristiano debe ser marido de una sola mujer. En un mundo en el que hasta los puestos de máxima responsabilidad estaban inundados de inmoralidad, la Iglesia Cristiana debía mostrar la castidad, la estabilidad y la santidad del hogar cristiano.

CARÁCTER DEL DIRIGENTE CRISTIANO

1 *Timoteo* 3:1-7 (continuación)

El dirigente cristiano debe ser *sobrio (néfálios)* y no debe darse excesivamente al vino (*pároinos*). En el mundo antiguo el vino era de uso corriente. Donde la provisión de agua era deficiente y a veces peligrosa, el vino era la bebida más natural. El vino alegra el corazón de los dioses y de los hombres (*Jueces* 9:13). En la restauración de Israel, se plantarían viñas y se bebería su vino (*Amós* 9:14). Los licores fuertes se dejaban para los que estaban a punto de perecer, y el vino para los de corazón apesadumbrado (*Proverbios* 31:6).

Esto no es decir que el mundo antiguo no se diera cuenta de los peligros del alcohol. *Proverbios* habla del desastre que sobreviene al que se queda alucinado contemplando el vino rojo (*Proverbios* 23:29-35). El vino es burlador, y los licores pendencieros (*Proverbios* 20:1). Hay historias terribles de lo que les sucedió a las personas que se entregaban demasiado al vino. Tenemos el caso de Noé, al que un clásico español llamaba « el inventor del sarmiento» (*Génesis* 9: I 5-27); de Lot (*Génesis* 19:30-38); de Amnón (2 *Samuel* 13:28s). Aunque en el mundo antiguo se usaba el vino corrientemente, esto no quiere decir que se usara en exceso. Se solía beber mezclado con agua dos partes de vino a tres de agua. Un borracho era despreciado en cualquier sociedad pagana ordinaria, y no menos en la iglesia.

Lo interesante es que ambas palabras tienen su doble sentido en esta sección. *Néfálios* quiere decir *sobrio*, pero también quiere decir *alerta y vigilante*; *pároinos* quiere decir *aficionado al vino*, pero también quiere decir *peleón y violento*. Lo que las Pastorales dejan bien claro es que el cristiano no debe permitirse nada que reduzca su vigilancia cristiana o que ensucie su conducta cristiana.

Siguen dos palabras griegas que describen dos cualidades que deben ser características del dirigente cristiano. Debe ser *prudente (sófrón)* y de buenos modales (*kósmios*).

Hemos traducido *sófrón* por *prudente*, pero es virtualmente intraducible. Se traduce diversamente por *sano de mente, discreto, prudente, controlado, casto, en perfecto control de sus instintos sensuales*. Los griegos lo derivaban de dos palabras que quieren decir *mantener la mente sana y salva*. El nombre correspondiente es *sófrosyné*, y los griegos escribían y pensaban mucho de esta cualidad. Es la contraria de la incontinencia y del descontrol. Platón la definía como « el dominio del placer y el deseo.» Aristóteles la definía como « el poder por el cual se usan los placeres del cuerpo como manda la ley.»

Filón la definía como «limitar y ordenar correctamente los deseos, lo que elimina los que son externos y excesivos, y adorna los que son necesarios con sazón y moderación.» Pitágoras decía que era « el fundamento sobre el que descansa el alma.» Hámbrico decía que «es la salvaguardia de los hábitos más excelentes de la vida.» Eurípides decía que era « el más precioso don de Dios.» Jeremy Taylor la llamaba « el cinto de la razón y la brida de la pasión.» Trench describe *sófrosyné* como « la condición de total control sobre las pasiones y los deseos, que reciben no más campo de actividad que el que admiten y aprueban la ley y la recta razón». Gilbert Murray escribía de *sófrón*: «Hay una manera de pensar que destruye, y una manera que salva. El hombre o la mujer que es *sófrón* anda entre las bellezas y los peligros del mundo, sintiendo amor, gozo, ira, y el resto; y entre todas las cosas

tiene en su mentalidad aquello que salva. ¿A quién salva? No a la persona sola, sino, como si dijéramos, la situación total. Impide que el mal inminente llegue a producirse.» E. F. Brown cita como ilustración de *sófrosyne* una oración de Tomás de Aquino pidiendo «tranquilidad en todos nuestros impulsos, carnales y espirituales.»

La persona que es *sófrón* tiene todas las partes de su naturaleza bajo perfecto control, lo que quiere decir que la persona que es *sófrón* es aquella en cuyo corazón Cristo reina supremo.

La palabra compañera es *kósmios*, que hemos traducido como *de buenos modales*. Si uno es *kósmios* en su conducta exterior es porque es *sófrón* en su vida interior. *Kósmios* quiere decir *ordenado, honesto, decoroso*. Tiene dos usos especiales en griego. Es corriente en tributos e inscripciones dedicadas a los muertos. Y se usa corrientemente para describir al que es un buen ciudadano. Platón describe al hombre que es *kósmios* como «el ciudadano que está tranquilo en la tierra, que cumple fielmente en su lugar y circunstancias los deberes que le conciernen como tal.» Esta palabra describe a la persona cuya vida es hermosa y en cuya personalidad se integran armoniosamente todas las cosas.

El dirigente de la Iglesia debe ser una persona que es *sófrón*, que tiene bajo control todos sus instintos y deseos; debe ser una persona que es *kósmios*, su control interior manifestándose en su integridad exterior. El dirigente debe ser una persona en cuyo corazón reina el poder de Cristo y en cuya vida se refleja la belleza de Cristo.

CARÁCTER DEL DIRIGENTE CRISTIANO

1 Timoteo 3:1-7 (conclusión)

El dirigente cristiano debe ser *acogedor (filóxenos)*. Ésta es una cualidad en la que el Nuevo Testamento hace mucho hincapié. Pablo exhorta a la iglesia romana a «practicar la hospitalidad» (*Romanos 12:13*). «Practicad la hospitalidad sin murmuraciones unos con otros,» dice Pedro (1 *Pedro 4:9*). En *El Pastor de Hermas*, uno de los más antiguos escritos cristianos, se establece: «El *episcopos* debe ser acogedor, que de buena gana y en todo tiempo reciba en su casa a los siervos de Dios.» El dirigente cristiano debe ser una persona con un corazón y una puerta abiertos.

El mundo antiguo prestaba mucho cuidado a los derechos del huésped. El forastero estaba bajo la protección de Zeus Xenios, el Protector de los extranjeros. En el mundo antiguo, las posadas eran notoriamente malas. En una de las comedias de Aristófanes, Heracles le pregunta a su compañero dónde pararán esa noche; y la respuesta es: «Donde haya menos pulgas.» Platón habla de un posadero que era como un pirata que retenía a sus huéspedes como rehenes. Las posadas tendían a ser sucias y caras, y sobre todo inmorales. En el mundo antiguo había un sistema de lo que llamaban *amistades de hospedaje*. A lo largo de generaciones algunas familias habían llegado al acuerdo de darse acomodo y hospitalidad. Los miembros de las familias llegaban a menudo a acabar por ser totalmente desconocidos de los otros, y tenían que identificarse por lo que llamaban *emblemas*. El forastero que buscaba alojamiento presentaba la mitad de un cierto objeto; el anfitrión tendría la otra mitad; y si las dos mitades casaban exactamente el anfitrión sabía que el otro sería su huésped y el huésped sabía que el otro era indudablemente el amigo ancestral de su familia.

En la Iglesia Cristiana había maestros y predicadores ambulantes que necesitaban hospitalidad. Había también muchos esclavos que no tenían casa propia, para los que sería un gran privilegio que se les permitiera entrar en un hogar cristiano. Era la mayor bendición el que los cristianos tuvieran hogares cristianos siempre abiertos en los que pudieran encontrarse con personas parecidas a ellos. Vivimos en un mundo en el que hay todavía muchos que están lejos de su hogar, muchos que son extranjeros en un lugar extraño, muchos que viven en condiciones en las que es difícil ser cristiano. La puerta de un hogar cristiano y la bienvenida de un corazón cristiano deberían estar siempre abiertas.

El dirigente cristiano debe tener *facilidad para enseñar (didaktikós)*. Se ha dicho que su deber es «predicar a los inconversos y enseñar a los convertidos.» Hay que decir dos cosas acerca de esto. Uno de los desastres de los tiempos modernos es que el ministerio de la enseñanza de la Iglesia no se ejerce como es debido. Abunda la predicación sobre temas cualesquiera y la exhortación; pero sirve de poco el exhortar a ser cristiano cuando no se sabe lo que eso quiere decir. La instrucción es un deber primario del predicador y dirigente cristiano. La segunda cosa es la siguiente. La enseñanza más preciosa y más efectiva no se imparte *hablando* sino *siendo*. Hasta una persona que no tenga don de palabra puede enseñar vi-viendo de tal manera que se pueda ver en ella el reflejo del Maestro. Se ha dicho que un santo es alguien «en quien Cristo vive otra vez.»

El dirigente cristiano *no debe ser una persona que le dé la paliza a los demás (pléktés, golpeador)*. Que esta advertencia no era innecesaria se ve en una de las primeras reglas de los *Cánones Apostólicos*: «Un obispo, sacerdote o diácono que golpee a los fieles cuando yerran, o a los incrédulos cuando cometen una injuria, y que desee por tales medios atemorizarlos, recomendamos que sea depuesto; porque el Señor no nos ha enseñado esto en ningún sitio. Cuando Le insultaban, Él no devolvía el insulto, sino por el contrario. Cuando Le golpeaban, Él no devolvía el golpe; cuando sufría, no amenazaba.» No es probable que ningún dirigente cristiano ahora golpee físicamente a otro cristiano; pero sigue presentándose el hecho de ejercer violencia, ser irascible, dominante, de mal genio y acción, cosas que le están prohibidas a un cristiano.

El dirigente cristiano debe ser *benigno*. En griego se usa la palabra *epieikés*, otra de esas palabras totalmente intraducibles. El nombre es *epieic7ceia*, que Aristóteles describe como «lo que corrige la justicia» y lo que «es justo y mejor que la justicia.»

Decía que era la cualidad que corrige la ley cuando la ley yerra por ser demasiado general. Lo que quiere decir es que a veces puede ser injusto el aplicar la estricta letra de la ley. Trench decía que *epiefeia* quiere decir «retirar de la letra del derecho para preservar mejor el espíritu del derecho;» y es « el espíritu que reconoce la imposibilidad de adscribirse a toda ley formal... que reconoce el peligro que siempre acecha en la aserción de los derechos legales, para que no se empujen hasta llegar a ser errores morales... el espíritu que rectifica y endereza la injusticia de la justicia.»

Aristóteles describe plenamente la acción de *epieikeia*: «Perdonar las faltas humanas; mirar al legislador, no a la ley; a la intención, no a la acción; al todo, no a la parte; al carácter del actor en conjunto y no solamente en un momento determinado; recordar el bien antes que el mal, y el bien que uno ha recibido más bien que el que uno ha hecho; soportar la injuria; desear zanjar una cuestión con palabras mejor que con obras.» Si hay alguna cuestión en disputa, se puede resolver consultando un libro de práctica y procedimiento, o consultándose a Jesucristo. Si se trata de una cuestión en debate, se puede resolver por la ley, o por el amor. La atmósfera de muchas iglesias cambiaría radicalmente si hubiera en ellas más *epieikeia*.

El dirigente cristiano debe ser *pacífico* (*ámajos*). La palabra griega quiere decir *indispuesto a pelear*. Hay personas a las que les encanta apretar el gatillo en sus relaciones con otras personas. Pero el verdadero dirigente cristiano lo que quiere es mantener la paz con sus semejantes.

El dirigente cristiano debe estar *libre del amor al dinero*. No hace nunca nada simplemente para sacar provecho. Sabe que hay valores que están por encima **del precio del dinero**.

LOS HOMBRES DEL SERVICIO CRISTIANO

1 Timoteo 3:8-10,12s

Paralelamente, los diáconos deben ser hombres respetables, rectos, que no se permiten excesos en el vino, que no estén dispuestos a rebajarse a métodos indignos de hacer dinero; deben mantener el secreto de la fe que les ha sido revelado con limpia conciencia. A los diáconos también hay que ponerlos a prueba primeramente; y, si salen intachables de la prueba, que sean diáconos... Los diáconos deben estar casados sólo una vez; deben dirigir a sus propios hijos y sus hogares como es debido. Porque los que realizan un buen trabajo en el puesto de diáconos son dignos de un alto grado de honor, y obtienen mucha libertad en la fe de Jesucristo.

En la Iglesia Primitiva la función de los diáconos se circunscribía principalmente en la espera del servicio práctico. La Iglesia Cristiana heredó una magnífica organización de la beneficencia de los judíos. No ha habido ninguna otra nación que tuviera un sentimiento de responsabilidad comparable para con los hermanos y hermanas pobres. La sinagoga tenía una organización estable para ayudar a tales personas. Los judíos más bien desanimaban a que se diera ayuda individual a personas individuales. Preferían que la ayuda se diera por medio de la comunidad y especialmente por medio de la sinagoga.

Todos los viernes en todas las comunidades dos encargados de la colecta se daban una vuelta por los mercados y llamaban en todas las casas recogiendo donativos para los pobres en dinero y en especie. Los productos así recogidos se distribuían entre los que estaban en necesidad mediante un comité de dos o más si era necesario. A los pobres de la comunidad se les daban suficientes alimentos para catorce comidas, es decir, para dos comidas diarias durante una semana; pero nadie podía recibir de este fondo si ya tenían en su casa el alimento de la semana. Este fondo para los pobres se llamaba la *kuppá*, o la *cesta*. Además de esto se hacía una colecta diaria de alimentos de casa en casa para los que se encontraran de momento en una necesidad extrema. Este fondo se llamaba el *tamjui*, o la *bandeja*. La Iglesia Cristiana heredó esta organización de la beneficencia, y sin duda sería la tarea de los diáconos el hacerla funcionar.

Muchas de las cualidades del diácono coinciden con las del *episkopos*. Habían de ser hombres de carácter intachable; tenían que ser abstemios, o por lo menos moderados en su beber; no tenían que mancharse las manos con maneras poco recomendables de hacer dinero; tenían que someterse a prueba un cierto tiempo; debían practicar lo que predicaban, para mantener la fe cristiana con limpia conciencia.

Se añade una nueva cualidad: habían de ser *rectos*. El original dice que no debían ser *dílogos*, y *dílogos* quiere decir *hablar con dos voces*, diciéndole una cosa a uno y otra a otro. En *El Peregrino*, Juan Bunyan pone en boca de Interés-privado la descripción de las personas que viven en el pueblo Buenaspalabras. El señor Voluble, el señor Contemporizador, el señor Buenas-palabras, de quien tomó su nombre el pueblo; también los Sres. Halago, Dos-caras, Cualquier-cosa, el vicario de nuestra parroquia señor Dos-lenguas (Juan Bunyan, *El Peregrino*, capítulo 14). Un diácono que fuera corrientemente de casa en casa, y en su trato con los que necesitaran ayuda, tenía que ser recto. Una y otra vez tendría la tentación de evitar problemas con un poco de hipocresía a tiempo y de palabras suaves. Pero el que hubiera de hacer el trabajo de la Iglesia Cristiana tenía que ser recto.

Está claro que el que realiza su trabajo de diácono como es debido puede esperar que se le eleve al puesto de anciano, y ganará tal posición en la fe que le permita mirar a todos a cara descubierta.

MUJERES QUE SIRVEN EN LA IGLESIA

1 Timoteo 3:11

De la misma manera las mujeres deben ser dignas; no deben entregarse al chismorreó; deben ser sobrias; en todas las cosas, dignas de confianza.

Por lo que se refiere al texto original, esto podría referirse a las mujeres de los diáconos, o a mujeres que realizaran un servicio semejante. Parece mucho más probable que se refiera a mujeres que están comprometidas también en el trabajo de beneficencia. Tiene que haber habido obras de amabilidad y de ayuda que solo una mujer podría ofrecer adecuadamente a otra mujer. No cabe duda de que en la Iglesia Primitiva había diaconisas. Tenían el deber, probablemente entre muchos otros, de instruir a las mujeres que se convertían, y en particular presidir y ayudarlas en su bautismo, que era por inmersión.

Era necesario advertir a tales mujeres obreras del peligro del chismorreó y exhortarlas a que fueran del todo de confianza. Cuando un médico joven se gradúa y antes de empezar su práctica, se le toma el juicio hipocrático, una parte del cual es el compromiso de no repetir nunca lo que ha oído en la casa de un paciente, o acerca de un paciente, aunque lo haya oído en la calle. En la labor de ayudar a los pobres se podrían oír fácilmente ciertas cosas que, repetidas, causarían un perjuicio tremendo. No es ningún insulto a las mujeres el que en las pastorales se les prohíba sucumbir al chismorreó. Según está montada la vida una mujer corre más peligro de chismorrear que un hombre, porque a éste el trabajo le saca al mundo, mientras que una mujer vive tradicionalmente en una esfera más estrecha y por esa misma razón tiene menos cosas de las que hablar. Esto aumenta el peligro de hablar acerca de relaciones personales de las que pueden surgir chismorreos dañinos. Ya se trate de un hombre o de una mujer, el divulgar secretos o el repetir cosas que se han dicho en confianza es algo monstruoso para una persona cristiana.

En la civilización griega era esencial el que las obreras de la Iglesia conservaran su dignidad. Una mujer griega respetable vivía en la más estricta reclusión; nunca salía sola; nunca ni siquiera participaba en las comidas con su familia. Pericles decía que el deber de una madre ateniense era vivir una vida tan retirada que no se mencionara nunca su nombre ni para alabarla ni para criticarla. Jenofonte cuenta lo que decía un caballero del país que era amigo suyo acerca de la joven esposa con la que acababa de casarse y a la que amaba entrañablemente. «¿Qué era probable que supiera cuando yo me casé con ella? Todavía no tenía quince años cuando la introduje en mi casa, y había sido criada bajo la más estricta supervisión; en la medida de lo posible no se le había permitido ver nada, oír nada, ni hacer ningunas preguntas.» Esa era la manera en que se criaban las chicas griegas respetables. Jenofonte nos pinta el retrato de una de estas jóvenes esposas que gradualmente «iban creciendo acostumbradas a su marido y estando suficientemente domesticadas para mantener una conversación con él.»

El Cristianismo trajo la emancipación de las mujeres; las liberó de una especie de esclavitud. Pero tenía sus peligros. La mujer liberada podía usar mal su libertad recién encontrada. El mundo respetable se podría escandalizar ante tal emancipación; así es que la Iglesia tenía que establecer ciertas reglas. Era usando su libertad sabiamente como las mujeres llegarían a tener la posición respetable en la Iglesia que tienen, y van adquiriendo en mayor medida, en nuestro tiempo.

PRIVILEGIO Y RESPONSABILIDAD DE LA VIDA EN LA IGLESIA

1 Timoteo 3:14s

Te estoy escribiendo estas cosas esperando, mientras escribo, ira verte pronto. Pero te estoy escribiendo para que, si me retraso, puedas saber cómo conducirte en la casa de Dios, que es la asamblea del Dios viviente, y la columna y el baluarte de la verdad.

Aquí tenemos en una frase la razón por la que se escribieron las epístolas pastorales; se escribieron para decirles a las personas cómo debían comportarse en la iglesia. La palabra para *comportarse* es *anastrephethai*; describe el conjunto de la vida y el carácter; pero describe especialmente a la persona en su relación con los demás. Como se ha dicho, la palabra misma establece que el carácter personal de un miembro de la iglesia debe ser excelente y que sus relaciones personales con otros deben manifestar una verdadera comunión. Una congregación cristiana es un cuerpo de personas que son amigas de Dios y amigas entre sí. Pablo pasa a usar cuatro palabras que describen cuatro grandes funciones de la Iglesia.

(i) La Iglesia es *la casa (oikos)* de Dios. Lo primero y principal es que debe ser una familia. En un informe escrito después de una sus grandes victorias navales, Nelson la atribuía al hecho de que «había tenido la dicha de mandar a una banda de hermanos.» A menos que una iglesia sea una banda de hermanos no es una verdadera iglesia. El amor de Dios sólo puede existir donde existe el amor fraternal.

(ii) La Iglesia es la asamblea (*ekklesía*) del Dios viviente. La palabra *ekklesía* quiere decir literalmente una compañía de

personas que han sido convocadas. No quiere decir que esas personas hayan sido *seleccionadas o escogidas*. En Atenas, la *ekklésia* era el cuerpo gobernante de la ciudad; y su membresía consistía en que *todos* los ciudadanos se reunían en asamblea. Pero, muy naturalmente, en ninguna ocasión asistieron todos. Se proclamaba la llamada a asistir a la Asamblea de la ciudad pero solamente algunos ciudadanos respondían asistiendo. La llamada de Dios se ha dirigido a todas las personas; pero solamente algunos la han aceptado, y esos son la *ekklésia*, la Iglesia. No es que Dios haya sido selectivo. La invitación se dirige a todos; pero una invitación requiere una respuesta.

(iii) La Iglesia es la *columna* de la verdad (*stylos*). En Éfeso, adonde se dirigieron estas cartas, la palabra *columna* tendría un significado especial. La más grande gloria de Éfeso era el Templo de Diana o Artemisa. «¡Grande es Diana de los Efesios!» (*Hechos 19:28*). Era una de las siete maravillas del mundo. Una de sus excelencias eran sus columnas. Tenía ciento veintisiete columnas cada una de las cuales había sido el regalo de un rey. Todas eran de mármol, y algunas estaban adornadas con joyas y recubiertas de oro. Los de Éfeso sabían muy bien lo hermosa que podía ser una columna. Bien puede ser que la idea de la palabra *columna* no indique aquí tanto el *apoyo* -eso está contenido en *baluarte*- como *despliegue*. A menudo se colocaba la estatua de un personaje famoso encima de una columna para que pudiera sobresalir por encima de todas las cosas ordinarias y verse claramente, hasta desde lejos. La idea aquí es que el deber de la Iglesia es mantener bien alta la verdad de tal manera que todos puedan verla.

(iv) La Iglesia es el *baluarte* (*hedraíoma*) de la verdad. El baluarte es el apoyo de todo el edificio. Lo mantiene de pie e intacto. En un mundo que no quiere enfrentarse con la verdad, la Iglesia la mantiene en alto para que todos la puedan ver. En un mundo que muchas veces querría eliminar la verdad, la Iglesia la sostiene frente a todos los que quieran destruirla.

UN HIMNO DE LA IGLESIA ORIGINAL

1 Timoteo 3:16

Como todos han de confesar, grande es el secreto que Dios nos ha revelado en nuestra religión: El Que fue manifestado en la carne; el Que fue vindicado por el Espíritu; el Que fue visto por ángeles; el Que ha sido predicado entre las naciones; en el Que los hombres han creído en todo el mundo; el Que ha sido elevado a la gloria.

El gran interés de este pasaje consiste en que aquí tenemos un fragmento de uno de los himnos de la Iglesia Primitiva. Es la fe en Cristo puesta en poesía y en música, un himno con el que los creyentes cantaban su credo. No podemos esperar en poesía la precisión de expresión que buscaríamos en un credo; pero debemos tratar de ver lo que nos dice cada verso de este himno.

(i) *El Que fue manifestado en la carne*. Desde el mismo principio subraya la humanidad verdadera de Jesús. Dice: < Mirad a Jesús, y veréis la mente y el corazón y la acción de Dios de una manera que todos podemos entender.>

(ii) *El Que fue vindicado por el Espíritu*. Éste es un verso difícil. Hay tres cosas que puede querer decir. (a) Puede querer decir que a lo largo de toda su vida en la Tierra Jesús fue guardado del pecado por el poder del Espíritu Santo. Es el Espíritu el Que da dirección al ser humano; nuestro error consiste en que tan a menudo rehusamos Su dirección. Fue la perfecta sumisión de Jesús al Espíritu de Dios lo que le guardó del pecado. (b) Puede querer decir que las credenciales de Jesús fueron vindicadas por la acción del Espíritu que moraba en Él. Cuando los escribas y los fariseos acusaron a Jesús de realizar curas por el poder del diablo, Su respuesta fue: < Si Yo echo a los demonios *por el Espíritu de Dios*, entonces es que el Reino de Dios ha venido a vosotros» (*Mateo 12:28*). El poder que estaba en Jesús era el poder del Espíritu, y las obras de poder que Él realizaba eran la vindicación de las tremendas credenciales que Él presentaba. (c) Puede ser que esto haga referencia a la Resurrección. La humanidad tomó a Jesús y Le crucificó como a un criminal; pero por el poder del Espíritu resucitó; el veredicto de la humanidad se demostró que era falso, y Él fue vindicado. No importa cómo interpretemos este verso; su sentido es que el Espíritu es el poder que probó que Jesús es el Que declaró ser.

(iii) *El Que fue visto por ángeles*. De nuevo tenemos aquí tres posibles significados. (a) Puede que haga referencia a la vida de Jesús antes de venir a la Tierra. (b) Puede que haga referencia a Su vida en la Tierra. Aun en la Tierra los ejércitos celestiales estaban contemplando Su tremenda contienda con el mal. (c) Puede conectarse con la creencia de todos los hombres en el tiempo de Jesús de que el aire estaba lleno de poderes demoníacos y angélicos. Muchos de estos poderes eran hostiles a Dios y a la humanidad, y estaban empeñados en destruir a Jesús. Pablo expone por lo menos una vez que esos poderes trataron de destruir a Jesús por ignorancia, y que Jesús les trajo a ellos y a los hombres la sabiduría que había estado escondida desde la creación del mundo (1 *Corintios 2: 7s*). Esta frase puede que quiera decir que Jesús trajo la verdad aun a los ángeles y a los poderes demoníacos que nunca la habían conocido. De cualquier manera que lo tomemos quiere decir que la obra de Jesús es tan tremenda que incluye tanto el Cielo como la Tierra.

(iv) *El Que ha sido predicado entre las naciones*. Aquí tenemos la gran verdad de que Jesús no fue la posesión exclusiva de ninguna raza. No fue un Mesías que viniera para elevar a los judíos a una posición de grandeza universal, sino el Salvador de todo el ancho mundo.

(v) *En Quien las personas han creído en todo el mundo*.

Aquí tenemos una verdad casi milagrosa presentada con una sencillez extrema. Inmediatamente después de tener lugar la muerte y resurrección y ascensión de Jesús a Su gloria, el número de Sus seguidores no pasaba de ciento veinte (*Hechos 1:15*). Todo lo que Sus seguidores podían ofrecer era la historia de un Carpintero galileo que había sido crucificado en la cima de una colina de Palestina como un criminal. Y sin embargo, antes de que pasaran setenta años, esa historia ya había llegado al fin de la Tierra y hombres de todas las naciones habían aceptado a este Jesús crucificado como Salvador y Señor. En esta sencilla frase se encierra toda la maravilla de la expansión de la Iglesia, una expansión increíble sobre cualquier base humana.

(vi) *El Que fue elevado a la gloria.* Ésta es una referencia a la Ascensión. La historia de Jesús empieza y acaba en el Cielo. Vivió como un siervo. Fue marcado como un criminal; fue crucificado; resucitó con las cicatrices de Sus clavos y otras en Su cuerpo; pero el final fue la gloria.

AL SERVICIO DE DIOS O AL DE SATANÁS

1 Timoteo 4:1-5

El Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos algunos desertarán de la fe por prestar atención a espíritus que no pueden hacer otra cosa que descarriarlos, y a enseñanzas que vienen de los demonios, enseñanzas de hombres falsos que se caracterizan por la insinceridad, cuya conciencia lleva la impronta de Satanás, enseñanzas de los que prohíben casarse, y que mandan a las personas abstenerse de alimentos que Dios creó a fin de que se puedan tomar con gratitud en la compañía de los que son creyentes y que conocen de veras la verdad; porque todo lo que Dios ha creado es bueno, y no hay por qué rechazar nada; pero se ha de recibir con acción de gracias; porque se santifica mediante la palabra de Dios y la oración.

La Iglesia Cristiana había heredado de los judíos la creencia de que las cosas se pondrían en este mundo mucho peor antes de ponerse mejor. Los judíos siempre pensaban acerca del tiempo en términos de dos edades. Estaba *esta edad presente* que era totalmente mala y estaba en las garras de poderes malignos; y estaba *la edad por venir*, que había de ser la edad de oro de Dios y de la bondad. Pero no se pasaría de la una a la otra sin una terrible lucha convulsiva. Entre las dos edades vendría *El Día del Señor*. Ese día el mundo sería sacudido desde sus mismos cimientos; tendría lugar una última batalla suprema con el mal, un último juicio universal, y entonces amanecería el nuevo día.

Los autores del Nuevo Testamento asumieron esta perspectiva. Como eran judíos, se los había educado en ella. Uno de los aspectos que se esperaban en los últimos tiempos eran herejías y falsos maestros. «Surgirán muchos falsos profetas, que descarriarán a muchos» (*Mateo 24:11*). «Se levantarán falsos cristos y falsos profetas que obrarán señales y maravillas para descarriar, si fuera posible, hasta a los elegidos» (*Marcos 13:22*). En estos últimos días Pablo esperaba que surgiera «el hombre de pecado, el hijo de perdición,» que se enfrentaría a Dios mismo (*2 Tesalonicenses 2:3*).

A la iglesia de Éfeso tales falsos maestros ya habían llegado. La manera como se presenta en este pasaje su enseñanza fraudulenta nos debe hacer pensar muy en serio. En aquel entonces se creía en espíritus malignos que asediaban el aire y se proponían destruir a las personas. Era de ellos de quienes procedía esta falsa enseñanza. Pero, aunque venía *de* los demonios, venía *por medio de* hombres. Hombres que se caracterizaban por una hipocresía halagüeña, y cuyas conciencias habían sido marcadas por Satanás. Algunas veces sucedía que se marcaba a los esclavos con hierro candente para identificarlos como propiedad de un cierto amo. Estos falsos maestros llevaban en su conciencia el sello del mismo Satanás que los marcaba como su propiedad.

Aquí hay una cosa terrible y amenazadora. Dios está siempre buscando personas para que sean sus instrumentos en el mundo; pero el hecho terrible es que las fuerzas del mal también están buscando personas para usarlas. Aquí radica la terrible responsabilidad de la humanidad. Cada uno puede aceptar el servicio de Dios o el servicio del diablo. ¿Cuál de los dos escogerá?

DICTADORES Y BLASFEMOS

1 Timoteo 4:1-5 (continuación)

Los herejes de Éfeso estaban prepagando una herejía que tenía unas consecuencias muy definidas en la vida. Como ya se ha visto estos herejes eran gnósticos; y la esencia del gnosticismo era que el espíritu es totalmente bueno y la materia totalmente mala. Una de sus consecuencias era que había hombres que predicaban que todo lo que tuviera que ver con el cuerpo era malo, y que todo lo del mundo era malo. En Éfeso esto desembocó en dos errores definidos. Los herejes insistían en que las personas debían, hasta donde fuera posible, abstenerse de comer, porque la comida era material y por tanto mala; los alimentos servían al cuerpo, y el cuerpo era malo. También insistían en que hay que abstenerse del matrimonio; porque los instintos del cuerpo eran malos y por tanto debían reprimirse.

Esta era una herejía que siempre estaba volviendo a la Iglesia; en cada generación surgían quienes trataban de ser más estrictos que Dios. Cuando se escribieron los Cánones Apostólicos, fue necesario ponerlo en blanco y negro: « Si un supervisor, sacerdote o diácono, o cualquiera que esté en la lista sacerdotal, se abstiene del matrimonio y de la carne y del vino, no sobre la base del ascetismo (es decir por causa de disciplina), sino por aborrecimiento de ellos como malos en sí mismos, olvidando que todas las cosas son buenas y que Dios ha hecho al hombre varón y hembra, sino blasfemando y vilipendiando la obra de Dios, si no se enmienda que sea depuesto y expulsado de la iglesia. Igualmente con los laicos» (Cánones Apostólicos 51). Ireneo, escribiendo hacia finales del siglo II, dice que ciertos seguidores de Saturnino «declaraban que el matrimonio y la procreación procedían de Satanás. Muchos semejantemente se abstienen de la comida animal, y desvían a multitudes con una fingida temperancia de esta clase» (Ireneo, *Contra Herejes*, 1,24,2). Esta clase de cosa se manifestó en los monjes y los anacoretas del siglo IV. Se separaban y vivían en el desierto de Egipto totalmente desvinculados de las demás personas. Pasaban la vida mortificando su carne. Uno de ellos no comía nunca alimentos cocinados y era famoso por su abstinencia de la carne. Otro pasaba toda la noche junto a una sima amenazadora que le hacía imposible dormir. Otro se hizo famoso porque dejaba que su cuerpo estuviera tan sucio y descuidado que se le caían los parásitos conforme andaba. Otro comía apostá sal en pleno verano y se abstenía de beber agua. « Un cuerpo limpio decían quiere decir por necesidad un alma sucia.»

La respuesta que se daba a estos hombres era que estaban insultando a Dios, porque Él es el Creador del mundo, Que varias veces nos dice que Su creación era buena. «Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera» (Génesis, 1:31). «Todo lo que se mueve y está vivo os servirá de alimento» (Génesis 9:3). «Dios creó al hombre a su propia imagen... varón y hembra los creó. Y Dios los bendijo, y les dijo: «Llevad fruto y multiplicaos y henchid la Tierra» (Génesis 1:27s).

Pero todos los dones de Dios han de usarse de una manera que sea digna del Evangelio.

(i) Han de usarse recordando *que son* dones de *Dios*. Hay cosas que se nos ofrecen tan constantemente que llegamos a olvidar que son dones, y llegamos a considerarlos como derechos. Debemos recordar que todo lo que tenemos es don de Dios, y que no hay ningún ser vivo que pueda tener vida aparte de Él.

(ii) Han de usarse *en solidaridad*. Todo uso egoísta está prohibido. Ninguna persona puede monopolizar los dones de Dios; todas las personas deben compartirlos.

(iii) Han de usarse *con agradecimiento*. Siempre deben darse gracias a Dios antes de las comidas. Esa era la costumbre de los judíos. Tenían oraciones de acción de gracias por diferentes cosas. Cuando comían fruta decían: «Bendito seas, Rey del Universo, que has creado el fruto de los árboles.» Cuando se bebía vino se decía: «Bendito seas, Rey del Universo, que has creado el fruto de la vid.» Cuando comían verduras decían: «Bendito seas, rey del Universo, que has creado los productos de la tierra.» Cuando tomaban pan decían: «Bendito seas, Rey del Universo, que sacas el pan del suelo.» El mismo hecho de dar gracias a Dios por algo lo hace una cosa sagrada. Ni siquiera los demonios pueden tocarlo cuando ya lo ha tocado el Espíritu de Dios.

El verdadero cristiano no sirve a Dios esclavizándose con reglas y normas e insultando Su creación; Le sirve aceptando con agradecimiento Sus buenos dones, recordando que este es un mundo en el que Dios hizo todas las cosas bien, y no olvidándose de compartir con otros los dones de Dios.

CONSEJOS A UN MENSAJERO DE CRISTO

1 Timoteo 4:6-10

Si expones estas cosas a los hermanos serás un siervo de Jesucristo como es debido, si alimentas tu vida con las palabras de la fe, y la sana doctrina que has estudiado y sigues. Desentiéndete de tener nada que ver con historias irreligiosas como los cuentos de viejas que se les dicen a los niños. Entrénate para alcanzar la meta de la verdadera piedad. El entrenamiento del cuerpo es conveniente hasta cierto punto; pero el entrenamiento en la piedad tiene un valor universal para la humanidad, porque tiene la promesa de la vida en esta edad presente, y de la vida en la edad por venir. Esto es una afirmación que merece ser aceptada por todos. La razón por la que nos afanamos y luchamos tanto es que hemos puesto nuestras esperanzas en el Dios vivo, que es el Salvador de todo el mundo, y especialmente de los creyentes.

Este pasaje está abarrotado de consejos prácticos, no solo para Timoteo, sino para cualquier servidor de la Iglesia que está a cargo de un deber en la obra y de la dirección.

(i) Nos dice *cómo instruir a otros*. La palabra que se usa para *presentar* delante de los hermanos es sumamente sugestiva (*hypotithesthai*). No quiere decir *dar órdenes*, sino más bien aconsejar, sugerir. Es una palabra benigna, humilde y modesta. Quiere decir que el maestro no debe nunca establecer la ley dogmáticamente. Quiere decir que debe actuar más bien como si estuviera recordándoles cosas que ya conocieran las personas o sugiriéndoselas, no como si hubieran de aprenderlas de él, sino como si hubieran de descubrir en su propio corazón lo que es correcto. La dirección que se ofrece en benignidad siempre será

más efectiva que las instrucciones dictatoriales establecidas por la fuerza. Es posible dirigir a las personas hasta cuando se niegan a dejarse dirigir.

(ii) Nos dice *cómo enfrentarnos con la tarea de la enseñanza*. Se le dice a Timoteo que debe alimentar su vida con las palabras de la fe. **Nadie puede dar nada si antes no lo recibe. El que enseña tiene que estar aprendiendo constantemente.** Es lo contrario de la suposición de que cuando uno llega a ser maestro deja de ser alumno; debe conocer a Jesucristo cada día más y mejor antes de poderle presentar a los demás.

(iii) Nos dice *lo que debemos evitar*. Timoteo tenía que evitar los cuentos inútiles que son como los que las viejas les cuentan a los niños. Es fácil perderse siguiendo bifurcaciones y enredarse con cosas que no pasan de ser adornos. Es con las grandes verdades centrales con lo que se debe alimentar la mente y nutrir la fe.

(iv) Nos dice *lo que debemos buscar*. Se le dice a Timoteo que de la misma manera que un atleta entrena su cuerpo, así debe el cristiano entrenar su alma. No es que sea despreciable la buena forma física. La fe cristiana cree que el cuerpo es el templo del Espíritu Santo. Pero Pablo tenía ciertas cosas en mente. Primera, que en el mundo antiguo, especialmente en Grecia, los gimnasios tenían sus peligros. Todos los pueblos tenían su gimnasio; para los jóvenes griegos entre los 16 y los 18 años de edad la gimnasia era la parte más importante de su educación. Pero el mundo antiguo estaba invadido por la homosexualidad, y los gimnasios eran notorios como semilleros de ese pecado particular. Segunda, Pablo propone un sentido de proporción. El entrenamiento físico es bueno, y hasta esencial; pero tiene una utilidad limitada. No desarrolla más que una parte de la persona; y produce unos resultados que solamente duran cierto tiempo, porque el cuerpo es pasajero. El entrenamiento en la piedad desarrolla la personalidad total en cuerpo, mente y espíritu, y sus resultados afectan no solamente en el tiempo sino también en la eternidad. El cristiano no es un atleta de gimnasio, sino un atleta de Dios. Los más grandes entre los griegos reconocían esta verdad. Sócrates escribía: < Es tan importante para un asceta el entrenar su cuerpo como para un rey el entrenar su alma. » «Entrena someténdote voluntariamente a las pruebas para que cuando vengan sobre ti seas capaz de soportarlas.»

(v) Nos muestra *el fundamento de todo el asunto*. Nadie ha dicho que la vida cristiana fuera fácil; *pero su meta es Dios*. Porque vive en Su presencia, y porque espera estar todavía más cerca de Su presencia, el cristiano está dispuesto a sufrir lo que sea. La grandeza de la meta hace que el esfuerzo valga la pena.

MANERA DE ACALLAR LA CRÍTICA

1 Timoteo 4:11-16 .

Ocúpate en transmitir y enseñar estos mandamientos. No le des ocasión a nadie de despreciarte por ser tan joven; sino por medio de tus palabras y de tu conducta, con amor, lealtad y pureza, preséntate como un ejemplo de cómo deben ser los creyentes. Hasta que yo vaya concentra tu atención en la lectura pública de las escrituras, la exhortación y la enseñanza. No descuides el don especial que se te concedió cuando las voces de los profetas te señalaron para el cargo que se te ha confiado, cuando el cuerpo de los ancianos impusieron sus manos sobre ti. Piensa en estas cosas; encuentra en ellas toda tu vida, para que tu progreso sea evidente a todos. Ten cuidado de ti mismo y de tu enseñanza; préstale la debida atención; porque si lo haces te salvarás a ti mismo, y a los que te escuchen.

Una de las dificultades que tenía que vencer Timoteo era que era joven. No debemos pensar que fuera un muchacho. Después de todo ya hacía quince años que Pablo le había tomado como su ayudante. La palabra que se usa para *joven* (*neótēs*) puede describir en griego a cualquier persona en edad militar, que era hasta los cuarenta años. Pero a la Iglesia le ha gustado por lo general que sus obreros fueran hombres maduros. *Los Cánones Apostólicos* establecían que uno no podía llegar a ser obispo hasta que tuviera por lo menos cincuenta años, porque para entonces «habría pasado los desórdenes de la juventud.» Timoteo era joven comparado con Pablo, y habría muchos que le miraran con ojos críticos. Cuando el anciano William Pitt estaba dando un discurso en la Cámara de los Comunes cuando tenía treinta y tres años decía: « El crimen atroz de ser un joven... que no intentaré ni paliar ni negar.» La Iglesia siempre ha mirado la juventud con una cierta suspicacia, bajo la cual caería Timoteo de forma inevitable.

El consejo que se le dio a Timoteo es el más difícil de seguir, y sin embargo era el único consejo posible. Era que debía acallar las críticas con su conducta. A Platón le acusaron una vez falsamente de conducta deshonrosa. «Bien -dijo-, viviremos de tal manera que todos puedan ver que la acusación es falsa.» Las defensas verbales puede que no silencien la crítica; pero la conducta sí lo conseguirá. ¿Cuáles habían de ser las características de la conducta de Timoteo?

(i) Primera, había de ser el *amor*. *Ágape*, la palabra griega para la más grande de las virtudes cristianas, es francamente intraducible. Su verdadero significado es una benevolencia inconquistable. Si uno tiene *Ágape*, no importa lo que otros le hagan o digan de él, él no procurará nada más que el bien de ellos. No mostrará nunca amargura o resentimiento o deseo de venganza; nunca sucumbirá al odio; nunca dejará de perdonar. Está claro que esta es la clase de amor que requiere la totalidad de la personalidad de una persona el conseguir. Normalmente, el amor es algo que no podemos evitar. Amar a los más próximos es algo instintivo. Generalmente el amor de un hombre hacia una mujer es una experiencia involuntaria. El amor es algo del

corazón; pero está claro que este amor cristiano es algo de *la voluntad*. Es esa conquista del yo que nos conduce a un cuidado incontestable de los demás. Así que la primera señal autenticadora del dirigente cristiano es que se preocupa por los demás, sin importarle lo que le hagan. Eso es algo en lo que debe pensar constantemente cualquier dirigente cristiano que se encabrite fácilmente ante una ofensa y que sea propenso a guardar rencor.

(ii) Segunda, está la *lealtad*. La lealtad es la fidelidad incontestable a Cristo, sin importar el precio. No es difícil ser buen soldado si las cosas van bien; pero el soldado auténticamente de valor es el que puede pelear bien con el cuerpo cansado y el estómago vacío, cuando la situación parece desesperada y se encuentra en medio de una campaña cuyos movimientos no puede entender. **La segunda marca autenticadora del dirigente cristiano es una lealtad a Cristo que desafíe las circunstancias.**

(iii) Tercera, había de ser *la pureza*. La pureza es la aceptación incondicional de los niveles de Cristo. Cuando Plinio estaba mandándole al emperador Trajano el informe acerca de los cristianos de Bitinia, donde era gobernador, escribió: «Tienen la costumbre de vincularse entre ellos con un juramento de no cometer ni hurto, ni robo, ni adulterio; de no faltar nunca a su palabra; de no negar un depósito que se les haya confiado cuando se les solicite dar cuenta de él.» El compromiso cristiano es una vida de pureza. El cristiano debe tener un nivel de honor y honradez, de dominio propio y castidad, de disciplina y consideración, muy por encima de los niveles del mundo. El hecho escueto es que al mundo no le interesará para nada el Cristianismo a menos que pueda demostrar que produce los hombres y las mujeres mejores. La tercera marca autenticadora del dirigente cristiano es una vida que se ajusta a los niveles de Jesucristo.

LOS DEBERES DEL DIRIGENTE CRISTIANO EN LA IGLESIA

I Timoteo 4:11-16 (continuación)

Se le establecen a Timoteo, el joven dirigente designado por la Iglesia, ciertos deberes. Ha de consagrarse a la lectura pública de la escritura, a la exhortación y a la enseñanza. Aquí tenemos el esquema del culto de la Iglesia Cristiana.

La más temprana descripción de un culto cristiano que poseemos se encuentra en las obras de Justino Mártir. Allá por el año 170 d.C. escribió una defensa del Cristianismo al gobernador romano, y en ella (Justino Mártir: *Primera Apología* :67) dice: «el día llamado día del sol tiene lugar una reunión de todos los que viven en los pueblos o en los alrededores de un lugar. Se leen según el tiempo disponible las Memorias de los Apóstoles o los Escritos de los Profetas. Seguidamente el lector se detiene y el dirigente predica y exhorta a los presentes a imitar estas buenas cosas. Luego nos ponemos todos en pie y elevamos a Dios nuestras oraciones.» Así es que en el esquema de cualquier culto cristiano debía haber cuatro cosas.

(i) Debía haber *la lectura y la exposición de la Escritura*. Las personas no se reunían en última instancia para escuchar las opiniones de un predicador; se reunían para oír la Palabra de Dios. El culto cristiano está centrado en la Biblia.

(ii) Debía haber *enseñanza*. La Biblia es un libro difícil, y por tanto hay que explicarlo. La doctrina cristiana no es fácil de comprender, pero el creyente debe poder dar razones de sus esperanzas. De poco sirve exhortar a una persona a que sea cristiana si no sabe lo que quiere decir eso. El predicador cristiano ha dedicado muchos años de su vida a conseguir el equipamiento necesario para explicar a otros la fe. Se le ha liberado de los deberes ordinarios de la vida para que pueda pensar, estudiar y orar para exponer mejor la palabra de Dios. No puede haber una fe cristiana duradera en ninguna iglesia sin un ministerio de enseñanza.

(iii) Debía haber *exhortación*. El mensaje cristiano siempre debe desembocar en la acción cristiana. Ha dicho alguien que todos los sermones deberían terminar con el desafío: < ¿Qué vas a hacer con esto, amigo? > No basta presentar el mensaje cristiano como algo que hay que estudiar y entender; hay que presentarlo como algo que hay que poner por obra. El Cristianismo es verdad, pero es verdad en acción.

(iv) Debía haber *oración*. La congregación se reúne en la presencia de Dios; piensa en el Espíritu de Dios; sale al mundo en la fuerza de Dios. Ni la predicación ni la escucha durante el culto, ni la acción consiguiente en el mundo son posibles sin la ayuda del Espíritu de Dios.

No nos haría ningún daño revisar nuestros cultos modernos sobre la base de los primeros cultos de la Iglesia Cristiana.

DEBERES PERSONALES DEL PASTOR

I. Timoteo 4:11-16 (conclusión)

Aquí en este pasaje se expone de una manera sumamente práctica el deber personal del dirigente cristiano.

(i) Debe tener presente que es *un hombre apartado para una tarea especial por la Iglesia*. El dirigente cristiano no tiene sentido aparte de la Iglesia. Su comisión vino de ella; su labor la realiza dentro de su comunión; su deber es edificar a otros en ella. Por eso es por lo que la labor realmente importante de la Iglesia Cristiana no la hace nunca un evangelista itinerante, sino siempre un ministerio local.

(ii) Debe tener presente *que tiene la obligación de pensar en estas cosas*. Su gran peligro es la pereza intelectual y la mente cerrada, negarse a estudiar y permitir que su pensamiento siga fluyendo por los cauces antiguos. El peligro está en que nuevas palabras, nuevos métodos y la intención de presentar la fe en términos contemporáneos puede ser que le saque de quicio. El dirigente cristiano debe ser un pensador cristiano o fracasará en la tarea; y para ser un pensador cristiano se ha de ser un pensador aventurero mientras dure la vida.

(iii) Debe tener presente *el deber de concentrarse*. El peligro está en disipar las energías en muchas cosas que no son centrales a la fe cristiana. Se le presentan invitaciones a muchos deberes y se le confronta con las demandas de muchas esferas de servicio. Hubo un profeta que enfrentó a Acab con una especie de parábola. Dijo que en una batalla uno le había llevado un prisionero para que lo guardara, diciéndole que si el prisionero se le escapaba lo pagaría con su propia vida; pero el soldado dejó vagar su atención y < cuando tu siervo estaba ocupado por aquí y por allá el prisionero se escapó » (1° Reyes 20:35-43). Es fácil para el dirigente cristiano estar ocupado por aquí y por allá y que se le escapen las cosas centrales. La concentración es un deber primordial del dirigente cristiano.

(iv) Debe tener presente *el deber de avanzar*. Su progreso debe serle evidente a todo el mundo. Es demasiado cierto de la mayoría de nosotros que las mismas cosas nos conquistan año tras año; que conforme un año sucede a otro, nosotros no estamos más allá. El dirigente cristiano exhorta a otros a llegar a ser más como Cristo. ¿Cómo puede hacerlo honradamente a menos que él mismo llegue a ser día tras día más como el Maestro Cuyo es y a Quien trata de servir? Cuando Kagawa decidió hacerse cristiano, su primera oración fue: «Dios, hazme como Cristo.» La oración del dirigente cristiano debe ser en primer lugar que él mismo se haga más como Cristo porque sólo así podrá dirigir a otros a Él.

LA CORRECCIÓN FRATERNA

1 Timoteo 5:1-2

Si se te presenta la ocasión de reprender a un hombre de edad, no lo hagas con rudeza, sino exhortándole como lo harías con un padre. Trata a los más jóvenes como a hermanos; a las mujeres de edad, como a madres; a las mujeres más jóvenes, como a hermanas, con absoluta pureza.

Siempre es difícil reprender a alguien con benignidad; y para Timoteo habría veces que este deber fuera doblemente difícil -por tener que reprender a un hombre más mayor que él mismo. Crisóstomo escribía: «La reprensión es por su propia naturaleza ofensiva, especialmente cuando se le dirige a una persona mayor; y cuando procede de un joven también, hay un triple despliegue de atrevimiento. Por la manera y suavidad con que la administre debe hacerla más suave. Porque es posible reprender sin ofender, siempre que uno se lo proponga; requiere gran discreción, pero puede hacerse.» Es de temer que esta sea una asignatura pendiente en muchas iglesias.

La reprensión es siempre un problema. Puede que nos disguste tanto la obligación de dirigir una palabra de advertencia que la evitemos en todos los casos. Muchas personas se habrían librado del dolor y del naufragio si se les hubiera dirigido una palabra de advertencia a tiempo. No puede haber tragedia más impactante que la de oírle decir a alguien: < Yo no habría llegado nunca a encontrarme en esta situación si tú me lo hubieras dicho a tiempo. » Siempre es un error el callar la palabra que debía decirse.

Puede que reprendamos a una persona de tal manera que no haya en nuestra voz nada más que rabia ni en nuestra mente y corazón nada más que resentimiento. Una reprensión que se da solamente por ira puede que produzca temor; puede que cause dolor; pero es casi inevitable que cause resentimiento; y su última consecuencia bien puede ser que confirme a la persona equivocada en el error de su camino. La reprensión de la ira y la del enfado despectivo rara vez son eficaces, y es probable que hagan más mal que bien.

Se decía de Florence Allshorn, la gran maestra misionera, que, cuando era la directora de un colegio de mujeres, siempre reprendía a sus estudiantes, cuando hacía falta, rodeándolas con sus brazos. La reprensión que procede inconfundiblemente del amor es la única efectiva. Si alguna vez tenemos razones para reprender a alguien debemos hacerlo de tal manera que quede claro que no lo hacemos porque encontramos un placer cruel, ni porque queremos hacerlo, sino porque estamos obligados por el amor y tratamos de ayudar, no de lastimar.

EL PARENTESCO ESPIRITUAL

1 Timoteo 5:1-2 (conclusión)

Estos dos versículos definen el espíritu que se debe manifestar en el trato con personas de distintas edades en la familia de la iglesia.

(i) A las personas mayores debemos mostrarles *afecto y respeto*. A un hombre mayor hay que tratarle como a un padre y a una mujer mayor como a una madre. El mundo antiguo conocía muy bien la deferencia y el respeto que se deben a la edad. Cicerón escribía: « Es pues el deber de un joven el mostrar respeto a sus mayores, y el adscribirse a los mejores y más aprobados entre ellos para así recibir el beneficio de su consejo e influencia. Porque la falta de experiencia de la juventud requiere la sabiduría práctica de la edad para fortalecerla y dirigirla. Y esta época de la vida ha de ser protegida por encima de todo contra la sensualidad y entrenada para el trabajo y la resistencia tanto de mente como de cuerpo, para ser fuerte para cumplir los deberes del servicio militar y civil. Y aun cuando deseen relajar sus mentes y entregarse al placer, deben tener cuidado con los excesos y tener presentes las reglas de la modestia. Y esto será más fácil si los jóvenes están dispuestos a que se les unan sus mayores, aun en sus placeres» (Cicerón: *De Officiis*, 1:34). Aristóteles escribía: «A todas las personas mayores uno debe también dar el honor correspondiente a su edad, levantándose para recibirlos y encontrándoles sitios donde se sienten y cosas parecidas» (Aristóteles: *Ética a Nicómaco*, 9:2). Es una de las tragedias de la vida que los jóvenes encuentran muchas veces a los de edad un fastidio. Una frase francesa famosa dice con un suspiro: « ¡Si los jóvenes tuvieran el conocimiento, y los de edad tuvieran el poder!» Pero cuando hay respeto y afecto mutuos, entonces la sabiduría y la experiencia de la edad pueden cooperar con el vigor y el entusiasmo de la juventud para provecho de ambas edades.

(ii) Para con los de nuestra misma edad debemos mostrar *fraternidad*. Los más jóvenes deben tratarse como hermanos. Aristóteles lo expresa: «Con los camaradas y hermanos uno puede permitirse libertad de expresión y el uso en común de todas las cosas» (Aristóteles: *Ética a Nicómaco*, 9:2). Con los de nuestra edad debemos ser tolerantes y solidarios.

(iii) Con las personas del otro sexo nuestras relaciones deben estar marcadas siempre con *la pureza*. Los árabes tienen una frase para el verdadero caballero; le llaman < un hermano de las chicas. » Hay una frase famosa que habla de «las amistades platónicas.» El amor se debe guardar para una sola persona; es una cosa terrible que las cosas físicas dominen la relación entre los sexos y que un hombre no pueda mirar a una mujer sin pensar en términos de concupiscencia.

DEBERES CON LA IGLESIA Y LA FAMILIA

1 Timoteo 5:3-8

Honra a las viudas que se encuentran de veras en la situación de viudas necesitadas. Pero si una viuda tiene hijos y nietos, que aprendan sus hijos a empezar a cumplir los deberes de la religión en sus propios hogares; y que aprendan a devolver a sus padres algo de lo que sus padres han hecho por ellos; porque esta es la clase de conducta que obtiene la aprobación de Dios. Ahora bien, la que se encuentra genuinamente en la posición de una viuda, y que se ha quedado totalmente sola, tiene puesta su esperanza en Dios, y se dedica noche y día a las intercesiones y oraciones. Pero la que vive en una libertad desmadrada está muerta aunque parezca estar muy viva.

Comparte estas instrucciones para que los demás sean irreprochables. Si alguno deja de proveer para su propio pueblo, y especialmente para los miembros de su propia familia, ha negado la fe y es peor que un no creyente.

La Iglesia Cristiana heredó una preciosa tradición de beneficencia para con los necesitados. Ningún pueblo se ha cuidado más de sus necesitados y ancianos que los judíos. Aquí se dan consejos acerca del cuidado de las viudas. Puede que se trate de dos clases de mujeres. Había sin duda mujeres que se habían quedado viudas por la muerte de sus maridos. Pero no era extraño en el mundo pagano, en ciertos lugares, el que un hombre tuviera más de una mujer. Cuando un hombre se hacía cristiano, no podía seguir practicando la poligamia, y por tanto tenía que escoger con qué mujer iba a vivir. Eso suponía que algunas esposas tenían que ser despedidas y se encontraban en una posición muy desafortunada. Puede ser que tales mujeres también se consideraran como viudas y la Iglesia las ayudara.

La ley judía establecía que en el momento del matrimonio un hombre tenía que hacer provisión para su mujer en caso de que quedara viuda. Los primeros servidores que nombró la Iglesia Cristiana tenían entre sus deberes el de cuidarse fielmente de las viudas (*Hechos 6:1*). Ignacio estableció: «Que no se vean abandonadas las viudas. Después del Señor sé tú su guardián.» *Las Constituciones Apostólicas* exhortan al obispo: «Oh obispo, ten cuidado de los necesitados tendiéndoles una mano de ayuda y haciendo provisión para ellos como mayordomo de Dios, distribuyendo las ofrendas a su tiempo para cada uno de ellos, a las viudas, los huérfanos, los solitarios y los que pasan por aflicción.» El mismo libro contiene una instrucción interesante y amable: « Si alguno recibe algún servicio para llevar a una viuda o mujer pobre... que se lo dé el mismo día.» Como dice el proverbio: «Da dos veces el que da sin demora,» y la Iglesia se preocupaba de que los que padecían pobreza no tuvieran que esperar y padecer necesidad porque uno de los servidores de la iglesia se retrasara.

Ha de notarse que la Iglesia no se proponía asumir responsabilidad por las personas mayores que tenían hijos capaces de mantenerlos. El mundo antiguo era muy claro en cuanto al deber que tenían los hijos de mantener a sus padres ancianos y, como E. K. Simpson ha dicho muy bien: «Una confesión religiosa que caiga por debajo del nivel de deber reconocido por el mundo es un triste fraude.» La Iglesia no habría reconsentido nunca que su caridad se convirtiera en una excusa para que los hijos evadieran su responsabilidad.

Era ley griega desde los tiempos de Solón el que los hijos y las hijas estaban obligados, no sólo moralmente, sino también legalmente a mantener a sus padres. Cualquiera que incumpliera ese deber perdía sus derechos de ciudadanía. Esquines, el orador ateniense, dice en uno de sus discursos: < ¿Y a quién condenó al silencio en la Asamblea del pueblo nuestro legislador (Solón)? ¿Y dónde deja esto claro? "Que se haga dice un escrutinio de los oradores públicos, en caso de que haya alguien que hable en la Asamblea del pueblo que golpea a su padre o a su madre, o que incumple su deber de mantenerlos o darles un hogar." » Demóstenes dice: «Considero al hombre que abandona a sus padres como incrédulo y aborrecedor de los dioses tanto como de los hombres.» Filón, escribiendo acerca del mandamiento de honrar a los padres dice: «Cuando las cigüeñas viejas ya no pueden volar, se quedan en sus nidos y las alimentan sus hijos, que se someten a duros trabajos para proveerles el alimento a causa de su piedad.» Para Filón estaba claro que hasta la creación animal reconocía su obligación para con los padres ancianos, y ¡cuánto más deben hacerlo así los seres humanos! Aristóteles, en la *Ética a Nicómaco*, establece: «Se pensaría que en lo referente al alimento debemos ayudar a nuestros padres antes que a todos los demás, puesto que les debemos nuestra nutrición a ellos, y es más honorable ayudar en este sentido a los autores de nuestro ser, aun antes que a nosotros mismos.» Según lo veía Aristóteles uno debe antes morir de hambre que dejar padecer necesidad a sus padres. Platón en *Las Leyes* expresa la misma convicción de la deuda que se tiene con los padres: «Seguidamente viene el honor de los padres amantes, a los cuales, como es debido, tenemos que pagar la primera y la más grande y más antigua de las deudas, considerando que todo lo que tiene una persona pertenece a aquellos que le dieron nacimiento y la criaron, y que debe hacer todo lo que pueda para ministrarle; primero, con sus propiedades; segundo, con su persona; y tercero, con su alma; pagando las deudas que les debe por el cuidado y trabajo que ellos le otorgaron antiguamente en los días de su infancia, y que ahora se le ofrece la oportunidad de devolverles cuando ellos son ancianos y se encuentran en una necesidad extrema.»

Lo mismo encontramos en los poetas griegos. Cuando Ifigenia estaba hablando con su padre Agamenón en la *Ifigenia en Aulis* de Eurípides, dice:

Yo fui la primera que te llamé padre, y tú a mí hija. Yo fui la que en un principio descansé mi cuerpo en tus rodillas y te di y recibí de ti dulces caricias. Y ésta era tu palabra: < Ah, mi chiquilla, me consideraré bendito cuando te vea en la casa de tu marido viviendo y floreciendo de una manera digna de mí. » Y entretejiendo mis dedos en tu barba, a la que ahora me aferro, así te respondía yo: c< ¿Y qué será de ti? ¿Le daré la bienvenida a tus canas, padre, amorosamente en mi casa, compensándote por todo el esfuerzo que tú has derramado conmigo? »

El gozo del hijo era esperar el día en que pudiera compensar a sus padres todo lo que habían hecho por él.

Cuando Eurípides cuenta cómo descubrió Orestes que un hado cruel le había hecho matar involuntariamente a su propio padre, le hace decir:

Él me crió cuando yo era un bebé y me prodigó sus besos. ¡Oh desgraciado corazón y alma míos! ¡He devuelto una paga miserable! ¿Qué velo de tinieblas puedo ponerme a la cara? Ojalá ante mí se extendiera alguna nube para esconderme de la mirada escrutadora del anciano.

Para Eurípides el más acuciante pecado del mundo era el fracaso en los deberes para con los padres.

Los escritores éticos del Nuevo Testamento estaban seguros de que el sostenimiento de los padres era una parte esencial de los deberes del cristiano. Es algo que hay que tener presente. Vivimos en un tiempo cuando hasta los deberes más sagrados se dejan de lado o se deja que los cumpla el Estado, y cuando esperamos en tantos casos que la beneficencia pública haga lo que debería hacer la piedad privada. Como lo veían las Pastorales, la ayuda que se presta a los padres tiene dos vertientes. Primera es honrar a los que la reciben. Es la única manera en que un hijo puede manifestar la estima de su corazón. Segunda es un reconocimiento de las exigencias del amor. Es devolver el amor que se recibió en tiempo de necesidad con amor dado en tiempo de necesidad; y sólo con amor se puede pagar el amor.

Todavía nos queda una cosa por decir, y no estaría bien pasarla por alto. Este preciso pasaje pasa a establecer algunas de las cualidades de las personas a las que la Iglesia es llamada a sostener. Lo que es verdad de la Iglesia es verdad dentro de la familia. Si hay que mantener a una persona, esa persona tiene que dejarse mantener. Si se lleva a un padre a la casa de su hijo y con su conducta desconsiderada no causa más que problemas, surge otra situación. Aquí hay una doble obligación; la que tiene el hijo de mantener al padre, y el deber del padre de ser tal que ese mantenimiento sea posible dentro de la estructura del hogar.

UNA HONORABLE Y ÚTIL ANCIANIDAD

1 Timoteo 5:9s

Que no se apunte a una mujer como viuda nada más que si tiene más de sesenta años de edad; si ha sido la mujer de un solo marido; si ha merecido tener una fama confirmada de buenas obras; si ha criado hijos; si ha practicado la

hospitalidad con los forasteros; si ha ayudado a los necesitados; si ha lavado los pies de los santos; si se ha dedicado a toda clase de buenas obras.

Por este pasaje se ve claramente que la iglesia tenía una lista oficial de viudas; y parece que la palabra viuda se usa aquí con un doble sentido. Mujeres que eran de edad avanzada y cuyos maridos había muerto y cuyas vidas eran preciosas y útiles eran la responsabilidad de la iglesia; pero también es verdad que, tal vez ya en un tiempo tan temprano, y ciertamente algo más tarde en la Iglesia Primitiva, había una orden oficial de viudas, una orden de mujeres mayores que se apartaban para deberes especiales.

En las disposiciones de *Las Constituciones Apostólicas*, que nos dicen cómo eran la vida y la organización de la Iglesia en el siglo III, se establece: < Se nombrarán tres viudas, dos para perseverar en la oración por los que están en pruebas, y para recibir revelaciones cuando éstas sean necesarias, pero una para ayudar a las mujeres que han sido visitadas por la enfermedad; debe estar dispuesta a prestar un servicio, con discreción, diciéndoles a los ancianos lo que se necesita, sin avaricia, no excesivamente aficionada al vino, para que pueda mantenerse sobria y ser capaz de realizar los servicios por la noche y muchos otros deberes de amor.>

Tales viudas no eran ordenadas como los ancianos y los obispos; eran apartadas mediante la oración para el trabajo que tenían que hacer. No habían de ser apartadas hasta que tuvieran más de sesenta años. Esa era una edad que el mundo antiguo también consideraba especialmente conveniente para dedicarse a la vida espiritual. Platón, en su plan para el estado ideal, mantenía que sesenta años era la edad correcta para que los hombres y las mujeres llegaran a ser sacerdotes y sacerdotisas.

Las Epístolas Pastorales son siempre intensamente prácticas; y en este pasaje encontramos siete condiciones que debían satisfacer las viudas de la Iglesia.

Tenían que haber sido mujeres de un solo marido. En una edad en la que el vínculo matrimonial se miraba con tanta ligereza y se deshonraba casi universalmente, habían de ser ejemplos de pureza y fidelidad.

Tenían que haber ganado una buena reputación por buenas obras. Los encargados de la Iglesia, varones o mujeres, tenían a su cuidado, no solamente su propia reputación personal, sino también el buen nombre de la Iglesia. Nada desacredita tanto a una iglesia como los encargados indignos; y no hay mejor publicidad para la Iglesia que una persona responsable que aplica su cristianismo a las actividades de la vida diaria.

Tienen que haber criado hijos. Esto bien puede querer decir más de una cosa. Puede querer decir que las viudas tienen que haber dado pruebas de su piedad cristiana educando a sus propias familias cristianamente. Pero puede que quiera decir más que eso. En una edad en la que el vínculo matrimonial se había relajado mucho y los hombres y las mujeres cambiaban de cónyuge con una rapidez alucinante, los hijos se considerarían un obstáculo. Ésta era la gran edad de la exposición de los bebés. Cuando nacía un niño, se le traía y se le ponía a los pies de su padre. Si el padre se inclinaba y le levantaba, eso quería decir que le reconocía y que estaba dispuesto a aceptar responsabilidad por su crianza. Si el padre se daba la vuelta y se marchaba, al bebé se le arrojaba literalmente como si fuera una basura indeseable. Solía pasar que recogían esos niños no aceptados personas sin escrúpulos, y si eran chicas las criaban para emplearlas en los burdeles públicos, y si eran chicos, para venderlos como esclavos o entrenarlos como gladiadores en el circo. Era un deber cristiano el rescatar tales niños de la muerte o aun de cosas peores, y criarlos en un hogar cristiano. Así es que esto puede querer decir que las viudas habrían sido mujeres que habían estado dispuestas a darles un hogar a niños abandonados.

Tenían que haber practicado la hospitalidad con los forasteros. Las posadas del mundo antiguo eran notoriamente sucias, caras e inmorales. Los que abrían sus casas a viajeros o forasteros, o a los jóvenes cuyo trabajo o estudio los obligaba a estar fuera de su hogar, estaban haciendo un servicio sumamente valioso a la comunidad. La puerta abierta de un hogar cristiano es siempre una cosa preciosa.

Tenían que haber lavado los pies de los santos. Esto no hay que tomarlo literalmente, aunque el sentido literal estaría también incluido. El lavarle los pies a una persona era una tarea propia de un esclavo, el más servil de todos los deberes. Esto querría decir que las viudas cristianas tenían que haber estado dispuestas a aceptar las tareas más humildes en el servicio de Cristo y de los cristianos. La Iglesia necesitaba responsables que vivieran desahogadamente; pero no menos a los que estuvieran dispuestos a hacer las tareas que no dan importancia ni casi se agradecen.

Tenían que haber ayudado a los que tenían problemas. En los tiempos de persecución no era una cosa insignificante el ayudar a los cristianos que estaban sufriendo por su fe. Eso era identificarse con ellos y asumir el riesgo de recibir un castigo semejante. El cristiano tenía que estar al lado de los que tuvieran problemas a causa de su fe, aun en el caso de, por hacerlo así, granjearse problemas.

Tenían que haberse dedicado a toda clase de buenas obras. Todos los hombres concentraban su vida en algo; el cristiano concentraba la suya en la obediencia a Cristo y la ayuda a los demás.

Cuando estudiamos estos requisitos para las que habían de ser reconocidas como viudas, vemos que eran las cualidades de cualquier buen cristiano.

REQUISITOS Y PELIGROS DEL SERVICIO

1 Timoteo 5:9s (conclusión)

Como ya hemos dicho, si no tan pronto como en el tiempo de las Epístolas Pastorales sí en días posteriores, las viudas llegaron a ser una orden reconocida en la Iglesia Cristiana. Su posición y trabajo se tratan en los primeros ocho capítulos del tercer libro de Las Constituciones Apostólicas, y estos capítulos revelan el uso que la tal orden podía representar y los peligros que surgían inevitablemente.

(i) Se establece que las mujeres que desearan servir a la Iglesia debían ser discretas. Especialmente habían de serlo en el habla: «Que cada viuda sea humilde, callada, benigna, sincera, libre de ira, no charlatana, no chillona, no rápida para hablar, no dada a hablar mal, no suspicaz, no de doble lengua, no una metomentodo. Si ve u oye cualquier cosa que no está bien, que se porte como si no lo hubiera visto y como si no lo hubiera oído.» Tales encargados de la Iglesia deben ser muy cuidadosos cuando discuten la fe con los de fuera: «Porque los incrédulos, cuando escuchan la doctrina relativa a Cristo, no explicada como es debido, sino defectuosamente, especialmente la que se refiere a Su Encarnación o Su Pasión, la rechazarán más bien con burla, y se reirán de ella como si fuera falsa, antes que alabar a Dios por ella.»

No hay nada más peligroso que un encargado de la iglesia que hable acerca de cosas que deberían mantenerse secretas; y un encargado de la iglesia debe estar equipado para comunicar el Evangelio de una manera que haga a los oyentes pensar mejor y no peor de la verdad cristiana.

(ii) Se establece que las mujeres que sirven en la iglesia no deben ser zascandiles: «Que por tanto la viuda se reconozca como "el altar de Dios," y que se esté sentada en su propia casa y no se meta en las casas de los incrédulos en busca de nada; porque el altar de Dios nunca anda vagando por ahí, sino que está fijo en un lugar. Por tanto que la virgen y la viuda sean tales que no anden vagando por ahí, o entrando en las casas de los que son ajenos a la fe. Porque las que eso hacen son zascandiles e impúdicas.» La chismosa inquieta está mal equipada para servir a la Iglesia.

(iii) Se establece que las viudas que acepten la caridad de la iglesia no deben ser ansiosas. «Hay algunas viudas que consideran que su negocio consiste en sacar beneficio; y como piden sin vergüenza, y no están nunca contentas con lo que reciben, hacen que los demás estén menos dispuestos a dar... Una mujer así está pensando en su mente adónde se puede dirigir para obtener, o que una cierta mujer que es su amiga se ha olvidado de ella, y ella tiene algo que decirle... murmura de la diaconisa que distribuye la beneficencia diciendo: "¿Es que no ves que yo estoy en más angustia y necesidad de tu ayuda? ¿Por qué entonces la has preferido a ella antes que a mí?"» Está muy feo tratar de vivir a costa de la iglesia más bien que para la iglesia.

(iv) Se establece que tales mujeres deben hacer todo lo posible para subvenir sus necesidades: «Que haga cosas de lana y ayude a otras en lugar de ser ella la que necesite ayuda.» La beneficencia de la iglesia no existe para hacer que las personas sean perezosas y dependientes.

(v) Tales mujeres no deben ser envidiosas ni celosas: «Oímos que algunas viudas son celosas, calumniadoras envidiosas y envidiosas de la tranquilidad de otras personas... Les corresponde, cuando una de sus compañeras de viudedad es vestida por alguno, o recibe dinero, o comida, o bebida, o calzado, dar gracias a Dios por el alivio de su hermana.» Aquí tenemos al mismo tiempo una descripción de las faltas de las que la iglesia suele estar llena, y de las virtudes que deberían ser las señales de la verdadera piedad cristiana.

LOS PELIGROS DE LA OCIOSIDAD

1 Timoteo 5:11-16

Resístete a apuntar a mujeres más jóvenes como viudas, porque cuando se ponen impacientes con las restricciones de la viudedad cristiana quieren casarse, por lo que merecen la condenación, porque han quebrantado el compromiso de su primera fe; y, al mismo tiempo, aprenden a estar ociosas y a correr de casa en casa. Sí, pueden llegar a estar más que ociosas; pueden convertirse en chismosas y zascandiles, diciendo lo que no se debe repetir. Mi deseo es que las viudas más jóvenes se casen y tengan hijos, y lleven su casa y hogar, sin dar a nuestros oponentes oportunidad de crítica. Porque, tal como están las cosas, algunas de ellas se han descarriado para seguir a Satanás. Si algún creyente es pariente de alguna viuda, que la ayude, y no deje que la iglesia tenga que cargar con esa responsabilidad, para que pueda encargarse de las que están auténticamente en situación de viudas.

Un pasaje como éste refleja la situación social en que se encontraba la Iglesia Primitiva.

No es que se condene a las viudas más jóvenes por casarse otra vez. Lo que se condena es otra cosa. Se muere un marido joven; y la viuda, en la primera amargura del dolor y siguiendo el impulso del momento, decide permanecer viuda toda la vida y dedicarse a la Iglesia; pero más tarde cambia de opinión y se casa otra vez. Esa mujer se ve que ha tomado a Cristo por esposo. Al casarse otra vez se considera que está siendo infiel a su voto matrimonial con Cristo. Habría sido mejor que nunca hiciera ese voto.

Lo que complicaba mucho éste asunto era el trasfondo social de los tiempos. Era casi imposible para una mujer soltera o viuda el ganarse la vida honradamente. No había prácticamente ninguna profesión ni trabajo que le estuviera abierto. El resultado era inevitable; casi se veía impulsada a la prostitución para poder vivir. La mujer cristiana, por tanto, tenía o que casarse o que dedicar su vida completamente al servicio de la Iglesia; no había término medio.

En cualquier caso, los peligros de la ociosidad siguen siendo los mismos en cualquier edad. Estaba el peligro de sentirse *inquieta*; como esa mujer no tendría muchas cosas que hacer, podría volverse una de esas criaturas que vagan de casa en casa en un círculo social vacío. Era casi inevitable el que tal mujer se volviera *una chismosa*; como no tenía nada importante de que hablar, se dedicaría a hablar de escándalos, repitiendo cuentos de casa en casa, cada vez más bordados y con más malicia. Tal mujer corría el riesgo de volverse *una zascandil*; como no tenía nada propio para llamar la atención, estaría propensa a mostrar un interés excesivo y a interferirse excesivamente en asuntos ajenos.

Era verdad entonces, como lo es ahora, que «Satanás les encuentra algún quehacer a las manos desocupadas.» La vida plena es siempre la más segura, y la vida vacía siempre está en peligro.

Así que a las mujeres más jóvenes se les da el consejo de casarse y ocuparse en la tarea más importante de todas, la de cuidarse de una familia y hacer un hogar. Aquí tenemos otro ejemplo de uno de los principales pensamientos de las Epístolas Pastorales. Siempre están preocupadas acerca de cómo se presenta el cristiano al mundo exterior. ¿Da oportunidad de criticar a la Iglesia, o razón para admirarla? Siempre es verdad que «el más grande obstáculo que tiene la Iglesia son las vidas deficientes de los que se profesan cristianos,» e igualmente verdad que la más convincente prueba a favor del Cristianismo es una vida genuinamente cristiana.

REGLAS PRÁCTICAS DE ADMINISTRACIÓN

1 Timoteo 5:17-22

Los ancianos que cumplan bien sus deberes sean tenidos por dignos de un doble honor, especialmente los que trabajan en la predicación y en la enseñanza; porque la Escritura dice: «No le pongas bozal al buey que está trillando,» y «el obrero merece su paga.»

No aceptes una acusación contra un anciano a menos que esté respaldada por dos o tres testigos.

Reprende en presencia de todos a los que persistan en el pecado, para que los demás desarrollen un sano temor al pecado.

Te amonesto delante de Dios y de Jesucristo y de los ángeles escogidos que guardes estas normas imparcialmente y que no hagas nada movido por prejuicios o favoritismos.

No te precipites a imponerle las manos a nadie, ni a solidarizarte con los pecados ajenos. Mantén tu pureza.

Aquí tenemos una serie de disposiciones de lo más prácticas para la vida y la administración de la iglesia.

(i) Los ancianos deben ser honrados como es debido y pagados adecuadamente. Cuando se hacía la trilla en Oriente, lo mismo que en España hasta hace muy poco, las gavillas de la siega se colocaban en la era; seguidamente se hacía que parejas de bueyes y otros animales arrastraran el trillo sobre las gavillas, algunas veces atándolos a un poste central y haciéndoles dar vueltas sobre el grano; en cualesquiera formas, no se les ponía el bozal a los animales, dejándolos en libertad de comer todo lo que quisieran en recompensa por el trabajo que estaban haciendo. Esta ley concreta acerca de los bueyes de encuentra en *Deuteronomio 25:4*.

El dicho de que el obrero merece su salario es un dicho de Jesús (*Lucas 10:7*). Suena a un dicho proverbial que Él citara y todos conocieran. Cualquier trabajador merece ganarse la vida, y cuanto más trabaje, tanto más merece ganar. El Cristianismo nunca ha tenido nada que ver con la ética sentimental que reclama la igualdad para todos. La recompensa de un hombre debe ser proporcional a su trabajo.

Se ha de notar qué clase de ancianos han de ser honrados y recompensados especialmente: son los que trabajan en *la predicación y la enseñanza*. El anciano cuyo servicio consistía solamente en palabras y en discusiones y en razonamientos no es del que se trata aquí. Al que la iglesia realmente honraba era al hombre que trabajaba para edificar y construir mediante su predicación de la verdad y su educación de los jóvenes y de los nuevos convertidos.

(ii) La ley judía establecía que ninguna persona podía ser condenada por la evidencia de un solo testigo: «No se tomará en cuenta a un solo testigo contra alguien en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquier ofensa cometida. Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación» (*Deuteronomio 19:15*). La Misná, la ley rabínica codificada, dice describiendo el proceso del juicio: «De la misma manera el segundo testigo era introducido y examinado. Si el testimonio de los dos se encontraba que estaba de acuerdo, se abría el turno para la defensa.» Si no constaba más que la evidencia de un solo testigo no había razón para dictar sentencia.

En tiempos posteriores las reglas de la Iglesia establecieron que los dos testigos debían ser cristianos, porque le habría sido fácil a un pagano malicioso fabricar una acusación falsa contra un anciano cristiano con el propósito de

desacreditarle, y con él a la Iglesia. En los primeros días, las autoridades de la Iglesia no dudaban en aplicar disciplina, y Teodoro de Mopsuesto, uno de los primeros padres, indica lo necesaria que era esta regla, porque los ancianos siempre estaban expuestos a no ser del gusto de todos, y estaban especialmente expuestos a ataques maliciosos < debidos a la venganza de algunos a los que hubieran reprendido por sus pecados. » Uno que hubiera sido disciplinado podría tratar de vengarse acusando maliciosamente a un anciano de alguna irregularidad o algún pecado.

Es un hecho indudable que este mundo sería mucho más feliz, y la Iglesia también, si las personas se dieran cuenta de que no es menos que un pecado el difundir historias de cuya verdad no se está seguro. La charla irresponsable, crítica y maliciosa causa un daño infinito y un infinito dolor de corazón, y tal práctica no puede seguir indefinidamente sin recibir el castigo de Dios.

REGLAS PRÁCTICAS DE ADMINISTRACIÓN

1 Timoteo 5:17-22 (conclusión)

(iii) A los que persistan en el pecado ha de reprendérseles públicamente. Esa pública reprensión tenía un doble valor. Le hacía parar mientes al pecador para considerar sus propios caminos; y hacía que otros tuvieran cuidado no fuera que se vieran en una humillación semejante. La amenaza de la publicación del pecado no es una mala cosa si mantiene a la persona en el buen camino, aunque sea por temor. Un pastor sabio conocerá el momento en que se han de mantener las cosas reservadas y el momento en que se ha de llegar a la reprensión pública. Pero suceda lo que suceda, la Iglesia no debe dar nunca la impresión de que hace la vista gorda en situaciones de pecado manifiesto.

(iv) Se exhorta a Timoteo a cumplir con su responsabilidad sin favoritismos ni prejuicios. B. S. Easton escribe: < El bienestar de cualquier comunidad depende de la disciplina imparcial. » No hay nada que origine mayores perjuicios que el que algunas personas sean tratadas como si no pudieran hacer nada malo y otras como si no pudieran hacer nada bien. La justicia es una virtud universal, y la Iglesia debe asegurarse de no caer por debajo de los niveles imparciales que hasta el mundo exige.

(v) A Timoteo se le advierte que no se precipite «en imponerle las manos a ninguno.» Eso puede querer decir una de dos cosas.

(a) Puede que quiera decir que no ha de ser demasiado rápido en imponerle las manos a nadie para ordenarle para una responsabilidad en la iglesia. Antes de conseguir un ascenso en los negocios, o en la enseñanza, o en el ejército, la marina o las fuerzas aéreas, uno tiene que demostrar que lo merece. Nadie debería nunca empezar en la cima. Esto es doblemente importante en la Iglesia; porque el que ocupa un lugar importante y fracasa, desacredita, no sólo a sí mismo, sino también a la Iglesia. En un mundo crítico, la Iglesia no puede pasarse en relación con la clase de personas que elige como sus dirigentes.

(b) En la Iglesia Primitiva había la costumbre de imponerle las manos a un pecador penitente que había dado pruebas de la sinceridad de su arrepentimiento y había vuelto al rebaño de la iglesia. Se establece: «Cuando un pecador se arrepiente, y muestra frutos de arrepentimiento, imponle las manos mientras todos oran por él.» Eusebio nos dice que era la costumbre antigua el que los pecadores arrepentidos fueran recibidos otra vez mediante la imposición de manos y la oración. Si ése es el sentido aquí, sería una advertencia a Timoteo para que no se precipitara en recibir otra vez a uno que hubiera traído descrédito a la iglesia; el esperar hasta que mostrara que su penitencia era genuina, y que estaba decidido a remodelar su vida de acuerdo con su profesión de arrepentimiento. Eso no quiere decir ni un momento que tal persona había de mantenerse a cierta distancia y tratarse con suspicacia; tenía que tratarse con toda simpatía y con toda ayuda y dirección en este período de prueba. Pero sí es decir que la membresía de la iglesia no se ha de tratar nunca con ligereza y que una persona debe dar muestras de su arrepentimiento por el pasado y de su determinación para el futuro antes de ser recibida, no en *la compañía* de la iglesia, sino en su *membresía*. La compañía de la iglesia existe para ayudar a tales personas a redimirse, pero su membresía es para las que han comprometido sus vidas de veras a Cristo.

CONSEJO A TIMOTEO

1 Timoteo 5:23

Deja de beber el agua sola, y usa un poco de vino por causa de tu estómago, para que te ayude en tus frecuentes enfermedades.

Esta frase muestra toda la intimidad de estas cartas. Entre los asuntos de la Iglesia y los problemas de la administración, Pablo encuentra el momento para introducir un detalle de consejo cariñoso para Timoteo acerca de su salud.

Siempre había habido una vena de ascetismo en la religión judía. Siempre que un hombre asumía el voto nazareo (*Números 6:1-21*) se comprometía a no probar ninguna bebida fermentada (*Números 6:3s*). Los recabitas también se habían comprometido a abstenerse del vino. El *Libro de Jeremías* nos cuenta que Jeremías fue a ofrecerles a los recabitas vino, y ellos se lo rechazaron por fidelidad a su tradición ancestral (*Jeremías 35:5-7*). Ahora bien, Timoteo era judío por una parte -su madre era judía (*Hechos 16:1*)- y puede que hubiera heredado de su madre esta tendencia ascética. Por parte de su padre era griego. Ya hemos visto que en el trasfondo de las Pastorales se descubre la herejía del gnosticismo, que consideraba toda la materia como mala, y que conducía a veces al ascetismo; y bien puede ser que Timoteo estuviera influenciado inconscientemente por este ascetismo griego también.

Aquí encontramos una gran verdad que los cristianos olvidamos a veces para nuestro riesgo: Que no debemos desentendernos del cuerpo, porque el sopor y la aridez espiritual les proceden a menudo del hecho de que el cuerpo está cansado o abandonado. No hay máquina que funcione debidamente si no se la cuida; y lo mismo pasa con el cuerpo. No podemos hacer bien la obra de Cristo a menos que nos encontremos en la debida forma físicamente. No es ninguna virtud -sino más bien lo contrario- el olvidarse del cuerpo o el despreciarlo. *Mens sana in corpore sano*, una mente sana en un cuerpo sano, era un antiguo ideal latino, que coincide perfectamente con el ideal cristiano.

Este es un texto que ha llevado por la calle de la amargura a muchos abogados de la abstinencia total. Hay que recordar que no le da permiso a todo el mundo para beber alcohol en exceso; simplemente aprueba el uso del vino cuando puede ser de ayuda para la salud. Si establece algún principio de carácter general, E. F. Brown lo expresó muy bien: < Muestra que aunque la total abstinencia puede recomendarse como un consejo sabio, no debe nunca imponerse como una obligación religiosa. » Pablo quiere decir sencillamente que no hay ninguna virtud en un ascetismo que le produce al cuerpo más mal que bien.

ES IMPOSIBLE OCULTAR NADA INDEFINIDAMENTE

1 Timoteo 5:24s

Los pecados de algunas personas están a la vista de todo el mundo, y no pueden conducir más que al juicio, mientras que los pecados de otros acabarán por alcanzarlos debidamente. Pues lo mismo sucede con las buenas obras, que puede que estén a la vista de todo el mundo, mientras que hay cosas de una cualidad diferente que no se pueden ocultar.

Este dicho nos mueve a dejarle las cosas a Dios y estar tranquilos. Hay pecadores obvios, cuyos pecados los están conduciendo claramente al desastre y al castigo; mientras que hay pecadores secretos que, tras una apariencia de rectitud impecable, viven una vida que es en esencia malvada y fea. El hombre puede que no lo vea, pero Dios sí. < El hombre ve la acción, pero Dios ve la intención. » No hay manera de evitar la confrontación final con el Dios que lo ve y lo conoce todo.

Hay algunos cuyas buenas obras están a la vista de los demás, y que ya se han ganado las alabanzas y las gracias y las felicitaciones de los hombres. Hay algunos cuyas buenas obras no se notan, ni aprecian, ni agradecen, ni alaban, ni sé valoran como sería de desear. Ellos no tienen por qué sentirse ni defraudados ni disgustados. Dios conoce también las buenas obras, y Él pagará, porque no está nunca en deuda con nadie.

Aquí se nos dice que no debemos ni ponernos furiosos por el aparente escape de otros, ni amargarnos por la aparente ingratitud humana, sino debemos estar contentos de dejar todas las cosas al juicio definitivo de Dios.

CÓMO SER ESCLAVO Y CRISTIANO

1 Timoteo 6:1s

Que todos los que se encuentran sometidos al yugo de la esclavitud consideren a sus amos dignos de todo respeto para que nadie tenga ocasión de hablar mal del nombre de Dios y de la enseñanza cristiana. Si tienen amos que son creyentes, que no traten de aprovecharse de ellos porque son hermanos, sino más bien que les presten mejor servicio, porque los que tienen derecho a ese servicio son creyentes y amados.

Por debajo de la superficie de este pasaje hay ciertos principios cristianos supremamente importantes para la vida y el trabajo diarios.

El esclavo cristiano se encontraba en una situación especialmente difícil. Si era esclavo de un amo pagano, podría fácilmente dejar bien claro que consideraba a su amo abocado a la perdición y a sí mismo como heredero de la salvación. Su cristianismo le podría producir un sentimiento de superioridad intolerante que crearía una situación imposible. Por otra parte, si su amo era cristiano, el esclavo podría estar tentado a sacar ventajas de la relación usándola como una excusa para producir un trabajo

ineficaz con la esperanza de librarse del castigo. Podría ser que creyera que el hecho de que los dos, él y su amo, eran cristianos le permitía esperar una consideración especial. Ahí había un verdadero problema. Debemos fijarnos en dos cosas generales.

(i) En aquellos días la Iglesia no surgió como el posible destructor de la esclavitud por medios violentos y rápidos. Y fue sabia. Había algo así como 60 millones de esclavos en el Imperio Romano. Simplemente por su número se los consideraba siempre como enemigos en potencia. Si se producía alguna vez una revuelta de esclavos, se la liquidaba por la fuerza bruta, porque el Imperio Romano no se podía permitir consentir que los esclavos se rebelaran. Si un esclavo se escapaba y le cogían, o bien le ejecutaban o le marcaban en la frente con un hierro candente una letra F, que representaba la palabra *fugitivus*, que quiere decir *escapado*. Había hasta una ley romana que estipulaba que si un amo era asesinado todos sus esclavos podían ser interrogados bajo tortura, y hasta se los podía matar a todos como a un solo cuerpo. E. K. Simpson escribe sabiamente: «Una campaña espiritual del Cristianismo habría sido fatalmente comprometida por inflamar el rescoldo de la lucha de clases o por ofrecer un refugio en su seno a esclavos fugitivos.»

Para la Iglesia el haber animado a los esclavos a rebelarse contra sus amos habría sido fatal. Habría provocado sencillamente una guerra civil, un asesinato en masa, y su propio descrédito. Lo que sucedió fue que en el transcurso de los siglos el Cristianismo penetró de tal manera en la civilización que al final los esclavos fueron libertados voluntariamente y no por la fuerza. Aquí tenemos una lección tremenda. Es la prueba de que ni los hombres ni el mundo ni la sociedad se pueden reformar por la fuerza ni por decreto. La reforma debe venir por medio de una lenta penetración del espíritu de Cristo en la situación humana. Las cosas tienen que suceder en el tiempo de Dios, no en el nuestro. A fin de cuentas el camino lento es el único seguro, y el camino de la violencia siempre se derrota a sí mismo.

(ii) Aquí encontramos la verdad adicional de que «la igualdad espiritual no borra las diferencias civiles.» Es un peligro constante el que una persona pueda mirar inconscientemente su cristianismo como una disculpa para la flojera y la ineficacia. Porque él y su jefe son ambos cristianos, puede esperar que le trate con una consideración especial. Pero el hecho de que tanto el jefe como el hombre sean cristianos no exime al empleado de cumplir con su trabajo diario y ganarse su salario. El cristiano no está menos obligado a someterse a la disciplina de la vida y a ganarse el sueldo que cualquier otro ciudadano.

(iii) ¿Cuál es entonces el deber del esclavo cristiano según las Pastorales? Es el ser un buen esclavo. Si no lo es, si es perezoso y descuidado, si es desobediente y insolente, sencillamente provee al mundo de municiones para criticar la Iglesia. El obrero cristiano debe recomendar su Cristianismo siendo mejor obrero que los otros. En particular, su trabajo tiene que ser hecho en un espíritu nuevo. Ya no pensará en sí mismo como obligado a trabajar contra su voluntad; considerará que está prestando un servicio a su jefe, a Dios y a sus semejantes. Su objetivo será, no a hacer lo menos que le obliguen a uno, sino lo más que se pueda, voluntariamente.

MAESTROS Y ENSEÑANZA FALSOS

1 Timoteo 6:3-5

Si alguien imparte una clase diferente de enseñanza y no se aplica a las palabras sanas (quiero decir las palabras de nuestro Señor Jesucristo) y a la enseñanza piadosa, está hinchado de orgullo. Es un hombre sin entendimiento; lo que tiene más bien es una adicción enfermiza a la especulación sutil y a la logomaquia que no puede producir más que envidia, pelea, intercambio de insultos, suspicacias malvadas, constantes altercados de personas que tienen la mente corrompida y que están destituidas de la verdad, personas que creen que la religión es un medio para hacer dinero.

Las circunstancias de la vida en el mundo antiguo le ofrecían al falso maestro una oportunidad que él no tardaba en aprovechar. Por el lado cristiano, la Iglesia estaba llena de profetas ambulantes, cuya forma de vida les confería un cierto prestigio. El culto cristiano era menos organizado que ahora en muchas iglesias. Cualquiera que creía que tenía un mensaje tenía libertad para darlo; y la puerta estaba abierta de par en

par para los que quería propagar un mensaje falso. Por el lado pagano, estaban los llamados *sofistas*, *sabios*, que se aplicaban al negocio, por así decirlo, de vender filosofía. Tenían dos tendencias. Pretendían ser capaces de enseñar a los hombres, por una paga, a discutir inteligentemente; eran hombres que con lenguas suaves y mentes despiertas estaban capacitados para «hacer que lo peor pareciera lo mejor.» Habían convertido la filosofía en una forma de hacerse ricos. La otra tendencia era hacer demostraciones de hablar en público. A los griegos siempre les había fascinado la palabra hablada; les encantaban los oradores; y esos sofistas ambulantes iban de pueblo en pueblo haciendo sus demostraciones oratorias. Trataban de hacerse la publicidad a gran escala y hasta llegaban a repartir invitaciones personales a sus actuaciones. Los más famosos entre ellos atraían a sus conferencias literalmente a miles de personas; eran en aquel tiempo los equivalentes de las estrellas pop modernas. Filostrato nos dice que Adriano, uno de los más famosos de ellos, había alcanzado tal popularidad que, cuando aparecía su pregonero con la noticia de que iba a hablar se vaciaban hasta el senado y el circo, y el ateneo se abarrotaba de personal para oírle.

Tenían tres grandes faltas. Sus conferencias eran totalmente fantásticas. Se ofrecían a hablar de cualquier asunto, por muy remoto y recóndito e improbable que fuera, que pudiera sugerir cualquier miembro de la audiencia. Veamos un ejemplo de la clase de tema que podían discutir; es un ejemplo real: Un hombre se introduce en la ciudadela del pueblo para matar al tirano que ha estado esquilmando al pueblo; no encuentra al tirano, y mata al hijo del tirano; llega el tirano y ve a su hijo muerto con el cuerpo atravesado por una espada y, movido por un dolor tremendo, se quita la vida; entonces el asesino reclama la recompensa por matar al tirano y librar al pueblo. ¿Es o no es lícito dársela? ¿Se la ha ganado, o no?

Estaban sedientos de aplauso. La competencia entre unos y otros llegaba a tal punto que se cortaban el cuello si podían. Plutarco nos cuenta lo que sucedió con un sofista ambulante

llamado Níger que llegó a un pueblo de Galacia en el que residía un famoso orador. Inmediatamente se organizó una competición entre ambos. Níger tenía que competir o perder su reputación. Se le había clavado una espina de pescado en la garganta y tenía dificultad para hablar; pero por mor de su prestigio tenía que seguir adelante. Poco después se le inflamó terriblemente la garganta, y por último murió. Dión Crisóstomo nos pinta el cuadro de un lugar público en Corinto con toda clase de competidores a tope: «Podrías oír a muchos pobres desgraciados de sofistas gritando e insultándose recíprocamente, y a sus discípulos, como los llamaban, discutiendo, y muchos poetas cantando sus poemas, y muchos juglares haciendo alarde de sus habilidades, y muchos agoreros dando el sentido de los prodigios, y un millar de retóricos tergiversando procesos, y un número no pequeño de comerciantes exhibiendo sus diversos productos.» Todo esto parece la versión antigua de la escena que pinta Leandro Fernández de Moratín en su *La derrota de los Pedantes*. Ahí tenéis precisamente el intercambio de insultos, la envidia y contienda, la constante logomaquia de hombres de mente decadente que deplora el autor de las Pastorales. «A un sofista -escribía Filostrato- le deja fuera de combate en un discurso improvisado una audiencia seria, difícil de complacer y que no aplaude.» «Todos están chalados -decía Dión Crisóstomo- por el murmullo de la multitud... Como hombres que fueran andando en la oscuridad seguían la dirección de los aplausos y de los gritos.» Luciano escribe: «Si tus amigos ven que te estás averiando, que paguen el precio de las cenas que les diste extendiendo sus brazos y dándote una oportunidad de pensar en algo que decir en los intervalos entre los turnos de aplauso.» El mundo antiguo conocía perfectamente la clase de falsos maestros que estaban invadiendo la Iglesia.

Estaban sedientos de alabanzas, y su criterio eran los números. Epicteto nos presenta una escena gráfica del sofista hablando con sus discípulos después de la representación. «"Bien; ¿qué os he parecido hoy?" "Por mi vida, señor, que

me parecisteis admirable." "¿Qué os pareció mi mejor parrafada?" "¿Cuál?" "Cuando describí a Pan y a las ninfas." "Oh, era alucinante a tope."» < "Una audiencia mucho más numerosa hoy, creo," dice el sofista. "Sí, mucho más," responde el discípulo. "Quinientos, diría yo." "¡Eso es absurdo! No pueden haber sido menos de mil." "¡Eso sería más de lo que consiguió nunca Dión! Me pregunto por qué. Y todos apreciaron lo que yo dije." "La belleza, señor, puede mover las piedras."» Estos actores sofistas eran «los niños mimados de la sociedad.» Llegaban a ser senadores, gobernadores, embajadores. Cuando morían, se les construían monumentos, con inscripciones tales como: «La reina de las ciudades al rey de la elocuencia.»

A los griegos les intoxicaba la palabra hablada. Entre ellos, si uno sabía hablar, hacía fortuna. Era en un trasfondo así donde la Iglesia iba creciendo; y no es extraño que este tipo de maestro la invadiera. La Iglesia le ofrecía una nueva área en la que ejercitar sus dones bastardos y ganar un prestigio de bisutería y un no despreciable seguimiento.

CARACTERÍSTICAS DEL FALSO MAESTRO

1 Timoteo 6:3-5 (conclusión)

En este pasaje se nos presentan las características del maestro falso.

(i) Su primera característica era la presunción. Su deseo no era presentar a Cristo, sino hacer alarde de sí mismo. Sigue habiendo predicadores y maestros que están más interesados en ganar seguidores para sí mismos que para Jesucristo, más preocupados en presentar sus propios puntos de vista que en traerles a las personas la palabra de Dios. En una conferencia sobre su antiguo maestro A. B. Bruce, W. M. McGregor dijo: «Uno de nuestros propios pastores de las Highlands dice que se había sorprendido de ver a Bruce una y otra vez durante las conferencias tomar un trocito de papel, echarle una ojeada y

seguir adelante. Un día tuvo oportunidad de ver lo que contenía el papelillo, y descubrió en él un ¡apunte de las palabras: "Oh, envía tu luz y tu verdad" y así se dio cuenta con temor de que el profesor traía al aula la majestad y la plenitud de esperanza del culto.» El gran maestro no ofrece a su audiencia la iluminación de su propia lamparilla, sino la luz y la verdad de Dios.

(ii) Lo que le seducía eran las especulaciones abstrusas y recónditas. Hay una especie de cristianismo que tiene más interés en las discusiones que en la vida. El ser miembro de un grupo de discusión o de estudio bíblico y pasar horas agradables charlando sobre doctrinas no produce necesariamente cristianos. J. S. Whale, en su libro *Doctrina Cristiana*, tiene algunas cosas abrasivas que decir acerca de este intelectualismo complaciente: «Tenemos lo que Valentine dijo de Turio: "Un traficante en palabras, pero en ningún otro tesoro." En vez de quitarnos el calzado de los pies porque el lugar en que nos encontramos es tierra santa, nos ponemos a sacar fotos bonitas de la zarza ardiente desde ángulos convenientes: charlamos sobre teorías de la Expiación con los pies en la chimenea, en vez de arrodillarnos ante las heridas de Cristo.» Como lo expresaba Lutero: «El que se limita a estudiar los mandamientos de Dios (*mandata Dei*) no se conmueve gran cosa. Pero el que escucha a Dios mandando (*Deum mandantem*), ¿cómo puede dejar de aterrarse ante una majestad tan grande?» Como decía Melancthon: «Conocer a Cristo no es especular sobre la forma de Su Encarnación, sino conocer sus beneficios salvíficos.» Gregorio de Nisa trazó un cuadro revelador de la Constantinopla de su tiempo: «Constantinopla está llena de mecánicos y esclavos que son todos ellos profundos teólogos, que predicán en las tiendas y por las calles. Si buscáis alguien que os trabaje un trozo de plata, os informa en qué difiere el Hijo del Padre; si preguntáis el precio de un pan se os dice a manera de respuesta que el Hijo es inferior al Padre; y si preguntáis si está listo el baño, la respuesta es que el Hijo fue hecho de la nada.» Los argumentos sutiles y las

fulgurantes afirmaciones teológicas no nos hacen cristianos. Esa clase de cosa puede que no sea nada más que una manera de evadir el desafío de la vida cristiana.

(iii) El falso maestro es un perturbador de la paz. Es instintivamente competitivo; sospecha de todos los que no están de acuerdo con él; cuando no puede ganar en una discusión lanza insultos a la posición teológica de su oponente, y aun a su carácter; en cualquier discusión el acento de su voz es el de la enemistad, no el del amor. No ha aprendido nunca a decir la verdad en amor. La causa de su amargura es la exaltación de su ego; porque tiende a considerar cualquier discrepancia o cualquier crítica de sus puntos de vista como un insulto personal.

(iv) El maestro falso comercializa la religión. Lo que le interesan son los ingresos. Considera su enseñanza y predicación, no como una vocación, sino como una carrera. De una cosa podemos estar seguros: de que no hay lugar para estos carreristas en el ministerio de ninguna iglesia. Las Pastorales dejan bien claro que el obrero merece su salario; pero el motivo de su trabajo debe ser el servicio público y no la ganancia privada. Su pasión es, no recibir, sino gastar y gastarse en el servicio de Cristo y de sus semejantes.

LA CORONA DEL CONTENTAMIENTO

1 Timoteo 6:6-8

Es verdad que la piedad con contentamiento es una gran ganancia. No hemos traído nada al venir al mundo, y está claro que no podemos llevarnos nada tampoco al salir de él; pero, si tenemos comida y abrigo, démonos por contentos.

La palabra que se utiliza aquí para *contentamiento* es *autárkeia*. Era una de las grandes consignas de los filósofos

estoicos. Con ella querían decir una completa *autosuficiencia*. Querían decir un esquema mental totalmente independiente de todas las cosas externas y que tenía en sí mismo el secreto de la felicidad.

El contentamiento nunca depende de la posesión de cosas externas. Como escribió George Herbert: «Porque el que necesita para vivir cinco mil libras no es menos pobre que el que necesita cinco.» El contentamiento viene de una actitud interior ante la vida. En la tercera parte de *Enrique VI*, Shakespeare traza una escena del rey vagando por lugares rústicos de incógnito. Se encuentra con dos campesinos y les dice que él es un rey. Uno de ellos le pregunta: «Pero si tú eres un rey, ¿dónde está tu corona?» Y el rey le da esta gran respuesta: « Mi corona está en mi corazón, no en mi cabeza; no adornada de diamantes y de piedras de la India; no se puede ver; mi corona se llama contentamiento -una corona que rara vez llevan los reyes.»

Hace mucho tiempo los filósofos griegos ya habían encontrado el cabo de la madeja. Epicuro decía de sí mismo: «Para quien poco no es bastante, nada es bastante. Dame un panecillo de cebada y un vaso de agua, y estoy dispuesto a rivalizar con Zeus en felicidad.» Y cuando alguien le pregunta por el secreto de la felicidad, su respuesta es: « No añadas nada a las posesiones de un hombre, sino quítaselo de sus deseos.»

Los grandes hombres siempre han estado contentos con poco. Uno de los dichos de los rabinos judíos era: «¿Quién es rico? El que está contento con su suerte.» Walter Lock cita la clase de entrenamiento a que se sometía un rabino judío y la clase de vida que vivía: «Éste es el camino de la Ley. Un bocado con sal que comer, y una medida de agua que beber, y dormir en el suelo y vivir una vida dura mientras te afanas en la Ley. Si esto haces, serás feliz, y te irá bien; serás feliz en este mundo, y te irá bien en el mundo por venir.» El rabino tenía que aprender a contentarse con lo suficiente. E. F. Brown cita un pasaje del gran predicador Lacordaire: «La pega de nuestro presente es que nadie sabe vivir con poco. Los grandes hombres de la antigüedad eran pobres por lo general... siempre

me parece que la reducción de gastos inútiles, el dejar a un lado lo que uno podría llamar de relativa necesidad, es el camino real a la liberación cristiana del corazón, como lo era para el vigor antiguo. La mente que ha aprendido a apreciar la belleza moral de la vida, tanto en relación con Dios como con los hombres, no puede inquietarse mucho por los reveses de la fortuna; y lo que nuestra edad más necesita es ver a un hombre que puede que tenga de todo, pero que esté dispuesto a contentarse con poco. Por lo que a mí se refiere, humanamente hablando, no deseo nada. Un alma grande en una casa pequeña es la idea que me ha impactado siempre más que ninguna otra.»

No es que el Cristianismo defienda la pobreza. No hay ninguna virtud especial en ser pobre, o en pasar angustias para acabar el mes. Pero sí defiende dos cosas.

Apuesta por la conciencia de que no está nunca en el poder de las cosas el producir la felicidad. E. K. Simpson: < Muchos millonarios, después de ahogarse el alma con polvo de oro, han muerto de melancolía. » La felicidad siempre viene de las relaciones personales. Todas las cosas del mundo no harán feliz a un hombre que no conoce ni la amistad ni el amor. El cristiano sabe que el secreto de la felicidad se esconde, no en las cosas, sino en las personas.

Apuesta por la concentración en las cosas que son permanentes. Nada trajimos al mundo y nada podremos sacar de él. Los sabios de todos los tiempos y la fe han sabido esto. < No puedes mecía Séneca- sacar del mundo nada más de lo que has introducido. » El poeta de la antología griega decía: < Desnudo puse pie a tierra; desnudo pasaré bajo la tierra. » El proverbio español lo expresa lúgubramente: < Una mortaja no tiene bolsillos. » E. K. Simpson comenta: < Todo lo que una persona amase en su camino es en calidad de equipaje; no es parte de su verdadera personalidad, sino algo que se deja atrás en la aduana de la muerte. »

Sólo hay dos cosas que uno pueda llevar a Dios. Puede, y debe, llevarse a sí mismo; y, por tanto, su gran tarea es

edificarse a sí mismo y llevarse sin vergüenza a Dios. Puede, y debe, llevar esa relación con Dios en la que ha entrado en los días de su vida. Ya hemos visto que el secreto de la felicidad está en las relaciones personales, y la más importante de todas las relaciones personales es la que tenemos con Dios. Y la cosa suprema que uno puede llevar consigo es la convicción inquebrantable de que va a Uno que es el Amigo y el Amante de su alma.

El contentamiento viene cuando nos desmarcamos de la esclavitud de las cosas, cuando encontramos nuestra riqueza en el amor y en la comunión con nuestros semejantes, y cuando nos damos cuenta de que nuestra más preciosa posesión es nuestra amistad con Dios, hecha posible por medio de Jesucristo.

EL PELIGRO DEL AMOR AL DINERO

1 Timoteo 6:9s

Los que quieren hacerse ricos caen en tentación y en red, y en muchos deseos insensatos y peligrosos de cosas prohibidas, deseos que sumergen a las personas en un mar de ruina y pérdida total tanto en el tiempo como en la eternidad. Porque el amor al dinero es la raíz de la que brotan todos los males; y algunas personas, en su afán por poseerlo, han sido tristemente descarriadas, y se han visto atravesadas por innumerables dolores.

Aquí tenemos uno de los dichos de la Biblia que se citan mal más corrientemente. La escritura no dice que *el dinero* sea la raíz de todos los males; dice que *el amor al dinero* es la raíz de todos los males. Ésta es una verdad de la que los grandes pensadores clásicos eran tan conscientes como los maestros cristianos. < El amor al dinero decía Demócrito- es la metrópoli de todos los males. » Séneca habla del «deseo de lo que no nos pertenece, del cual brota todo el mal de nuestra mente.» «El amor al dinero decía Focílides- es la madre de todos los males.» Filón hablaba del «amor al dinero que es el punto de salida de las mayores transgresiones de la ley.» Ateneo cita un dicho: «El placer del vientre es el principio y la raíz de todos los males.»

El dinero no es en sí mismo ni bueno ni malo; pero el amor al dinero puede conducir al mal. Con el dinero puede que un hombre sirva egoístamente sus propios deseos; con él puede responder a la petición de ayuda de su prójimo necesitado. Con él puede facilitar el camino a las malas acciones; con él puede hacerle más fácil a otros el vivir como Dios quiere que vivan. El dinero no es en sí mismo un mal, pero sí es una gran responsabilidad. Es poderoso para el bien y poderoso para el mal. Entonces, ¿cuáles son los peligros especiales que conlleva el amor al dinero?

(i) El deseo de dinero tiende a convertirse en una sed insaciable. Había un proverbio latino que decía que la riqueza es como el agua del mar; lejos de calmar la sed, la intensifica. Cuanta más se obtiene, más se quiere.

(ii) El deseo de riqueza se basa en una ilusión. Se basa en el deseo de seguridad; pero la riqueza no puede comprar la seguridad. No puede comprar la salud, ni el verdadero amor; y no puede librar del dolor ni de la muerte. La seguridad que se basa en cosas materiales está condenada anticipadamente a fracasar.

(iii) El deseo de dinero tiende a hacer a una persona egoísta. Si lo que le mueve es el deseo de riqueza, no le importará el que otros tengan que perder para que él gane. El deseo de riqueza fija los pensamientos de una persona en sí misma, y los demás se convierten en meros medios u obstáculos en el camino de su propio enriquecimiento. Es verdad que eso *no tiene por qué* pasar; pero *pasa*.

(iv) Aunque el deseo de riqueza se basa en el deseo de seguridad no conduce más que a la ansiedad. Cuanto más tenga una persona que guardar, más tendrá que perder; y tenderá a estar obsesionado por el riesgo de perder. Hay una vieja fábula acerca de un campesino que le prestó al rey un gran servicio, por lo que le recompensó con mucho dinero. Durante algún tiempo el hombre estuvo encantado; pero llegó un día cuando fue al rey y le suplicó que le quitara todo lo que le había dado, porque se había introducido en su vida una antes desconocida ansiedad de perder todo lo que tenía.

(v) El amor al dinero es fácil que conduzca a una persona a malas maneras de conseguirlo; y por tanto, al final acabe en dolor y remordimiento. Eso es cierto incluso físicamente. Puede forzar su cuerpo tanto en su pasión por obtener que arruina su salud. Puede que descubra demasiado tarde el daño que ha causado a otros su deseo y se vea abrumado de remordimientos.

El tratar de ser independiente y de proveer prudentemente para el futuro es un deber cristiano; pero el hacer del amor al dinero el motor de la vida no puede ser más que el más peligroso de los pecados.

DESAFÍO A TIMOTEO

1 Timoteo 6:11-16

Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas. Proponte la integridad, la bondad, la fe, el amor, la paciencia, la amabilidad. Pelea la buena pelea de la fe; aférrate a la vida eterna, a la que eres llamado ahora que has testificado una noble profesión de tu fe en presencia de muchos testigos. Te encargo a la vista de Dios, que hace vivir todas las cosas, y a la vista de Jesucristo, que en los días de Poncio Pilato testificó su noble profesión, que guardes el mandamiento, que te mantengas sin mancha ni vergüenza hasta el día en que aparezca nuestro Señor Jesucristo, cuya aparición mostrará en su propio buen tiempo el bendito y único Soberano, el Rey de reyes y el Señor de señores, el único que posee la inmortalidad, que mora en luz inaccesible, a Quien ninguna persona ha visto ni puede ver nunca, a Quien sea honor y poder eterno. Amén.

La carta termina con un tremendo desafío a Timoteo, un desafío tanto más grande por la deliberada nobleza de las palabras en que está vestido.

Desde el mismo principio se pone a Timoteo en su categoría. Pablo se le dirige como hombre de Dios. Ese es uno de los grandes títulos del Antiguo Testamento. Es un título que se le da a Moisés. *Deuteronomio 33:1* habla de «Moisés, varón de Dios.» El título del *Salmo 90* es «una oración de Moisés, varón de Dios.» Es el título de los profetas y de los mensajeros de Dios. El mensajero de Dios que fue enviado a Elí era un hombre de Dios (1 *Samuel 2:27*). Samuel se describe como hombre de Dios (1 *Samuel 9:6*). Semaías, el mensajero de Dios a Roboam, es un hombre de Dios (1 *Reyes 12:22*). Juan Bunyan en *El peregrino* llama a Gran-Gracia «campeón de Dios.»

Aquí tenemos un título de honor. Cuando se le encarga la comisión a Timoteo, no se le recuerda su propia debilidad y pecado, que podrían haberle reducido a una desesperación pesimista; más bien se le desafía por el honor que es suyo de ser un hombre de Dios. Es la manera característicamente cristiana, no el deprimir a una persona definiéndola como pecadora perdida, sino más bien elevarla convocándola a ser lo que tiene en sí ser. La manera característicamente cristiana no consiste en arrojarle a uno su pasado humillante a la cara, sino presentarle el esplendor de su futuro potencial. El mismo hecho de que se dirija a Timoteo como «hombre de Dios» le haría cuadrar los hombros y levantar la cabeza a uno que ha recibido su comisión del Rey.

Las virtudes y cualidades nobles que se colocan delante de Timoteo no se han reunido casualmente. Hay un orden entre ellas. La primera que viene es la *integridad, dikaiosyné*. Esta se define como «darle tanto a los hombres como a Dios lo que les es debido.» Es la más general de las virtudes; un hombre íntegro es el que cumple con su deber para con Dios y para con sus semejantes.

En segundo lugar viene un grupo de tres virtudes que se orientan hacia Dios. *Piedad, eusébeia*, es la reverencia del que nunca deja de darse cuenta de que toda la vida transcurre en la presencia de Dios. *La fe, pistis*, aquí quiere decir *fidelidad*, y es la virtud de quien, a través de todos los azares y avatares de la vida, aun hasta las mismas puertas de la muerte, es leal a Dios. *El amor, agapé*, es la virtud de quien, aun si es probado, no podría olvidar lo que Dios ha hecho por él ni el amor de Dios a los hombres.

En tercer lugar viene la virtud que se orienta a la conducta de la vida. Es *hypomoné*. La Reina-Valera traduce esta palabra por *paciencia*, pero *hypomoné* nunca quiere decir el espíritu que se sienta con los brazos cruzados y simplemente soporta las cosas dejando que las experiencias de la vida fluyan sobre él como una marea. Es una perseverancia victoriosa. « Es una constancia firme en la fe y en la piedad a pesar de la adversidad y el sufrimiento.» Es la virtud que más que aceptar las experiencias de la vida las conquista.

En cuarto lugar aparece la virtud que se dirige a los hombres. La palabra griega es *praypathía*. Se traduce por *amabilidad*, pero es realmente intraducible. Describe el espíritu que nunca se inflama de ira por las ofensas que recibe pero que puede ser devastadoramente airado por las ofensas que reciben otros. Describe el espíritu que sabe perdonar y que sin embargo sabe librar la batalla de la integridad. Describe el espíritu que camina al mismo tiempo en la humildad y en la dignidad de su sublime llamada de Dios. Describe la virtud por la cual en todo tiempo una persona es capacitada para tratar rectamente a sus semejantes y para considerarse rectamente a sí misma.

RECUERDOS QUE INSPIRAN

1 Timoteo 6:11-16 (conclusión)

Con el desafío de las tareas para el futuro recibe Timoteo la inspiración de las memorias del pasado.

(i) Ha de recordar su bautismo y los votos que hizo entonces. En las circunstancias de la Iglesia Primitiva el bautismo era inevitablemente de adultos, para personas que venían directamente del paganismo a Cristo. Era la confesión de fe y el testimonio a todos los hombres de que la persona bautizada había tomado a Jesucristo como Salvador, Maestro y Señor. La más temprana de todas las confesiones cristianas era el sencillo credo: «Jesucristo es Señor» (*Romanos 10:9; Filipenses 2:11*). Pero se ha sugerido que detrás de estas palabras a Timoteo se esconde una confesión de fe que decía: «Creo en Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la Tierra, y en Jesucristo, que sufrió bajo Poncio Pilato y volverá a juzgar; creo en la resurrección de los muertos y en la vida inmortal.» Bien puede haber sido un credo así el que usó Timoteo para confesar su fe. Así que, en primer lugar, se le recuerda que es un hombre que se ha comprometido. El cristiano es por encima de todo una persona que se ha comprometido con Jesucristo.

(ii) Se le recuerda que ha hecho la misma confesión de su fe que hizo Jesús. Cuando Jesús se encontró ante Pilato, Pilato le preguntó: «¿Eres tú el Rey de los judíos?» Y Jesús contestó: « Tú lo has dicho» (*Lucas 23:3*). Jesús había testificado que Él era un Rey; y Timoteo siempre había testificado el señorío de Cristo. Cuando el cristiano confiesa su fe, hace lo que ya hizo su Maestro; cuando sufre por su fe, pasa por lo que pasó su Maestro. Cuando estamos comprometidos en alguna gran empresa, podemos decir: «Hermanos, estamos recorriendo el camino que anduvieron los santos,» pero cuando confesamos nuestra fe delante de los hombres, podemos decir aun más; podemos decir: «Estoy con Cristo;» y esto debe elevar nuestros corazones e inspirar nuestras vidas.

(iii) Ha de recordar que Cristo viene otra vez. Ha de recordar que su vida y obra han de ser dignas de que Él las contemple. El cristiano no trabaja para satisfacer a los hombres; trabaja para satisfacer a Cristo. La pregunta que debe hacerse siempre no es: < ¿Es esto suficientemente bueno para recibir el aprobado de los hombres?> Sino: < ¿Es esto bastante bueno para recibir la aprobación de Cristo?>

(iv) Por encima de todo ha de recordar a Dios. ¡Y qué recuerdo es este! Ha de tener presente al Que es Rey de todos los reyes y Señor de todos los señores; el único que posee el don de la vida eterna para dárselo a los hombres; el único Cuya santidad y majestad son tales que ninguna persona puede nunca osar mirarlas. El cristiano debe recordar siempre a Dios y decir: «Si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros?»

CONSEJOS A LOS RICOS

1 Timoteo 6:17-19

Encarga a los que son ricos en los bienes de este mundo que no sean orgullosos, y que no pongan sus esperanzas en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios que les da abundantemente todas las cosas de que disfrutan. Encárgales que hagan el bien; que encuentren su riqueza en acciones nobles; que estén prontos a compartir todo lo que tienen; que sean hombres que no olvidan nunca que son miembros de una fraternidad; que atesoren para sí el tesoro de un buen cimiento para el mundo por venir, que tomen posesión de la vida verdadera.

Algunas veces pensamos que la Iglesia Primitiva estaba formada exclusivamente por pobres y esclavos. Aquí vemos que ya entonces tenía miembros ricos. No se los condena por ser ricos, ni se les dice que renuncien a sus riquezas; pero se les dice lo que deben hacer con su riqueza y lo que no.

Su riqueza no debe hacerlos orgullosos. No deben creerse mejores que los demás porque tienen más dinero que ellos. Nada de este mundo le da a una persona derecho a mirar a los demás por encima del hombro, ni siquiera todas las posesiones de riqueza. No deben poner sus esperanzas en la riqueza. En los azares y avatares de la vida uno puede que sea rico hoy y pobre mañana; y sería locura poner la esperanza en lo que se puede perder tan fácilmente.

Se les dice que deben usar su riqueza para hacer bien; que siempre deben estar dispuestos a compartir; y que deben recordar que el cristiano es miembro de una fraternidad. Y se les dice que el uso sabio de la riqueza les proveerá de un buen cimiento en el mundo por venir. Como ha dicho alguien: < Lo que me guardo, lo pierdo; lo que doy, lo tengo. >

Hay una famosa historia rabínica judía. Un hombre llamado Monobaz había heredado una gran riqueza, pero era un hombre bueno, amable y generoso. En tiempo de hambre dio toda su riqueza para ayudar a los pobres. Sus hermanos se dirigieron a él y le dijeron: «Tus padres hicieron un capital, y se lo añadieron a lo que habían heredado de sus padres, ¿y vas a desperdiciarlo todo?» Él respondió: «Mis padres hicieron un tesoro aquí abajo; yo lo he hecho arriba. Mis padres reunieron un tesoro de Mammon; yo he hecho un tesoro de almas. Mis padres hicieron un tesoro para este mundo; yo he hecho un tesoro para el mundo por venir.»

Cada vez que podemos dar algo y no lo damos restamos a la riqueza que se nos guarda en el mundo por venir; cada vez que damos aumentamos la riqueza que se nos guarda para cuando esta vida llegue a su fin.

La enseñanza de la ética cristiana es, no que la riqueza es un pecado, sino que es una grandísima responsabilidad. Si la riqueza de una persona no contribuye a nada más que a su propio orgullo y no enriquece a nadie más que a ella misma, se convierte en su ruina, porque empobrece su alma. Pero si la usa para aportar ayuda y bienestar a otros, al hacerse más pobre, realmente se hace más rico. En las cosas del tiempo y

en las de la eternidad «es más bienaventurado el dar que el recibir.»

UNA FE QUE TRANSMITIR

1 Timoteo 6:20s

Oh Timoteo, guarda el depósito que se te ha confiado. Rehuye la charla irreligiosa vacía; y las paradojas de ese conocimiento que no merece llamarse conocimiento, que algunos han profesado, haciendo lo cual han perdido el objetivo de la fe.

La gracia sea contigo.

Bien puede ser que el nombre *Timoteo* se use aquí en la plenitud de su sentido. Viene de dos palabras griegas, *Timán*, honrar, y *Theós*, Dios, y quiere decir literalmente *el que honra a Dios*. Bien puede ser que este último pasaje empiece recordándole a Timoteo su nombre y animándole a serle fiel.

El pasaje habla de *el depósito* que se le ha encomendado. La palabra griega para *depósito* es *parathéké*. Es la palabra para el dinero que se deposita en un banco o que se le confía a un amigo. Cuando tal dinero se pedía que se devolviera, era un deber sagrado el devolverlo totalmente. Algunas veces los hijos se llamaban un *parathéké*, un depósito sagrado. Si los dioses le daban a un hombre un hijo, era su deber presentárselo a los dioses entrenado y equipado.

La fe cristiana es así: algo que hemos recibido de nuestros padres en la fe, y que debemos pasar a nuestros hijos. E. F. Brown cita un famoso pasaje de San Vicente de Lerins: «¿Qué se quiere decir por *el depósito*? (*Paratheke*). Lo que se te ha encomendado, no lo que tú te has inventado; lo que has recibido, no lo que tú has programado; algo no de la imaginación, sino de la enseñanza; no una suposición privada, sino una tradición pública; una cosa que se te ha traído, y no que la has traído tú; de la cual no eres el autor, sino el guardador; no el director, sino el seguidor. Guarda el depósito. Conserva el talento de la fe católica a salvo y sin merma; que lo que se te ha confiado permanezca contigo, y entrégalo. Has recibido oro, devuelve oro.»

Uno hace bien en recordar que tiene un deber no solamente consigo mismo sino también con sus hijos y los hijos de sus hijos. Si en nuestro tiempo la Iglesia se fuera debilitando; si la ética cristiana se fuera sumergiendo más en el mundo; si la fe cristiana se fuera tergiversando y distorsionando, no seríamos nosotros los únicos perdedores, sino se verían privados de algo infinitamente precioso los de las generaciones por venir. No somos sólo poseedores, sino también depositarios de la fe. Lo que hemos recibido también debemos transmitirlo sin merma ni deterioro.

Por último, las Pastorales condenan a los que, como dice la versión Reina-Valera, se han entregado a *las oposiciones de la falsamente llamada ciencia*. Primero, debemos fijarnos en que aquí la palabra *ciencia* se usa en su sentido original; quiere decir sencillamente *conocimiento (gnósis)*. Lo que se está condenando es un falso intelectualismo y un falso énfasis en el conocimiento humano.

Pero, ¿qué se quiere decir con *oposiciones*? La palabra griega es *antitheseis*. Mucho más tarde de esto hubo un hereje llamado Marción que produjo un libro llamado *Las antitheseis* en el que citaba textos del Antiguo Testamento y colocaba al lado textos del Nuevo Testamento que los contradecían. Esto podría querer decir muy bien: «No pierdas el tiempo buscando contradicciones en la Escritura. Usa las Escrituras como norma de vida y no como tema de discusión.» Pero hay dos sentidos más probables que éste.

(i) La palabra *antithesis* podría querer decir *controversia*; y entonces esto querría decir: «Evita las controversias, no te mezcles en discusiones inútiles y amargas.» Éste podría ser un consejo muy relevante a una congregación griega de Éfeso. Los griegos tenían verdadera pasión por ir a los tribunales.

Pleiteaban hasta entre hermanos, simplemente por gusto. Esto puede querer decir: «No convirtáis la Iglesia en un campo de batalla de discusiones y debates teológicos. El Cristianismo no es algo para discutir, sino para vivir.»

(ii) La palabra *antithesis* puede querer decir *una tesis rival*. Éste es el sentido más probable, porque se adapta igualmente a los judíos y a los gentiles. Los escolásticos de días posteriores solían discutir acerca de cuestiones: «¿Cuántos ángeles pueden estar en la punta de una aguja?» Los rabinos judíos discutían sobre puntos de la Ley horas y días y hasta años cortando pelos longitudinalmente y trezándolos. Los griegos hacían lo mismo, solamente que de una manera todavía más seria. Hubo una escuela de filósofos griegos que fue muy influyente, llamada los académicos, que mantenían que en el caso de cualquier cosa perteneciente al reino del pensamiento humano se podía llegar a conclusiones exactamente opuestas por medio de un razonamiento lógico. Por tanto concluían que no hay tal cosa como una verdad absoluta; que siempre hay dos hipótesis de igual peso. Pasaban a defender que, siendo así las cosas, el sabio nunca se decidirá totalmente acerca de nada, sino se mantendrá siempre en un estado de juicio en suspenso. El efecto era por supuesto paralizar toda acción y reducir a los hombres a una total incertidumbre. Así es que se le dijo a Timoteo: «No pierdas el tiempo en discusiones sutiles, en "esgrima mental." No te pases de listo para ser sabio. Escucha más bien la voz inequívoca de Dios que las sutiles discusiones de los superintelectuales.»

Así es que la carta se acerca a su fin con una advertencia que necesita nuestra propia generación. El razonamiento inteligente no puede ser nunca el sustituto de la acción cristiana. El deber del cristiano no es sentarse en su estudio y sopesar argumentos, sino vivir la vida cristiana en el polvo y el calor del mundo. Lo que cuenta no es la listeza intelectual sino la conducta y el carácter.

Y entonces llega la bendición final: «Que la Gracia sea contigo.» La carta finaliza con la belleza de la Gracia de Dios.

2 TIMOTEO

GLORIA Y PRIVILEGIO DE UN 'APÓSTOL

2 Timoteo 1:1-7

Esta es una carta de Pablo, que fue hecho apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y cuyo apostolado fue diseñado para dar a conocer a todos los hombres la promesa de Dios de la vida eterna en Jesucristo: A Timoteo, su propio amado hijo. Gracia, misericordia y paz sean contigo de parte de Dios el Padre, y de nuestro Señor Jesucristo.

Doy gracias a Dios, a Quien sirvo con limpia conciencia como Le sirvieron mis antepasados antes de mí, por todo lo que tú eres para mí, de la misma manera que en mis oraciones nunca dejo de acordarme de ti porque, recordando tus lágrimas cuando nos separamos, yo no dejo de anhelar el verte para llenarme otra vez de alegría. Y doy gracias a Dios porque he recibido un nuevo detalle de esa sincera fe que hay en ti, una fe de la misma clase que la que moró en primer lugar en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y que, estoy convencido, mora también en ti. Por eso es por lo que te mando este recuerdo para mantener el fuego del don que está en ti y que recibiste por medio de la imposición de mis manos; porque Dios no nos ha dado el espíritu de temor, sino el de poder y amor y autodisciplina.

Cuando Pablo habla de su propio apostolado hay siempre ciertas notas inconfundibles en su voz. Para él siempre representaba ciertas cosas.

(a) Su apostolado era *un honor*. Fue elegido para él por la voluntad de Dios. Todo cristiano debe considerarse un elegido de Dios.

(b) Su apostolado era *una responsabilidad*. Dios le escogió porque quería hacer algo con él. Quería hacerle el instrumento para que la noticia de la nueva vida alcanzara a todos los hombres. Ningún cristiano es nunca escogido totalmente para su propio bien, sino para lo que puede hacer por otros. Un cristiano siempre es una persona sumida en la maravilla el amor y la alabanza por lo que Dios ha hecho por él, e inflamado con la disposición de decirles a otros lo que Dios puede hacer por ellos.

(c) Su apostolado era *un privilegio*. Es sumamente significativo notar lo que Pablo consideraba su deber llevar a otros: *la promesa* de Dios, no *Su amenaza*. Para él el Cristianismo no era la amenaza de la condenación, sino la buena noticia de la salvación. Vale la pena recordar que el más grande evangelista y misionero que el mundo haya conocido nunca estaba lanzado, no para aterrar a la gente sacudiéndolos sobre las llamas del infierno, sino para moverlos a una admirada sumisión a la vista del amor de Dios. La dinámica de su Evangelio era el amor, no el temor.

Como siempre cuando hablaba a Timoteo, hay un calor de afecto cariñoso en la voz de Pablo. «Mi querido hijo,» le llama. Timoteo era su hijo en la fe. Los padres de Timoteo le habían dado la vida física; pero había sido Pablo el que le había transmitido la vida eterna. Muchas personas que no han experimentado la paternidad física han tenido el gozo y el privilegio de ser padres o madres en la fe; y no hay gozo en el mundo comparable al de traer un alma a Cristo.

LA INSPIRACIÓN DE TIMOTEO

2 Timoteo 1:1-7 (conclusión)

El propósito de Pablo al escribir esta carta es inspirar y fortalecer a Timoteo para su tarea en Éfeso. Este era joven y tenía la dura tarea de batallar contra las herejías e infecciones que iban a amenazar a la Iglesia. Así que, para mantener bien alto su coraje y a tope su esfuerzo, Pablo le recuerda a Timoteo ciertas cosas.

(i) Le recuerda su propia confianza en él. No hay mayor inspiración que la de sentir que alguien cree en nosotros. Una llamada al honor es siempre más efectiva que una amenaza de castigo. El temor a dejar mal a los que nos aman es una cosa purificadora.

(ii) Le recuerda su tradición familiar. Timoteo había recibido una buena herencia, y si fallaba, no mancharía solo su propio nombre, sino reduciría el honor del nombre de su familia también. Unos buenos padres deben ocupar un puesto muy alto entre los dones más grandes que uno puede haber recibido. Que Le dé gracias a Dios por ello, y nunca les traiga deshonor.

(iii) Le recuerda que fue separado para una responsabilidad, y el don que le fue conferido para ese fin. Una vez que un hombre entra al servicio de cualquier asociación con una gran tradición, lo que hace no le afecta sólo a él, ni lo hace solamente dependiendo de sus propias fuerzas. Está la fuerza de una tradición de la que puede recibir inspiración y el honor de una tradición que debe conservar. Eso es especialmente cierto en el caso de la Iglesia. El que la sirve tiene su honor en sus manos; el que la sirve es fortalecido por la consciencia de la comunión de todos los santos.

(iv) Le recuerda las cualidades que deben caracterizar al maestro cristiano, de las que Pablo especifica cuatro.

(a) Estaba *el coraje*. No era el miedo cerval sino el coraje lo que el servicio cristiano le infundiría a un hombre. Siempre requiere coraje ser cristiano, y ese coraje viene de la continua conciencia de la presencia de Cristo.

(b) Estaba *el poder*. En un verdadero cristiano está el poder para enfrentarse, el poder para asumir la tarea demoledora, el poder para mantenerse firme frente a la situación imprevista y terrible, el poder para retener la fe frente al dolor del alma y la desilusión agotadora. El cristiano es característicamente la persona que puede superar el límite máximo de resistencia y de paciencia.

(c) Estaba *el amor*. En el caso de Timoteo éste era el amor a los hermanos, a la congregación del pueblo de Cristo sobre la que había recibido la encomienda. Es precisamente ese amor el que le da al pastor cristiano las otras cualidades. Debe amar a su pueblo tanto que ninguna molestia le resulte demasiado dura de soportar por ellos ni ninguna situación suficientemente amenazadora para desanimarle. Ninguna persona debería entrar nunca en el ministerio de la Iglesia a menos que tenga el amor de Cristo en su corazón.

(d) Estaba *la autodisciplina*. La palabra original es *sófronismós*, una de las grandes palabras griegas intraducibles. Alguien la ha definido como < la sensatez de la santidad. » Falconer la define como < el dominio propio frente al pánico o la pasión. » Es Cristo el único Que nos puede dar ese dominio propio que nos mantendrá libres tanto de ser arrebatados como de salir huyendo. Ninguna persona puede nunca dirigir a otras a menos que se haya dominado a sí misma. *Sófronismós* es ese dominio propio que Dios da que hace a una persona capaz de dirigir a otros porque ella misma es antes de nada sierva de Cristo y dueña de sí misma.

UN EVANGELIO POR EL QUE VALE LA PENA SUFRIR

2 Timoteo 1:8-11

Así que no te avergüences de dar tu testimonio de nuestro Señor; ni tampoco te avergüences de mí, Su prisionero, sino acepta conmigo el sufrimiento que conlleva el Evangelio, haciéndolo en el poder de Dios, Que nos salvó, y Que nos llamó con una vocación a la consagración, una vocación que no tenía nada que ver con nuestros propios merecimientos, sino que dependía solamente de Su propósito y de la gracia que nos fue dada en Jesucristo. Y todo esto estaba programado desde antes de la creación del mundo, pero ahora aparece plenamente desplegado por medio de la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, Que abolió la muerte y sacó a la luz la vida y la incorrupción mediante la buena noticia que Él nos trajo, en el servicio de la cual yo he sido nombrado heraldo y apóstol y maestro.

Es inevitable que la lealtad al Evangelio traiga problemas. Para Timoteo, quería decir lealtad a un hombre que era considerado un criminal, porque cuando Pablo estaba escribiendo esta carta estaba preso en Roma. Pero aquí Pablo presenta el Evangelio en toda su gloria, algo por lo que vale la pena sufrir. Algunas veces por implicación y otras por afirmación directa saca a la luz elemento tras elemento de esa gloria. Pocos pasajes del Nuevo Testamento tienen en sí y tras sí tal sentimiento de la tersa grandeza del Evangelio.

(i) Es el Evangelio del *poder*. Cualquier sufrimiento que implique se soportará en el poder de Dios. Para el mundo antiguo el Evangelio era el poder para vivir. Esa misma edad en que Pablo escribía era la gran edad del suicidio. Los pensadores de principios más elevados eran los estoicos; pero tenían su propia salida cuando la vida se les hacía insoportable. Tenían un dicho: < Dios dio la vida a los hombres, pero Dios les dio el don todavía mayor de ser capaces de quitarse la vida. » El Evangelio era, y es, poder para conquistar el ego, poder para dominar las circunstancias, poder para seguir viviendo cuando la vida es invivible, poder para ser cristianos cuando el ser cristiano parece imposible.

(ii) Es el Evangelio de *la salvación*. Dios es el Dios Que nos salva. El Evangelio es redención. Es redención del pecado; libera al hombre de las cosas que le tienen en sus garras; le permite romper con los hábitos que le parecen irrompibles. El Evangelio es un poder liberador que puede hacer de hombres malos, buenos.

(iii) Es el Evangelio de *la consagración*. No es simplemente liberación de las consecuencias del pecado pasado; es una invitación a caminar la senda de la santidad. En *La Biblia en el evangelismo mundial*, A. M. Sherwin cita dos ejemplos alucinantes del poder milagrosamente transformador de Cristo.

Había en Nueva York un gánster que había estado en la cárcel poco antes por robo con violencia. Se dirigía a buscar a su antigua pandilla con la intención de tomar parte en otro robo cuando le robó la cartera a un hombre en la Quinta Avenida. Fue al Parque Central para ver lo que había conseguido robar y descubrió para su disgusto que era un Nuevo Testamento. Como no tenía nada que hacer, empezó a pasar distraídamente las páginas y a leer. Pronto se encontró absorto en la lectura, y tal efecto le hizo que pocas horas después fue a sus antiguos viejos camaradas y se separó de ellos para siempre. Para ese ex-delincuente el Evangelio fue la llamada a la santidad.

Hubo un joven árabe en Alepo que tuvo una pelea amarga con un antiguo amigo. Le dijo a un evangelista cristiano: < Le odiaba tanto que me propuse vengarme, hasta el punto de matarle. Entonces -prosiguió-, una vez me encontré con usted y usted me indujo a comprar un ejemplar de San Mateo. Yo lo compré solamente para darle gusto a usted. No tenía la menor intención de leerlo. Pero cuando me iba a acostar

aquella noche el libro se me cayó del bolsillo y yo lo recogí y empecé a leerlo. Cuando llegué al lugar donde dice: "oísteis que se dijo en la antigüedad no matarás... pero yo os digo que el que esté airado con su hermano sin causa estará en peligro del juicio," recordé el odio que estaba abrigando contra mi enemigo. Cuando seguí leyendo mi intranquilidad fue creciendo hasta que leí las palabras: "Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os daré el descanso. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí; porque yo soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas." Entonces me sentí movido a clamar: "Dios, ten misericordia de mí, pecador." El gozo y la paz llenaron mi corazón y desapareció el odio. Desde entonces soy una nueva persona, y mi mayor delicia es leer la palabra de Dios. »

Fue el Evangelio lo que puso al ex-presidiario de Nueva York y al posible asesino en Alepo en el camino de la santidad. Es aquí donde falla mucho de nuestro cristianismo. No cambia a las personas; y por tanto no es real. El hombre que ha conocido el poder salvífico del Evangelio es un hombre cambiado, en el trabajo, en el placer, en el hogar, en el carácter. Debe haber una diferencia esencial entre el cristiano y el que no lo es, porque el cristiano ha obedecido la llamada a caminar la senda de la santidad.

UN EVANGELIO POR EL QUE VALE LA PENA SUFRIR

2 Timoteo 1:8-II (conclusión)

(iv) Es el Evangelio de *la gracia*. No es algo que hemos logrado, sino algo que hemos aceptado. Dios no nos llamó porque fuéramos santos; nos llamó para que fuéramos santos. Si tuviéramos que merecer el amor de Dios, nuestra situación sería desesperada e irremisible. El Evangelio es el don gratuito de Dios. El no nos ama porque nosotros hayamos merecido Su amor; nos ama movido por la maravillosa generosidad de Su corazón.

(v) Es el Evangelio del *propósito eterno de Dios*. Está programado desde antes que empezara el tiempo. No debemos creer nunca que Dios fuera antes ley estricta y que sólo desde la vida y muerte de Jesús Él es amor perdonador. Desde el principio del tiempo el amor de Dios ha estado buscando a los hombres y ofreciéndoles Su gracia y su perdón. El amor es la esencia de la naturaleza eterna de Dios.

(vi) Es el Evangelio de *la vida y la inmortalidad*. Pablo estaba convencido de que Jesucristo sacó a la luz la vida y la incorrupción. El mundo antiguo temía la muerte; o, si no la temía, la consideraba una extinción. El mensaje de Jesús fue que la muerte era el camino a la vida, y que lejos de separar a los hombres de Dios, los traía a Su más próxima presencia.

(vi_i) Es el Evangelio del *servicio*. Fue este Evangelio el que hizo a Pablo heraldo, apóstol y maestro de la fe. No le dejó tranquilamente sintiendo que ahora era salva su propia alma y no tenía por qué preocuparse más. Le impuso la tarea inescapable de agotarse y consumirse en el servicio de Dios y de sus semejantes. Este Evangelio le impuso a Pablo tres necesidades.

(a) Le hizo *un heraldo*. La palabra original es *kéryx*, que tiene tres líneas principales de sentido, cada una con algo que sugerir acerca de nuestro deber cristiano. El *kéryx* era el heraldo que traía el anuncio del rey. El *kéryx* era el emisario cuando dos ejércitos estaban enfrentados, que ofrecía las condiciones de rendición o la petición de tregua y paz. El *kéryx* era el que empleaba un subastador o un mercader para anunciar públicamente sus mercancías e invitar a la gente a venir a comprar. Así es que el cristiano ha de ser la persona que trae el mensaje a sus semejantes; que trae a las personas a la paz con Dios; que llama a sus semejantes a aceptar la oferta maravillosa que Dios les hace.

(b) Le hizo *un apóstol*, *apóstolos*, literalmente *uno que es enviado*. Esta palabra puede querer decir *un enviado o un embajador*. El *apóstolos* no hablaba por sí mismo, sino por el

que le había enviado. No iba en su propia autoridad, sino con la autoridad del que le había enviado. El cristiano es el embajador de Cristo, que habla por Él y Le representa ante los hombres.

(c) Le hizo *un maestro*. Hay un sentido muy real en que la tarea docente del cristiano y de la Iglesia es la más importante de todas. No cabe duda de que la tarea del maestro es mucho más difícil que la del evangelista. La tarea del evangelista es llamar a las personas y confrontarlas con el amor de Dios. Una persona puede que responda a la invitación en un momento de viva emoción. Pero queda por recorrer un largo camino. Debe aprender el significado y la disciplina de la vida cristiana. Se han echado los cimientos, pero hay que levantar el edificio. A la llama del evangelismo debe seguir el firme rescoldo de la enseñanza cristiana. Puede suceder que las personas se alejen de la Iglesia después de su primera decisión, por la sencilla pero fundamental razón de que no se Jes ha enseñado el sentido de la fe cristiana.

Heraldo, embajador, maestro -aquí tenemos la triple función del cristiano que quiere servir a su Señor y a su iglesia.

(vi_{ii}) Es el Evangelio de *Jesucristo*. Fue desarrollado totalmente por medio de Su *aparición*. La palabra que Pablo usa para *aparición* tiene una gran historia. Es *epifáneia* una palabra que usaban los judíos frecuentemente para hablar de las grandes manifestaciones salvíficas de Dios en los días terribles de las luchas macabeas, cuando los enemigos de Israel estaban buscando insistentemente obliterarlo.

En los días del sumo sacerdote Onías vino un cierto Heliodoro a desvalijar el tesoro del templo de Jerusalén. Ni las oraciones ni los ruegos parecían bastar para detenerle de llevar a cabo este sacrilegio. Y, así cuenta la historia, cuando Heliodoro estaba a punto de echar mano al tesoro, < el Señor de los Espíritus y Príncipe del Poder causó una gran *epifáneia*... porque se les apareció un caballo con un jinete terrible... que se acercó a pleno galope e hirió a Heliodoro con sus patas delanteras... y Heliodoro cayó repentinamente a tierra y se vio rodeado de una gran oscuridad» (2 Macabeos 3:24-30). Lo que sucedió exactamente puede que nunca lo sepamos; pero en la hora de una necesidad terrible de Israel tuvo lugar esta tremenda *epifáneia* de Dios. Cuando Judas Macabeo y su pequeño ejército tenían enfrente el poder de Nicanor, oraron: «Oh Señor, Que enviaste tu ángel en tiempos de Ezequías rey de Judea, y mataste en el ejército de Senaquerib ciento ochenta y cinco mil (compárese 2 Reyes 19:35-36); por tanto ahora, oh Señor del Cielo, envía un buen ángel delante de nosotros para que les cause temor y espanto; y por el poder de Tu brazo haz que sean afectados de terror los que vienen contra tu propio pueblo para blasfemar.» Y entonces la historia prosigue diciendo: «Entonces Nicanor y los que estaban con él avanzaron con trompetas y canciones. Pero Judas y su compañía salieron al encuentro del enemigo con invocación y oración. Así que, peleando con sus manos y orando a Dios con sus corazones, mataron a no menos de treinta y cinco mil hombres; y por medio de la *epifáneia* de Dios fueron grandemente alentados» (2 Macabeos 15:22-27).

Una vez más no sabemos lo que sucedió exactamente; pero Dios realizó una aparición grande y salvadora para su pueblo. Para los judíos *epifáneia* denotaba una intervención liberadora de Dios.

Para los griegos ésta era también una gran palabra. La subida del emperador al trono se llamaba su *epifáneia*. Era su manifestación. Todos los emperadores subían al trono con grandes esperanzas; su entronización se saludaba como la aurora de un día nuevo y grande y de grandes bendiciones por venir.

El Evangelio se despliega en toda su grandeza con la *epifáneia* de Jesús; la misma palabra indica que Él era la gran intervención liberadora y la manifestación de Dios en el mundo.

CONFIANZA DIVINA Y HUMANA

Y esa es la razón por la que yo paso estas cosas ahora. Pero no estoy avergonzado, porque yo conozco a Aquel en Quien está puesta mi fe, y estoy totalmente seguro de que puede guardar a salvo lo que le he confiado hasta que llegue el último día. Mantén el esquema de las palabras vivificadoras que has recibido de mí, sin flojear jamás en la fe y el amor que hay en Jesucristo. Guarda el maravilloso depósito que se te ha confiado por medio del Espíritu Santo que mora en ti.

Este pasaje usa una palabra griega muy gráfica de una manera doblemente sugestiva. Pablo habla de aquello que él le ha confiado a Dios; y exhorta a Timoteo a salvaguardar el depósito que Dios le ha confiado. En ambos casos la palabra original es *parathéké* que quiere decir *un depósito encomendado a la guarda de alguien*. Uno podía depositar algo confiándolo a un amigo para que se lo guardara para sus hijos o seres amados; podía depositar sus objetos de valor en un templo para que se los guardaran a salvo, porque los templos eran los bancos del mundo antiguo. En cada caso la cosa depositada era un *parathéké*. En el mundo antiguo no había un deber más sagrado que el de salvaguardar tal depósito y devolverlo a su debido tiempo cuando se reclamaba.

Había una historia griega famosa que contaba precisamente lo sagrado que era un depósito semejante (*Heródoto* 6:89; *Juvenal: Sátiras* 13: 199-208). Los espartanos eran famosos por su estricto sentido del honor y de la honradez. Cierta vez un hombre de Mileto se dirigió a un cierto Glauco, de Esparta. Dijo que había tenido tan buenos informes de la honradez de los espartanos que había convertido en dinero la mitad de sus posesiones y quería depositar ese dinero, hasta que él o sus herederos lo reclamaran otra vez. Se dieron y recibieron ciertos

símbolos que servirían para identificar al que tuviera derecho a reclamarlo. Pasaron los años; el hombre de Mileto murió; sus hijos fueron a Esparta a ver a Glauco, presentaron sus signos de identificación y pidieron que se les devolviera el dinero depositado. Pero Glauco pretendió no acordarse de haberlo recibido. Los hijos que habían venido de Mileto se alejaron tristes, pero Glauco fue al famoso oráculo de Delfos para ver si podía admitir el depósito o, lo que la ley griega le permitía hacer, podía jurar que no sabía nada de él. El oráculo contestó:

«Lo mejor, de momento, habría sido, oh Glauco, hacer lo que querías: hacer un juicio para quedar encima y quedarte con el botín del dinero. Jura entonces -la muerte es la suerte hasta de los que nunca juran falsamente. Sin embargo, el dios del juramento tiene un hijo sin nombre, sin pies ni manos; poderoso en fuerza se lanza a la venganza y arrasa en destrucción a todos los que pertenecen a la raza o la casa del hombre que ha perjurado. Pero los que guardan el juramento dejan tras sí una descendencia floreciente.»

Glauco comprendió; el oráculo le estaba diciendo que si quería un provecho momentáneo podía negar el depósito; pero tal negación traería consigo una pérdida eterna. Le pidió al oráculo que perdonara su pregunta; pero la respuesta era que el haber tentado al dios era tan malo como haber realizado la acción. Envío por los hijos del hombre de Mileto y les devolvió el dinero. Heródoto prosigue: < Glauco hasta el presente no tiene ni un solo descendiente; ni se le reconoce ninguna familia; ha sido quitadas raíz y rama de Esparta. Es una buena cosa por tanto, cuando un depósito se le ha confiado a uno, que ni siquiera se le pase por el pensamiento el dudar de devolverlo. » Para los griegos un *parathéké* era absolutamente sagrado.

Pablo dice que él le ha confiado un depósito a Dios. Quiere decir que le ha confiado tanto su trabajo como su vida. Podría

parecer que él había sido retirado a mitad de la carrera; el que terminara como un criminal en una cárcel romana podría parecer el final de toda su obra. Pero él había sembrado la semilla y predicado el Evangelio, y dejaba el resultado en las manos de Dios. Pablo le había confiado a Dios su vida; y estaba seguro de que estaba a salvo tanto en la vida como en la muerte. ¿Por qué estaba tan seguro? Porque conocía a Aquel en Quien había creído. Siempre debemos recordar que Pablo no dice que sabía lo *que* había creído. No había llegado a un credo o a una teología por un conocimiento intelectual, sino llegó a un conocimiento personal de Dios. Conocía a Dios personal e íntimamente; sabía cómo era en Su amor y en Su poder; y para Pablo era inconcebible el que Dios le pudiera fallar. Si hemos trabajado honradamente y hecho las cosas lo mejor posible, podemos dejarle el resultado a Dios, por muy escaso que nos parezca ese trabajo. Con Él, en éste o en cualquier otro mundo la vida está a salvo, porque nada nos puede separar del amor de Dios en Jesucristo nuestro Señor.

DEPÓSITO HUMANO Y DIVINO

2 Timoteo 1:12-14 (conclusión)

Pero el tema del depósito tiene otro lado; hay otro *parathéké*. Pablo exhorta a Timoteo que salvaguarde y mantenga inviolado el depósito que Dios le ha confiado. No somos nosotros los únicos que ponemos nuestra confianza; Él también pone Su confianza en nosotros. La idea de que Dios depende de los hombres no está nunca lejos del pensamiento del Nuevo Testamento. Cuando Dios quiere que se haga algo tiene que encontrar la persona que lo haga. Si quiere que se enseñe a un niño, que se dé un mensaje, que se predique un sermón, que se encuentre a un perdido, que se consuele a un afligido, que se sane a un enfermo, tiene que encontrar algún instrumento para hacer Su trabajo.

El depósito que Dios le había confiado en particular a Timoteo era la supervisión y la edificación de la Iglesia. Si Timoteo había de cumplir de veras esa encomienda, tenía que hacer ciertas cosas.

(i) Tenía que retener *el esquema de las palabras vivificadoras*. Es decir, tenía que comprobar que la fe cristiana se mantenía en toda su pureza, y que no se les permitía la entrada en ella a ideas falsas y engañosas. Eso no es decir que en la Iglesia Cristiana no debe haber un pensamiento renovado y un desarrollo de la doctrina y de la fe; pero sí quiere decir que hay ciertas grandes verdades que se deben preservar siempre intactas. La verdad cristiana que debe permanecer inalterable es la que está compendiada en el credo de la Iglesia Original: «Jesucristo es Señor» (*Filipenses 2:11*). Una teología que trate de desplazar a Cristo del lugar supremo o despojarle del lugar único en el esquema de la revelación y de la salvación es necesariamente equivocada. La Iglesia Cristiana debe estar siempre reformateando su fe, pero la fe que se expresa de nuevo debe ser la fe en Cristo.

(ii) No debía nunca flojear en *la fe*. La fe contiene aquí dos ideas en su corazón.

(a) Contiene la idea de *fidelidad*. El dirigente cristiano debe ser para siempre leal y verdadero para con Jesucristo. No debe nunca avergonzarse de mostrar Cúyo es y a Quién sirve. La fidelidad es la virtud más antigua y más esencial del mundo.

(b) Pero la fe también contiene la idea de *esperanza*. El cristiano no debe perder nunca su confianza en Dios; no debe desesperar nunca. No debe haber ningún pesimismo ni acerca de sí mismo ni acerca del mundo en el corazón del cristiano. Como escribió A. H. Clough:

No digas que la lucha no valía la pena, que el esfuerzo y las llagas se aplicaron en vano; que el contrario no cesa ni retrocede nunca, y que todas las cosas son lo mismo que siempre.

*Si la ilusión se engaña, el miedo es mentiroso;
¿no ocultará esa nube de humo en lontananza
a los tuyos, que alcanzan al enemigo que huye,
y que solo tú faltas por poseer la victoria?*

Mientras las olas rompen cansadas en la arena sin parecer ganar ni una sola pulgada, allá atrás la marea entre rocas y riscos avanza silenciosa entrando incontenible.

No solo las ventanas de Oriente lentamente adivinan la luz conforme el Sol se eleva; sino, ¡mirad!, a Occidente las lomas ya saltan jubilosas reflejando su luz.

(iii) No debe nunca desfallecer en *el amor*. Amar a los hombres es verlos como Dios los ve. Es negarse radicalmente a hacer nada que no contribuya a su bien supremo. -Es vencer el rencor con el perdón; es vencer el odio con el amor; es vencer la indiferencia con una pasión ardiente que no se puede apagar. El amor cristiano busca insistentemente amar a los hombres como Dios los ama y como nos ha amado a nosotros en primer lugar.

MUCHOS INFIELES Y UNO SOLO FIEL

2 Timoteo 1:15-18

Sabes muy bien que en general los que viven en Asia me desertaron, entre ellos Figelo y Hermógenes. Que el Señor tenga misericordia de la familia de Onesíforo, que me animó a menudo y no se avergonzó de mi cadena. Todo lo contrario: cuando llegó a Roma me buscó insistentemente hasta encontrarme - ¡Que el Señor le conceda misericordia del Señor en aquel día! Y tú sabes mejor que yo los muchos servicios que ha prestado en Éfeso.

Aquí tenemos un pasaje en el que se combinan el dolor y el gozo. A fin de cuentas le sucedió a Pablo lo mismo que le había sucedido a su maestro Jesús. Sus amigos le abandonaron y huyeron. En el Nuevo Testamento Asia no es desde luego el continente de Asia, sino la provincia romana que incluía la parte oeste de Asia Menor. Su capital era la ciudad de Éfeso. Cuando Pablo estaba preso, sus amigos le abandonaron -muy probablemente por temor. Los romanos nunca le habrían procesado solamente por un delito puramente religioso; los judíos tienen que haberlos persuadido de que era un enredador peligroso que atentaba contra la paz pública. No puede haber duda de que por último Pablo sería juzgado por un

delito político. El ser amigos de un hombre así era peligroso; y en su hora de necesidad sus amigos de Asia le abandonaron porque temían por su propia seguridad.

Pero a pesar de que otros le desertaran un hombre se mantuvo fiel hasta el fin; se llamaba Onesíforo, que quiere decir *provechoso*. P. N. Harrison trazó una descripción vívida de la búsqueda de Pablo por Onesíforo en Roma: «Nos parece captar detalles de un rostro determinado en medio de una multitud a la deriva y seguir con vivo interés a este extranjero de las lejanas costas del Egeo conforme iba recorriendo el laberinto de calles desconocidas, llamando a muchas puertas, siguiendo todas las claves, advertido de los peligros que estaba corriendo pero decidido a no cejar en su busca; hasta que en alguna cárcel oscura le saluda una voz conocida, y descubre a Pablo encadenado a un soldado romano. Una vez encontrado su camino, Onesíforo no se contenta con una sola visita, sino que, fiel a su nombre, se muestra incansable en sus ministraciones. Otros se habían retirado ante la amenaza y la ignominia de aquella cadena; pero este visitante considera el supremo privilegio de vida el compartir con tal criminal el escarnio de la Cruz. Una serie de vueltas y revueltas por el inmenso laberinto (de las calles de Roma) llega a conocerlo tan bien como si se tratara de su propio Éfeso.» No cabe duda de que, cuando Onesíforo buscó a Pablo y fue a verle una y otra

vez, estaba llevando su vida en la mano. Era peligroso el seguir preguntando dónde se podía encontrar a un cierto criminal; era peligroso visitarle; y era aún más peligroso el seguir visitándole; pero eso fue lo que hizo Onesíforo.

Una y otra vez la Biblia nos pone cara a cara con una cuestión que es real para cada uno de nosotros. Una y otra vez introduce y aparta de la escena de la historia a una persona con una sola frase. Hermógenes y Figelo -no sabemos absolutamente nada de ellos más que los nombres y el hecho de que fueron traidores a Pablo. Onesíforo -no sabemos nada de él excepto que en su lealtad a Pablo arriesgó -y tal vez perdió- la vida. Hermógenes y Figelo pasaron a la Historia como desertores; Onesíforo pasó a la Historia como el amigo que se mantiene más cerca que un hermano. Si senos hubiera de describir en una sola frase, ¿cuál sería? ¿Sería un veredicto de traidor, o un veredicto de discípulo que fue fiel?

Antes de dejar este pasaje debemos notar que en relación con algo en particular es el centro de la tempestad. Cada uno debe llegar a su propia conclusión, pero hay muchos que presienten que lo que se implica es que Onesíforo ya ha muerto. Es por su familia por los que ora Pablo. Ahora bien, si había muerto, este pasaje nos muestra a Pablo orando por los muertos, porque nos le presenta pidiendo a Dios que Onesíforo encuentre misericordia en el último día.

Las oraciones por los muertos constituyen un problema muy disputado que no pretendemos discutir aquí. Pero una cosa sí podemos decir -entre los judíos las oraciones por los muertos no eran ni mucho menos desconocidas. En los días de las guerras de los Macabeos hubo una batalla entre las tropas de Judas Macabeo y el ejército de Gorgias, gobernador de Idumea, que terminó con la victoria de Judas Macabeo. Después de la batalla los judíos estaban recogiendo los cuerpos de los que habían caído en la batalla. En cada uno de ellos encontraron «cosas consagradas a los ídolos de los hamnitas que les están prohibidas por la ley a los judíos.» Lo que se quiere decir es que los soldados judíos muertos llevaban amuletos

paganos que esperaban supersticiosamente que les protegieran la vida. La historia continúa diciendo que todos los que habían muerto llevaban un amuleto y fue por eso por lo que murieron. Al ver esto, Judas y todo el pueblo oraron para que el pecado de estos hombres «fuera reducido totalmente al olvido.» Entonces Judas recogió dinero e hizo una ofrenda por el pecado de aquellos que habían caído, porque creía que, como había una resurrección, no era superfluo «el orar y ofrecer sacrificios por los muertos.» La historia termina con el dicho de Judas Macabeo de que «era una cosa santa y buena el orar por los muertos. Tras lo cual hizo una reconciliación por los muertos para que fueran librados del pecado» (2 Macabeos 12:39-45).

Está claro que Pablo se educó en unas creencias que veían en las oraciones por los muertos no una cosa repulsiva sino una cosa buena. Éste es un tema en el que ha habido una disputa larga y amarga; pero por lo menos una cosa podemos y debemos decir -si amamos a una persona con todo nuestro corazón, y si el recuerdo de esa persona no está nunca ausente de nuestras mentes y memorias, entonces sea lo que sea lo que el intelecto de los teólogos nos diga acerca de ello, el instinto del corazón es recordar a tal persona en oración, esté en éste o en el otro mundo.

LA CADENA DE LA ENSEÑANZA

2 Timoteo 2:1s

En cuanto a ti, mi querido hijo, encuentra tu fuerza en la gracia que hay en Jesucristo; y confía las cosas que has escuchado de mí, y que están confirmadas por muchos testigos, a hombres fieles que sean competentes para enseñar también a otros.

Aquí tenemos en bosquejo dos cosas -la recepción y la transmisión de la fe cristiana.

(i) La recepción de la fe está basada en dos cosas. Se basa en el oír. Fue de Pablo que quien Timoteo escuchó la verdad de la fe cristiana. Pero las palabras que escuchó fueron confirmadas por el testimonio de muchos que estaban dispuestos a decir: < Estas palabras son verdaderas -y yo lo sé porque lo he encontrado así en mi propia vida.> Puede ser que haya muchos de nosotros que no tienen el don de la expresión, y que no pueden ni enseñar ni explicar la fe cristiana. Pero hasta esos que no tienen el don de la enseñanza pueden testificar el poder vivificador del Evangelio.

(ii) No es sólo un privilegio el recibir la fe cristiana; es un deber transmitirla. Todo cristiano debe considerarse un eslabón entre dos generaciones. E. K. Simpson escribe sobre este pasaje: « La antorcha de la luz celestial debe transmitirse sin que se apague de una generación a otra, y Timoteo debe considerarse un intermediario entre la edad apostólica y las posteriores.»

(iii) Hay que transmitir la fe a hombres fieles que a su vez se la enseñarán a otros. La Iglesia cristiana depende de una cadena ininterrumpida de maestros. Cuando Clemente de Roma estaba escribiendo a la iglesia de Corinto, extendía esa cadena. «Nuestros apóstoles nombraron a las personas mencionadas (es decir, los ancianos) y estos a su vez proveyeron una continuación después, para que, si éstos durmieran, otros hombres aprobados los sucedieran en su ministerio.» El maestro es un eslabón de la cadena viviente que se extiende ininterrumpidamente desde este presente momento hacia atrás hasta Jesucristo mismo.

Estos maestros debían ser hombres *fieles*. La palabra fiel en griego es *pistós*, una palabra que tiene una rica variedad de significados íntimamente relacionados. Uno que es *pistós* es una persona que es *creyente*, una persona que es *leal*, una persona que es *creíble*. Aquí se encuentran todos estos significados. Falconer decía que estos hombres creyentes eran tales «que no se rendirían ni a la persecución ni al error.» El corazón del maestro debe estar tan firme en Cristo que ninguna amenaza de peligro le pueda seducir del sendero de la lealtad

ni ninguna seducción de falsa enseñanza le pueda hacer desviarse del sendero recto de la verdad. Debe ser constante tanto en la vida como en el pensamiento.

EL SOLDADO DE CRISTO

2 Timoteo 2:3s

Acepta tu participación en el sufrimiento como buen soldado de Jesucristo. Ningún soldado que esté en servicio activo se involucra en asuntos civiles; deja a un lado tales cosas para agradar con un buen servicio al general que le ha alistado en su ejército.

El ejemplo de un hombre como soldado y de la vida como una campaña se encuentra frecuentemente en la literatura clásica. «Vivir -decía Séneca- es ser un soldado» (Séneca: *Epístolas* 96:5). « La vida de todo hombre decía Epicteto es una especie de campaña, y una campaña que es larga y variada» (Epicteto: *Discursos*, 3,24,34). Pablo tomó este ejemplo y se lo aplicó a todos los cristianos, pero especialmente a los dirigentes y siervos sobresalientes de la Iglesia. Exhorta a Timoteo a pelear una buena campaña (1 ° Timoteo 1:18). Llama a Arquipo, en cuya casa se reunía una Iglesia, un compañero de milicia (*Filemón* 2). Llama a Epafrodito, el mensajero de la iglesia filipense, « mi compañero de milicia» (*Filipenses* 2:25). Está claro que Pablo veía en la vida del soldado una ilustración de la vida del cristiano. ¿Entonces, cuáles eran las características del soldado que Pablo quería ver reflejadas en la vida del cristiano?

(i) El servicio del soldado debe ser *de dedicación plena*. Una vez que una persona se ha alistado para una campaña ya no puede involucrarse en los negocios diarios ordinarios de la vida; debe concentrarse en su servicio como soldado. El código romano de Teodosio decía: «Prohibimos a los hombres

comprometidos en el servicio militar que se comprometan en ocupaciones civiles.» Un soldado es un soldado y nada más; el cristiano debe concentrarse en su Cristianismo. Eso no quiere decir que no se pueda comprometer en ninguna tarea o negocio del mundo. Todavía tiene que seguir viviendo en este mundo, y que ganarse la vida; pero sí quiere decir que debe usar cualquier tarea en la que esté comprometido para demostrar su Cristianismo.

(ii) El soldado está comprometido a *obedecer*. La primera instrucción de un soldado está diseñada para hacerle obedecer incuestionablemente la palabra de mando. Puede que llegue el momento en que tal obediencia instintiva salve su vida y las vidas de otros. En un sentido no es parte del deber del cristiano «saber la razón por la cual.» Implicado como está en medio de la batalla, no puede ver el plan total. Debe dejarle las decisiones al cuerpo de mando que ve todo el campo. El primer deber cristiano es la obediencia a la voz de Dios, y el aceptar hasta lo que no se puede entender.

(iii) El soldado está llamado al *sacrificio*. A. J. Gossip cuenta que, como capellán en la guerra de 1914-1918 se dirigía por primera vez a la primera línea. La guerra y la sangre, las heridas y la muerte eran cosas nuevas para él. De camino vio al borde de la carretera, abandonado después de la batalla, el cuerpo de un joven con la típica falda escocesa. Sorprenden-

temente tal vez se le pasaron por la mente las palabras de Cristo: «Esto es mi cuerpo quebrantado por vosotros.» El cristiano debe estar siempre dispuesto a sacrificarse a sí mismo, sus deseos y su fortuna, por Dios y por sus semejantes.

(iv) El soldado está comprometido a la *lealtad*. Cuando el soldado romano se alistaba hacía el *sacramentum*, el juramento de lealtad al emperador. Algún reportero ha transmitido la conversación entre el mariscal Foch y un oficial en la guerra de 1914-1918. «No te puedes retirar -decía Foch-, debes mantenerte cueste lo que cueste.» «Entonces -dijo el oficial solemnemente-, eso quiere decir que debemos morir todos.» Y Foch respondió: «¡Precisamente!» La suprema virtud del

soldado es que es fiel hasta la muerte. El cristiano también debe ser leal a Jesucristo en todos los azares y avatares de la vida hasta las mismas puertas de la muerte.

EL ATLETA DE CRISTO

2 Timoteo 2:5

Y si uno se inscribe en una competición atlética, no puede ganar a menos que observe las reglas del juego.

Pablo acaba de usar la imagen del soldado como figura del cristiano, y ahora usa otras dos -las del atleta y del labrador del campo. Usa las mismas tres alegorías de forma muy parecida en 1 Corintios 9:6s, 24-27.

Pablo dice que el atleta no gana la corona de la victoria a menos que observe las reglas de la competición. Hay un detalle muy interesante aquí en el original que es difícil reflejar en la traducción. La Reina-Valera habla de *pelear legalmente*. En griego es *athlein nomímós*. De hecho esa es la frase griega que usaban los escritores posteriores para describir a un atleta *profesional* en contraposición a otro *amateur*. El que peleaba *nomímós* era el hombre que se concentraba totalmente en su lucha. Su lucha no era un pasatiempo momentáneo, como lo era para el amateur; era una dedicación a pleno tiempo de toda su vida para alcanzar la excelencia en la contienda que había escogido. Aquí, pues, tenemos la misma idea que en el ejemplo del cristiano como soldado. La vida de un cristiano debe estar concentrada en su Cristianismo de la misma manera que la de un atleta profesional está concentrada en el deporte que ha escogido. Un cristiano de tiempo libre es una contradicción en términos. Toda la vida de una persona debe ser un esfuerzo para vivir su Cristianismo. ¿Cuáles son entonces las características del atleta que Pablo tenía en mente cuando escribió esto?

(i) Un atleta es una persona bajo *disciplina y autonegación*. Debe mantener un sistema de entrenamiento y no dejar que nada se le interponga. Habrá días cuando le gustaría dejar el entrenamiento y relajar la disciplina, pero no debe hacerlo. Habrá placeres e indulgencias que querría permitirse; pero debe rechazarlos. El atleta que quiere llegar al podio sabe que no debe permitir que nada se interfiera en el programa de forma física que se ha impuesto. Tiene que haber disciplina en la vida cristiana. Hay veces cuando un camino más fácil es muy atractivo; hay veces cuando lo correcto es lo más difícil; hay veces cuando estamos tentados a bajar el listón. El cristiano debe entrenarse para no relajar nunca en la vida el intento de hacer su alma limpia y fuerte.

(ii) El atleta es una persona que *cumple las reglas*. Después de la disciplina y de las reglas de entrenamiento llega la competición con sus reglas. Un atleta no puede ganar a menos que tome parte en la competición. El cristiano, también, se encuentra a menudo obligado a competir con sus semejantes. Debe defender su fe; debe tratar de convencer y de persuadir; tendrá que discutir y entrar en debate. Debe hacerlo conforme a las reglas cristianas. No importa lo ardiente que sea la discusión; no debe nunca olvidar la cortesía. No debe nunca ser otra cosa que honesto acerca de su posición y justo con la de su oponente. El *odium theologicum*, el odio de los teólogos, se ha convertido en un refrán. A menudo no hay rencor como el religioso. Pero el verdadero cristiano sabe que la regla suprema de la vida cristiana es el amor, y aportará ese amor a cualquier debate en que intervenga.

EL LABRADOR DE CRISTO

2 Timoteo 2:6s

El campesino que curra de veras debe ser el primero que reciba su parte de la cosecha. Fíjate en lo que te estoy diciendo, porque el Señor te dará entendimiento en todas estas cosas.

Para ilustrar la vida cristiana Pablo ha usado el ejemplo del soldado y el del atleta, y ahora usa el del campesino. No es el campesino perezoso, sino el que trabaja en serio el que debe ser el primero en recibir su parte de los frutos de la cosecha. ¿Cuáles son, entonces, las cualidades del labrador que Pablo querría ver reflejadas en la vida del cristiano?

(i) A menudo el labrador se tiene que contentar, primero, con trabajar y, luego, con esperar. Más que ningún otro trabajador, tiene que aprender que no hay tal cosa como resultados inmediatos. El cristiano también debe aprender a trabajar y esperar. A menudo tiene que sembrar la buena semilla de la palabra en los corazones y en las mentes de sus oyentes sin ver un resultado inmediato. El maestro tiene muchas veces que enseñar sin ver ninguna diferencia en los que enseña. Un padre o una madre tiene a menudo que tratar de educar y guiar, sin notar ninguna diferencia en su hijo. Es solamente con el paso de los años cuando se ve el resultado; porque sucede a menudo que cuando ese mismo o esa misma joven se ha hecho hombre o mujer, tiene que enfrentarse con alguna tentación imperiosa o con alguna decisión terrible, o con algún esfuerzo insoportable, y entonces le vuelve a la mente la palabra de Dios o algún destello de enseñanza recordada; y la enseñanza, la guía, la disciplina lleva fruto, y aporta honor donde sin ellos habría habido deshonor, salvación donde sin ellos habría habido ruina. El campesino ha aprendido a esperar con paciencia, y eso es lo que tienen que hacer el maestro y el padre cristianos.

(ii) Una cosa especial caracteriza al agricultor -debe estar dispuesto a trabajar a cualquier hora. En el tiempo de la cosecha podemos ver a los campesinos trabajando en sus campos mientras queda algo de luz; no tienen horario. Ni tampoco el cristiano. El problema de mucho cristianismo es que es intermitente. Pero desde la aurora del día hasta su

ocaso, el cristiano debe estar siempre atento a la tarea de ser cristiano.

Una cosa aparece en los tres ejemplos. Al soldado le mantiene el pensamiento de la victoria final. Al atleta, la esperanza de la corona. Al labrador, la esperanza de la cosecha. Cada uno de ellos se somete a la disciplina y al esfuerzo por mor de la gloria que será. Así sucede con el cristiano. La lucha cristiana no carece de meta; siempre se dirige a alguna parte. El cristiano puede estar seguro de que después del esfuerzo de la vida cristiana tiene el gozo del Cielo; y cuanto más dura la pelea, más grande el gozo.

EL RECUERDO ESENCIAL

2 Timoteo 2:8-10

Acuérdate de Jesucristo, resucitado de los muertos, nacido de la simiente de David, según el Evangelio que yo te he predicado; El Evangelio por el que ahora sufro hasta el punto de las cadenas, acusado de ser un criminal. Pero aunque estoy encadenado, la Palabra de Dios no está presa. Por tanto lo sufro todo por causa de los escogidos de Dios, para que también ellos obtengan la salvación que hay en Jesucristo, con la gloria eterna.

Desde el mismo comienzo de esta carta Pablo ha estado tratando de inspirar a Timoteo para su tarea. Le ha recordado su propia fe en él y la piadosa familia de la que procede; le ha mostrado la figura del soldado cristiano, del atleta cristiano y del trabajador cristiano. Y ahora llega al consejo más grande de todos -*acuérdate de Jesucristo*. Falconer llama a estas palabras «el corazón del Evangelio paulino.» Aunque fallara otra apelación a la caballería de Timoteo, el recuerdo de Jesucristo sería eficaz. En las palabras que siguen, Pablo está exhortando a Timoteo a recordar tres cosas.

(i) Acuérdate de Jesucristo, *resucitado de los muertos*. El tiempo del verbo griego no implica un acto definido en el tiempo, sino un estado continuo que dura para siempre. Pablo no está diciendo a Timoteo tanto: «Recuerda el hecho de la resurrección de Jesús;» como: «Recuerda a tu Señor resucitado y siempre presente.» Aquí está la gran inspiración cristiana. No dependemos de un recuerdo, por grande que sea. Disfrutamos del poder de una presencia. Cuando se convoca a un cristiano a una gran tarea que no puede por menos de considerar por encima de sus fuerzas, debe asumirla en la certeza de que no está solo, sino de que está con él para siempre la presencia y el poder de su Señor resucitado. Cuando los temores amenazan, cuando las dudas asedian, cuando la incapacidad deprime, recuerda la presencia del Señor resucitado.

(ii) Acuérdate de Jesucristo, *nacido de la simiente de David*. Éste es el otro lado de la cuestión. «Recuerda -le dice Pablo a Timoteo- la humanidad del Maestro.» No recordamos a Uno Que es sólo una presencia espiritual; recordamos a Uno Que recorrió esta senda, y vivió esta vida, y arrojó esta lucha, y que por tanto sabe por lo que estamos pasando. Tenemos con nosotros la presencia, no solamente del Cristo glorificado, sino también la del Cristo que experimentó la lucha desesperada de ser un hombre y siguió hasta su más amargo final la voluntad de Dios.

(iii) Acuérdate del *Evangelio, la buena noticia*. Aun cuando el evangelio demande mucho, aun cuando conduzca a un esfuerzo que parece ser superior a la capacidad humana y a un futuro que parece oscurecido por toda clase de amenaza, recuerda que es la buena noticia, y recuerda que el mundo la está esperando. Por muy dura que sea la tarea que el Evangelio conlleva, ese mismo Evangelio es el mensaje de liberación del pecado y la victoria sobre las circunstancias para nosotros y para toda la humanidad.

De este modo incita Pablo a Timoteo al heroísmo llamándole a recordar a Jesucristo, a recordar la constante presencia del Señor resucitado, a recordar la simpatía que viene de la

humanidad del Maestro, a recordar la gloria del Evangelio para sí mismo y para el mundo que nunca lo ha oído y que lo está esperando.

EL CRIMINAL DE CRISTO

2 Timoteo 2:8-10 (continuación)

Cuando Pablo escribió estas palabras se encontraba en una prisión romana, encadenado. Esto era literalmente cierto, porque todo el tiempo que estuvo preso, noche y día, estuvo encadenado al brazo de un soldado romano. Roma no corría el riesgo de que se escaparan sus presos.

Pablo estaba preso acusado de ser un criminal. Nos parece extraño que hasta un gobierno hostil pudiera considerar a un cristiano, y especialmente a Pablo, un criminal. Pablo podía parecerle un criminal al imperio romano de dos posibles maneras.

Primera, Roma tenía un imperio que casi incluía el mundo entonces conocido. Era obvio que tal imperio estaba sujeto a tensiones y presiones. Había que mantener la paz, y todo posible centro de desafección tenía que ser eliminado. Una de las cosas que Roma miraba con más recelo era la formación de asociaciones. En el mundo antiguo había muchas asociaciones. Había, por ejemplo, clubes de comidas que se reunían a intervalos establecidos. Había lo que podríamos llamar asociaciones de amigos diseñadas para practicar la beneficencia con los familiares de los socios que habían muerto. Había sociedades de entierros, para asegurar que sus miembros eran enterrados decentemente. Pero las autoridades romanas eran tan meticulosas acerca de las asociaciones que hasta éstas humildes e inofensivas tenían que recibir un permiso especial del emperador antes de que se les permitiera reunirse. Ahora bien, los cristianos eran para todos los efectos una asociación ilegal; y esa era una razón para que Pablo, como responsable de tal asociación, se encontrara en la posición muy seria de ser considerado un criminal político.

Segunda, la primera persecución de los cristianos estuvo íntimamente relacionada con uno de los más grandes desastres que acontecieran jamás a la ciudad de Roma. El 19 de julio del año 64 d.C. se produjo el gran fuego de Roma. Estuvo ardiendo seis días y siete noches, y devastó toda la ciudad. Los altares más sagrados y los edificios más famosos perecieron en las llamas. Pero peor aún -los hogares de la gente corriente fueron destruidos. Con mucho la mayor parte de la población vivía en grandes edificios construidos mayormente de madera y que ardieron como era de temer. Muchas personas murieron o quedaron impedidas; perdieron a sus seres más próximos y queridos; se quedaron destituidos sin hogar. La población de Roma se redujo a lo que alguien ha llamado «una vasta fraternidad de miserables desesperados.»

Se creyó que el mismo Nerón, el emperador, era responsable del fuego. Se dijo que lo había estado contemplando desde la torre de Mecenas y se confesaba fascinado con «la flor y el encanto de las llamas.» Se dijo que cuando el fuego daba señales de remitir había hombres prendiéndolo con teas, y que esos hombres eran los servidores de Nerón. Nerón tenía verdadera pasión por las construcciones, y se dijo que había provocado el fuego de la ciudad deliberadamente para reedificarla nueva y más noble desde sus cenizas. Fuera la historia cierta o no -y las posibilidades eran que lo era- una cosa era cierta. Nada podía acallar el rumor. Los ciudadanos de Roma estaban seguros de que Nerón había sido el responsable.

No había nada más que una salida para el gobierno romano, y era encontrar un chivo expiatorio. Y lo encontró en los cristianos. Dejemos que Tácito, el historiador romano, nos diga cómo se hizo: «Pero todos los esfuerzos humanos, todos los regalos pródigos del emperador, y las ofrendas de propiciación a los dioses no consiguieron desvanecer la siniestra creencia de que la conflagración había sido el resultado de una orden. En vista de lo cual, para desmentir los rumores, Nerón le echó

todas las culpas y le infligió las torturas más exquisitas a una casta odiada por sus abominaciones, los que el populacho llamaba cristianos» (Tácito: *Anales* 15:44). Está claro que ya estaban circulando ciertas calumnias acerca de los cristianos. Sin duda los judíos influyentes eran responsables, y los odiados cristianos cargaron con las culpas del desastroso fuego de Roma. Fue de aquel suceso del que surgió la primera gran persecución. Pablo era cristiano; más aún era uno de los máximos cabecillas de los cristianos. Y bien puede haber sido parte de la acusación contra Pablo el que él era uno de los responsables del fuego de Roma y de la miseria resultante del populacho.

Así es que Pablo estaba en la cárcel como criminal, un preso político, miembro de una asociación ilegal y dirigente de esa odiada secta de incendiarios a los que Nerón había echado las culpas de la destrucción de Roma. Se puede ver fácilmente lo desesperada que era la situación de Pablo a la vista de acusaciones semejantes.

LIBRE, AUNQUE ENCADENADO

2 Timoteo 2:8-10 (conclusión)

Aunque estaba en la cárcel acusado de delitos que hacían imposible su liberación, Pablo no estaba desanimado, y menos desesperado. Tenía dos grandes pensamientos alentadores.

(i) Estaba seguro de que aunque estuviera encadenado, nada podía encadenar la palabra de Dios. Andrew Melville fue uno de los primeros heraldos de la Reforma en Escocia. Un día el regente Morton envió a buscarle y denunció sus escritos: « No habrá tranquilidad en este país dijo- hasta que media docena de vosotros acaben en la horca o sean desterrados del país.» « ¡Chitón, señor! -respondió Melville- Amenazad a vuestros cortesanos de esa guisa. Para mí es lo mismo pudirme en el aire que en la tierra. La tierra es del Señor; mi patria está dondequiera que se obre el bien. He estado dispuesto a dar mi vida cuando no estaba ni la mitad de gastada que ahora, si era la voluntad de Dios. He vivido fuera de vuestro país diez años lo mismo que en él. ¡Pero, Dios sea glorificado, no está en vuestro poder el ahorcar o el exilar Su verdad!»

Se puede exiliar a una persona pero no la verdad. Se puede meter en la cárcel a un predicador, pero no la palabra que predica. El mensaje es siempre mayor que la persona; la verdad es siempre más poderosa que su portador. Pablo estaba del todo seguro que el gobierno romano no podría nunca tener una prisión en la que pudiera encerrar la palabra de Dios. Y es uno de los hechos de la Historia que si el esfuerzo humano hubiera podido aniquilar el Cristianismo, éste habría perecido hace mucho; pero los hombres no pueden matar lo que es inmortal.

(ii) Pablo estaba seguro de que lo que él estaba pasando acabaría siendo de ayuda a otras personas. Su sufrimiento no era absurdo ni inútil. La sangre de los mártires siempre ha sido la semilla de la Iglesia; y el encender las hogueras en las que fueron quemados vivos los cristianos, siempre ha equivalido a encender un fuego que ya no se podía sofocar. Cuando uno cualquiera tiene que sufrir por el Evangelio, que recuerde que su sufrimiento le hace el camino más fácil a los que vengan detrás. Al sufrir asumimos nuestra propia pequeña porción del peso de la Cruz de Cristo y cumplimos nuestra pequeña parte par atraer a la humanidad la salvación de Dios.

LA CANCIÓN DEL MÁRTIR

2 Timoteo 2:11-13

Este es un dicho digno de toda confianza:

Si morimos con Él, también viviremos con Él.

*Si sufrimos,
también reinaremos con Él.*

*Si Le negamos,
Él también nos negará.*

*Si somos infieles,
Él permanece fiel:
¡Él no puede negarse a sí mismo!*

Este es un pasaje especialmente precioso porque en él esta engastado uno de los primeros himnos de la Iglesia Cristiana. En los días de la persecución la Iglesia Cristiana le puso música a su fe. Puede ser que esto sea solamente un fragmento de un himno más largo. *Policarpo (5:2)* parece darnos un poquito más de él cuando escribe: Si agradamos a Cristo en el mundo presente, heredaremos el mundo porvenir; como Él ha prometido resucitarnos de los muertos, y ha dicho:

Si andamos de una manera digna de Él, también reinaremos con Él.

Hay dos posibles interpretaciones de los dos primeros versos: < Si morimos con El, también viviremos con El. » Hay algunos que toman estas líneas en referencia al Bautismo. En *Romanos 6* el bautismo se compara con morir y resucitar con Cristo. «Por tanto fuimos sepultados con Él por medio del Bautismo para muerte, para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, nosotros también podamos andar en novedad de vida. Porque si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él» (*Romanos 6:4,8*). Sin duda el lenguaje es el mismo; pero la idea del Bautismo es aquí irrelevante; lo que Pablo tiene en mente es la idea del martirio. Lutero dijo en una gran frase: «*Ecclesia haeres Crucis est*, » « La Iglesia es la heredera de la Cruz. » El cristiano hereda la Cruz de Cristo, pero también hereda Su Resurrección. Es partícipe tanto de la vergüenza como de la gloria de su Señor.

El himno continúa: « Si sufrimos, también reinaremos con Él. » Es el que sufra hasta el fin el que será salvo. Sin la Cruz no puede haber Corona.

A continuación se ve la otra cara de la moneda: < Si Le negamos, El también nos negará. » Eso es lo que dijo el mismo Jesús: < Así que a todo el que Me reconozca delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de Mi Padre Que está en el Cielo; pero al que Me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de Mi Padre Que está en el Cielo » (*Mateo 10:32s*). Jesucristo no puede comprometerse por toda eternidad, por una persona que se ha negado a tener nada que ver con El en el tiempo; pero Él es siempre fiel con la persona que, por mucho que haya fallado, ha tratado de serle fiel.

Estas cosas son así porque son parte de la misma naturaleza de Dios. Uno puede negarse a sí mismo, pero Dios no. «Dios no es un hombre para que mienta, ni un hijo de hombre para que se desdiga» (*Números 23:19*). Dios nunca le fallará a la persona que haya tratado de serle fiel, pero ni siquiera Él puede ayudar a la persona que se ha negado a tener nada que ver con Él.

Hace mucho dijo Tertuliano: «El hombre que tiene miedo de sufrir no puede pertenecer a Aquel Que sufrió» (Tertuliano: *De Fuga*, 14). Jesús murió para ser leal a la voluntad de Dios; y el cristiano debe seguir esa misma voluntad, brille la luz o caigan las sombras.

EL PELIGRO DE LAS PALABRAS

2 Timoteo 2:14

Recuérdale a los tuyos estas cosas y encárgales delante del Señor que no se enzarcen en batallas de palabras -cosa que no sirve para nada y que solamente puede contribuir a deshacer a los que se dedican a escucharlo.

De nuevo vuelve Pablo a tratar de la inutilidad de las palabras. Debemos recordar que las Epístolas Pastorales se escribieron frente al trasfondo de aquellos gnósticos que inventaban palabras largas y teorías fantásticas y trataban de convertir el Cristianismo en una filosofía esotérica en vez de en una aventura de fe.

Las palabras pueden producir fascinación y traer peligros al mismo tiempo. Se pueden convertir en un sustituto de las obras. Hay personas que tienen más interés en hablar que en actuar. Si se hubieran podido resolver los problemas del mundo mediante discusiones, ya se habrían resuelto hace mucho. Pero las palabras no pueden sustituir a las obras. El doctor Johnson fue uno de los grandes conversadores de todo tiempo; John Wesley fue uno de los grandes hombres de acción de todo tiempo. Se conocían el uno al otro, y Johnson no tenía más que una queja de Wesley: « La conversación de John Wesley es buena, pero nunca tiene tiempo. Siempre tiene que irse a una cierta hora. Esto es muy desagradable para uno al que le encanta cruzar las piernas y desplegar su conversación como hago yo. » Pero el hecho es que Wesley, el hombre de acción escribió su nombre por toda Inglaterra de una manera que no consiguió Johnson, el hombre de palabras.

No es ni siquiera verdad que la conversación y la discusión puedan resolver totalmente los problemas intelectuales. Una de las cosas más sugestivas que dijo Jesús fue: « Si uno quiere hacer Su voluntad, sabrá si la enseñanza es de Dios (*Juan 7:17*). Muchas veces hablando no se entiende la gente, pero sí haciendo. Según la vieja frase latina, *solvitur ambulando*, la cosa se resolverá sola sobre la marcha. Sucede a menudo que la mejor manera de entender las profundidades del Cristianismo es embarcarse en los inconfundibles deberes de la vida cristiana.

Todavía nos queda algo por decir. El hablar más de la cuenta y el discutir en exceso tiene dos efectos peligrosos.

Primero, puede que den la impresión de que el Cristianismo no es nada más que una colección de temas de discusión y de problemas en busca de una solución. El círculo de discusión es un fenómeno característico de esta edad. Como dijo una vez G.K. Chesterton: < Ya hemos hecho todas las preguntas que se pueden hacer. Ya es hora de que dejemos de buscar preguntas, y empecemos a buscar respuestas. » En cualquier sociedad, el círculo de discusión debe equilibrarse con un grupo de acción.

Segundo, la discusión puede ser vigorizadora para los que quieren acceder a la fe cristiana por la vía intelectual, para los que tienen un trasfondo de conocimiento y de cultura, o los que tienen un conocimiento real o un interés en la teología. Pero algunas veces sucede que una persona sencilla se encuentra en un grupo que está barajando herejías y proponiendo preguntas incontestables, y su fe, lejos de recibir ayuda, es inquietada. Bien puede ser que fuera eso lo que Pablo quería decir cuando hablaba de esas batallas de palabras que pueden deshacer a los que las escuchan. La palabra que se usa normalmente para edificar a una persona en la fe cristiana es la misma que se usa para *edificar una casa*; la palabra que usa Pablo aquí para deshacer (*katastrófē*) es la que podríamos usar para *la demolición* de una casa. Y puede que suceda que la discusión inteligente, sutil, especulativa, intelectualmente despiadada tenga el efecto de demoler y no de edificar la fe de alguna persona sencilla que resulte que está involucrada en la discusión. Como en todas las cosas, hay un tiempo para discutir y un tiempo para guardar silencio.

EL CAMINO DE LA VERDAD Y EL DEL ERROR

2 Timoteo 2:15-18

Moviliza todo esfuerzo para presentarte a Dios habiendo pasado la prueba, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, como el que divide rectamente la palabra de la verdad.

Evita esas charlas impías, porque los que se involucran en ellas solamente progresan más y más en la impiedad, y su habla se introduce en la Iglesia como una úlcera engangrenada.

Entre tales personas están Himeneo y Fileto, que, por lo que se refiere a la verdad, han perdido el camino, cuando dicen que la resurrección ya ha tenido lugar, y que por tales afirmaciones trastruecan la fe de algunos.

Pablo exhorta a Timoteo a que se presente, entre los falsos maestros, como verdadero maestro de la verdad. La palabra que usa para *presentarse* es *parastésai*, que se usa especialmente con el sentido de *presentarse uno para un servicio*. Las siguientes palabras y frases todas desarrollan esta idea de utilidad para el servicio.

El original para *uno que ha pasado la prueba* es *dókimos*, que describe cualquier cosa que ha sido probada y hallada útil para el servicio. Por ejemplo, describe oro o plata que han sido purificados de toda aleación en el fuego. Aplicada esta palabra al dinero quiere decir que es genuino o, como diríamos, *de curso legal*. Es la palabra que se usa para una piedra que vale para colocarse en un cierto lugar del edificio. Una piedra que tuviera un defecto se marcaría con una A mayúscula que representaba *adókimastos*, que quiere decir probada y encontrada defectuosa. Timoteo había de ser probado para poder ser un instrumento idóneo para la obra de Cristo, y por tanto un obrero que no tiene de qué avergonzarse.

Además, se exhorta a Timoteo con una famosa frase a *dividir rectamente* la palabra de la verdad. La palabra griega que traducimos por *dividir rectamente* es interesante. Es *orthotomein*, que quiere decir literalmente *cortar correctamente*. Tiene muchas referencias. Calvino la conectaba con un padre repartiendo la comida y haciendo las particiones para que cada miembro de la familia recibiera la porción correcta. Beza la conectaba con cortar las víctimas sacrificiales para que cada parte se destine correctamente al altar o al sacerdote. Los

griegos mismos usaban la palabra en tres contextos diferentes. La usaban para trazar una carretera recta a través del campo, para arar un surco derecho en un terreno, y para el trabajo de un mampostero consistente en cortar y ajustar una piedra para que encajara correctamente en un lugar de la estructura del edificio. Así es el que el hombre que divide rectamente la palabra de la verdad traza una carretera derecha a través de la verdad y se niega a dejarse seducir por senderos agradables pero irrelevantes; ara un surco derecho en el campo de la verdad; toma cada sección de la verdad y la coloca en su posición correcta, como un mampostero hace con una piedra, no permitiendo que ninguna parte usurpe o se coloque indebidamente desequilibrando toda la estructura.

Por otra parte, el falso maestro se dedica a lo que Pablo llama «charlas impías.» A continuación Pablo usa una frase muy gráfica. Los griegos tenían una palabra favorita para hacer un progreso, (*prokóptein*). Quiere decir literalmente *cortar debidamente delante*; quitar los obstáculos de una carretera para que sea posible el progreso recto e ininterrumpido. Pablo dice de estos conversadores insensatos que su progreso avanza más y más hacia la impiedad. Progresan al revés. Cuanto más hablan más lejos se sitúan de Dios. Así que aquí está la prueba. Si al acabar nuestra conversación estamos más cerca unos de otros y de Dios, entonces está bien; pero si hemos erigido barreras entre nosotros y hemos puesto a Dios más distante, entonces no está bien. El objetivo de toda discusión cristiana y de toda acción cristiana es traer al hombre cada vez más cerca de sus semejantes y de Dios.

PERDERSE LA RESURRECCIÓN

2 Timoteo 2:15-18 (conclusión)

Entre los falsos maestros Pablo menciona especialmente a Himeneo y Fileto. No sabemos quiénes eran estos hombres, pero se nos menciona un punto de sus enseñanzas: decían que la resurrección ya había tenido lugar. Esto no se refiere, por supuesto a la resurrección de Jesús; se refiere a la resurrección de los cristianos después de la muerte. Sabemos de dos falsos puntos de vista acerca de la resurrección de los cristianos que tuvieron alguna influencia en la Iglesia primitiva.

(i) Se pretendía que la verdadera resurrección del cristiano tenía lugar en el Bautismo. Es verdad que en *Romanos 6* Pablo había escrito gráficamente acerca de cómo el cristiano muere en el momento del bautismo y surge a una nueva vida. Había algunos que enseñaban que la resurrección tenía lugar en ese momento del bautismo y que era la resurrección a una nueva vida en Cristo aquí y ahora, no después de la muerte.

(ii) Había algunos que enseñaban que el sentido de la resurrección individual no era nada más que el que una persona seguía viviendo en sus hijos.

El problema era que esta clase de enseñanza encontraba un eco tanto en el lado judío de la Iglesia como en el lado griego. En el lado judío, los fariseos creían en la resurrección del cuerpo, pero los saduceos no. Cualquier enseñanza que suprimiera la idea de una vida después de la muerte atraería a los saduceos; el problema con los saduceos era que eran materialistas ricos, que tenían tantos intereses en este mundo que no estaban interesados en ningún mundo por venir.

Por el lado griego, el problema era mucho más grande. En los primeros días del Cristianismo, los griegos, hablando en general, creían en la inmortalidad pero no en la resurrección del cuerpo. La fe más elevada era la de los estoicos. Creían que Dios era lo que podría llamarse un espíritu de fuego. La vida de la persona era una chispa de ese espíritu, una chispa de Dios mismo, una *scintilla* de la deidad. Pero creían que cuando la persona moría esa chispa volvía a Dios y era reabsorbida en Él. Ésa era una noble creencia, pero abolía la supervivencia *personal* después de la muerte. Además, los griegos creían que el cuerpo era totalmente malo. Tenían como lema un juego de palabras: «*Sóma séma*, > «*el cuerpo es una tumba*.» Lo último que deseaban o creían era la resurrección del cuerpo; y por tanto ellos también estaban abiertos para recibir cualquier enseñanza acerca de la resurrección que encajara en sus creencias.

Está claro que el cristiano no cree en la resurrección de *este* cuerpo. Nadie podría concebir que una persona que ha sido destrozada en un accidente, o que ha muerto de cáncer, despertara en el Cielo con el mismo cuerpo. Pero el cristiano sí cree en la supervivencia de la identidad personal; cree con absoluta firmeza que después de la muerte uno continúa siendo el mismo. Cualquier enseñanza que aparta esa certeza de la supervivencia personal de cada individuo atenta contra las mismas raíces de la fe cristiana.

Cuando Himeneo y Fileto y sus semejantes enseñaban que la resurrección ya había tenido lugar, ya fuera en el momento del bautismo o en los hijos, estaban enseñando algo que los judíos saduceos y los filósofos griegos no encontrarían repugnante ni mucho menos aceptar; pero también estaban enseñando algo que minaba una de las creencias centrales de la fe cristiana.

EL FUNDAMENTO FIRME

2 Timoteo 2:19

Pero el firme fundamento de Dios permanece inalterable con esta inscripción: «El Señor conoce a los que son suyos,» y «Que todo aquel que invoque el nombre del Señor se aparte de la impiedad.»

En español usamos la palabra *fundamento* en un doble sentido. La usamos para referirnos al cimiento sobre el que se erige un edificio; y también en relación con una asociación, una institución, una ciudad que ha sido *fundada* por alguien. *Fundar*, *fundación* y *fundamento* pertenecen a la misma familia

de palabras, y tienen esa doble referencia. Los griegos usaban la palabra *themélíos* en los mismos dos sentidos; y la *fundación* de Dios aquí quiere decir *la Iglesia*, la asociación que Él ha fundado.

Pablo pasa a decir que la Iglesia tiene una cierta *inscripción*. La palabra que usa es *sfraguís* cuyo sentido primario es *sello*. La *sfraguís* es el sello que prueba que algo es genuino o que pertenece a alguien. El sello en un saco de mercancías demostraba que el contenido era genuino y que no había sufrido manipulaciones; y también indicaba quién era el propietario y la fuente y el origen de la mercancía. Pero *sfraguís* tenía otros usos. Se usaba para designar la marca que nosotros llamaríamos *la marca registrada*. El médico griego Galeno habla de la *sfraguís* que había en un cierto recipiente de colirio, refiriéndose a la marca que mostraba la clase de colirio que contenía el frasco. Además, la *sfraguís* era *la marca del arquitecto*. En un monumento o estatua o edificio el arquitecto siempre ponía su marca para mostrar que él era el responsable del diseño. La *sfraguís* puede también ser la inscripción que indica el propósito para el que se construyó un edificio.

La Iglesia tiene una *sfraguís* que muestra claramente para lo que está diseñada. El signo de la Iglesia nos lo da Pablo con dos citas. Pero la manera en que se hacen estas dos citas es muy iluminadora en relación con la manera en que usaban la Escritura Pablo y la Iglesia Primitiva. Las dos citas son: < El Señor conoce a los que son Suyos,» y «Que todo el que invoque el nombre del Señor se aparte de la injusticia.» Lo interesante es que ninguna de las dos frases es una cita literal de ninguna parte de la Escritura.

La primera es una reminiscencia de un dicho de Moisés a los amigos y asociados rebeldes de Coré en los días del desierto. Cuando todos se reunieron en contra de él, Moisés dijo: « El Señor mostrará quién es Suyo» (*Números 16:5*). Pero ese texto del Antiguo Testamento se leyó a la luz del dicho de Jesús en *Mateo 7:22*: «Muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en Tu nombre, y echamos fuera demonios en Tu nombre, e hicimos muchos milagros en Tu nombre?" Y entonces yo les declararé: "Yo no os conozco de nada. ¡Apartaos de Mí, malhechores!"» El texto del Antiguo Testamento se presenta de nuevo, como si dijéramos, en las palabras de Jesús.

La segunda es otra reminiscencia de la historia de Coré. El mandamiento de Moisés al pueblo fue: «Apartaos, os ruego, de las tiendas de estos malvados, y no toquéis nada suyo» (*Números 16:26*). Pero eso, también, se lee a la luz de las palabras de Jesús en *Lucas 13:27*, donde dice a los que pretenden falsamente ser Sus seguidores: « ¡Apartaos de Mí, todos vosotros, obradores de iniquidad!»

De aquí surgen dos cosas. Los primeros cristianos siempre leían el Antiguo Testamento a la luz de las palabras de Jesús; y no estaban interesados en curiosidades verbales, sino que aportaban el sentido general de toda una serie de escrituras a cualquier problema que tuvieran. Éstos siguen siendo unos principios excelentes para leer y usar la Escritura.

Los dos textos nos dan amplios principios acerca de la Iglesia.

El primero nos dice que la Iglesia consta de los que pertenecen a Dios, que se han dado a Él de tal manera que ya no se pertenecen a sí mismos; y el mundo tampoco los posee, sino sólo Dios.

El segundo nos dice que la Iglesia consta de los que se han apartado de la injusticia. Eso no es decir que consta de personas perfectas. Si así fuera, no habría Iglesia. Se ha dicho que Dios está sumamente interesado, no tanto en lo que el hombre ha conseguido, sino en la dirección que lleva en su vida. Y la Iglesia consta de aquellos cuyos rostros están orientados hacia la integridad. Puede que caigan a menudo, y que la meta les parezca inquietantemente lejana, pero sus rostros están orientados en la dirección correcta.

La Iglesia consta de aquellos que pertenecen a Dios y se han dedicado a sí mismos a la lucha por la integridad.

FUENTES DE HONOR Y DE DESHONRA

2 Timoteo 2:20s

En cualquier casa grande hay vasijas no sólo de oro y plata; también las hay de madera y de cerámica. Y algunas están destinadas a un uso noble, y otras, vulgar. El que se purifique a sí mismo de estas cosas será una vasija apta para un uso noble, dispuesta para toda buena obra.

La conexión entre este pasaje y el inmediatamente anterior es muy práctica. Pablo acababa de dar una definición grande y elevada de la Iglesia como la comunidad de los que pertenecen a Dios y están en el camino de la integridad. Se le podría hacer la objeción: ¿Cómo explicas la existencia de los herejes charlatanes en la Iglesia? ¿Cómo explicas la existencia de Himeneo y Fileto? La respuesta de Pablo es que en cualquier casa grande hay toda clase de utensilios; hay cosas de metales preciosos y cosas de metales vulgares; hay cosas que tienen un uso deshonroso y cosas que tienen un uso honorable. Así debe ser en la Iglesia. En tanto en cuanto es una institución terrena debe ser una mezcla. En tanto en cuanto consta de hombres y mujeres, debe seguir siendo una sección representativa de la humanidad. Algo así encierra el dicho español: «De todo hay en la viña del Señor».

Esa es una verdad práctica que Jesús había establecido mucho antes en la Parábola del Trigo y la Cizaña (*Mateo 13: 24-30, 36-43*). La enseñanza de esa parábola es que el trigo y la cizaña crecen juntos y, en las primeras etapas, son tan semejantes entre sí que es imposible separarlos. Él lo expresó otra vez en la Parábola de la Red (*Mateo 13:47s*). La red barreada recogía *toda clase* de peces. En ambas parábolas Jesús enseña que la Iglesia ha de ser por necesidad una mezcla y que hay que suspender el juicio humano, pero que el juicio de Dios hará al final las separaciones necesarias. Los que critican a la Iglesia porque hay en ella personas imperfectas están criticándola porque está formada por hombres y mujeres. No nos corresponde a nosotros juzgar; el juicio pertenece a Dios.

Pero es el deber de todo cristiano el mantenerse fuera del alcance de las influencias contaminantes. Y si lo hace, su recompensa no es un honor o un privilegio especiales, sino un servicio especial.

Aquí tenemos la verdadera esencia de la fe cristiana. Un hombre realmente bueno no considera que su bondad le da derecho a un honor especial; su único deseo será tener más y más trabajo que hacer, porque su trabajo será su mayor privilegio. Si es bueno, la última cosa que querrá hacer será buscar el aislamiento de sus semejantes. Más bien tratará de estar entre ellos, y de servir a Dios sirviéndolos a ellos. Su gloria no estará en la exención de ciertos servicios; estará en un servicio cada vez más riguroso. Ningún cristiano debería nunca pensar en ocupar un puesto por el honor que confiere, sino siempre como una oportunidad de servicio.

CONSEJOS A UN DIRIGENTE CRISTIANO

2 Timoteo 2:22-26

Huye de las pasiones juveniles; corre en persecución de la integridad en la compañía de los que invocan al Señor con una limpia conciencia. No tengas nada que ver con las discusiones necias y estúpidas, porque tú sabes que no producen más que peleas. El siervo del Señor no debe ser peleón, sino más bien amable con todos, idóneo para enseñar, soportando, disciplinando a sus oponentes con cortesía. Puede que así Dios les conceda que se arrepientan, para que lleguen a conocer la verdad, y así escapen del lazo del diablo, cuando sean capturados vivos por un siervo de Dios para hacer la voluntad de Dios.

Aquí tenemos un pasaje de consejos prácticos para el dirigente y maestro cristiano.

Debe huir de los deseos juveniles. Muchos comentadores han hecho sugerencias en cuanto a lo que son estos deseos juveniles. Son mucho más que las pasiones de la carne. Incluyen esa *impaciencia* que no aprende nunca a «apresurarse despacio» y que todavía tiene que descubrir que la excesiva precipitación puede producir mucho más daño que bien; esa *auto-afirmación*, que es intolerante en sus opiniones y arrogante en su expresión de ellas, y que todavía no ha aprendido a ver lo bueno en los puntos de vista distintos de los propios; ese *afán de disputar*, que tiende a discutir largamente y actuar escasamente, y que pierde la noche hablando sin que quede más que una cesta de papeles de problemas sin resolver; esa *pasión por lo novedoso*, que tiende a condenar una cosa sencillamente porque es vieja y a desear una cosa sencillamente porque es nueva, infravalorando el valor de la experiencia. Una cosa hay que notar aquí -los fallos de la juventud son los fallos del idealismo. Es simplemente la frescura y la intensidad de la visión lo que hace que la juventud se precipite a estas equivocaciones. Tales fallos son asuntos no para una condenación austera sino para una corrección comprensiva, porque hay una virtud escondida en cada uno de ellos.

El maestro y dirigente cristiano tiene que aspirar a *la integridad*, que quiere decir darle tanto a los hombres como a Dios lo que les es debido; a *la fe*, que quiere decir lealtad y fiabilidad que vienen ambas de la confianza en Dios; al *amor*, que es la determinación inquebrantable de no buscar nunca nada más que el bien supremo para nuestros semejantes, sin importarle lo que ellos nos hagan, y que ha desterrado para siempre todo rencor y todo deseo de venganza; a *la paz* que es la debida relación de amorosa comunión con Dios y con los hombres. Todas estas cosas se han de buscar *en la compañía de los que invocan al Señor*. El cristiano no debe buscar nunca vivir separado y aislado de sus semejantes. Debe encontrar su fuerza y su alegría en la compañía cristiana. Como decía John Wesley: «Una persona debe tener amigos o hacérselos; porque nadie ha ido nunca al Cielo a solas.»

El dirigente cristiano no debe nunca involucrarse en las controversias insensatas que son la maldición de la Iglesia. En las Iglesias modernas las discusiones cristianas son generalmente doblemente insensatas, porque rara vez son sobre grandes asuntos de la vida y la doctrina y la fe, sino casi siempre acerca de cosas sin importancia como tazas de café y cosas semejantes. Una vez que un responsable se ha enredado en controversias insensatas e incrísticas, ha perdido todo derecho a dirigir.

El dirigente cristiano debe ser *amable* con todo el mundo; hasta cuando tenga que criticar y mostrar una falta, debe hacerlo con la cortesía que nunca quiere herir. Debe ser *idóneo para enseñar*; debe no sólo conocer la verdad, sino también ser capaz de comunicarla, y eso lo hará no tanto hablando acerca de ella como viviendo de tal manera que muestre a Cristo a los demás. Debe ser *comprensivo*; como su Maestro, si le insultan, no debe devolver los insultos; debe poder aceptar insultos e injurias, desprecios y humillaciones, como los aceptó Jesús. Puede que haya pecados mayores que las susceptibilidades, pero no los hay que causen más daños en la Iglesia Cristiana. Debe disciplinar a sus oponentes con *cortesía*; como un cirujano, tiene que ser infalible para encontrar el punto enfermo, pero nunca causando dolores innecesarios ni por un momento. Debe amar a las personas, no someterlas a la verdad a fuerza de golpes.

La última frase de este pasaje está en un griego muy apelmazado, pero parece ser una esperanza de que Dios despierte el arrepentimiento y el deseo de la verdad en los corazones de las personas para que los que están atrapados en la red del diablo puedan ser rescatados mientras sus almas estén todavía vivas y traídos a la obediencia a la voluntad de Dios por la labor de Su siervo. Es Dios el que despierta el arrepentimiento; es el dirigente cristiano el que abre la puerta de la Iglesia al corazón penitente.

TIEMPOS DE TERROR

2 Timoteo 3:1

Debes darte cuenta de esto: en los últimos días vendrán tiempos difíciles.

La Iglesia original vivía en una era en la que se presentía un final inminente; se esperaba la Segunda Venida en cualquier momento. El Cristianismo se había acunado en el judaísmo y pensaba naturalmente sobre todo en imágenes y en términos judíos. El pensamiento judío tenía una concepción básica. Los judíos dividían toda la historia del tiempo en *esta era presente y la edad por venir*. Esta edad presente era totalmente mala; y la edad por venir sería la edad de oro de Dios. Entre ambas estaba *el Día del Señor*, un día en que Dios intervendría personalmente y sacudiría el mundo a fin de hacerlo de nuevo. Aquel Día del Señor iría precedido por un tiempo de terror, cuando el mal se reuniría para dar el asalto final contra el bien, y el mundo se sacudiría hasta sus cimientos morales y físicos. Pablo está pensando en este pasaje en términos de estos últimos días.

Dice que en ellos se producirán tiempos *difíciles*. *Difícil* es la palabra griega *jalepós*. Es la palabra griega normal para *difícil*, pero tiene algunos usos que explican el significado que tiene aquí. Se usa en *Mateo 8:28* para describir los dos demoníacos gergesenos que le salieron al encuentro a Jesús de entre las tumbas. Eran violentos y peligrosos. La usaba Plutarco para describir lo que llamaríamos una herida *fea*. Lo usaban los escritores antiguos de astrología para describir lo que llamaríamos una conjunción *amenazadora* de los cuerpos celestes. Conlleva esta palabra la idea de amenaza y de peligro. En los últimos días

vendrían tiempos que amenazarían la misma existencia de la Iglesia Cristiana y de la misma bondad, una especie de último asalto tremendo del mal antes de su derrota final.

En las descripciones judías de estos últimos tiempos terribles obtenemos exactamente la misma clase de pintura que vemos aquí. Vendría una especie de florecimiento terrible del mal, cuando parecería que los mismos fundamentos de la moral eran sacudidos. En la literatura intertestamentaria obtenemos cuadros como este:

Por tanto, hijos míos, sabed que en los últimos tiempos vuestros hijos abandonarán la sencillez y se adherirán a deseos insaciables; despojándose de la inocencia, se adscribirán a la malicia; olvidarán los mandamientos del Señor, se harán seguidores de Beliar. Abandonarán la agricultura, y seguirán sus técnicas malvadas. Serán dispersados entre los gentiles, y servirán a sus enemigos.

(Testamento de Isacar, 6:1-2).

En 2 Baruc tenemos una descripción todavía más gráfica del caos moral de los últimos tiempos:

La honorabilidad se volverá desvergüenza, y la virtud se rebajará hasta hacerse despreciable, y la probidad será destruida, y la belleza se tornará fealdad... y la envidia surgirá en los que no se tenían en cuenta, y la pasión se apoderará de los pacíficos, y muchos serán incentivados a la ira para dañar a muchos; y se levantarán ejércitos para derramar sangre, y todos acabarán pereciendo juntos.

(2 Baruc 27).

En este cuadro que Pablo traza está pensado en términos familiares para los judíos. Se iba a producir un despliegue final de las fuerzas del mal.

Ahora tenemos que reciclar estas viejas pinturas en términos modernos. Nunca se pretendió que fueran nada más que visiones; hacemos violencia al pensamiento judío y al cristiano primitivo si los tomamos con un literalismo crudo. Pero es verdad que atesoran la verdad permanente de que alguna vez tiene que venir la consumación cuando el mal se enfrente con Dios en una colisión frontal y se produzca el triunfo definitivo de Dios.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA IMPIEDAD

2 Timoteo 3:2-5

Porque la gente vivirá una vida centrada en el yo; serán amantes del dinero, fanfarrones, arrogantes, dados a los insultos, desobedientes a sus padres, desagradecidos, descuidados hasta de la decencia más básica de la vida, sin afectos humanos, implacables en el odio, revolcándose entre calumnias, ingobernables en sus pasiones, salvajes, no sabiendo lo que es el amor al bien, traidores, osados en palabra y en obra, hinchados de orgullo, amantes del placer como su dios. Mantendrán una apariencia externa de religión, pero desmentirán su eficacia. Evita a tales personas.

Aquí tenemos una de las descripciones más terribles que nos da el Nuevo Testamento de cómo sería un mundo impío, con las terribles cualidades de la impiedad desplegadas en una serie macabra. Veámoslas una a una.

No es ninguna casualidad que la primera de estas características sea *una vida centrada en el yo*. El adjetivo que se usa es *filautos*, que quiere decir *amador de uno mismo*. El amor del yo es el pecado básico del que fluyen todos los demás. En el momento en que una persona pone su propia voluntad en el centro de su vida, las relaciones divinas y humanas se destruyen, y se hacen imposibles la obediencia a Dios y la solidaridad con las personas. La esencia del Cristianismo no es la entronización, sino la rendición del yo.

Las personas se convertirían en *amadoras del dinero* (*filárguyros*). Debemos recordar que el trabajo de Timoteo se centraba en Éfeso, tal vez el mayor mercado del mundo antiguo. En aquellos días el comercio tendía a fluir a lo largo de los grandes ríos; Éfeso se encontraba en la desembocadura del río Caistro, y dominaba el comercio de una de las tierras interiores más ricas de toda Asia Menor. En Éfeso se encontraban algunas de las carreteras más importantes del mundo antiguo. Estaba la gran ruta comercial del valle del Éufrates que pasaba por Colosas y Laodicea y vertía la riqueza del Oriente en el regazo de Éfeso. Estaba la carretera del Norte de Asia Menor y Galacia que venía vía Sardis. Estaba la carretera del Sur que concentraba el comercio del valle del Meandro en Éfeso. Se llamaba a Éfeso < la Casa del Tesoro del mundo antiguo, > «la Feria de las Vanidades de Asia Menor.» Se ha señalado que es posible que el autor de *Apocalipsis* estuviera pensando en Éfeso cuando escribió el inquietante pasaje que describe el mercado humano: «Mercadería de oro y plata; de piedras preciosas y perlas; de lino fino, púrpura, seda y escarlata; de toda madera olorosa, todo objeto de marfil, todo objeto de madera preciosa; de cobre, hierro y mármol; canela y especias aromáticas; incienso, mirra y olíbano; vino y aceite; flor de harina y trigo; bestias y ovejas; caballos y carros; esclavos

y almas de hombres» (*Apocalipsis* 18:12s). Efeso era la ciudad de una civilización próspera y materialista; era la clase de ciudad donde una persona podía perder el alma fácilmente.

Hay peligros cuando se identifica la prosperidad con las cosas materiales. Se ha de recordar que una persona puede perder su alma mucho más fácilmente en la prosperidad que en la adversidad; y lleva camino de perder su alma cuando juzga el valor de la vida por la cantidad de cosas que posee.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA IMPIEDAD

2 *Timoteo* 3:2-5 (continuación)

En estos terribles días la gente será *fanfarrona* y *arrogante*. Los escritores griegos solían poner juntas estas dos palabras; son las dos pintorescas.

Fanfarrón tiene una etimología interesante. Es la palabra *alazón*, que deriva de *alee*, que quiere decir *un vagabundo*. En un principio el *alazón* era un charlatán ambulante. Plutarco usa la palabra para describir a un curandero. El *alazón* era un charlatán que iba por ahí con medicinas y encantos y métodos de exorcismo que pretendía que eran panaceas para todas las enfermedades. Todavía se pueden ver personas así en las ferias y en los mercados de algunos lugares, pregonando las virtudes de una pócima que tiene propiedades milagrosas. Luego la palabra amplió su significado hasta querer decir *fanfarrón*.

Los moralistas griegos escribieron muchas cosas acerca de esta palabra. Las *Definiciones Platónicas* describían el nombre correspondiente (*alazonía*) como: «la pretensión de cosas buenas que una persona no posee realmente.» Aristóteles (*Ética a Nicómaco* 7:2) definía al *alazón* como «el hombre que pretende poseer cualidades maravillosas que no tiene realmente, o que posee en menor grado del que pretende.» Jenofonte nos relata cómo Ciro, el rey persa, definía el *alazón*: «El nombre *alazón* parece aplicarse a los que pretenden ser más ricos o más valientes de lo que son, y a los que prometen hacer lo que no pueden hacer, y especialmente cuando es evidente que lo hacen para conseguir algo u obtener alguna ganancia» (Jenofonte: *Ciropedia* 2,2,12). Jenofonte dice en las *Memorabilia* que Sócrates condenaba irremisiblemente a tales impostores. Sócrates solía decir que se podían encontrar en todos los estratos de la vida, pero que los peores exponentes estaban en la política. «Con mucho el mayor fantoche de todos, y el más peligroso, es el que ha convencido a su ciudad de que está capacitado para dirigirla.»

El mundo, sigue lleno de esos fantoches hasta nuestros días; el astuto sabelotodo que engaña a la gente para que crea que es un sabio, los políticos que pretenden que sus partidos tienen un programa que hará realidad la Utopía y que ellos son los únicos que han nacido para gobernar a los demás, los que abarrotan las columnas de anuncios con pretensiones de dar belleza, conocimiento o salud con sus sistemas, las personas que se encuentran en las iglesias que pretenden tener cierta clase de bondad ostentosa.

Estrechamente aliados con los fantoches, pero -como veremos- aún peores son los *arrogantes*. Aquí se usa la palabra *hyperéfanos*. Deriva de dos palabras griegas que quieren decir *mostrarse uno por encima*. El que es *hyperéfanos*, decía Teofrasto, tiene una especie de desprecio para todo el mundo excepto para sí mismo. Es culpable del < pecado de un corazón altanero. » Es la persona a la que Dios resiste, porque se dice repetidamente en las Escrituras que Dios recibe a los humildes pero resiste a los orgullosos, *hyperéfanos* (*Santiago* 4:6; *1 Pedro* 5:5, *Proverbios* 3:24). Teofilacto llamaba a esta clase de orgullo *acrópolis kakón*, la ciudadela de los males.

La diferencia entre el fantoche y el arrogante es ésta. El primero es una criatura vacilante, que trata de arrollar en su camino hacia el poder y la eminencia. Es un tipo inconfundible. Pero el pecado de la persona que es *arrogante* está en su corazón. Podría hasta parecer humilde; pero en lo íntimo de su corazón desprecia todo lo demás. Alimenta un orgullo que todo lo invade y todo lo consume; y en su corazón hay un altarcillo en el que él se rinde homenaje a sí mismo.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA IMPIEDAD

2 *Timoteo* 3:2-5 (continuación)

Estas cualidades mellizas de la persona engreída y arrogante conducen inevitablemente al *deleite en el insulto* (*blasfemia*).

. *Blasfemia* es la palabra que hemos transliterado en español como *blasfemia*, que asociamos corrientemente con un insulto dirigido a Dios, pero que en griego puede referirse a un insulto a una persona humana o a Dios de la misma manera. El orgullo siempre engendra el insulto. Engendra el desprecio a Dios, creyendo que no Le necesita y que sabe las cosas mejor que Él. Engendra un desprecio de las personas que puede desembocar en acciones y en palabras hirientes. Los rabinos judíos catalogaban muy alto en la lista de los pecados lo que llamaban *el pecado del insulto*. El insulto que viene de la ira es malo, pero es perdonable, porque se produce en el ardor del momento; pero el insulto frío que viene de un orgullo arrogante es algo feo e imperdonable.

Las personas serán *desobedientes a sus padres*. El mundo antiguo colocaba muy alto el deber a los padres. Las leyes griegas más antiguas condenaban irremisiblemente a la persona que golpear a sus padres; el golpear a un padre era para la ley romana tan malo como el asesinato. En la ley judía el honrar a padre y madre figura bien arriba entre los Diez Mandamientos. Es la señal de una civilización supremamente decadente el que los jóvenes pierdan todo respeto a la edad y dejen de reconocer su deuda impagable y su deber básico para con los que les han dado la vida.

Las personas serán *desagradecidas (ajáristos)*. Se negarán a reconocer la deuda que tienen con Dios y con los hombres. La extraña característica de la ingratitud es que es el más hiriente de todos los pecados, porque es el más ciego. Las palabras del rey Lear siguen siendo ciertas: < ¡Más agudo que el diente de la serpiente - es tener un hijo desagradecido! »

Es la señal de una persona decente el pagar sus deudas; y toda persona tiene una deuda con Dios y con sus semejantes que debe recordar y reconocer y pagar.

La gente *se negará a reconocer aun las decencias más fundamentales de la vida*. La expresión griega es que los hombres se volverán *anósios*. *Anósios* no quiere decir tanto que los hombres quebrantarán las leyes escritas, como que no respetarán ni siquiera las leyes no escritas que son el fundamento de la misma esencia de la vida. Para los griegos era *anósios* el negarse a sepultar a los muertos; el casarse un hermano con su hermana, o un hijo con su madre; el hombre que es *anósios* ofende las decencias fundamentales de la vida. Tal ofensa puede suceder y sucede ya. La persona que está dominada por sus pasiones más bajas las gratificará de la manera más desvergonzada como se puede ver en las calles de cualquier gran ciudad cuando avanza la noche. La persona que ha agotado los placeres normales de la vida y sigue insatisfecha buscará su satisfacción en placeres que son anormales.

Las personas estarán *privadas de todo afecto humano (astorgós)*. *Storgué* es la palabra que se usa especialmente para *el amor familiar*, el amor del hijo para sus padres y de los padres para su hijo. Si no existen los afectos humanos, la familia no puede existir. En los últimos tiempos terribles las personas estarán tan centradas en sí mismas que hasta los lazos más íntimos no les querrán decir nada.

La gente será *implacable en sus odios (aspondós)*. *Spondé* es la palabra para una tregua o un acuerdo. *Aspondós* puede querer decir dos cosas. Puede querer decir que una persona está tan dominada por su odio que nunca aceptará una tregua con la persona con la que se ha peleado. O puede querer decir que la persona es tan deshonesta que quebrantaré los términos del acuerdo que ha hecho. En cualquier caso la palabra describe tal dureza de mente que separa a una persona de sus semejantes con una amargura inflexible. Puede ser que, puesto que no somos más que humanos, no podemos vivir totalmente sin tener diferencias con nuestros semejantes; pero el perpetuar estas diferencias es uno de los peores -y también de los más corrientes- de todos los pecados. Cuando estemos tentados a ser o a obras así, debemos oír de nuevo la voz de nuestro bendito Señor diciendo en la cruz: «Padre, perdónalos.»

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA IMPIEDAD

2 *Timoteo* 3:2-5 (continuación)

En estos terribles últimos días los hombres serán *calumniadores*. La palabra griega para *calumniadores* es *diábolos* que es precisamente la palabra castellana *diablo*. El diablo es el patrón de todos los calumniadores y el jefe de todos ellos. En cierto sentido la calumnia es el más cruel de todos los pecados. Si a uno le roban sus cosas, puede ponerse a construir de nuevo su fortuna; pero si le quitan su buen nombre, se le ha hecho un daño irreparable. Una cosa es ponerse en marcha un rumor malo e incierto por su camino malicioso y otra totalmente distinta el detenerlo. Como decía Shakespeare:

El buen nombre en un hombre o en una mujer, mi querido señor, es la joya más íntima de sus almas:

El que me roba el dinero roba basura; es poca cosa, nada; era mío, es suyo, y ha estado al servicio de miles: pero el que me hurta mi buen nombre me despoja de algo que a él no le enriquece y me deja a mí pobre de veras.

Muchos hombres y mujeres, a los que nunca se les pasa por la cabeza no le dan importancia -y hasta encuentran placer en ello- a transmitir una historia que arruina el buen nombre de algún otro, sin hacer el menor esfuerzo por comprobar si es o no cierta. Hay suficientes calumnias en muchas iglesias como para hacer llorar al ángel encargado de apuntarlas.

Las personas serán *ingobernables en sus deseos (akratés)*. El verbo griego *kratein* quiere decir *controlar*. Una persona puede llegar a una situación en que, lejos de controlarlo, se convierte en esclava de algún hábito o deseo. Ese es el camino que conduce inevitablemente a la ruina, porque nadie puede dominar nada a menos que primero se domine a sí mismo.

Las personas serán *salvajes*. La palabra original es *anémeros*, y se aplica más adecuadamente a las fieras que a los seres humanos. Denota un salvajismo que no tiene ni sensibilidad ni compasión. Las personas pueden ser salvajes en la reprensión y salvajes en la acción despiadada. Hasta un perro puede sentir lástima, puede sentir el haberle hecho daño a su amo; pero hay personas que en su trato con los demás, pueden haber llegado a perder totalmente la simpatía y el sentimiento humano.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA IMPIEDAD

2 Timoteo 3:2-5 (conclusión)

En estos últimos terribles días las personas llegarán a *no sentir amor por las cosas buenas ni por las personas buenas (afilághos)*. Puede llegar un tiempo en la vida de una persona cuando la compañía de la buena gente y la presencia de las cosas buenas sean una contrariedad. El que alimenta su mente con literatura barata puede acabar por no ser capaz de leer ninguna obra maestra. Pierde el paladar mental. Una persona se ha hundido de veras cuando encuentra hasta la presencia de buenas personas algo que no querría más que evitar.

Las personas serán *traidoras*. La palabra griega (*prodótēs*) quiere decir nada menos que *un traidor*. Debemos recordar que esto se escribió precisamente al principio de los años de persecución, cuando estaba llegando a ser un crimen el ser cristiano. En este tiempo en particular una de las maldiciones de Roma en cuestiones políticas era la existencia de *los informadores (delatores)*. Las cosas estaban tan mal que Tácito podía decir: < El que no tenía enemigos era traicionado por sus amigos. » Había algunos que se vengaban de sus enemigos acusándolos. Lo que Pablo está pensando aquí es más que la infidelidad en la amistad -aunque eso ya es suficiente herida-; está pensando en los que para devolver una antigua ofensa informarían contra los cristianos al gobierno romano.

Las personas serían *lanzadas* en palabras y acciones. La palabra original es *propetēs*, precipitadas. Describe a la persona que es arrebatada por la pasión y el impulso hasta tal punto que es totalmente incapaz de pensar con sensatez. Se hace más daño por no pensar que casi de ninguna otra manera. Muchos y muchas veces se librarían de hacer daño a otros y herirlos si pudieran sencillamente pararse a pensar.

Las personas estarán *hinchidas de presunción (tetýfómenos)*. Estarán envanecidos con un sentimiento de su propia importancia. Siguen existiendo los dignatarios eclesiásticos que no piensan más que en su propia dignidad; pero el cristiano es un seguidor de Aquel Que era manso y humilde de corazón.

Serán *amadores de los placeres más que de Dios*. Aquí volvemos adonde empezamos; tales personas colocan sus propios deseos en el centro de su vida. Se adoran a sí mismos en lugar de a Dios.

La condición final de estas personas es que conservan el aspecto exterior de la religión pero niegan su poder. Es decir, hacen todos los movimientos correctos y mantienen todas las formas externas de la religión; pero no conocen el Evangelio como un poder dinámico que cambia las vidas de las personas. Se dice que, después de escuchar un sermón evangélico, Lord Melbourne hizo una vez la observación: < Las cosas tienen que haber llegado al colmo cuando se le permite a la religión invadir la esfera de la vida privada. »

Bien se puede decir que el obstáculo más grande al Evangelio no es el pecador grosero sino el devoto rastrero de una ortodoxia impecable y de unos convencionalismos dignificados, que se horroriza cuando se sugiere que la verdadera religión es un poder dinámico que cambia la vida personal de un hombre.

SEDUCCIÓN EN NOMBRE DE RELIGIÓN

2 Timoteo 3:6s

Porque de entre éstos proceden los que se meten por las casas, y se llevan cautivas a mujercillas cargadas de pecados y llevadas a la deriva por diversos deseos, dispuestas a escuchar a cualquier maestro pero incapaces de llegar al conocimiento de la verdad.

La emancipación cristiana de las mujeres trajo inevitablemente sus problemas. Ya hemos visto lo reclusa que era la vida de las mujeres griegas respetables, cómo se las criaba bajo estricta supervisión y no se les permitía < ver nada, oír nada, ni hacer preguntas; » cómo nunca aparecía ni siquiera para hacer compras sin compañía, y no se les permitía ni siquiera asistir a una reunión pública. El Cristianismo cambió todo eso y surgió una nueva serie de problemas. Era de esperar que algunas mujeres no supieran cómo usar su nueva libertad. Hubo falsos maestros que se aprovecharon rápidamente para sacar sus ventajas.

Ireneo traza una descripción gráfica de los métodos de precisamente un maestro de sus días. Es verdad que está hablando de algo que sucedió en un tiempo posterior, pero la historia malhadada se habría parecido bastante (Ireneo: *Contra los Herejes*, I,13,3). Hubo un cierto hereje llamado Marción que practicaba la magia. « Se dedica especialmente a las mujeres, a las que están bien educadas y elegantemente vestidas, y de gran riqueza. » Les dice a esas mujeres que con sus ensalmos y encantamientos las hará capaces de profetizar. La mujer protesta que ella no lo ha hecho nunca ni lo puede hacer. Él dice: « Abre la boca, di lo que quiera que se te ocurra y profetizarás. » La mujer, emocionada a tope, lo hace y se sugestióna hasta creer que puede profetizar de veras. « Entonces hace un esfuerzo para recompensar a Marcus, no sólo con el regalo de sus posesiones (que se ha hecho de esa manera con una muy considerable fortuna), sino también entregándole su propia persona, deseando estar unida con él en todos los sentidos, para llegar a ser totalmente una con él. » La técnica sería la misma en los días de Timoteo como lo fue después en los días de Ireneo... y, tal vez, bastante después.

Los herejes de tiempo de Timoteo ejercían su malvada influencia de dos maneras. Debemos recordar que eran gnósticos, y que el principio básico del gnosticismo era que el espíritu era totalmente bueno y la materia totalmente mala. Ya hemos visto que esa enseñanza desembocaba en una de dos cosas. Los herejes gnósticos enseñaban, o que, puesto que la materia es totalmente mala, hay que practicar un ascetismo rígido y eliminar lo más posible todas las cosas del cuerpo, o que no importa lo que hagamos con el cuerpo, y que se pueden satisfacer sus deseos sin límite, porque no tienen importancia. Los gnósticos enseñarían estas doctrinas a mujeres impresionables. El resultado sería a menudo, o que la mujer interrumpía sus relaciones matrimoniales con su marido para dedicarse a vivir la vida ascética, o que daba rienda suelta a sus instintos más bajos y se entregaba a toda clase de relaciones promiscuas. En cualquiera de los dos casos se destruían el hogar y la vida familiar.

Todavía sigue siendo posible que un maestro ejerza una influencia indebida y malsana sobre otras personas, especialmente si son impresionables.

El diagnóstico de Pablo era que tales personas «están dispuestas a aprender de cualquiera, pero no son capaces de llegar nunca al conocimiento de la verdad.» E. F. Brown ha indicado el peligro de lo que él llama «curiosidad intelectual sin seriedad moral.» Hay algunas personas que están dispuestas a discutir cualquier nueva teoría, que siempre se pueden encontrar involucradas en el último movimiento religioso de moda, pero que no están dispuestas a aceptar la disciplina de cada día de la vida cristiana. Toda la curiosidad intelectual del mundo no puede tomar nunca el lugar de la seriedad moral. No se supone que tenemos que abarrotarnos la mente con las últimas fantasías intelectuales, sino que tenemos que purificarnos y fortalecernos para la batalla moral que es vivir la vida cristiana.

LOS QUE SE OPONEN A DIOS

2 Timoteo 3:8s

De la misma manera que Janes y Jambres se opusieron a Moisés, éstos también se oponen a la verdad; son hombres de mentalidad corrompida, y cuya fe es pura falsedad. Pero no llegarán muy lejos, porque pronto todos se darán cuenta de su necedad como sucedió con aquellos antiguos impostores.

Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento se escribieron muchos libros judíos que desarrollaban las historias del Antiguo Testamento. En alguno de esos libros Janes y Jambres figuraban extensamente. Esos nombres correspondían a dos magos de la corte del Faraón que se opusieron a Moisés y a Aarón cuando éstos iban a sacar a los israelitas de su condición de esclavos en Egipto. Al principio estos magos podían igualar las maravillas que hacían Moisés y Aarón, pero al final fueron derrotados y desacreditados. En el Antiguo Testamento no se los menciona por nombre, pero se alude a ellos en *Éxodo 7:11; 8: 7; 9: 11*.

Toda una colección de historias se reunió alrededor de estos nombres. Se dijo que eran dos siervos que acompañaron a Balaam cuando fue desobediente a Dios (*Números 22:22*); se dice que eran parte de la gran multitud mezclada que salió de Egipto con los israelitas (*Éxodo 12:38*); algunas historias decían que habían perecido al cruzar el Mar Rojo; otras historias decían que fueron Janes y Jambres los que estuvieron detrás de que se hiciera el becerro de oro y que perecieron entre los que fueron muertos por aquel pecado (*Éxodo 32:28*).

Todavía otras historias decían que acabaron siendo prosélitos del judaísmo. Entre todas las historias sobresale un hecho -Janes y Jambres llegaron a ser figuras legendarias que tipificaban a todos los que se opusieron a los propósitos de Dios y a la obra de sus verdaderos siervos.

Al responsable cristiano no le faltarán nunca oponentes. Siempre habrá algunos que tendrán sus propias ideas tergiversadas de la fe cristiana, y que querrán ganar a otros a sus creencias equivocadas. Pero de una cosa estaba Pablo seguro: Los días de los engañadores estaban contados. Se demostraría su falsedad y recibirían su merecido.

La historia de la Iglesia Cristiana nos enseña que la falsedad no tiene larga vida. Puede que florezca por un tiempo, pero cuando se expone a la luz de la verdad se consume y desaparece. No hay más que una prueba para la falsedad: < Por sus frutos los conoceréis.> La mejor manera de vencer y desterrar lo falso es vivir de tal manera que el encanto y la gracia de la verdad estén a la vista de todos. La derrota del error depende, no de la habilidad en la controversia, sino de la demostración en la vida del camino más excelente.

DEBERES Y CUALIDADES DE UN APÓSTOL

2 Timoteo 3:10-13

Pero tú has sido mi discípulo en mi enseñanza, mi preparación, mi objetivo en la vida, mi fe, mi paciencia, mi amor, mi aguante, mis persecuciones, mis sufrimientos; lo que me sucedió en Antioquía, en Iconio, en Listra, en las

persecuciones que soporté; y el Señor me rescató de todo aquello. Y es que todos los que quieran vivir una vida piadosa en Jesucristo serán perseguidos; mientras que los hombres malvados y los impostores irán de mal en peor engañándose a sí mismos y engañando a otros.

Pablo contrasta la conducta de su leal discípulo Timoteo con la de los herejes que estaban haciendo todo lo posible por destruir la Iglesia. La palabra que hemos traducido por *ser un discípulo* incluye tanto que desborda cualquier única palabra española. Es en griego *parakoluthen* y quiere decir literalmente *seguir todo a lo largo*; pero se usaba con una magnífica amplitud de sentido. Quiere decir seguir a una persona *físicamente*, vincularse con ella a las duras y a las maduras. También quiere decir seguir a una persona *intelectualmente*, atender con diligencia a su enseñanza y comprender plenamente el significado de lo que dice. También quiere decir seguir a una persona *espiritualmente*, no solamente entender lo que dice sino también poner en práctica sus ideas y ser la clase de persona que quiere que seamos. *Parakoluthen* es sin duda la palabra para el discípulo, porque incluye la lealtad a ultranza del verdadero camarada, el total entendimiento del verdadero alumno y la completa obediencia del siervo consagrado.

Pablo pasa a listar las cosas en que Timoteo ha sido su discípulo; y el interés de esa lista está en que representa la trama sobre la cual se teje la vida y la obra de un apóstol. En ella encontramos *los deberes, las cualidades y las experiencias* de un apóstol.

En primer lugar, están los *deberes* de un apóstol. Está *la enseñanza*. Nadie puede enseñar lo que no conoce, y por tanto, antes de que uno pueda enseñar a Cristo a otros, debe conocerle personalmente. Cuando el padre de Carlyle estaba discutiendo la clase de pastor que necesitaba su parroquia decía: « Lo que esta parroquia necesita es un hombre que conozca a Cristo más que de segunda mano.» La verdadera enseñanza siempre nace de la experiencia real. Está *el entrenamiento*. La vida cristiana no consiste exclusivamente en saber algo; consiste mucho más en ser algo. La tarea del apóstol no se limita a comunicar la verdad; también incluye el ayudar a ponerla por obra. El verdadero dirigente da el entrenamiento viviendo.

En segundo lugar, están *las cualidades* del apóstol. Lo primero y principal es que tiene *un objetivo en la vida*. Dos

hombres estaban hablando de un gran satírico que estaba henchido de sinceridad moral. < Le iba pegando patadas al mundo -decía uno- como si fuera un futbolista.> < Ciertamente -decía el otro-, pero siempre conseguía llevarlo a la meta.> Como individuos, algunas veces nos hacemos estas preguntas: < ¿Tenemos algún objetivo en la vida?> Como maestros deberíamos preguntarnos a veces: «¿Adónde pretendo llevar a estas personas a las que enseño?» Una vez le preguntaron a Jesilao, el rey de Esparta: «¿Qué debemos enseñarles a los chicos?» Su respuesta fue: « Lo que les sea más útil cuando sean hombres.» ¿Son conocimientos o la vida real lo que estamos tratando de transmitir?

Como miembros de la Iglesia deberíamos a veces preguntarnos qué estamos tratando de hacer en ella. No basta con darnos por satisfechos cuando la Iglesia zumba como un motor y celebra una reunión abarrotada todas las noches. Deberíamos preguntarnos: ¿Cuál, si alguno, es el propósito unificador que armoniza todas estas actividades? En toda vida no hay nada tan creativo de esfuerzo realmente productivo como una clara conciencia del objetivo.

Pablo pasa a otras cualidades de un apóstol. Está *la fe*, creer totalmente que los mandamientos de Dios son vinculantes y que sus promesas son fidedignas. Está *la paciencia*. La palabra que se usa aquí es *makrothymía*; y *makrothymía*, como la usaban los griegos, quena decir por lo general *paciencia con las personas*. Es la habilidad de no perder la paciencia cuando las personas son tontas, no perder los estribos cuando parecen incapaces de aprender. Es la habilidad de aceptar la tontería, la perversidad, la ceguera, la ingratitud de las personas y seguir siendo amable, y seguir esforzándose. Está *el amor*. Ésta es la actitud de Dios para con los hombres. Es la actitud que soporta todo lo que los hombres puedan hacer y se niega a enfadarse o a darse por ofendido, y que nunca busca sino el bien supremo de los que ama. Amar a las personas es perdonarlas y cuidarse de ellas como Dios perdona y se cuida -y sólo Él puede capacitarnos para hacerlo.

EXPERIENCIAS DE UN APÓSTOL

2 Timoteo 3:10-13 (conclusión)

Pablo completa la lista de las cosas en que ha participado Timoteo, y debe compartir con él, hablando de *las experiencias* de un apóstol; e introduce esa lista de experiencias presentando la cualidad de *el aguante*. La palabra griega es *hypomoné*, que no quiere decir sentarse pasivamente y soportar las cosas, sino encararlas triunfalmente de tal manera que hasta del mal pueda salir el bien. Describe, no el espíritu que *acepta* la vida, sino el espíritu que *conquista*.

Y esa cualidad de resistencia conquistadora es necesaria, porque la persecución es parte integrante de la experiencia de un apóstol. Pablo cita tres ejemplos que tuvo que sufrir por Cristo. Le arrojaron de Antioquía de Pisidia (*Hechos 13:50*). Tuvo que huir de Iconio para evitar el linchamiento (*Hechos 14:5s*). En Listra le lapidaron y dejaron por muerto (*Hechos 14:19*). Es verdad que estas cosas sucedieron antes de que el joven Timoteo entrara definitivamente en el camino cristiano, pero todas

sucedieron en el distrito del que él era natural; y es posible que él fuera testigo presencial de ellas. Bien puede ser una prueba del coraje y la consagración de Timoteo el que, habiendo visto muy claramente lo que podía sucederle a un apóstol, no dudara en asociarse con Pablo.

Pablo estaba convencido de que el verdadero seguidor de Cristo no puede escapar la persecución. Cuando empezaron a tener problemas los tesalonicenses, Pablo les escribió: «Cuando estábamos con vosotros, ya os dijimos de antemano que habíamos de sufrir persecución; como ha sucedido, y vosotros sabéis» (1 *Tesalonicenses* 3:4). Es como si les dijera: «Yo ya os lo había advertido.» Pablo volvió después de su primer viaje misionero para visitar a las iglesias que había fundado, «fortaleciendo las almas de los discípulos, exhortándolos a continuar en la fe, y diciéndoles que por medio de muchas tribulaciones hemos de entrar en el Reino de Dios» (*Hechos*

14:22). El Reino tenía su precio. Y Jesús mismo había dicho: «Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia» (*Mateo* 5:10). El que se proponga aceptar una serie de principios totalmente diferentes de los del mundo, está abocado a encontrar problemas. El que se proponga introducir en su vida una lealtad que sobrepasa todas las lealtades terrenales está abocado a sufrir choques. Y eso es precisamente lo que el Cristianismo demanda de una persona.

Vendrán la persecución y las dificultades; pero Pablo está seguro de dos cosas.

Está seguro de que Dios rescatará a la persona que ponga su confianza en Él. Está seguro de que es mejor sufrir con Dios y lo correcto que prosperar con el mundo y lo equivocado. Absolutamente seguro como está de la persecución temporal, esta igualmente seguro de la gloria final.

Está seguro de que los impíos irán de mal en peor y de que literalmente no hay futuro para la persona que se niega a aceptar el camino de Dios.

UTILIDAD DE LAS ESCRITURAS

2 *Timoteo* 3:14-17

Pero por lo que se refiere a ti, mantente leal a las cosas que has aprendido, y en las que se ha confirmado tu fe; porque tú sabes de quién las has aprendido, y que desde la niñez has conocido las Sagradas Escrituras que pueden darte la sabiduría que te traiga la salvación por medio de la fe que ponemos en Jesucristo. Toda Escritura inspirada por Dios es útil para enseñar, para convencer del error, para corregir, y para entrenar en la integridad, para que el hombre de Dios esté completo, plenamente equipado para toda buena obra.

Pablo concluye esta sección con una llamada a Timoteo para que permanezca leal a toda la enseñanza que ha recibido. Timoteo era judío por parte de madre, aunque su padre había sido griego (*Hechos* 16:1); y está claro que fue su madre la que le educó en la fe. Era la gloria de los judíos que sus hijos desde la más temprana edad eran entrenados en la Ley. Aseguraban que sus hijos aprendían la Ley desde que llevaban pañales, y la bebían con la leche de su madre. Aseguraban que la Ley estaba tan impresa en el corazón y la mente de un niño judío que antes se olvidaría de su propio nombre que de ella. Así es que Timoteo había conocido las Sagradas Escrituras desde su primera edad. Debemos tener presente que las Escrituras de las que escribe Pablo eran las del Antiguo Testamento; todavía no había llegado a ser el Nuevo Testamento. Si lo que él dice de la Escritura es verdad del Antiguo Testamento; mucho más lo es de las todavía más preciosas palabras del Nuevo.

Debemos notar que Pablo hace aquí una distinción. Habla de < toda Escritura inspirada por Dios.> Los gnósticos tenían sus propios libros fantásticos; todos los herejes se referían a su propia literatura para apoyar sus ideas. Pablo consideraba esas cosas como meramente humanas; pero los grandes libros para el alma humana eran los inspirados por Dios que la tradición y la experiencia de los creyentes había santificado.

Veamos lo que dice Pablo de la utilidad de la Escritura.

(i) Dice que las Escrituras dan *la sabiduría que trae la salvación*. A. M. Chirgwin en *La Biblia en el Evangelismo Mundial* cuenta la historia de una enfermera del pabellón de los niños en un hospital de Inglaterra. Hacía tiempo que encontraba la vida, como ella misma decía, inútil y sin sentido. Había leído muchos libros y estudiado muchas filosofías tratando de encontrar satisfacción. Nunca había probado la Biblia, porque una amiga la había convencido con argumentos sutiles de que la razón no podía estar en ella. Cierta día llegó un visitante a la sala y dejó algunos evangelios. Convenció a la enfermera para que leyera un ejemplar de *San Juan*.

< Brillaba y relucía con la verdad -dijo-, y todo mi ser respondió a ella. Las palabras que acabaron por decidirme fueron las de *Juan* 18:37: "Para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad oye Mi voz." Así es que escuché esa voz, y oí la verdad, y encontré a mi Salvador.>

Una y otra vez la Escritura les ha abierto a hombres y mujeres el camino a Dios. A decir verdad, nadie que esté buscando la verdad tiene derecho a prescindir de leer la Biblia. Un libro con ese historial no se puede tomar a la ligera. Hasta un incrédulo no está jugando limpio a menos que trate de leerla. Si lo hace, las cosas más sorprendentes le pueden suceder, porque contiene una sabiduría salvadora que no hay en ningún otro libro.

(ii) Las Escrituras son útiles *para enseñar*. Solamente en el Nuevo Testamento tenemos una descripción de Jesús, un relato de Su vida y una exposición de su enseñanza. Por esa misma razón es indiscutible que, sea lo que sea lo que se pueda discutir acerca del resto de la Biblia, es imposible para la Iglesia el pasarse sin los Evangelios. Es absolutamente cierto -como hemos dicho a menudo- que el Cristianismo no está fundado sobre un libro impreso sino sobre una Persona viva. El hecho sigue en pie de que el único lugar en todo el mundo en el que obtenemos un informe de primera mano acerca de esa Persona y de Su enseñanza es el Nuevo Testamento. Por eso la Iglesia que no tiene un estudio bíblico es una Iglesia en la que falta un elemento esencial.

(iii) Las Escrituras son valiosas *para reprender*. No se quiere decir que las Escrituras valgan para *sacar faltas*; lo que sí se quiere decir es que son valiosas para convencer a una persona de que está en el error e indicarle el camino correcto. A.M. Chirgwin tiene una historia tras otra sobre cómo las Escrituras llegaron por casualidad a manos de personas y cambiaron sus vidas.

En Brasil, signor Antonio de Minas compró un Nuevo Testamento, y se lo llevó a casa para quemarlo. Cuando llegó a su casa se encontró con que el fuego estaba apagado. Deliberadamente lo encendió. Echó en él el Nuevo Testamento. No ardía. Abrió las páginas para que ardiera más fácilmente. Lo abrió por el Sermón del Monte. Le echó una ojeada cuando lo echaba al fuego. Le captó la mente. Lo volvió a coger. «Siguió leyendo, olvidándose del tiempo, todas las horas de la noche, y cuando estaba rompiendo la aurora se puso en pie y declaró: "Creo."»

Vicente Quiroga de Chile encontró unas pocas páginas de un libro que había traído la marea sobre la playa después de un terremoto. Las leyó y ya no pudo descansar hasta que consiguió el resto de la Biblia. No sólo se hizo cristiano; sino que dedicó el resto de su vida a la distribución de las Escrituras en las aldeas olvidadas del Nordeste de Chile.

Una noche oscura en un bosque de Sicilia un bandolero detuvo a un colportor a punta de revólver. Le ordenó que encendiera una hoguera y quemara sus libros. Encendió el fuego y entonces preguntó si podía leer un poco de cada libro antes de arrojarlo a las llamas. Leyó el Salmo 23 para empezar; luego, de otro libro, la parábola del Buen Samaritano; de otro, el Sermón del Monte; de otro, 1 Corintios 13. Al final de cada lectura, el bandolero decía: «Ése es un buen libro; no lo quemaremos; dámelo.» Por último, no se quemó ni un sólo libro; el bandolero dejó al colportor y se internó en la oscuridad con los libros. Años más tarde apareció otra vez en escena aquel mismo bandolero, pero ya no era el mismo. Esta vez era un pastor cristiano, y era a aquella lectura de los libros a lo que atribuía su cambio.

Está fuera de toda duda que las Escrituras pueden convencer a una persona de su error y del poder de Cristo.

(iv) Las Escrituras son útiles *para la corrección*. El verdadero significado de esto es que todas las teorías, todas las teologías, todas las éticas, han de ponerse a prueba en la piedra de toque de la Biblia. Si contradicen la enseñanza de la Biblia, hay que rechazarlas. Tenemos la obligación de usar la mente y aun de lanzarla a la aventura; pero la prueba siempre debe

ser el estar de acuerdo con la enseñanza de Jesucristo como nos la presentan las Escrituras.

(v) Pablo hace una última observación. El estudio de las Escrituras entrena a la persona en integridad hasta equiparla para toda obra buena. Aquí tenemos la conclusión esencial. No se deben estudiar nunca las Escrituras con un fin egoísta, simplemente para hacer bien al alma de cada uno. Una conversión que no hace pensar nada más que en el hecho de que *uno* es salvo, no es una verdadera conversión. El cristiano debe estudiar las Escrituras para hacerse útil a Dios y a sus semejantes. Nadie es salvo a menos que esté apasionadamente entregado a salvar a otros.

LAS BASES PARA LA LLAMADA DE PABLO

2 Timoteo 4:1-5

Te encargo delante de Dios y de Jesucristo, Que va a juzgar a los vivos y a los muertos -te encargo por su aparición y por Su Reino- proclama la Palabra; sé insistente en sazón y en desazón; convence, reprende, exhorta, y hazlo todo con una paciencia y una enseñanza que no fallen nunca. Porque vendrá un tiempo cuando las personas se negarán a escuchar la sana doctrina, y que más bien, por tener oídos que tienen que estar vibrando constantemente con novedades, se enterrarán bajo una montaña de maestros cuya enseñanza esté de acuerdo con sus propios deseos de cosas prohibidas. Apartarán el oído de la verdad y lo prestarán a historias extravagantes. En cuanto a ti, sé estable en todas las cosas; acepta los sufrimientos que se te echen encima; haz el trabajo de un evangelista; no dejes sin cumplir ningún acto de servicio.

Conforme Pablo se aproxima al final de su carta, quiere animar y desafiar a Timoteo para que cumpla con su tarea. Para ello le recuerda tres cosas acerca de Jesús.

(i) Jesús es el Juez de los vivos y de los muertos. Algún día se someterá a prueba la obra de Timoteo, por nadie más que por Jesús mismo. Un cristiano debe hacer todo su trabajo de tal manera que se lo pueda ofrecer a Cristo. No le deben preocupar ni la crítica ni el veredicto de la gente. La única cosa que anhela es el «¡Bien hecho!» de Jesucristo. Si todos nosotros hiciéramos nuestro trabajo en ese espíritu la diferencia sería incalculable. Nos libraría de ese espíritu suspicaz que se ofende ante la crítica; nos libraría del espíritu superimportante que se preocupa del prestigio y de los derechos personales; nos libraría del espíritu egocéntrico que exige gracias y alabanzas por cada acción; y nos libraría aun de darnos por ofendidos por la ingratitud humana.

(ii) Jesús es el Conquistador Que ha de volver. «Te encargo -dice Pablo- por Su *aparición*. La palabra original es *epifáneia*. *Epifáneia* se usaba de dos maneras. Se usaba de la intervención manifiesta de algún dios; y se usaba especialmente en relación con el emperador romano. Su entronización era su *epifáneia*; y en particular -y éste es el trasfondo del pensamiento de Pablo aquí- se usaba de su visita a cualquier provincia o ciudad. Está claro que cuando el emperador iba a visitar algún lugar, todo se ponía en perfecto orden. Se barrían las calles y se adornaban las casas y se ponían al día todos los trabajos para que el lugar estuviera apto para la *epifáneia*. Así es que Pablo le dice a Timoteo: «Tú sabes lo que sucede cuando una ciudad está esperando la *epifáneia* del emperador; tú estás esperando la *epifáneia* de Jesucristo. Haz tu trabajo de tal manera que todas sus partes estén dispuestas para cuando El aparezca.» El cristiano debe ordenar su vida de tal manera que en cualquier momento esté dispuesto para la venida de Cristo.

(iii) Jesús es el Rey. Pablo exhorta a Timoteo a actuar recordando el Reino de Jesucristo. Llega el día cuando los reinos del mundo serán el Reino del Señor; así que Pablo le dice a Timoteo: «Vive y trabaja de tal manera que quedes como un ciudadano fiel cuando venga el Rey.»

Nuestro trabajo debe ser tal que pueda resistir el escrutinio de Cristo. Nuestras vidas deben ser tales que reciban la aparición del Rey. Nuestro servicio debe ser tal que demuestre la realidad de nuestra ciudadanía en el Reino de Dios.

EL DEBER DEL CRISTIANO

2 Timoteo 4:1-5 (continuación)

Puede que haya pocos pasajes en el Nuevo Testamento en los que se presenten los deberes del maestro cristiano tan claramente como aquí.

El maestro cristiano debe ser *insistente*. El mensaje que presenta es literalmente una cuestión de vida o muerte. Los maestros que consiguen de veras que su mensaje haga impacto son los que tienen esta nota de seriedad en su voz. Spurgeon sentía una admiración tremenda por Martineau, que era un unitario y por tanto negaba la divinidad de Jesucristo en la que Spurgeon creía con intensidad apasionada. Alguien le dijo en una ocasión a Spurgeon: «¿Cómo puede usted admirar a Martineau? Usted no cree lo que él predica.» «No -dijo Spurgeon- pero él sí.» Cualquier persona con esta nota de urgencia en su voz demanda, y captará, la atención de su audiencia.

El maestro cristiano debe ser *insistente*. Ha de presentar las prerrogativas de Cristo «en sazón y en desazón.» Como ha dicho alguien: «Aprovecha o crea tu oportunidad.» Como decía Teodoro de Mopsuesto: «El cristiano debe considerar cada momento una oportunidad para hablar de Cristo.» Se decía de George Morrison, de la Iglesia de Wellington en Glasgow, que para él, empezara la conversación donde empezara llegaba directamente a Cristo. Esto no quiere decir que no escojamos nuestro tiempo para hablar, porque debe haber cortesía en la evangelización lo mismo que en cualquier otro contacto humano; pero sí quiere decir que tal vez seamos demasiado tímidos para hablarles a otros de Jesucristo.

Pablo pasa a hablar del efecto que debe producir el testimonio cristiano.

Debe *convencer*. Debe hacer que el pecador se dé cuenta de su pecado. Walter Bagehot dijo una vez: «El camino a la perfección pasa por una serie de disgustos.» De una manera u otra hay que hacer que el pecador sienta disgusto por su pecado. Epicteto traza un contraste entre el filósofo falso, que no busca más que la popularidad, y el filósofo verdadero, cuya única meta es el bien de los oyentes. El filósofo falso maneja la adulación y fomenta la autoestima. El verdadero filósofo dice: «Venid a que se os diga que vais por mal camino.» «La clase del filósofo -decía- es un quirófano; cuando sales de ella no debieras sentir placer, sino dolor.» Alcibiades, el joven de moda brillante pero mimado en Atenas, solía decirle a Sócrates: «Sócrates, te odio porque cada vez que me encuentro contigo me haces verme tal como soy.» La primera cosa esencial es hacer que una persona se vea tal como es.

Debe *reprender*. En los grandes días de la Iglesia había una magnífica intrepidez en su voz; y por eso sucedían cosas. E. F. Brown cuenta un incidente de la India. Cierta noble joven en los apartamentos del virrey en Calcuta se hizo famoso por su mala vida. El obispo Wilson cierto día se puso sus vestiduras rituales, se dirigió a la casa del gobierno y le dijo al virrey: «Excelencia: Si el señor... no se marcha de Calcuta antes del domingo que viene, le denunciaré desde el púlpito de la Catedral.» Antes que llegara el domingo aquel joven había desaparecido.

Ambrosio de Milán fue una de las grandes figuras de la Iglesia Primitiva. Era amigo íntimo del emperador Teodosio, que era cristiano pero tenía un genio de mil demonios. Ambrosio no tenía pelos en la lengua para decirle la verdad al emperador. «¿Quién -preguntaba- se atreverá a decirlo la

verdad si no lo hace un sacerdote?» Teodosio había nombrado a uno de sus amigos íntimos, Botérico, gobernador de Tesalónica. Botérico, un buen gobernador, tuvo ocasión de meter en la cárcel a un famoso auriga por conducta infame. La popularidad de aquellos aurigas era increíble y el populacho armó un alboroto y mató a Boterich. Teodosio estaba loco de ira. Ambrosio intercedió con él para que fuera justo en su castigo, pero Rufino, el Ministro de Estado, atizó apostando su ira de tal manera que Teodosio envió órdenes de que se hiciera una masacre de venganza. Más tarde retiró la orden, pero demasiado tarde para que la nueva orden llegara a Tesalónica a tiempo. El teatro estaba abarrotado con las puertas cerradas y los soldados de Teodosio fueron abriéndose paso por el interior matando hombres mujeres y niños durante tres horas. Más de siete mil personas fueron muertas. La noticia de la masacre llegó a Milán, y cuando Teodosio se presentó en el culto de la Iglesia el domingo siguiente, Ambrosio le negó la entrada. El Emperador pidió perdón. Ocho meses después volvió a la Iglesia, y de nuevo Ambrosio le negó la entrada. Por último el emperador de Roma tuvo que postrarse en el suelo con los penitentes antes de que se le permitiera participar del culto con la Iglesia otra vez. En sus grandes días la Iglesia era intrépida para reprender.

En nuestras relaciones personales, una palabra de advertencia o de reprensión salvaría a menudo a un hermano del pecado y del naufragio. Pero, como ha dicho alguien, esa palabra tiene que darse como « de un hermano corrigiendo a su hermano.» Tiene que darse con la conciencia de una común culpabilidad. No nos corresponde colocarnos por encima de nadie como jueces; pero es nuestro deber dar la palabra de advertencia cuando se necesita.

Debe *exhortar*. Aquí tenemos la otra cara de la moneda. Ninguna reprensión debe ser nunca tal que deje al otro en la desesperación y sin coraje y esperanza. No sólo se ha de reprender; también se ha de animar.

Además, el deber cristiano de convencer, de reprender y de animar ha de llevarse a cabo con *una paciencia* incansable. La palabra original es *makrothymía* que describe el espíritu que nunca se irrita, nunca desespera y nunca considera a nadie incapaz de salvarse. El cristiano cree pacientemente en las personas porque cree invenciblemente en el poder transformador de Cristo.

UNA AUDIENCIA ESTÚPIDA

2 Timoteo 4:1-5 (conclusión)

Pablo pasa a describir la audiencia estúpida. Advierte a Timoteo de que se está llegando a que la gente se niegue a escuchar la sana doctrina y se amontone maestros que le hagan cosquillas en los oídos con precisamente las cosas fáciles y cómodas que quieren oír.

En los días de Timoteo era trágicamente fácil encontrar tales maestros. Se llamaban *sofistas*, y *vagaban* de ciudad en ciudad ofreciéndose a enseñar cualquier cosa por dinero. Y Sócrates decía de ellos: «Tratan de atraerse discípulos cobrando poco y prometiendo mucho.» Estaban dispuestos a enseñar la totalidad de la virtud por 1,500 o 2,000 pesetas. Le enseñaban a uno a discutir con sutileza y a usar las palabras con tal astucia que hicieran lo peor parecer lo mejor. Platón los describía sin ambages: «Andan cazando jóvenes ricos y de posición, con una educación descafeinada como cebo, y una matrícula como su objetivo para hacer dinero mediante un uso seudocientífico de los sofismas en la conversación privada, dándose cuenta de que lo que estaban enseñando era basura.»

Competían por clientes. Dión Crisóstomo describía así las ferias de las grandes ciudades: «Se puede oír a muchos desgraciados sofistas dándose voces e insultándose entre sí, y a sus discípulos, como ellos los llaman, discutiendo, y muchos autores de libro leyendo sus estúpidas composiciones, y muchos poetas cantando sus poemas, y muchos juglares exhibiendo

sus trucos, y muchos magos revelando el significado de prodigios, y miríadas de retóricos enrevesando pleitos, y un sin número de comerciantes ofreciendo sus mercancías.»

En los días de Timoteo había por todas partes maestros falsos pregonando conocimientos de pacotilla. Su táctica era ofrecer argumentos por los que una persona se pudiera justificar por hacer lo que quisiera. Cualquier maestro, hasta el mismo día de hoy, cuya enseñanza tienda a hacer que las personas den menos importancia al pecado es una amenaza para el Cristianismo y para la humanidad.

En oposición a aquello, había que imponerle a Timoteo ciertas obligaciones.

Tenía que ser *estable en todas las cosas*. La palabra original (*néfein*) quiere decir que ha de ser sobrio y controlado como un atleta que tiene sus pasiones y apetitos y nervios bien bajo control. Hort dice que esa palabra describe < un estado mental libre de toda perturbación y obsesión... con todas las facultades plenamente controladas, para mirar a la cara todos los hechos y todas las circunstancias. » El cristiano no ha de ser víctima de modas; el equilibrio ha de ser su norma en un mundo desequilibrado y a menudo insensato.

Ha de *aceptar cualquier sufrimiento que le sobrevenga*. El Cristianismo costará algo, y el cristiano ha de pagar el precio sin murmuraciones ni reparos.

Ha de hacer *la labor de evangelista*. A pesar de la acusación y de las burlas el cristiano es esencialmente *portador de buenas noticias*. Si insiste en la disciplina y la autonegación es porque se puede obtener una felicidad más grande que la que aportan los placeres baratos.

No ha de dejar *ningún acto de servicio sin cumplir*. El cristiano no debe tener más que una ambición: ser útil a la Iglesia de la que forma parte y a la sociedad en la que vive. La oportunidad que no dejará pasar por nada no es la de un provecho barato sino la de ser de servicio a su Dios, su Iglesia y sus semejantes.

PABLO LLEGA A LA META

2 Timoteo 4:6-8

Porque mi vida ha llegado al punto en que ha de ser sacrificada, y el tiempo de mi partida ha llegado. He peleado la buena batalla; he completado la carrera; he guardado la fe. Por lo demás, me espera la corona de integridad que me dará el Juez justo, en aquel Día del Señor; y no sólo a mí, sino también a todos los que han amado Su aparición.

Para Pablo el final estaba muy próximo y él lo sabía. Cuando Erasmo se iba haciendo viejo, dijo: < Soy un veterano y me he ganado la licencia, y debo dejar la milicia a los más jóvenes. » Pablo, el anciano luchador, está despojándose de sus armas para que las tome Timoteo.

No hay pasaje en todo el Nuevo Testamento que contenga más figuras gráficas que éste.

< Mi vida dice Pablo- ha llegado al punto en que debe ser sacrificada. » La palabra que usa para *sacrificada* es el verbo *spéndesthai*, que quiere decir literalmente *derramar como libación a los dioses*. Todas las comidas romanas terminaban con una especie de sacrificio. Se tomaba una copa de vino y se derramaba (*spéndesthai*) a los dioses. Es como si Pablo estuviera diciendo: «El día ha terminado; es hora de levantarse y partir; y mi vida debe ser derramada como un sacrificio a Dios.» No pensaba que le iban a ejecutar, sino más bien que era él mismo el que iba a ofrecer su vida a Dios. Desde su conversión Pablo se lo había ofrecido todo siempre a Dios -su dinero, su educación, su tiempo, el vigor de su cuerpo, la agudeza de su mente, la devoción de su corazón. La vida era lo único que le quedaba por ofrecer, e iba a ponerla sobre el altar sin el menor reparo y con la mayor alegría.

Pasa a decir: «El tiempo de mi partida ha llegado.» La palabra que usa para partida (*analysis*) es muy gráfica. Contiene

muchas imágenes, cada una de las cuales nos dice algo acerca de dejar esta vida. (a) Es la palabra para desatar a un animal de yugo de los palos del carro o del arado. La muerte era para Pablo el descanso de la brega. Como decía Spenser, tranquilidad después del trabajo, puerto después de los mares tempestuosos, muerte después de la vida, son cosas preciosas. (b) Es la palabra para quitarle a uno las cadenas. La muerte era para Pablo una liberación. Iba a cambiar los confines de una prisión romana por la gloriosa libertad de las cortes celestiales. (c) Es la palabra para soltar las cuerdas de una tienda de campaña. Para Pablo era el momento de levantar el campamento otra vez. Había hecho muchos viajes por los caminos de Asia Menor y de Europa. Ahora estaba poniéndose en marcha para el último y el más grande viaje; iba a ponerse en camino hacia Dios. (d) Es la palabra para soltar las amarras de un navío. Pablo tenía experiencia de dejar puertos y de hacerse a la mar. Ahora sí que iba a lanzarse a alta mar de veras, haciéndose a la vela para cruzar las aguas de la muerte y llegar al puerto de la eternidad.

Así que, para el cristiano, la muerte es despojarse de la carga para descansar; es ser desencadenado para ser verdaderamente libre; es levantar la tienda para residir en los lugares celestiales; es soltar las amarras que nos sujetan a este mundo para hacernos a la vela en el viaje que termina en la presencia de Dios. ¿Por qué tenerle miedo?

GOZO DE LA CONTIENDA BIEN LIBRADA

2 Timoteo 4:6-8 (conclusión)

Pablo prosigue todavía hablando con estas imágenes gráficas de las que era tal maestro: «He peleado la buena batalla; he completado la carrera; he guardado la fe.» Es probable que no estuviera usando tres figuras diferentes de tres esferas diferentes de la vida, sino que las tres se refieran a los juegos atléticos.

«He peleado la buena batalla» La palabra que usa para batalla es agón, que es la que se usaba para una pelea en la arena del circo. Cuando un atleta puede decir de veras que ha dado de sí todo lo que lleva dentro siente una profunda satisfacción en su corazón. Pablo ha llegado al final y sabe que ha hecho un buen papel. Cuando murió la madre de Barrie, él le dedicó un gran elogio: « No puedo mirar atrás dijo- y ver la menor cosa que dejara sin hacer.» No hay satisfacción en todo el mundo comparable a la de saber que lo hemos hecho lo mejor posible.

(ii) «He terminado la carrera.» Es fácil empezar algo, ahora bien, es difícil concluirlo. La única cosa que se necesita en la vida es la perseverancia, y es lo de que mucha gente carece. Se le sugirió a cierto hombre muy famoso que se escribiera su biografía mientras estaba vivo. Se negó rotundamente a permitirlo, y su razón era: « He visto a muchos caerse en la recta final.» Es fácil arruinar una vida noble o un informe brillante con una necedad final. Pero Pablo afirmaba que había terminado la carrera. Produce una profunda satisfacción llegar a la meta.

Tal vez la carrera más famosa del mundo es el maratón. La batalla de Maratón fue una de las más decisivas del mundo. En ella los griegos se enfrentaron a los persas; y, si los persas hubieran salido victoriosos, la gloria de Grecia nunca se habría extendido por el mundo. A pesar de terribles desventajas, los griegos obtuvieron la victoria; y, después de la batalla, un soldado griego fue corriendo a Atenas, día y noche, con la noticia. Se dirigió a los magistrados. « ¡Alegraos! -musitó! Hemos conquistado!» Y en cuanto dio la noticia cayó muerto. Había completado su carrera y cumplido su misión, y ya podía morir en paz.

(iii) «He guardado la fe.» Esta frase puede tener más de un significado. Si nos mantenemos en la alegoría de los juegos es lo siguiente. La gran ocasión deportiva de Grecia eran los Juegos Olímpicos. A ellos acudían todos los grandes atletas del mundo. El día antes de los Juegos, todos los competidores

se reunían y hacían un juramento solemne ante los dioses que se habían entrenado no menos de diez meses y que cumplirían todas las reglas. Así es que Pablo puede que estuviera diciendo: « He guardado las reglas; he participado en la contienda.» Sería para nosotros una cosa maravillosa el morir sabiendo que no hemos quebrantado nunca las reglas del honor en la carrera de la vida.

Pero esta frase puede tener otros significados. También es una frase del lenguaje comercial. Era la expresión corriente en griego para: « He observado las condiciones del contrato; he sido fiel a mi compromiso.» Si Pablo la usó de esa manera, quería decir que se había comprometido a servir a Cristo y había cumplido su compromiso sin fallarle nunca. Además, podría querer decir: «He mantenido mi fidelidad: no he perdido nunca la confianza o la esperanza.» Si Pablo usó esta frase con este sentido, quería decir que a las duras y a las maduras, en la libertad y en la cárcel, en todos los peligros por tierra y por mar, y ahora ante la misma muerte, no había perdido nunca la confianza en Jesucristo.

Pablo pasa a decir que le está reservada la corona. En los juegos, el máximo galardón era una corona de laurel, con la que se coronaba al vencedor; y el llevarla era el más grande honor que podía recibir un atleta. Pero esa corona se secaría en unos pocos días. Pablo sabía que le esperaba una corona que no se desharía jamás.

En este momento Pablo pasa del veredicto de los hombres al veredicto de Dios. Sabía que dentro de muy poco estaría ante el tribunal romano y que su juicio no podía tener más que un resultado. Sabía cual había de ser el veredicto de Nerón, pero también sabía cual sería el veredicto de Dios. Aquel cuya vida está dedicada a Cristo considera con indiferencia el veredicto de los hombres. No se preocupa si le condenan, porque lo único que le interesa es oírle decir a su Maestro: « ¡Bien hecho!»

Pablo hace sonar todavía otra nota: Esa corona no sólo le espera a él, sino a todos los que esperan con impaciencia la venida del Rey. Es como si le dijera al joven Timoteo: «Timoteo, el final de mi vida está cerca; y sé que voy a recibir mi recompensa. Si sigues mis pasos, tendrás la misma confianza y el mismo gozo que yo cuando llegues tú también a tu final.» El gozo de Pablo está abierto a cualquier persona que también pelea esa batalla y termina esa carrera y guarda esa fe.

CUADRO DE HONOR Y DE DESHONOR

2 Timoteo 4:9-15

Haz lo posible por venir a verme pronto. Demas me ha desertado, porque amaba este mundo presente y se ha ido a Tesalónica. Crescente se ha marchado a Galacia, Tito a Dalmacia. Lucas es el único que se ha quedado conmigo. Toma a Marcos y tráetele, porque me es muy útil en el servicio. He enviado a Tíquico a Éfeso.

Cuando vengas, tráete el capote que me dejé en Tróade en casa de Carpo, y también los libros, especialmente los pergaminos.

El herrero Alejandro me ha hecho un montón de daño. El Señor le recompensará conforme a sus hechos. En cuanto a ti, no bajes la guardia con él, porque se ha opuesto a nuestras palabras todo lo que ha podido.

Pablo traza un cuadro de honor y de deshonor de sus conocidos. Algunos no son más que nombres para nosotros; de algunos sabemos algo por *Hechos* y por las epístolas paulinas. Algunas de las historias podemos reconstruir si se nos permite usar un poco la imaginación.

LA PEREGRINACIÓN ESPIRITUAL DE DEMÁS

El primero de la lista es Demas. Se le menciona tres veces en las cartas de Pablo, y bien puede ser que puntúen una tragedia. (i) En *Filemón 24* se le incluye entre un grupo de hombres que Pablo llama sus *colaboradores*. (ii) En *Colosenses 4:14* se le menciona sin comentario. (iii) Aquí había abandonado a Pablo porque amaba este mundo presente. Primero, Demas el colaborador; luego, simplemente Demas, y finalmente, Demas el desertor que amaba este mundo. Aquí tenemos la historia de una degradación espiritual. Poco a poco, el colaborador llegó a ser el desertor, y el título de honor se convirtió en un nombre de vergüenza.

¿Qué le sucedió a Demas? No podemos decirlo de seguro, pero podemos suponerlo.

(i) Puede ser que empezara a seguir a Cristo sin calcular el precio; y puede ser que no fuera del todo culpa suya. Hay una clase de evangelismo que anuncia: «¡Acepta a Cristo y tendrás paz y descanso y gozo!» En cierto sentido, el más profundo de todos, eso es auténtica y benditamente cierto; pero también es verdad que cuando aceptamos a Cristo empezamos a tener problemas. Hasta ese momento hemos vivido de acuerdo con el mundo y sus principios. La vida nos era fácil, porque seguíamos la línea de menor resistencia e íbamos con la mayoría. Pero, una vez que uno acepta a Cristo, acepta una serie de principios totalmente nuevos, y se compromete a una clase de vida totalmente nueva en el trabajo, en sus relaciones personales, en sus placeres... y tiene que haber colisiones. Puede que Demas se sintiera atraído a la Iglesia en un momento de emoción, sin tener tiempo para pensar las cosas a fondo; y cuando la impopularidad, la persecución, el sacrificio, la soledad y la cárcel se le presentaron, se salió porque no era eso lo que él esperaba. Cuando uno se compromete a seguir a Cristo, lo esencial es que sepa lo que está haciendo.

Halliday Sutherland cuenta cómo se sintió cuando recibió el título de doctor. Si en la calle, o en cualquier compañía, se escuchaba la llamada: «¿Hay aquí algún médico?», se emocionaba, orgulloso y ansioso por salir al frente a ayudar. Pero conforme fueron pasando los años, una llamada así se convirtió en una molestia. Había desaparecido el encanto.

W. H. Davies, el vagabundo que fue también uno de los más grandes poetas, tiene un pasaje acerca de sí mismo de lo más revelador. Se había dirigido a ver la abadía Tintem veintisiete años después de la vez anterior. Dijo: «Al encontrarme allí otra vez, veintisiete años después, y comparar el entusiasmo de aquel chicuelo con mis tibios sentimientos presentes, no me di por satisfecho de mí mismo. Por ejemplo: la vez anterior yo habría sacrificado la comida o el sueño para ver una cosa tan maravillosa; pero ahora, en mi madurez, no iba buscando cosas bellas, y sólo cantaba a las cosas que me encontraba por casualidad.»

El deán Inge predicó una vez sobre el *Salmo 91:6*: «La mortandad que en medio del día destruye,» que él llamaba «El peligro de la edad media.» No hay amenaza más peligrosa para los ideales de una persona que la de los años; y la única manera de tenerla a raya es vivir constantemente en la presencia de Jesucristo.

Pablo dijo de Demas que «amaba este mundo.» Su problema puede que fuera bien simple, pero terrible. Puede que fuera sencillamente que amaba la comodidad más que a Cristo, el camino fácil más que el que conduce a las estrellas pasando por la Cruz.

Pensemos en Demas, no condenándole, sino simpatizando con él; porque muchos somos como él.

Es posible que esto no sea ni el principio ni el final de la historia de Demas. El nombre *Demas* es la forma abreviada y familiar de Demetrio, y encontramos dos veces a un Demetrio en el Nuevo Testamento. Está el Demetrio que dirigió el motín de los plateros de Éfeso y quería linchar a Pablo porque les estaba estropeando el negocio del templo de Diana (*Hechos 19:25*). Está el Demetrio del que escribió Juan, de quien todos tenían buena opinión, y la verdad también, un hecho del que Juan daba testimonio de buen grado y con firmeza (*3 Juan 12*).

¿Podría ser ese el principio y el fin de la historia de Demas? ¿Encontró el platero Demetrio algo en Pablo y en Cristo que le apresó el corazón? ¿Se convirtió a Cristo el cabecilla de aquel motín? ¿Desertó por un tiempo del camino cristiano y se convirtió en el desertor Demas, que amaba este mundo? ¿Y le echó mano otra vez la gracia de Dios, haciéndole volver y volverse el Demetrio de Efeso de quien Juan escribió que era un siervo de la verdad de quien todos hablaban bien? Eso puede que no lo sepamos nunca; pero es emocionante pensar que la acusación de desertor puede que no fuera el último veredicto sobre la vida de Demas.

CUADRO DE HONOR Y DE DESHONOR

2 Timoteo 4:9-15 (continuación)

EL GENTIL DEL QUE TODOS HABLABAN BIEN

Después de mencionar Pablo al desertor pasa a hablar del hombre que fue fiel hasta la muerte. «Lucas es el único que está conmigo,» dice. Sabemos muy poco acerca de Lucas; pero hasta de ese poco surge como uno de los personajes más preciosos del Nuevo Testamento.

(i) Una cosa podemos deducir: que Lucas acompañó a Pablo en su último viaje a Roma y a la cárcel. Él fue el autor del *Libro de los Hechos*. Ahora bien: vemos algunos pasajes de *Hechos* que están escritos en primera persona de plural, *nosotros*, así es que podemos estar seguros de que Lucas está describiendo situaciones en las que él mismo estuvo presente. *Hechos 27* nos presenta a Pablo arrestado poniéndose en camino hacia Roma, y este es uno de los pasajes *nosotros*; así es que sabemos que Lucas estaba con Pablo. De ahí podemos deducir otra cosa. Se cree que cuando un detenido iba de camino para que le juzgaran en Roma no se le permitía más acompañamiento que dos esclavos, lo que hace probable que Lucas se enrolara como esclavo de Pablo para que se le permitiera acompañarle a Roma y en la cárcel. No nos sorprende que Pablo hable de él con amor en la voz. La lealtad de Lucas no podía haber llegado más lejos.

(ii) Hay sólo otras dos referencias a Lucas en el Nuevo Testamento. En *Colosenses 4:14* se le describe como *el querido médico*. Pablo le debía mucho a Lucas. Toda la vida estuvo soportando aquel terrible aguijón en su carne; y Lucas debe de haber usado su profesión para aliviarle el sufrimiento y permitirle seguir adelante. Lucas era por encima de todo una persona amable. Por el silencio de *Hechos* podríamos pensar que no fue una gran figura de la Iglesia Original; pero debemos recordar que él era el autor de ese libro, y probablemente el no mencionarse fue debido más bien a su humildad. De todas maneras hizo su contribución en términos de servicio personal. Dios le había puesto en las manos la habilidad de sanar, y Lucas se la dedicó a Dios. La amabilidad es la cualidad que levanta a una persona por encima del nivel corriente. La elocuencia se olvida; la inteligencia puede que sobreviva en la página impresa; pero la amabilidad perdura entronizada en los corazones.

El doctor Johnson tuvo algunos contactos con un joven que se llamaba Harry Harvey, que era rico y bastante calavera. Pero tenía una casa en Londres en la que siempre encontraba acogida Johnson. Más tarde se hablaba despectivamente de Harry Harvey; y Johnson dijo: «Era un hombre vicioso, pero fue amable conmigo. Aunque le llamen perro, yo le querré siempre.» La amabilidad cubre una multitud de pecados.

Lucas fue leal a Pablo, y era amable.

(iii) La otra referencia a Lucas se encuentra en *Filemón 24*, donde Pablo le llama su *colaborador*. Lucas no se conformaba simplemente con escribir ni con ayudar como médico; trabajaba en lo que fuera. La Iglesia está llena de personas que hablan, y de gente que está allí más por lo que pueda sacar que

pára aportar nada; Lucas era uno de esos inapreciables -los obreros de la Iglesia.

(iv) Hay otra posible referencia a Lucas en el Nuevo Testamento. *2 Corintios 8:18* menciona al «hermano que es famoso en todas las iglesias.» Desde los primeros tiempos se ha identificado a este anónimo como Lucas. Era el hombre de quien todos hablaban bien. Era el hombre que era leal hasta la muerte, esencialmente amable, dedicado a la obra. De un hombre así hablan bien todos los hermanos.

EL CUADRO DE HONOR Y DE DESHONOR

2 Timoteo 4:9-15 (continuación)

Todavía nos queda en este cuadro otro nombre con una historia oculta pero emocionante.

EL HOMBRE QUE SE REDIMIÓ A SÍ MISMO

Pablo le insiste a Timoteo que se lleve consigo a Marcos, «porque me es útil para el ministerio.» La palabra *ministerio* no se usa aquí en su sentido eclesiástico especializado, sino en el más amplio de *servicio*. «Tráeme a Marcos dice Pablo-, porque es muy útil para prestar servicios.» Como lo pone E. F. Scott: «Trae a Marcos, que puede echar una mano en muchas cosas.» O, como diríamos coloquialmente: «Tráete a Marcos, que es una persona que conviene tener a mano.»

Marcos tuvo una carrera de casillas blancas y negras como un tablero de ajedrez. Era muy joven cuando empezó la Iglesia, pero vivió en su mismo centro. Fue a la casa de María, la madre de Marcos, adonde Pedro dirigió sus pasos cuando escapó misteriosamente de la cárcel, y podemos deducir que esa casa era el lugar de reunión de la iglesia de Jerusalén (*Hechos 12:12*).

Cuando Pablo y Bemabé se pusieron en camino en su primer viaje misionero llevaron consigo a Marcos -Juan Marcos era su nombre completo- como ayudante (*Hechos 13:5*). Parecía elegido para una gran carrera en la compañía de Pablo y en el servicio de la Iglesia. Pero entonces sucedió algo. Cuando Pablo y Bemabé salieron de Panfilia y prosiguieron tierra adentro por el difícil y peligroso camino que conducía a la meseta central de Asia Menor, Marcos los dejó y se marchó a su casa (*Hechos 13:13*). Le fallaron los nervios, y se volvió atrás.

Pablo tomó aquella defección muy en serio. Cuando estaban a punto de iniciar su segundo viaje misionero, Bemabé -que era pariente de Marcos (*Colosenses 4:10*)- propuso que llevaran a Marcos con ellos otra vez, pero Pablo se negó en redondo a tener nada que ver por segunda vez con aquel rajado, y hubo tal desacuerdo entre Pablo y Bernabé por el asunto de Marcos que se separaron y ya no volvieron a trabajar juntos por lo que sabemos (*Hechos 15:36-40*). Así es que hubo un

tiempo cuando Pablo no quiso saber nada de Marcos, porque le consideraba un malqueda de poco fiar y no le quería tener en su equipo.

No sabemos lo que pasó con Marcos después de aquello. La tradición cuenta que fue a Egipto y fundó allí la iglesia cristiana. Pero, hiciera lo que hiciera, lo cierto es que se redimió a sí mismo. Cuando Pablo se pone a escribir *Colosenses* desde la cárcel romana, Marcos estaba con él, y Pablo le recomienda a la iglesia colosense y les encarga que le reciban. Y ahora, cuando está llegando a su fin, el hombre que Pablo quiere tener cerca, junto a su querido Timoteo, es Marcos, porque es un hombre útil para tener a mano. El desertor se había convertido en el hombre servicial que podía echarle una mano a Pablo en cualquier cosa de la obra del Evangelio.

Fosdick tiene un sermón con el título animador de «Nadie tiene por qué seguir siendo el mismo.» Marcos es la prueba: es nuestro ánimo e inspiración, porque falló pero se rehabilitó. Jesucristo sigue pudiendo hacer a los espíritus cobardes

valerosos, e infundir nervio para la lucha al brazo flojo. Puede despertar al héroe dormido en el alma de cada persona, y trocar la vergüenza del fracaso en el gozo del servicio triunfante.

EL CUADRO DE HONOR Y DE DESHONOR

2 Timoteo 4:9-15 (conclusión)

AYUDADORES Y OBSTACULIZADORES Y PETICIÓN FINAL

Así es que la lista de nombres continúa. De Crescente no sabemos absolutamente nada. Tito fue otro de los lugartenientes más fieles de Pablo. «Mi verdadero hijo,» le llama Pablo (Tito 1:4). Cuando le preocupaba la situación de la iglesia corintia, Tito fue uno de los emisarios de Pablo en la lucha para remediar las cosas (2 *Corintios* 2:13; 7:6,13; 12:18). A Tíquico le había encargado llevar las cartas a los colosenses (*Colosenses* 4: 7), y a los efesios (*Efesios* 6:21). El grupito de ayudantes se iba dispersando por toda la Iglesia; porque, aunque Pablo estaba en la cárcel, la obra tenía que proseguir, y Pablo tenía que quedarse solo para que su pueblo diseminado pudiera ser fortalecido y guiado y confortado.

Y entonces aparece la mención de uno que había obstaculizado más que ayudado: «El cobrero Alejandro me hizo un montón de daño.» No sabemos lo que había hecho Alejandro; pero tal vez lo podamos deducir. La palabra que utiliza Pablo para *hacer* mucho mal es en griego *endeaWnysthai*. Ese verbo quiere decir literalmente *desplegar*, y se usaba de hecho a menudo para *aportar información* contra una persona. Los informadores eran una de las grandes maldiciones de Roma por aquel tiempo. Y bien puede ser que Alejandro fuera un cristiano renegado que acudiera a los magistrados aportando

información, falsa o verdadera, que se podía usar contra Pablo, en su deseo de desacreditarle y destrozarle de la manera más deshonrosa posible.

Pablo tiene algunas peticiones que hacer. Necesita el capote que se había dejado en casa de Carpo en Tróade. El capote (*failónés*) era una pieza grande circular, con un agujero en medio para la cabeza, que le tapaba a uno como una tienda de campaña desde la cabeza hasta los pies. Se usaba en invierno, y sin duda Pablo estaba sintiendo los embates del frío invernal en la cárcel romana.

Quería *los libros*; en el original es *biblia*, que quiere decir literalmente rollos de papiro; y bien puede ser que contuvieran los bosquejos iniciales de los evangelios. También quería *los pergaminos*, que podrían ser una de dos cosas: los documentos legales de Pablo, especialmente su certificado de ciudadano romano; o más probablemente copias de las Escrituras del Antiguo Testamento, porque los judíos escribían sus libros en tiras de pergamino hechas con piel de animales. Eran las palabras de Jesús y la Palabra de Dios lo que Pablo quería por encima de todo cuando estaba preso, esperando la ejecución.

Algunas veces se repite la historia de una manera curiosa. Mil quinientos años después de esto, William Tyndale estaba preso en Vilvorde esperando la ejecución por haber osado darle al pueblo la Biblia en su propio lenguaje. Era un invierno frío y húmedo cuando le escribió a un amigo: «Por amor de Jesús, mándame una gorra más calentita, algo para taparme las piernas, una camisa de lana, y sobre *toda toda mi biblia hebrea*. » Cuando estaban en apuros y les llegaba el frío de la muerte, los grandes hombres de Dios querían más que nada y nadie la Palabra de Dios para que les infundiera en el alma fuerza y coraje.

ÚLTIMAS PALABRAS Y SALUDOS

2 Timoteo 4:16-22

En mi primera defensa no estuvo nadie conmigo, sino que todos me abandonaron. ¡Que no se les tenga en cuenta! Pero el Señor sí estuvo a mi lado fortaleciéndome, de forma que hice la proclamación del Evangelio en su totalidad para que la pudieran escuchar los paganos. Así es que fui rescatado de la misma boca del león. El Señor me rescatará de todo mal, y me mantendrá a salvo para Su Reino celestial. ¡Gloria sea a Él por siempre jamás, amén!

Recuerdos a Prisca y Áquila, y a la familia de Onesíforo. Erasto se quedó en Corinto, y a Trófilo le dejé en Mileto. Eubulo te manda recuerdos, lo mismo que Prudente, Lino, Claudia y todos los hermanos.

Que el Señor sea con tu espíritu.

La gracia sea con vosotros.

Los juicios romanos empezaban por un interrogatorio inicial para formular las acusaciones específicas contra el preso. Cuando llevaron a Pablo para ese interrogatorio preliminar, ninguno de sus amigos estaba con él. Era demasiado peligroso presentarse como amigos de uno al que estaban juzgando para ponerle la pena de muerte.

Una de las cosas curiosas de este pasaje es el número de reminiscencias que contiene del *Salmo 22*: «¿Por qué me has desamparado?(1) -Todos me desampararon.» «No hay quien me ayude (11) - No tuve a ninguno a mi lado» «Sálvame de la boca del león (21) - Fui rescatado de la misma boca del león.» «Volverán al Señor todos los confines de la Tierra (27) - **Para que los gentiles lo escucharan.**» «**Del Señor es el Reino** (28) - El Señor me mantendrá a salvo para Su Reino celestial.» Parece que las palabras de este salmo iban pasando por la mente de Pablo. Y lo maravilloso es que este salmo también estuvo presente en la mente de Jesús en la Cruz. Al enfrentarse con la muerte, Pablo alentaba su corazón con el mismo salmo que su Señor usó en circunstancias semejantes.

Tres cosas le infundían ánimo a Pablo en aquella hora solitaria.

(i) Todos los hombres le habían abandonado, pero el Señor estaba con él. Jesús había dicho que no dejaría ni abandonaría a los suyos, y que estaría con ellos hasta el fin del mundo. Pablo es testigo de que Jesús cumple Su promesa. Si ser como es debido es quedarse solo, como dijo Juana de Arco: < Es mejor estar sola con Dios.>

(ii) Pablo usaba hasta un tribunal romano para proclamar el mensaje de Cristo. Cumplía su propio principio: A tiempo y a destiempo presentaba las credenciales de Cristo al mundo. Estaba tan ocupado pensando en la tarea de predicar el Evangelio que se olvidaba del peligro. El que está inmerso en su tarea ha conquistado el miedo.

(iii) Estaba completamente seguro de la liberación final. En el tiempo puede que pareciera una víctima de las circunstancias y un criminal condenado por la justicia romana; pero Pablo veía más allá del tiempo, y sabía que le estaba asegurada la salvación eterna. Siempre es mejor estar en peligro un momento y a salvo por toda eternidad que seguro por un momento y en riesgo por toda eternidad.

¿UNA HISTORIA DE AMOR?

2 Timoteo 4:16-22 (conclusión)

Para terminar se mandan recuerdos de y para los hermanos. En primer lugar para Prisca y Áquila -Prisca era el diminutivo familiar de Prisca, y Áquila se pronunciaba < ácuila>, que ha dado en español < águila> . Formaban una pareja en cuyo hogar estaba la iglesia siempre y dondequiera que estuvieran, y que se habían jugado el cuello por Pablo

(*Hechos 18:2; Romanos 16:3; 1 Corintios 16:19*). Hay recuerdos para el caballeroso Onesíforo, que había buscado a Pablo por toda Roma hasta encontrarle en la cárcel (*2 Timoteo 1:16*) y que puede que pagara su lealtad con la vida. Hay recuerdos para Erasto, a quien Pablo había mandado una vez como emisario a Macedonia (*Hechos 19:22*), y que puede que estuviera después en la iglesia de Roma (*Romanos 16:23*). Hay recuerdos para Trófilo, a quien acusaron a Pablo de introducir en el Templo de Jerusalén siendo gentil, un incidente que fue la causa de que detuvieran a Pablo y luego le mandaran a Roma (*Hechos 20:4; 21; 29*). Finalmente se mandan recuerdos de Lino, Prudente y Claudia. En listas posteriores figura Lino como el primer obispo de Roma.

En torno a los nombres de Prudente y Claudia se ha tejido una novela rosa. La historia puede que sea imposible, o por lo menos improbable, pero es demasiado interesante para no citarla. Marcial fue un famoso poeta latino, autor de epigramas, que floreció entre los años 66 y 100 d.C. Dos de sus epigramas celebran las bodas de un noble y distinguido romano llamado Prudente, con una dama llamada Claudia. En el segundo epigrama se dice que Claudia era extranjera en Roma, y que procedía de Inglaterra. Ahora bien: Tácito nos dice que el año 52 d.C., bajo el emperador Claudio, ciertos territorios al Sudeste de Gran Bretaña se le dieron a un rey inglés llamado Cogidubnus por su lealtad a Roma; y en 1723 se descubrió una lápida de mármol en Chichester que conmemoraba la construcción de un templo pagano por el rey Cogidubnus y su hijo Prudente. En la inscripción se da el nombre completo del rey, y sin duda en honor del emperador romano encontramos que había tomado el nombre de Tiberius Claudius Cogidubnus. Si ese rey tenía una hija, se llamaría

Claudia, porque ese sería el nombre que heredaría de su padre. Aún podemos llevar la historia más adelante. Puede ser que Cogidubnus mandara a su hija Claudia a Roma. Es casi seguro que lo hizo; porque, cuando un rey extranjero hacía alianza con Roma, como había hecho Cogidubnus, mandaba a algunos miembros de su familia como prendas de que guardaría el acuerdo. Si Claudia fue a Roma, estaría probablemente en casa de un cierto romano llamado Aulus Plautius, que había sido gobernador de Inglaterra entre los años 43 y 52 d.C., y a quien Cogidubnus había prestado fieles servicios. La mujer de Aulus Plautius era una dama llamada Pomponia, de la que nos dice Tácito que había estado procesada ante los tribunales romanos en el año 57 d.C. porque estaba < infectada de una superstición extranjera, » que muy bien pudiera ser el Cristianismo. Puede que Pomponia fuera cristiana, y que la princesa británica Claudia también se convirtiera a Cristo.

No podemos asegurar que estas suposiciones fueran históricas; pero sería interesante que la Claudia que manda saludos en la carta de Pablo fuera la princesa inglesa que había ido a Roma y se había hecho cristiana, y que Prudente fuera su marido.

Pablo termina la carta encomendando a sus amigos a la presencia y el Espíritu de su común Señor; y, como siempre, su última palabra es gracia.

TITO

LAS FUENTES DEL APOSTOLADO

Tito 1:1-4

Esta es una carta de Pablo, esclavo de Dios y enviado de Jesucristo, cuya labor consiste en despertar la fe en los escogidos de Dios y equiparlos con un conocimiento más pleno de la verdad que permite a la persona vivir una vida realmente religiosa y cuya obra total está fundada en la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no es posible que mienta, prometió antes que empezara el tiempo. En Su propio buen tiempo Dios presentó Su mensaje de tal manera que todos pudieran comprenderlo mediante la proclamación que se me ha confiado por real decreto de Dios nuestro Salvador. Esta carta es para Tito, su verdadero hijo en la fe que ambos comparten: ¡Que la gracia sea contigo, y la paz de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Salvador!

Cuando Pablo llamaba a uno de sus oficiales a una misión, siempre empezaba estableciendo su propio derecho a hablar y, como si dijéramos, echando de nuevo los cimientos del Evangelio. Así es que aquí empieza por decir algunas cosas acerca de su apostolado.

(i) Le colocó en *una gran sucesión*. En el mismo principio Pablo se llama < esclavo (*dulos*) de Dios. » En ese título se mezclaban la más auténtica humildad y el orgullo más legítimo. Quería decir que su vida estaba totalmente sometida a Dios; y al mismo tiempo -y aquí es donde entra el orgullo era el título que se daba a los profetas y a los grandes hombres del pasado en Israel. Moisés era el esclavo de Dios (*Josué 1: 2*); y Josué, su sucesor, no habría aspirado a un título más elevado (*Josué 24:29*). Era a los profetas, Sus esclavos, a los que Dios revelaba todas Sus intenciones (*Amós 3: 7*); era a Sus esclavos los profetas a los que Dios había enviado repetidamente a Israel a lo largo de toda su historia (*Jeremías 7:25*). El título *esclavo de Dios* era el que le daba a Pablo el derecho de formar parte de una gran sucesión.

Cuando uno ingresa en la Iglesia, no entra a formar parte de una institución que empezó ayer. La Iglesia tiene siglos de historia humana en su haber, y se remonta a la eternidad en la mente y el propósito de Dios. Cuando uno se encarga de la predicación, o la enseñanza, o el servicio de la Iglesia, no ingresa en una actividad sin tradición; transita la senda por la que marcharon- los santos.

(ü) Eso le daba *una gran autoridad*. Era el enviado de Jesucristo. Pablo no consideró nunca que su autoridad procediera de su propia excelencia intelectual, y menos de su bondad moral. Hablaba con la autoridad de Cristo. El que predica el Evangelio de Cristo o enseña Su verdad, si está dedicado de veras, no da sus propias opiniones ni ofrece sus propias conclusiones; trae el mensaje de Cristo y la palabra de Dios. El verdadero enviado de Jesucristo ha pasado la etapa de los *quizás y puede que, y habla* con la certeza del que sabe.

EL EVANGELIO DE UN APÓSTOL

Tito 1:1-4 (continuación)

Además, en este pasaje podemos ver la esencia del Evangelio de un apóstol y las cosas que eran centrales en su misión.

(i) Todo el mensaje del apóstol está fundamentado en la *esperanza de la vida eterna*. Esta frase, *la vida eterna*, recorre las páginas de todo el Nuevo Testamento. La palabra griega para *eterno* es *aiónios*; y, con absoluta propiedad, la única Persona en todo el universo a la Que se Le puede aplicar correctamente es Dios. Lo que el cristiano ofrece es nada menos

que la participación en la misma vida de Dios. Es el ofrecimiento del poder de Dios a nuestra frustración, de la serenidad de Dios a nuestra desazón, de la verdad de Dios a nuestro andar a tientas, de la bondad de Dios a nuestro fracaso moral, de la luz de Dios a nuestra lobreguez. El Evangelio no ofrece en primer lugar a las personas un credo intelectual o un código moral; les ofrece vida, la vida del mismo Dios.

(ii) Para permitir a una persona entrar en esa vida son necesarias dos cosas. El apóstol tiene que despertar *la fe* en las personas. Para Pablo la fe siempre quiere decir una cosa -confianza absoluta en Dios. El primer paso de la vida cristiana es darnos cuenta de que no podemos hacer nada más que recibir. En todas las esferas de la vida, no importa lo precioso que sea el ofrecimiento, sigue inoperante hasta que se recibe. La primera obligación del obrero cristiano es persuadir a otros de que tienen que aceptar el ofrecimiento de Dios. En último análisis, no podemos convencer a nadie de la verdad del Cristianismo. Lo único que podemos hacer es decirle: < ¡Pruébalo, y verás! >

(iii) También es la misión del apóstol el equipar a otras personas con *conocimiento*. La evangelización y la educación en el Evangelio siempre tienen que ir de la mano. La fe tiene que empezar por ser una respuesta del corazón, pero debe llegar a ser una posesión de la mente. Hay que pensar a fondo el Evangelio cristiano antes de ponerlo a prueba de veras. No se puede vivir permanentemente en la cresta de una ola de emoción. La vida cristiana debe ser un diario amar a Cristo más y comprenderle mejor.

(iv) El resultado de la fe y el conocimiento debe ser *una vida realmente religiosa*. La fe debe siempre desembocar en la vida, y el conocimiento cristiano no es meramente intelectual, sino *saber vivir*. Ha habido muchos grandes eruditos que eran verdaderas nulidades en las cosas ordinarias de la vida, y fracasos totales en las relaciones personales. Una vida realmente religiosa es aquella que mantiene una relación real y constante con Dios, con uno mismo y con los demás. Es una vida que puede asumir tanto los grandes momentos como las obligaciones cotidianas. En una vida en la que Jesucristo vive en nosotros.

El obrero cristiano está obligado a ofrecer a las personas la vida de Dios, despertar la fe en sus corazones y estimular el conocimiento en sus mentes; permitirles, en fin, vivir de tal manera que otros vean el reflejo del Maestro en ellos.

EL PROPÓSITO Y EL TIEMPO DE DIOS

Tito 1:1-4 (continuación)

Este pasaje nos habla del propósito de Dios, y de Su manera de llevarlo a cabo.

(i) El propósito de Dios para el ser humano ha sido siempre de salvación. Su promesa de la vida eterna está en pie desde antes que empezara el mundo. Es importante notar que Pablo aplica aquí el título de Salvador tanto a Dios como a Jesús. Algunas veces se presenta el Evangelio de una manera que parece hacer una distinción entre un Jesús benigno, amoroso y generoso, y un Dios duro, grave y severo. A veces se nos presenta como si Jesús hubiera hecho algo para alterar la actitud de Dios hacia los seres humanos y convencerle para que dejara a un lado Su ira y no los castigara. No tiene justificación bíblica posible esa presentación del Evangelio. Detrás de todo el proceso de salvación está el amor eterno e inalterable de Dios, y fue ese amor el que Jesús vino a revelar a la humanidad. Dios es característicamente un Dios Salvador, Cuyo deseo supremo no es condenar, sino salvar. Es el Padre Que solo desea que Sus hijos vuelvan al hogar para estrecharlos amorosamente contra Su pecho.

(ii) Pero este pasaje habla de algo más que el propósito eterno de Dios; habla también de Su método. Nos dice que El envió Su mensaje a Su debido tiempo. Eso quiere decir que toda la Historia fue la preparación para la venida de Jesús. No podemos enseñar a una persona ninguna clase de conocimiento hasta que esté preparada para recibirlo. En todo conocimiento humano hay que empezar por el principio; así tenía que estar preparada la humanidad para la venida de Jesús. Toda la historia del Antiguo Testamento y toda la búsqueda de los filósofos griegos eran preparativos para ese acontecimiento. El Espíritu de Dios Se estaba moviendo entre los judíos y todos los demás pueblos para que estuvieran preparados para recibir al Hijo de Dios cuando viniera. Debemos ver toda la Historia como el método de Dios para educar a la humanidad.

(iii) Además, el Evangelio vino a este mundo cuando le era posible propagarse. Había cinco elementos en la situación mundial que facilitaron su difusión.

(a) Prácticamente todo el mundo sabía griego. Eso no quiere decir que hubieran olvidado su propio lenguaje tradicional, sino que el griego había llegado a ser la lengua internacional. Era el lenguaje del comercio, de la diplomacia y de la cultura. Si uno iba a tomar parte en la vida y en las actividades públicas tenía que saber griego. Muchos eran bilingües, y la primera etapa del Cristianismo fue extraordinariamente propicia para su extensión porque los misioneros no tenían problemas de lenguaje que resolver.

(b) Para todos los propósitos, no había fronteras. El Imperio Romano coincidía en extensión con el mundo conocido. Dondequiera que fuera un viajero, se encontraba dentro del imperio. Hasta hace muy poco, si uno quería recorrer Europa tenía que tener un pasaporte, y que detenerse en las fronteras... y podía encontrarse ante < telones de acero >. En la primera etapa del Cristianismo un misionero podía trasladarse sin dificultades de un extremo a otro del mundo conocido.

(c) Viajar era relativamente fácil. Ciertamente que era lento, sobre todo si se compara con nuestro tiempo, porque no había tal cosa como vehículos mecánicos, y la mayor parte de los viajes se tenían que hacer a pie, o al paso de animales lentos de transporte o de carga. Pero los romanos habían construido una red extensa de carreteras de unos países a otros, y en general las habían limpiado de bandoleros como a los mares de piratas. Por lo menos podemos decir que el viajar era más fácil de lo que había sido nunca antes.

(d) La primera etapa del Cristianismo fue una de las pocas en que el mundo estuvo considerablemente en paz. Si hubiera habido guerras rugiendo por toda Europa el progreso de la obra misionera se habría hecho imposible. Pero la *pax romana* se mantuvo, y los viajeros se podían mover por el Imperio Romano con relativa seguridad.

(e) Era un mundo consciente de sus necesidades. Las viejas creencias se habían desmoronado, y las nuevas filosofías estaban por encima de las cabezas de la gente normal y corriente. Se oteaba, como decía Séneca, *ad salutem*, hacia la salvación. Se era cada vez más consciente de «la debilidad en las cosas esenciales.» Esperaban «una mano que se les tendiera para levantarlos.» Buscaban «una paz, no de parte del César, sino de Dios.» Nunca hubo un tiempo en que los corazones estuvieran más abiertos a recibir el mensaje de Salvación que les llevaban los misioneros cristianos.

No fue por accidente que el Cristianismo llegara cuando llegó. Llegó en el buen tiempo de Dios; toda la Historia había sido la preparación para él, y las circunstancias eran idóneas para que entrara la marea.

UN FIEL LUGARTENIENTE

Tito 1:1-4 (conclusión)

No sabemos mucho de Tito, el destinatario de esta carta; no se le menciona en *Hechos*; pero de las escasas referencias que se hacen a él surge el retrato de un hombre que era uno de los más fiables y valiosos para Pablo. Pablo le llama < mi verdadero hijo, » porque es probable que fuera uno de sus conversos, tal vez en Iconio.

Tito fue el compañero de Pablo en un tiempo extraño y difícil. Cuando Pablo hizo la visita a Jerusalén, a una iglesia que le miraba con suspicacia, desconfianza y desagrado, fue a Tito al que llevó consigo juntamente con Bernabé (*Gálatas* 2:1). Decía del famoso escocés Dundas uno de sus amigos: < Dundas no es ningún orador; pero se embarcará contigo en cualquier clase de tiempo. » Así era Tito. Cuando Pablo lo tenía difícil, Tito estaba a su lado.

Tito era el hombre para una misión difícil. Cuando el problema de Corinto estaba en lo más alto, fue a él al que Pablo mandó, con una de las cartas más severas que Pablo escribió nunca (2 *Corintios* 8:16). Está claro que Tito tenía el equilibrio mental y la firmeza de carácter que le permitían arrostrar y pilotar una situación difícil. Hay dos clases de personas: los que pueden empeorar cualquier mala situación, y los que pueden sacar orden del caos y paz de la pelea. A Tito se le podía mandar adonde había problemas. Tenía el don de la administración práctica. La iglesia debería dar gracias a Dios por personas a las que se puede acudir cuando se necesita un trabajo práctico bien hecho.

Pablo le da a Tito algunos títulos notables.

(i) Le llama su *hijo verdadero*. Eso debe de querer decir que Tito era su convertido e hijo en la fe (*Tito* 1:4). No hay nada en el mundo que les dé más gozo a un predicador o a un maestro que ver que alguien a quien han enseñado llega a ser útil en la Iglesia. Tito era el hijo que le producía gozo en el corazón a Pablo, su padre en la fe.

(ii) Le llama su *hermano* (2 *Corintios* 2:13) y su *colaborador en el trabajo y en la lucha* (2 *Corintios* 8:23). El gran día para un predicador o maestro es aquel en que su hijo en la fe llega a ser su hermano en la fe, cuando uno al que ha enseñado está listo para ocupar su puesto en la obra de la Iglesia, no ya como principiante, sino como responsable.

(iii) Dice que Tito *se conducía en el mismo espíritu* (2 *Corintios* 12:18). Sabía que Tito trataría los asuntos como los habría tratado él mismo. Feliz la persona que tiene un lugarteniente a quien puede confiar su trabajo, con la seguridad de que lo hará de la misma manera que ella lo habría hecho.

(iv) Le encarga a Tito una gran tarea: le manda a Creta como *ejemplo* para los cristianos de allí (*Tito* 2:7). El mayor cumplido que le hizo Pablo a Tito fue enviarle a Creta, no para que les *hablara* de cómo tienen que ser los cristianos, sino para que se lo *mostrara*. No puede haber mayor responsabilidad ni cumplimiento que ese.

Se ha hecho una sugerencia muy interesante. 2 *Corintios* 8:18 y 12:18 dicen que cuando Pablo mandó a Tito a Corinto fue otro hermano con él, que se describe en el pasaje anterior como « el hermano que es famoso en todas las iglesias, » y que se suele identificar con Lucas. Se ha sugerido que Tito era hermano de Lucas. Es sorprendente que a Tito no se le mencione ni una sola vez en *Hechos*; pero sabemos que Lucas fue el que lo escribió, y a menudo cuenta la historia en la primera persona de plural, diciendo: «Hicimos esto» o «Hicimos lo otro.» Y se ha sugerido que en tales situaciones Tito se encontraba con Lucas. Si fue así o no no lo podemos asegurar; pero Lucas y Tito tienen un parecido familiar en eso de ser hombres aptos para servicios prácticos.

En la iglesia de Occidente se conmemora el día de Tito el 4 de enero, y en la de Oriente el 25 de agosto.

EL ANCIANO DE LA IGLESIA

Tito 1:5-7a

La razón por la que te dejé en Creta era para que corrigieras las deficiencias en la organización de la iglesia, y para que nombraras ancianos en cada ciudad como yo te instruí. Un anciano es un hombre cuya conducta debe estar libre de toda crítica, marido de una sola mujer, con hijos que sean también creyentes y que no se puedan acusar de libertinaje ni sean indisciplinados. Porque el que tenga a su cargo la supervisión de la iglesia de Dios debe ser irreprochable, como corresponde a un mayordomo de Dios.

Ya hemos estudiado en detalle las calificaciones del anciano como las presenta Pablo en 1 Timoteo 3:1-7. No nos es necesario examinarlas de nuevo en detalle.

Pablo tenía la costumbre de ordenar ancianos tan pronto como se fundaba una iglesia (Hechos 14:23). Creta era una isla con muchas ciudades. «Creta de las Cien Ciudades» la llamaba Homero. Pablo tenía el principio de animar a las iglesias a mantenerse independientes lo más pronto posible.

En esta lista repetida de las calificaciones de un anciano se subraya especialmente una cosa: debe ser un hombre que haya enseñado la fe a su propia familia. Más tarde, el Concilio de Cartago establecería: «Los obispos, ancianos y diáconos no serán ordenados para el ministerio antes de hacer que todos los miembros de sus familias sean miembros de la Iglesia Universal.» El Cristianismo empieza en casa. No es ninguna virtud el estar tan ocupado con el trabajo de fuera que se abandona el de casa. Todo lo que se haga por la iglesia en el mundo no puede expiar el abandono de la propia familia.

Pablo usa una palabra muy gráfica. La familia del anciano debe estar libre de acusaciones de *libertinaje*. La palabra griega es *asótía*, que es la que se usa en Lucas 15:13 refiriéndose al hijo pródigo que malgastó su dinero viviendo *perdidamente*. El que es *asóto* no puede ahorrar; es manirroto y derrochón, y malgasta su hacienda en caprichos personales; destruye su hacienda y acaba por destruirse a sí mismo. Aristóteles, que siempre describía las virtudes como el punto medio entre dos extremos, declara que por una parte está la tacañería, y por la otra la *asótía*, la extravagancia egoísta y desmadrada; la virtud en este caso es la liberalidad. La casa del anciano no debe nunca ser culpable del mal ejemplo de malgastar desaforadamente en placeres personales.

Además, la familia del anciano no debe ser *indisciplinada*. No hay nada que compense la falta de control parental. Falconer cita un dicho acerca de la familia de Thomas More: < Controla su familia con la misma mano suave: sin tragedias, sin peleas. Si empieza una discusión, la zanja en seguida. Toda su casa respira felicidad, y no hay nadie que entre que no salga mejor de lo que entró. » El verdadero campo de entrenamiento para el anciano está tanto en casa como en la iglesia.

CÓMO NO DEBE SER EL ANCIANO

Tito 1:7b

No debe ser obstinadamente testarudo; no debe ser una persona irascible; no debe ser dado a hábitos de bebedor ni pendenciero; no debe ser un hombre dispuesto allegar a las manos; no debe andar buscando dinero de manera deshonrosa.

Aquí tenemos un resumen de las cualidades de las que debe estar libre el anciano de la iglesia; y cada una de ellas se describe con una palabra gráfica.

(i) No debe ser *obstinadamente testarudo*. La palabra griega es *authádés*, que quiere decir literalmente *que se da gusto a sí mismo*. El que es *authádés* se ha descrito como una persona que está tan contenta consigo misma que no le agrada nada más ni le importa agrada a nadie más. R. C. Trench decía de tal persona que «siempre mantiene obstinadamente su opinión, insiste en sus derechos, mientras es desconsiderado con los derechos, las opiniones y los intereses de los demás.»

Los autores éticos griegos tenían mucho que decir de este defecto de la *authadeía*. Aristóteles colocaba en un extremo al que agrada a todo el mundo (*areskós*), y en el otro al que no agrada a nadie (*authádés*), y entre ambos al que se conducía en su propia vida con la debida dignidad (*semnós*). Decía del *authádés* que era el que no quería contar ni asociarse con nadie. Eudemo decía que el *authádés* era < el que regulaba su vida sin tener en cuenta a los demás, a los que despreciaba. » Eurípides decía de él que era «insoponible con sus conciudadanos por falta de cultura.» Filodemo decía que su carácter se componía en partes iguales de presunción, arrogancia y desprecio. La presunción le hacía tener una opinión demasiado alta de sí; el desprecio, ser mezquino en su juicio de los demás, y la arrogancia, actuar en consecuencia.

Está claro que el que es *authádés* es un tipo desagradable: intolerante, condenando todo lo que no puede entender y creyendo que no hay mejor manera de hacer las cosas que la suya. Tal cualidad, como decía Lock, es fatal en el que ha de gobernar personas libres. » Nadie que sea intolerante, despectivo y arrogante es apto para ocupar un puesto de responsabilidad en la iglesia.

(ii) No debe ser *una persona irascible*. En griego es *orguilos*. Hay dos palabras en griego para ira. Está *thymós*, que es la ira que arde y se apaga como fuego de paja; y está *orgué*, el nombre relacionado con el adjetivo *orguilos*, que quiere decir ira inveterada. No es la que se apodera de uno y desaparece de repente, sino la que se abriga para mantenerla caliente. Un momento de rabia es desagradable; pero esta ira de larga vida, mantenida a propósito, es mucho peor. El que abriga la ira contra otro no es apto para ocupar un puesto de responsabilidad en la iglesia.

(iii) No debe ser *dado a hábitos de bebedor ni pendenciero*. La palabra original es *pároinos*, que quiere decir *dado al uso excesivo del vino*; pero amplió su significado para describir la conducta pendenciera. Los judíos, por ejemplo, usaban esta palabra para referirse a la conducta de los judíos que se casaban con mujeres madianitas; los cristianos, para referirse a los que crucificaron a Cristo. Describe el carácter de la persona que, hasta en sus momentos sobrios, actúa tan escandalosamente como los borrachos.

(iv) No debe ser un hombre *dispuesto a llegar a las manos*. La palabra original es *pléktés*, que quiere decir literalmente *golpeador*. Parece que en la Iglesia Primitiva había obispos que se pasaban de celosos y que castigaban a los miembros descarriados de su rebaño con violencia física, porque los *Cánones Apostólicos* establecen: «Ordenamos que el obispo que golpee a un creyente descarriado sea depuesto.» Pelagio decía: «No debe golpear a ninguno que sea discípulo de aquel Cristo Que, cuando Le golpeaban, no devolvía los golpes.» Los mismos griegos ampliaron el sentido de esta palabra para incluir, no solamente la violencia de hecho, sino también la de palabra. La palabra llegó a designar al que intimida a sus semejantes, y puede ser que así debiera traducirse aquí. El que abandona el amor y recurre a la violencia, en hechos o en palabras, no es apto para ocupar puestos de responsabilidad en la iglesia.

(v) No debe *andar buscando dinero de manera deshonrosa*. La palabra original es *aisjrokerdés*, que describe a la persona a la que no le importa cómo hacer dinero con tal de hacerlo. Resulta que esta era la falta por la que eran famosos los cretenses. Dice Polibio: «Son tan dados a hacer dinero de maneras reprochables y codiciosas que entre los cretenses no se le pone mala cara a ningún negocio sucio.» Plutarco decía que se pegaban al dinero como las moscas a la miel. Los cretenses apreciaban las ganancias más que la honradez y el honor. No les importaba lo que les costaba su dinero; pero el cristiano sabe que hay cosas que cuestan demasiado. La persona cuya única finalidad en la vida es amasar riquezas, sin importarle cómo, no es apta para ocupar un puesto de responsabilidad en la iglesia.

CÓMO DEBE SER EL ANCIANO

Tito 1: 8s

Por el contrario, lo que debe ser es hospitalario, debe amar todas las cosas buenas y a todas las personas buenas, debe ser prudente, justo, piadoso, controlado, con un buen dominio del mensaje verdaderamente fiable que le confió la enseñanza cristiana, que esté bien capacitado para animar a los miembros de la iglesia con enseñanza salutífera, y para redargüir a los que se oponen a la fe.

El pasaje anterior presentaba las cosas que el anciano de la iglesia no debe ser; este presenta cómo debe ser. Estas cualidades necesarias se distribuyen en tres grupos.

(i) Primero, están las cualidades que debe desplegar el anciano de la iglesia *con otras personas*.

Debe ser *hospitalario*. En el original griego es *filóxenos*, que quiere decir literalmente *amador de los extranjeros*. En el mundo antiguo siempre había gente que se estaba trasladando. Las posadas eran caras, sucias e inmorales; y era esencial que el cristiano forastero pudiera encontrar una puerta abierta en la comunidad cristiana. En nuestro tiempo sigue siendo verdad que nadie necesita tanto la solidaridad cristiana como el que es extranjero en un lugar extraño para él.

Debe ser también *filágathos*, que puede querer decir *amador de las cosas buenas o amador de las personas buenas*, palabra que usa Aristóteles con el sentido de *altruista*, es decir, *amador de las buenas acciones*. No tenemos que escoger uno solo de estos tres significados, porque están incluidos los tres. El pastor debe ser una persona que responda de corazón a la bondad que se pueda encontrar en cualquier persona, lugar o acción.

(ii) Segundo, viene un grupo de términos que nos hablan de las cualidades que debe tener el pastor cristiano *para consigo mismo*.

Debe ser *prudente (sófrón)*. Eurípides llamaba a esta prudencia «el don más precioso que han dado los dioses a los hombres.» Sócrates la llama «la piedra fundamental de la virtud.» Jenofonte decía que era el espíritu que rehuye el mal, no solo el que se puede ver, sino también cuando nadie lo ve. Trench la definía como «el dominio total de las pasiones y deseos, a los que no permite más de lo que la ley y la recta razón admiten y aprueban.» *Sófrón* es el adjetivo que se debe aplicar a la persona, decían los griegos, cuyos pensamientos son salutíferos. El pastor debe ser una persona que controla sabiamente todos sus instintos.

Debe ser *justo (dclzaios)*. Los griegos definían al justo como el que le da a Dios y a los hombres lo que les es debido. El pastor cristiano debe ser tal que les da a Dios la reverencia, y a las personas el respeto, que les son debidos.

Debe ser *piadoso* (*hosios*). La palabra griega es difícil de traducir, porque describe a la persona que respeta las decencias fundamentales de la vida, las que van más allá de ninguna ley hecha por los hombres.

Debe ser *controlado* (*enkratés*). La palabra griega describe a la persona que ha alcanzado un dominio propio completo. El que haya de servir a otros debe antes ser dueño de sí mismo.

(iii) Finalmente está la descripción de las cualidades del pastor cristiano *dentro de la iglesia*.

Debe poder *animar* a los miembros de la iglesia. La marina tiene una regla que dice que ningún oficial debe hablar despectivamente a ningún otro en el ejercicio de sus deberes. Hay algo que no es como es debido en la predicación o la enseñanza cuyo efecto es desanimar a la congregación. La función del verdadero predicador o maestro cristiano no es sumir en la desesperación, sino elevar a la esperanza.

Debe tener la capacidad para *redargüir* a los que se oponen a la fe. En griego es *elénjein*, una palabra henchida de sentido. Quiere decir reprender a una persona de tal manera que se ve obligada a admitir su error. Trench dice que quiere decir «reprender a otro, con tan efectivo manejo de los brazos -victoriosos de la verdad, que la lleva, si no siempre a la confesión, al menos a la convicción de su pecado.» Demóstenes decía que describe la situación en que una persona demuestra incontestablemente la verdad de las cosas que ha dicho. Aristóteles decía que quiere decir probar que las cosas no pueden ser de otra manera que como se han presentado. La reprensión cristiana quiere decir mucho más que lanzarle palabras airadas o condenatorias a otro. Quiere decir hablarle de tal manera que comprende su error y acepta la verdad.

LOS FALSOS MAESTROS DE CRETA

Tito 1 :10-11

Hay muchos que son indisciplinados, charlatanes hueros, farsantes. Especialmente los que son de la circuncisión. Habría que ponerles un bozal. Son la clase de gente que trastorna casas enteras enseñando lo que no conviene solamente para obtener una ganancia de vergüenza.

Aquí tenemos el retrato de los falsos maestros que causaban problemas en Creta. Los peores parece ser que eran los judíos. Trataban de convencer a los conversos cretenses de dos cosas. Trataban de persuadirlos de que la simple historia de Jesús y de la Cruz no era suficiente, sino que, para ser realmente sabios, necesitaban todas las historias sutiles y las largas genealogías y las elaboradas alegorías de los rabinos. Además trataban de enseñarles que la gracia no era suficiente, sino que, para ser realmente buenos, tenían que asumir todas las reglas y normas acerca de los alimentos y de los lavatorios que eran tan características del judaísmo. Los falsos maestros estaban tratando de persuadir a las personas de que necesitaban más que a Cristo y más que la gracia para salvarse. Eran intelectualistas para quienes la verdad de Dios era demasiado buena y sencilla para ser verdad.

Una tras otra desfilan ante nosotros las características de estos falsos maestros.

Eran *indisciplinados*; eran como los soldados desleales que se niegan a obedecer la palabra de mando. Se negaban a aceptar el credo o el control de la Iglesia. Es absolutamente cierto que la Iglesia no trata de hacer pasar a nadie por el rasero de una uniformidad de creencias; pero hay algunas verdades que uno debe creer si realmente quiere ser cristiano, la mayor de las cuales es la todosuficiencia de Cristo. La disciplina no se elimina totalmente ni siquiera en las iglesias protestantes.

Eran *charlatanes hueros*; la palabra griega es *mataiológoi*, formada por el adjetivo *mátaios*, *vano*, *vacío*, *inútil*, que se aplicaba al culto pagano. La idea era que era un culto que no producía ninguna bondad de vida. Aquellas personas de Creta podían hablar con mucha pretendida elocuencia, pero que no servía para acercarle a uno ni un paso a la bondad. Los cínicos solían decir que el conocimiento que no sirve para fomentar la virtud es vano. El maestro que no hace más que ofrecerles a sus discípulos un foro de agradable discusión intelectual o especulativa, enseña en vano.

Eran *farsantes*. En lugar de conducir a las personas a la verdad, las alejaban de ella.

Su enseñanza *trastornaba casas enteras*. Aquí hay que notar dos cosas. Primera, su enseñanza era fundamentalmente inquietante. Es verdad que la verdad tiene que hacer a menudo que una persona repiense sus ideas, y que el Cristianismo no camufla las dudas ni las preguntas sino las encara lisa y limpiamente; pero también es verdad que la enseñanza que no conduce más que a dudas y preguntas es una mala enseñanza. En la verdadera enseñanza, de la inquietud mental se debe llegar a una nueva y mayor certidumbre. Segunda, trastornaba los hogares. Es decir, producía un mal efecto en la vida familiar. Cualquier enseñanza que tiende a desarticular la familia es falsa, porque la Iglesia Cristiana está edificada sobre la base de la familia cristiana.

— Su enseñanza estaba diseñada para obtener *una ganancia vergonzosa*. Tenían más interés en lo que podían sacarle a la gente que en lo que les podían aportar. **Parry ha dicho que esta** es de hecho la tentación básica del maestro profesional. Cuando considera su enseñanza simplemente como una carrera designada para su promoción y provecho personal, se encuentra en una situación peligrosa.

A esas personas *habría que ponerles un bozal*. Eso no debe implicar que hay que silenciarlas mediante la violencia o la persecución. El original (*epistomízein*) quiere decir *amordazar*, pero se usaba corrientemente con el sentido de *hacer callar con la razón a una persona*. La manera de combatir la falsa enseñanza es ofreciendo la auténtica, y lo único realmente incontestable es la enseñanza mediante una vida cristiana.

UNA MALA REPUTACIÓN

Tito 1:12

Uno de ellos, profeta de su pueblo, ha dicho:

«Los cretenses son unos embusteros, salvajes y malas bestias, vagos triperos!» Si ellos lo dicen...

Los cretenses tenían asegurado el premio limón entre todos los pueblos. El mundo antiguo hablaba de las tres C's como lo peor de lo peor: Cretenses, Cilicios y Capadocios. Los cretenses eran famosos por borrachos, insolentes, infiables, embusteros y glotones.

Su avaricia era proverbial. Polibio decía: «Los cretenses, a causa de su avaricia innata, viven en perpetuo estado de peleas privadas y contiendas públicas y conflictos civiles... y no sería fácil encontrar en ninguna otra parte personajes más tramposos y falsos que los de Creta.» Y escribía de ellos:

< Aprecian tanto el dinero que su posesión se considera, no solo necesaria, sino altamente acreditada; y de hecho la avaricia y la codicia son tan naturales del suelo de Creta que son el único pueblo del mundo entre los que es sin tacha cualquier forma de hacer dinero.»

Polibio habla de un cierto convenio que hizo el traidor Bolis con el gobernador Cambylus «con toda la sutileza de un cretense.» «Eso llegó a ser tema de discusión entre ellos en un espíritu verdaderamente cretense. Nunca tuvieron en consideración el salvar a una persona en peligro, ni sus obligaciones de honor para con los que les habían confiado la empresa, sino limitaban la discusión enteramente a cuestiones de su propia seguridad y ventaja. Como eran los dos cretenses no tardaron en llegar a un acuerdo unánime.»

Tan notorios eran los cretenses que los griegos inventaron el verbo *krétizein*, *cretizar*, que quería decir *mentir y engañar*; y tenían un refrán: *Krétizein pros kréta*, «cretizar contra un cretense,» que quería decir *oponer mentiras con mentiras*, como el diamante se corta con el diamante.

La cita que hace Pablo está tomada de un poeta griego llamado Epiménides, que vivió hacia el año 600 a.C. y era uno de los Siete Sabios de Grecia. La primera frase, «Los cretenses son mentirosos crónicos,» la había hecho famosa un poeta posterior e igualmente famoso llamado Calímaco. Había un monumento en Creta que se llamaba *La tumba de Zeus*. Se suponía que el más grande de los dioses sería inmortal, y Calímaco citaba esto como el ejemplo perfecto de las mentiras cretenses. En su *Himno a Zeus* escribió:

Los cretenses son embusteros crónicos, porque edificaron una tumba, oh Rey, y la llamaron tuya; pero tú no mueres, sino que vives para siempre.

Los cretenses eran famosos mentirosos y tramposos y glotones y traidores, pero aquí está lo maravilloso. Sabiendo

aquello, y hasta habiéndolo comprobado, Pablo no le dice a Timoteo: < Abandónalos a su suerte. No tienen remedio, como todo el mundo sabe.» Dice: «Son malos, y todo el mundo lo sabe. *Ve a convertirlos.*» Pocos pasajes muestran más a las claras el optimismo divino del evangelista cristiano, que se niega a considerar a ninguna persona un caso desesperado. Cuanto mayor es el mal, mayor es el desafío. El cristiano está convencido de que no hay pecado demasiado grande para que lo conquiste la gracia de Jesucristo.

LOS PUROS DE CORAZÓN

Tito 1:13-16

Por esa misma razón corrígelos con severidad para que crezcan sanos en la fe y no presten atención a fábulas judías ni a reglas y normas hechas por los hombres que se empeñan en volver la espalda a la verdad.

«Todas las cosas son limpias para los limpios.»

Pero a los que están contaminados por la incredulidad nada les es limpio, porque tienen contaminadas la mente y la conciencia. Profesan conocer a Dios, pero lo desmienten con sus obras, porque son repulsivos y desobedientes e inútiles para ningún trabajo.

La peculiaridad de la fe judía era la multiplicación de reglas y normas. Esto, lo otro y lo de más allá estaban catalogados como inmundos; este, ese y aquel alimentos se mantenía que eran tabú. Cuando se aliaban el judaísmo y el gnosticismo, hasta el cuerpo se volvía inmundo, y los instintos naturales del cuerpo se tenían por malos. El resultado inevitable era que se estaban creando constantemente listas interminables de pecados. Era pecado tocar esto o aquello; o comer este o aquel alimento; hasta casarse y tener hijos era pecado. Cosas que eran buenas en sí mismas o completamente naturales se consideraban inmundas.

Así es que Pablo acuña el gran principio: < Todas las cosas son limpias para los limpios. » Ya había dicho eso, hasta más enfáticamente, en *Romanos 14:20*, cuando dijo a los que estaban discutiendo interminablemente acerca de alimentos limpios e inmundos: «Todas las cosas son limpias.» Puede que esta frase no sea sólo un proverbio, sino un dicho de Jesús. Cuando estaba hablando de las innumerables reglas y normas de los judíos dijo: «Nada hay fuera de la persona que la pueda contaminar entrando en ella; pero lo que sale de la persona, eso es lo que la contamina» (*Marcos 7:15*).

Lo que cambia las cosas es el corazón. Si uno es puro de corazón, todas las cosas le son puras; si es inmundo de corazón, entonces hace inmundo todo lo que piensa o dice o toca. Este es un principio que expresaron a menudo los grandes autores clásicos. « A menos que el vaso esté limpio -decía Horacio-, todo lo que echas en él se corromperá.» Y Séneca decía: « Lo mismo que un estómago enfermo altera la comida que recibe, así una mente tenebrosa convierte todo lo que le confías en su propia carga y ruina. Nada puede venirle a las personas que son malas que sea un bien para ellas; no, ni nada puede venirles que no les haga daño. Vuelven de su misma naturaleza todo lo que los toca. Y hasta las cosas que serían de provecho a otros, les resultan dañinas.» El que tiene una mente sucia lo ve todo sucio. Puede tomar las cosas más inocentes, y cubrirlas de tizne. Pero el que tiene la mente limpia, encuentra limpias todas las cosas.

Se dice de aquellos hombres que tenían contaminadas tanto *la mente* como *la conciencia*. Una persona llega a sus decisiones y conclusiones usando dos facultades. Una, *la inteligencia*, para pensar las cosas; y otra, la conciencia, para escuchar la voz de Dios. Pero si tiene la inteligencia pervertida hasta tal punto que no ve más que el lado sucio de todo, y si tiene la conciencia oscurecida y enmudecida por consentir continuamente el mal, no puede tomar ninguna decisión correcta.

Cada uno tiene que mantener limpio el escudo blanco de su inocencia. Si deja que la impureza le infecte la mente, lo verá todo a través de una niebla sucia. La mente le ensuciará todos los pensamientos que entren en ella; la imaginación le llenará de concupiscencia todas las imágenes que forme; malentenderá todos los motivos; le dará un doble sentido a todo lo que se diga. Para huir de esa impureza debemos caminar en la presencia purificadora de Jesucristo.

LA VIDA FEA E INÚTIL

Tito 1:13-16 (conclusión)

Cuando una persona cae en ese estado de impureza, puede que conozca a Dios intelectualmente, pero su vida desmiente ese conocimiento. Aquí se especifican tres cosas acerca de esa persona.

(i) Es *repulsiva*. La palabra original es *bdelyktós*, que se usa especialmente para caracterizar las imágenes y los ídolos paganos. Es la palabra de la que se deriva *bdélygma*, *abominación*. Hay algo repelente en la persona que tiene una mente obscena, que hace chistes lascivos y es un maestro en insinuaciones sucias.

(ii) Es *desobediente*. Una persona así no puede obedecer la voluntad de Dios. Tiene la conciencia entenebrecida. Se ha hecho tal que ya apenas si puede oír la voz de Dios, así es que mucho menos obedecerla. Una persona así no puede ser más que una mala influencia, y está descalificada para ser un instrumento en las manos de Dios.

(iii) Eso es otra manera de decir que se hace *inútil* para sus semejantes y para Dios. La palabra que se usa para *inútil* es interesante, *adókimos*. Se usa para describir una moneda falsa que no tiene el peso ni el metal debidos. Se usa para describir a un soldado cobarde que falla a la hora de la batalla. Se usa para un candidato que se rechaza para un puesto, alguien a quien sus conciudadanos consideran un inútil. Se usa de una piedra que rechazan los edificadores. (Si tenía un defecto se la marcaba con la letra A de *adókimos*, y se la dejaba a un lado como inservible para ser colocada en el edificio). La prueba definitiva de la vida es la utilidad, y la persona que tiende siempre a lo inmundo no le sirve para nada a sus semejantes ni a Dios. En vez de ayudar a la obra de Dios en el mundo, la entorpece; y la inutilidad invita al desastre.

EL CARÁCTER CRISTIANO

(i) Los hombres de edad

Tito 2:1s

Debes hablar como corresponde a la sana doctrina. Debes exhortar a los de edad avanzada a que sean sobrios, serios, prudentes, sanos en la fe y el amor y la firmeza.

Todo este capítulo trata de lo que podríamos llamar El *carácter cristiano en acción*. Considera a las personas por edades y condiciones, y establece cómo deben ser en el mundo. Empieza por *los hombres de edad*.

Deben ser *sobrios*. La palabra original es *néfálios*, que quiere decir literalmente *sobrio* en contraposición a *dado a excesiva indulgencia en cuanto al vino*. Lo importante es que cuando un hombre ha llegado a la edad de la madurez debe ya haber aprendido cuáles son y cuáles no son los verdaderos placeres. Los hombres de edad deben haber aprendido que los placeres de indisciplina personal cuestan mucho más de lo que valen.

Deben ser *personas serias*. La palabra original es *semnós*, que describe al que es serio en el buen sentido. No se refiere a ser un lúgubre aguafiestas, sino a que sea una persona que

sepa que vive a la luz de la eternidad, y que no pasará mucho tiempo antes que pase de la compañía de las personas a la compañía de Dios.

Deben ser *prudentes*. La palabra original es *sófrón*, que describe al hombre que lo tiene todo bajo control. Con los años, la persona de edad debe haber adquirido ésa fuerza de la razón purificadora y salvadora que ha aprendido a gobernar todos los instintos y las pasiones para que ocupen su lugar adecuado y no más.

Tomando las tres palabras juntas se obtiene el sentido de que la persona de edad debe haber aprendido lo que puede llamarse *la seriedad de la vida*. En la juventud se puede perdonar una cierta medida de precipitación y de improvisación, pero los años deben contribuir a la sabiduría. Una de las cosas más trágicas de la vida es la persona que no parece haber aprendido nada con los años.

Además, hay tres grandes cualidades en las que un hombre de edad debe ser sano.

Debe ser sano en *la fe*. Si uno vive realmente cerca de Cristo, el paso de los años y las experiencias de la vida, lejos de quitarle la fe se la harán más fuerte. Los años nos deben enseñar, no a confiar menos en Dios, sino a confiar más en Él.

Debe ser sano en *el amor*. Bien puede ser que el mayor peligro de la edad sea que nos arrastre al critiquero y la hipercritica. Algunas veces los años se llevan la simpatía. Desgraciadamente es posible que uno se afine en sus maneras hasta tal punto que lleguen a fastidiarle todas las cosas y las ideas nuevas. Pero los años deberían aportar, no una intolerancia creciente, sino una creciente simpatía hacia los puntos de vista y los errores de otros.

Debe ser sano en *la firmeza*. Los años debieran templarle a uno como al acero, capacitándole para soportar más y más, y surgir más y más como vencedor de las pruebas de la vida.

EL CARÁCTER CRISTIANO

(ii) Las mujeres de edad

Tito 2:3-5

De la misma manera, debes exhortar a las mujeres de edad para que se comporten como corresponde a las que están dedicadas a las cosas sagradas. Debes encargarles que no divulguen historias difamatorias, que no sean esclavas de la permisividad en cuanto al vino, que sean maestras de cosas buenas, para que entrenen a las jóvenes a dedicarse a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, buenas amas de casa y administradoras del hogar, amables, obedientes a sus maridos, para que nadie tenga razones para hablar mal de la Palabra de Dios.

Esta claro que en la Iglesia Primitiva se les concedía a las mujeres de edad avanzada una posición respetable y responsable. E. F. Brown, que había sido misionero en la India y conocía a fondo la sociedad angloindia del pasado, relata una cosa de lo más interesante. A un amigo suyo de permiso en Inglaterra le preguntaron: «¿Qué es lo que te gusta más de la India?» Y su respuesta sorprendente fue: «Las abuelas.» En el pasado había pocas mujeres de edad avanzada en la sociedad angloindia, porque los encargados de la administración del país casi invariablemente llegaban al final de su servicio y volvían al Reino Unido todavía bastante jóvenes; y la falta de mujeres de edad era una deficiencia seria. E. F. Brown continúa diciendo: «Las ancianas cumplen una función muy importante en la sociedad; tan importante que uno no se da cuenta hasta que es testigo de una vida social de la que están casi ausentes. Las amables abuelas y las solteras simpáticas y caritativas son las consejeras naturales de los jóvenes de ambos sexos.» Las mujeres de edad avanzada a las que los años les han dado serenidad y simpatía y comprensión tienen un papel importante

en la vida de la iglesia y de la comunidad que les corresponde por derecho propio.

Aquí se establecen las cualidades que las caracterizan. Su porte debe ser el que corresponde a las que se dedican a las cosas sagradas. Como bien se ha dicho: «Deben aportar a la vida diaria el porte de las sacerdotisas en un templo.» Como decía

Clemente de Alejandría: «El cristiano debe vivir como si toda la vida fuera una convocación sagrada.» Es fácil comprender la diferencia que harían a la paz y a la comunión de la Iglesia el que se recordara siempre que nos dedicamos a cosas santas. Mucho de las discusiones amargadas y de las suspicacias y la intolerancia que caracterizan tan a menudo las actividades de las iglesias se desvanecería como la niebla al salir el sol.

No deben divulgar historias difamatorias. Es una pésima característica de la naturaleza humana el que la mayor parte de la gente prefiere escuchar y repetir una historia maliciosa antes que una que haga pensar bien de alguien. No es mala resolución el comprometerse interiormente a no decir nada en absoluto acerca de nadie a menos que sea una cosa buena.

Las ancianas deben enseñar y entrenar a las más jóvenes. Algunas veces parece que el único don que les aporta la experiencia a algunos es el de echar un jarro de agua fría a los sueños y los planes de los demás. Es un deber cristiano el usar siempre la experiencia para guiar y animar, y no para acobardar y desalentar.

EL CARÁCTER CRISTIANO

(iii) *Las mujeres más jóvenes*

Tito 2:3-5 (continuación)

A las mujeres más jóvenes se las exhorta a dedicarse a sus maridos e hijos; a ser prudentes, castas, buenas amas de casa; a portarse bien con sus criadas y obedecer a sus maridos; y el objeto de tal conducta es que nadie tenga razones para hablar mal de la Palabra de Dios.

En este pasaje tenemos algo coyuntural y algo que tiene un carácter permanente.

En el antiguo mundo griego la mujer respetable llevaba una vida completamente recluida. Tenía sus propias habitaciones en la casa, y rara vez salía de ellas, ni siquiera para comer con los varones de la familia; y no entraba en sus habitaciones nada más que su marido. Nunca asistía a las asambleas y las reuniones públicas; rara vez aparecía en la calle, y desde luego nunca sola. De hecho se ha dicho que una mujer no tenía ninguna manera decente de ganarse la vida. Ningún oficio ni profesión le estaban permitidos; si trataba de ganarse la vida, no tenía más salida que la prostitución. Si las mujeres de la Iglesia hubieran salido de repente al mundo rompiendo las limitaciones impuestas desde siempre, el único resultado habría sido el descrédito de la Iglesia y el que se dijera que el Cristianismo corrompía a las mujeres. La vida que se les fija aquí parece estrecha y limitada; pero hay que leer esto sobre el trasfondo de las circunstancias de aquel tiempo.

En ese sentido este pasaje tiene un carácter temporal; pero en otro sentido tiene un carácter permanente. Es un hecho que no hay tarea, responsabilidad ni privilegio más importante que el de formar un hogar. Puede ser que, cuando las mujeres están agobiadas bajo la carga de las mil y una responsabilidades que conllevan el hogar y los hijos, digan: «Si me pudiera librar de todo esto, podría vivir una vida realmente religiosa.» Pero es un hecho que no hay ningún lugar en el mundo donde se pueda vivir una vida realmente religiosa mejor que en el hogar. En último análisis no hay carrera más importante que la de hacer un hogar. A muchos hombres que han llegado lejos en su profesión y en su vida, les ha sido posible sencillamente porque había alguien en casa que los amaba y los atendía. Es infinitamente más importante el que la madre esté en casa para acostar a sus hijos y oírles decir sus oraciones, que el que asista a todas las reuniones públicas y de la iglesia del mundo.

EL CARÁCTER CRISTIANO

(iv) *Los hombres más jóvenes*

Tito 2:6

De la misma manera, impón a los hombres más jóvenes el deber de la prudencia.

El deber de los hombres más jóvenes se resume en una sola frase, aunque henchida. Se les encarga recordar el deber de la prudencia. Como ya hemos visto, el que es *prudente, sófrón*, tiene la cualidad personal que mantiene la vida a salvo. Tiene la seguridad que viene de tener todas las cosas bajo control.

La juventud es por necesidad un tiempo de peligros.

(i) En la juventud se tiene la sangre más caliente y las pasiones pretenden dar las órdenes. La marea de la vida fluye más arrolladoramente en la juventud, y amenaza con arrasarlo todo, incluida la propia persona.

(ii) En la juventud se tienen más oportunidades de cometer errores. Los jóvenes se encuentran en los ambientes en los que la tentación habla con voz más dominante. A menudo tienen que estudiar o que trabajar lejos de casa y de las influencias que los pueden proteger. No han asumido todavía las responsabilidades del hogar y la familia, ni se han cargado con las hipotecas de la

fortuna; todavía no poseen el timón y las anclas que mantienen a los mayores en posición o en ruta mediante un simple sentimiento de obligación. En la juventud hay muchas más oportunidades de naufragar en la vida.

En la juventud se tiene a veces la confianza que viene de la falta de experiencia. En casi todas las esferas de la vida, un joven será más temerario que sus mayores, por la sencilla razón de que todavía no ha descubierto todas las cosas que pueden fallar. Para dar un ejemplo sencillo, un joven conduce el coche a mucha más velocidad sencillamente porque no ha descubierto lo fácilmente que se puede producir un accidente o lo frágil que es el metal del que depende la **seguridad del vehículo**. A menudo asumirá una responsabilidad con un espíritu mucho más descuidado que un mayor, porque todavía no conoce las dificultades ni ha experimentado lo fácilmente que se produce un naufragio. Nadie puede comprar la experiencia; es algo que solo se adquiere con los años. Hay un riesgo y una gloria en ser joven.

Por eso, la primera cosa a la que debe aspirar un joven es al dominio propio. Nadie puede ayudar a otros si no ha conseguido dominarse a sí mismo. < El que domina su espíritu es mejor que el que conquista una ciudad» (Proverbios 16:32).

La autodisciplina no es una de las virtudes más atractivas, pero es la urdimbre de la vida. Algo realmente grande entra en la vida cuando la decisión de la juventud se fortifica con la solidez del dominio propio.

EL CARÁCTER CRISTIANO

(v) El maestro cristiano

Tito 2: 7s

Y todo el tiempo que estés haciendo estas cosas debes presentarte como dechado de buena conducta; en tu enseñanza debes desplegar absoluta pureza de motivos, dignidad, sana enseñanza que nadie pueda reprobar... para que tus oponentes se tengan que avergonzar porque no pueden encontrar nada malo que decir de nosotros.

Para que la enseñanza de Tito sea eficaz tiene que estar respaldada por el testimonio de su vida. El mismo tiene que ser la demostración de lo que enseña.

(i) Debe estar claro que sus incentivos son absolutamente limpios. El maestro y el predicador cristianos se enfrentan con ciertas tentaciones. Siempre tienen el peligro del autobombo,

.de demostrar lo listo que es uno y tratar de concentrar la atención en uno mismo en vez de en el Mensaje de Dios. Siempre existe la tentación del poder. El maestro, el predicador, el pastor siempre se enfrentan con la tentación de convertirse en dictadores. Deben ser guías, pero nunca dictadores. Descubrirán que hay que guiar a las personas, pero no conducirlos. Si hay algún peligro que se les presenta al maestro y al predicador cristiano más que ningún otro es el de proponerse unos estándares equivocados de éxito. Puede suceder a menudo que un hombre de quien no se ha oído hablar fuera de su esfera de trabajo sea a los ojos de Dios un éxito incalculablemente superior a aquel otro cuyo nombre está en las bocas de todo el mundo.

(ii) Debe tener dignidad. Esto no quiere decir frialdad ni arrogancia ni orgullo; es la conciencia de tener la tremenda responsabilidad de ser embajador de Cristo. El sacerdote Lope de Vega se sentía sobrecogido ante la grandeza y santidad de sus prerrogativas y su propia pequeñez e indignidad. Mutatis mutandis puede también todo maestro y predicador evangélico tener un sentin-tiento paralelo:

Cuando en mis manos, Rey eterno, Os miro, y la cándida Víctima levanto, de mi atrevida indignidad me espanto y la piedad de Vuestro pecho admiro.

Tal vez el alma con temor retiro, tal vez la doy al amoroso llanto; que, arrepentido de ofenderos tanto, con ansias temo y con dolor suspiro.

Volved los ojos a mirarme humanos, que por las sendas de mi error siniestras me despeñaron pensamientos vanos.

No sean tantas las desdichas nuestras que, a quien Os tuvo en sus indignas manos, Vos le dejéis de las divinas Vuestras.

Otros puede que se rebajen a lo insignificante; el maestro o el predicador deben estar por encima de ciertas cosas. Otros hombres puede que guarden inquina; él no debe. Otros hombres puede que sean quisquillosos acerca de su posición; él debe tener la humildad de olvidarse de que tiene una posición. Otros puede que se molesten y hasta irriten en una discusión; él debe guardar una serenidad inalterable. Nada daña la causa de Cristo tanto como los responsables de la iglesia y los pastores del rebaño que se rebajan a una conducta y a una manera de hablar indignas de un embajador de Cristo.

(iii) Debe tener un mensaje sano. El maestro o predicador cristiano debe estar seguro de propagar las verdades del Evangelio, y no sus propias ideas. Nada más fácil para él que pasar el tiempo en materias secundarias; bien puede hacer suya la oración: < Dios, dame el sentido de la proporción.» Las verdades centrales de la fe no se le agotarán en toda una vida de

predicación o enseñanza. Pero, tan pronto como se convierta en un propagandista de sus propias ideas o de algún interés particular, dejará de ser un predicador efectivo o un maestro de la Palabra de Dios.

El deber que se le impone a Tito es una tarea tremenda: no la de hablarle de Cristo a la gente, sino la de mostrarle a Cristo. El mayor cumplido que se le puede hacer a un maestro es decir de él: «Primero obró, y luego enseñó.»

EL CARÁCTER CRISTIANO

(vi) *El obrero cristiano*

Tito 2:9s

Incúlcales a los esclavos el deber de obedecer a sus amos. Impúlsalos a hacer lo posible por dar satisfacción en todas sus tareas, sin discutir, sin sisar, sino desplegando una fidelidad total con corazones de buena

voluntad, aprovechando todas las oportunidades para adornar la enseñanza que les ha confiado Dios nuestro Salvador.

En la Iglesia Primitiva, el problema del esclavo cristiano era muy agudo. Se presentaba en dos sentidos.

Si el amo era pagano, la responsabilidad que se le imponía al esclavo era muy grave, porque probablemente sería solo por medio de su conducta como el amo podría llegar alguna vez a saber lo que era el Cristianismo. El esclavo tenía la tarea de mostrarle al amo cómo era un cristiano; y esa responsabilidad todavía sigue recayendo sobre el obrero cristiano. Hay muchas personas que probablemente nunca pisan voluntariamente el umbral de una iglesia; un pastor no tiene oportunidad de hablar con ellos: ¿Cómo puede el Evangelio establecer contacto con ellos? La única manera posible es que un compañero de trabajo les *muestre lo* que es el Cristianismo. Hay una historia famosa de san Francisco. Un día le dijo a uno de sus frailes jóvenes: < Bajemos a la aldea a predicarle a la gente.> Y bajaron. Pararon para hablar con uno y con otro. Pidieron un mendrugo de pan en esta puerta y en la de más allá. Francisco se detuvo para jugar con los niños, y cruzaron un saludo con algunos viandantes. Y luego se volvieron a casa. «Pero, padre -dijo el novicio-, ¿cuándo vamos a predicar?> «¿Predicar? -sonrió Francisco-. Cada paso que hemos dado, cada palabra que hemos dicho, cada cosa que hemos hecho ha sido un sermón.»

El problema tenía otra cara. Si el amo era cristiano, al esclavo le asaltaba otra tentación: la de sacarle partido a su cristianismo. Podría pensar que, como él era cristiano, podría esperar algunas ventajas. Podría esperar salirse con la suya en ciertos casos ya que su amo y él eran miembros de la misma iglesia. Tendría la tentación de comerciar con su cristianismo -y no hay peor publicidad para el Cristianismo que el que alguien haga eso.

Pablo lista las cualidades del esclavo, es decir, del obrero cristiano.

Es *obediente*. El cristiano no es nunca una persona que está por encima de recibir órdenes. Su Cristianismo le enseña a servir. Es *eficiente*. Está decidido a cumplir con su deber de manera satisfactoria. El empleado cristiano no puede nunca contribuir con menos de lo mejor a cualquier tarea que se le encargue. Es *respetuoso*. No piensa que su Cristianismo le da derecho a ser indisciplinado. El Cristianismo no borra los esquemas necesarios de autoridad en el mundo de la industria y el comercio. Es *honrado*. Otros puede que se rebajen a las trampas de las que el mundo está lleno. Tiene las manos limpias. Es *fiel*. Su superior puede depender de su lealtad.

Bien puede suceder que el que lleva su Cristianismo al trabajo se meta en problemas; pero, si lo mantiene, acabará por ganarse el respeto de todos.

E. F. Brown cuenta una cosa que sucedió en la India. «A un siervo cristiano en la India le mandó una vez su amo con un mensaje verbal que él sabía que no era cierto. Se negó a comunicarlo. Aunque su amo se puso furioso entonces, a partir de entonces respetó a su siervo más que antes, porque se convenció de que siempre podía confiar en él.»

La verdad es que a fin de cuentas el mundo llega a ver que el obrero cristiano es el que más vale la pena tener. En un sentido, es difícil ser cristiano en el trabajo; pero en otro, es más fácil de lo que pensamos, porque no hay amo bajo el sol que no esté buscando desesperadamente obreros de cuya honradez, lealtad y eficacia se pueda fiar.

EL PODER MORAL DE LA ENCARNACIÓN

Tito 2:11-14

Porque la gracia de Dios, que trae la Salvación a todos los seres humanos, se ha manifestado, discipulándonos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanales de cosas prohibidas, y a vivir en este mundo

prudente, justa y reverentemente, porque esperamos anhelantes la realización de nuestra bendita esperanza -quiero decir la gloriosa aparición de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, Que Se dio a Sí mismo por nosotros para

redimirnos del poder de toda injusticia, y purificarnos como pueblo especial de Su propiedad, un pueblo anhelante de hacer buenas obras.

Este es uno de los pasajes del Nuevo Testamento que nos presentan con mayor claridad el poder moral de la Encarnación. Hace hincapié supremamente en el milagro del cambio moral que Jesucristo puede realizar en los que ponen su confianza en Él.

Este milagro se expresa aquí repetidamente de la manera más interesante y significativa. Isaías exhortó una vez a su pueblo: «Dejad de hacer lo malo, aprended a hacer el bien» (*Isaías 1:16s*). Primeramente está el lado negativo de la bondad: el abandonar lo que es malo y la liberación de todo lo que es bajo; y en segundo lugar el lado positivo: la adquisición de las virtudes luminosas que caracterizan la vida cristiana.

Primero, está la renuncia a toda impiedad y a los deseos mundanales. ¿Qué quería decir Pablo con esto de los deseos mundanales? Crisóstomo decía que las cosas mundanales son las que no podemos llevarnos al Cielo, sino que se desintegran con todo lo del mundo presente. Uno es muy miope si pone todo su corazón y aplica todo su esfuerzo a cosas que debe dejar atrás cuando salga de este mundo. Pero una interpretación aún más sencilla de *los deseos mundanales* es que son los de cosas que no podemos mostrarle a Dios. Solo Cristo puede hacer que no solo nuestra vida exterior sino también lo más íntimo de nuestro corazón lleguen a ser aptos para que Dios los vea con agrado.

Ese era el lado negativo del poder moral de la Encarnación; ahora llegamos al lado positivo. Jesucristo nos capacita para vivir con *la prudencia* que lo tiene todo bajo perfecto control, y que no deja a ninguna pasión o deseo más espacio del que le corresponde; con *la justicia* que nos permite darles tanto a Dios como a nuestros semejantes lo que les es debido; con *la reverencia* que nos hace vivir conscientes de que este mundo no es otra cosa que el templo del Dios vivo.

La dinámica de esta nueva vida es la expectación de la venida de Jesucristo. Cuando se espera una visita real, todo se limpia y se decora y se pone de tal manera que sea digno de que lo vea el rey. Los cristianos somos personas que estamos siempre listos para la venida del Rey de reyes.

Por último Pablo pasa a resumir lo que ha hecho Jesucristo, y también lo presenta primero de forma negativa y luego positivamente.

Jesús nos ha redimido del poder de la injusticia, el poder que nos hace pecar; y puede purificarnos hasta hacernos aptos para ser el pueblo propio de Dios. La palabra que hemos traducido por *especial de Su propiedad (periúsios)* es interesante. Quiere decir *reservado para*; y se usaba especialmente para la parte del botín de una batalla o campaña que el rey apartaba para sí mismo. Mediante la obra de Jesucristo, el cristiano llega a ser idóneo para ser la posesión especial de Dios.

El poder moral de la Encarnación constituye una idea impresionante. Cristo no sólo nos ha librado del castigo de los pecados pasados; nos puede capacitar para vivir la perfecta vida en este mundo espaciotemporal; y puede limpiarnos para que seamos idóneos para ser la posesión especial de Dios.

LA TRIPLE TAREA

Tito 2:15

Que estas cosas sean la sustancia de tu mensaje. Infúndeles el ánimo y la repreensión con toda la autoridad que la comisión regia te confiere. Que nadie le quite valor a tu autoridad.

Pablo le presenta sucintamente a Tito la triple tarea de predicador, maestro y pastor.

Es una tarea de *proclamación*. Hay un mensaje que hay que proclamar. Hay algunas cosas que no se pueden discutir. Hay veces cuando se ha de decir: < Así dice el Señor. »

La tarea incluye *animar*. Un predicador que se limitara a infundirle a su audiencia un frío desaliento habría fracasado en su tarea. Hay que declararle a las personas su pecado, no para que vean que su caso es desesperado, sino para conducirlos a la gracia que es mayor que todo su pecado.

Hay cosas que hay que *reprender*. Hay que hacerle ver al pecador su pecado; hay que guiar la mente del equivocado para que se dé cuenta de su error; y despertar como sea el corazón del descuidado. El mensaje cristiano no es ningún opio para hacer dormir a la gente, sino más bien una luz que despierta. a las personas y les hace ver cómo son de veras, y cómo es Dios.

EL CIUDADANO CRISTIANO

Tito 3:1s

Recuérdales que se sometan como es debido a los que están en el poder y la autoridad, que obedezcan cada disposición particular, que estén dispuestos a aceptar cualquier trabajo siempre que sea bueno, que no difamen a nadie, que no sean agresivos, sino amables y corteses con todas las personas.

Aquí se establecen los deberes cívicos del cristiano; una enseñanza que era especialmente relevante para los cretenses, que eran agresivos y peleones y resentidos de toda autoridad que se les impusiera. El historiador griego Polibio dijo de ellos que siempre se estaban involucrando en «insurrecciones, asesinatos y guerras intestinas.» Este pasaje establece seis cualificaciones del buen ciudadano.

El buen ciudadano vive *de acuerdo con la ley*. Reconoce que a menos que se cumplan las leyes la vida es un caos. Presta el debido respeto a los que están en autoridad, y cumple las disposiciones que le conciernen. El Cristianismo no enseña que uno tiene que dejar de ser un individuo, pero sí insiste en que tenga presente que es también un miembro de la sociedad. «El hombre -decía Aristóteles- es un animal político,» con lo que quería decir que como mejor expresa el hombre su personalidad no es en un individualismo aislado, sino en el marco de la sociedad.

El buen ciudadano *está dispuesto a prestar servicios*. Está dispuesto a aceptar cualquier trabajo con tal que sea bueno. La enfermedad característica de nuestro tiempo es el aburrimiento, que es el resultado directo del egoísmo. Mientras uno viva de acuerdo con el principio de < ¿Por qué lo tengo que hacer yo? ¡Que lo haga otro!,> está abocado a estar aburrido. Es el servicio lo que hace la vida interesante.

El buen ciudadano *pone cuidado en lo que dice*. No tiene por qué difamar a nadie. Nadie debiera decir de los demás lo que no le gustaría que dijeran de él. El buen ciudadano debe poner tanto cuidado en lo que dice como en lo que hace.

El buen ciudadano es *tolerante*. No es agresivo. La palabra griega es *ámajos*, que quiere decir *no peleón*. Esto no quiere decir que el buen ciudadano no defienda los principios que cree que son correctos, sino que no es nunca tan porfiado como para creer que no hay más camino que el suyo. Concede a los demás el mismo derecho que reclama para sí mismo de tener sus propias convicciones.

El buen ciudadano es *amable*. La palabra original es *epieikés*, que describe a la persona que no se basa en la letra de la ley. Aristóteles decía de esta cualidad que denota una consideración indulgente con las flaquezas humanas,» y la habilidad «de considerar no solo la letra de la ley, sino también la mentalidad y la intención del legislador.» El que es *epieikés* siempre está dispuesto a evitar la injusticia de la extrema justicia, de pasarse de justo» (*Eclesiastés 7:16*).

El buen ciudadano es *cortés*. La palabra griega es *prays*, que describe a la persona que controla su genio; que sabe cuándo debe enfadarse, y cuándo no; que soporta pacientemente las ofensas que se le hacen, pero que está dispuesta a salir en ayuda de otros cuando son ofendidos.

Cualidades como estas son solo posibles para la persona en cuyo corazón reina supremo Cristo. El bienestar de cualquier comunidad depende de la aceptación por los cristianos que viven en ella del deber de mostrarle al mundo la nobleza de la ciudadanía cristiana.

LA DOBLE DINÁMICA

Tito 3:3-7

Porque nosotros también éramos en un tiempo insensatos, desobedientes, descarriados, esclavos de toda clase de deseos y placeres, viviendo en malicia y envidia, detestables y detestándolo todo y a todos. Pero cuando apareció la bondad y el amor a la humanidad de Dios nuestro Salvador, nos salvó, no porque hubiéramos obrado nosotros con justicia, sino por Su sola misericordia. Ese acto salvífico se nos aplicó eficazmente por medio del lavatorio por el cual nos vienen el nuevo nacimiento y la renovación que son la obra del Espíritu Santo Que ha sido derramado sobre nosotros mediante Jesucristo nuestro Salvador. Y la finalidad de todo esto era que volviéramos a estar en la debida relación con Dios por medio de Su gracia, y entrar así en posesión de la vida eterna que se nos ha enseñado a esperar.

La dinámica de la vida cristiana es doble.

Procede en primer lugar de la convicción del converso cristiano de no haber sido en el pasado en nada mejor que sus prójimos paganos. La bondad cristiana no le hace a uno orgulloso, sino agradecido. No mira a los demás con desprecio; dice, como Whitefield al ver a un criminal que llevaban a la horca: < Ese, si no fuera por la gracia de Dios, sería yo.>

Procede de la convicción de lo que Dios ha hecho por la humanidad en Jesucristo. Tal vez no haya otro pasaje en el Nuevo Testamento que presente de una manera tan resumida, y sin embargo tan completa como este, la obra de Cristo por los hombres. Hay aquí siete hechos sobresalientes acerca de esa obra.

(i) Jesús nos puso en una nueva relación con Dios. Hasta que Él vino, se creía que Dios era el Rey al Que todos temían, el Rey ante Quien todo el mundo se encogía de terror, el Potentado al Que solo se podía considerar con miedo. Jesús vino a decirles a los hombres que Dios es el Padre que tiene el corazón abierto y los brazos extendidos de amor. Vino a hablarles, no de la justicia que los perseguiría por siempre jamás, sino del amor que no los abandonaría nunca.

(ii) El amor y la gracia de Dios son dones que nadie podría ganarse nunca; solo se pueden aceptar con perfecta confianza y con un naciente amor. Dios les ofrece Su amor a los hombres solamente por la incalculable bondad de Su corazón, y el cristiano no piensa nunca en lo que ha ganado, sino en lo que Dios le ha dado. La clave de la vida cristiana debe ser siempre una gratitud admirada y humilde, nunca una orgullosa autosatisfacción. Todo el proceso se debe a dos grandes cualidades de Dios.

Es debido a Su *bondad*. La palabra original es *jréstótés*, que quiere decir *benignidad*. Quiere decir ese espíritu que, por pura bondad, está siempre dispuesto a dar todo lo que sea necesario. *Jréstótés* es la amabilidad que todo lo abarca y abraza, que se manifiesta no solo en un sentimiento cálido sino también en una actitud siempre generosa.

Es debido al *amor de Dios a los hombres*. La palabra original es *filanthrópía*, que se define como *el amor al ser humano en cuanto tal*. Los griegos apreciaban mucho esta hermosa palabra. La usaban refiriéndose a la amabilidad de un hombre

bueno hacia sus semejantes, a la generosidad de un rey bueno hacia sus súbditos, a la activa compasión de un hombre caritativo hacia los que estaban en cualquier angustia, y especialmente a la compasión que movía a un hombre a redimir a un semejante que había caído cautivo.

Detrás de todo esto no hay mérito alguno por parte del hombre, sino solo la benigna amabilidad y el amor universal del corazón de Dios.

(iii) El amor y la gracia de Dios se transmiten a la humanidad por medio de la Iglesia. Nos llegan a través del sacramento del Bautismo. Esto no es decir que no puedan venir de otra manera, porque Dios no Se encuentra limitado por Sus sacramentos; pero la puerta al amor y a la gracia siempre está abierta en Su Iglesia. Cuando pensamos en el Bautismo de los primeros días de la Iglesia debemos recordar que los que eran bautizados eran hombres y mujeres hechos y derechos que llegaban directamente del paganismo. Dejaban deliberadamente una forma de vida para asumir otra. Cuando Pablo escribe a la iglesia corintia dice: «Ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados» (1 Corintios 6: II). En la carta a los efesios les dice que Jesucristo tomó por Esposa a la Iglesia «para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la Palabra» (Efesios 5:26). En el Bautismo venía el poder purificador, recreador, de Dios.

En relación con esto Pablo usa dos palabras.

Habla del *nuevo nacimiento* (*palinguenesía*). Aquí tenemos una palabra que tenía muchas asociaciones. Cuando se recibía un prosélito en la comunidad judía, después de ser bautizado se le trataba como si fuera un bebé. Era como si acabara de nacer otra vez, y la vida empezara para él de nuevo. Los pitagóricos usaban esta palabra frecuentemente. Creían en la reencarnación, en que los hombres vuelven a la vida de muchas maneras hasta que son aptos para ser liberados. Cada retorno era un nuevo nacimiento. Los estoicos también usaban esta palabra. Creían que el mundo se destruía en una gran conflagración cada tres mil años para renacer después de nuevo, un mundo nuevo. Cuando se entraba en las religiones misteriosas se decía que se había < nacido de nuevo para la eternidad. » Lo importante es que cuando uno acepta a Cristo como Salvador y Señor, la verdadera vida empieza para él. Hay una calidad nueva en la vida que solo se puede expresar diciendo que se ha experimentado un nuevo y superior nacimiento.

Habla de *una renovación*. Es como si la vida estuviera desgastada; y, cuando una persona descubre a Cristo, tiene lugar un acto de renovación, que no se consuma en un momento de tiempo sino que se repite cada día.

CAUSA Y EFECTO

Tito 3:3-7 (conclusión)

(iv) El amor y la gracia de Dios se transmiten a la humanidad por medio de la Iglesia, porque en ella actúa todo el poder del Espíritu Santo. Toda la obra de la Iglesia, todas sus palabras, todos sus sacramentos serían inoperantes si no fuera por el poder del Espíritu Santo. Por muy excelentemente que esté organizada una iglesia, por muy espléndidas que sean sus ceremonias, por muy hermosos que sean sus edificios, todo sería ineficaz sin ese poder. La lección está clara. El avivamiento no viene a la Iglesia de una creciente eficacia en la organización, sino de esperar en Dios. No es que la eficacia no sea necesaria; pero no hay eficacia que pueda insuflar vida en un cuerpo del que se ha apartado el Espíritu.

(v) El efecto de todo esto es triple. Trae el perdón de los pecados pasados. En Su misericordia, Dios no nos los tiene en cuenta. Una vez había un hombre lamentándole lúgubrementemente sus pecados a Agustín. < ¡Pero, hombre -le dijo Agustín-, deja ya de contemplar tus pecados, y pon tu mirada en Dios! » No es que uno no deba estar arrepentido de sus pecados toda su vida, sino que su mismo recuerdo debería moverle a maravillarse de la misericordia perdonadora de Dios.

(vi) El efecto es también la vida presente. El Cristianismo no limita su oferta a las bendiciones del mundo venidero; ofrece a cada cual aquí y ahora una vida de una calidad que no había conocido antes. Cuando Cristo entra en la vida, empieza a vivir de veras por primera vez.

(vi₁) Por último, está la esperanza de cosas aún mayores. Los cristianos son personas para las que lo mejor está todavía por venir; saben que, por muy maravillosa que sea la vida presente con Cristo, la vida venidera lo será incalculablemente más. Los cristianos conocen la maravilla de que sus pecados hayan sido perdonados, la emoción de la vida presente con Cristo, y la esperanza de una vida más plena por venir.

LA NECESIDAD DE LA ACCIÓN Y EL PELIGRO DE LA DISCUSIÓN

Tito 3:8-11

Este es un hecho que estamos abocados a creer y quiero que sigas afirmando estas cosas-: que los que han puesto su fe en Dios deben pensar y planificar cómo practicar las buenas obras. Estas son cosas hermosas y útiles a las personas. Pero no tengas nada que ver con las especulaciones estúpidas y las genealogías y las peleas contenciosas y legalistas, porque no le hacen bien a nadie ni sirven para nada práctico. Evita al contencioso y testarudo después de advertírselo una o dos veces; porque debes darte buena cuenta de que se trata de una persona pervertida que no es más que un pecador autocondenado.

Este pasaje hace hincapié en la necesidad de cultivar la acción cristiana, y advierte del peligro de cierta clase de discusión.

La palabra que hemos traducido por *practicar* las buenas obras es *proístasthai*, que quiere decir literalmente *estar de pie delante*, y era la palabra que se usaba para un tendero que se ponía delante de su tienda voceando sus productos. La frase puede querer decir una de dos cosas. Podría ser una orden a los cristianos para que no se dedicaran más que a oficios respetables y útiles. Había ciertas profesiones que la Iglesia Primitiva insistía en que se debían abandonar aun antes de solicitar el ingreso en la iglesia. Pero es más probable que la frase tenga el sentido más amplio de que un cristiano debe practicar buenas obras que sean útiles a otros.

La segunda parte del pasaje advierte contra las discusiones inútiles. Los filósofos griegos pasaban el tiempo discutiendo problemas imaginarios; y los rabinos judíos, construyendo genealogías imaginarias de los personajes del Antiguo Testamento. Los escribas judíos pasaban las horas muertas discutiendo lo que se podía y lo que no se podía hacer en sábado, y lo que era y lo que no era inmundo. Se ha dicho que existe el peligro de que uno se considere religioso porque discute cuestiones religiosas. Es mucho más fácil discutir cuestiones teológicas que ser amable y considerado y ayudar en casa, o eficiente y diligente y honrado en el trabajo. No tiene ningún mérito sentarse a discutir profundas cuestiones teológicas cuando están sin hacer las tareas sencillas de la vida cristiana. Tales discusiones pueden que no sean más que disculpas para no cumplir los deberes cristianos.

Pablo estaba seguro de que la verdadera misión del cristiano estaba en la acción cristiana. Eso no es decir que no cabe la discusión cristiana; pero la discusión que no conduce a la acción es casi siempre tiempo perdido.

Pablo aconseja evitar al contencioso y testarudo. La antigua versión Reina-Valera le llamaba *hombre hereje*. En griego es *hairetikós*. El verbo *hairein* quiere decir *escoger*; y *hairesis* quiere decir partido, escuela o secta. En un principio la palabra no tenía un sentido negativo; este aparece cuando uno erige su propia opinión contra la enseñanza, el consenso y la tradición de la Iglesia. Un hereje es sencillamente un hombre que ha decidido que tiene razón y los demás no. La advertencia de

Pablo es contra el que ha convertido sus ideas en la piedra de toque de toda la verdad. Una persona debe siempre tener cuidado con cualquier opinión que la separe de la comunión con sus hermanos en la fe. La verdadera fe no separa a las personas, sino las une.

SALUDOS FINALES

Tito 3:12-15

Cuando te mande a Artemas o a Tíquico, date prisa para reunirme en Nicópolis, que es donde he decidido pasar el invierno.

Haz todo lo posible para ayudar al abogado Zenas y a Apolos en su camino. Comprueba que no carecen de nada.

En cuanto a los nuestros, que aprendan también a cultivar las buenas obras, para que puedan suplir todas las necesidades y no vivan vidas improductivas.

Todos los que están conrriigo te mandan recuerdos. Saluda a todos los que nos aman en la fe.

La gracia sea con todos vosotros. Amén.

Como era su costumbre, Pablo termina esta carta con recuerdos y saludos de y para los hermanos. De Artemas no sabemos nada. Tíquico fue uno de los mensajeros de Pablo en los que más confiaba. Fue el portador de las cartas a las iglesias de Colosas y Éfeso (*Colosenses 4: 7; Efesios 6:21*). Nicópolis estaba en el Epiro, y era el mejor centro para el trabajo en la provincia romana de Dalmacia. Es interesante recordar que fue allí donde el gran filósofo estoico Epicteto tuvo su escuela años más tarde.

Apolos era un maestro muy conocido (*Hechos 18:24*). De Zenas tampoco sabemos nada. Aquí se le llama *nomikós*, que puede querer decir dos cosas. Es la palabra corriente para un *escriba*, y es posible que Zenas fuera un rabino judío convertido. También es la palabra para *abogado*; y, si es ese el sentido aquí, Zenas sería el único abogado que se menciona en todo el Nuevo Testamento.

El último consejo de Pablo es que los cristianos cultiven las buenas obras para llegar a ser independientes y estar en la posición de ayudar a otros más necesitados. El obrero cristiano trabaja, no solo para tener bastante para sí, sino también para poder dar a otros en necesidad.

A continuación viene el saludo final; y por último, como en todas sus cartas, la palabra final de Pablo es gracia.

INTRODUCCIÓN A LA CARTA A FILEMÓN

UNA CARTA DIFERENTE

En un sentido esta es una carta diferente de todas las demás de Pablo: es la única *carta privada* suya que poseemos. Es de suponer que Pablo escribiría muchas cartas privadas, pero *Filemón* es la única que ha sobrevivido. Aparte de la gracia y el encanto que rezuma, este hecho le confiere una significación especial.

ONÉSIMO, EL ESCLAVO FUGITIVO

Hay dos posibles construcciones de lo que sucedió. Una es sencilla y directa; la otra, conectada con el nombre de E. J. Goodspeed, es algo más complicada y dramática. Veamos primero la más sencilla.

Onésimo era un esclavo fugitivo, y probablemente un ladrón por añadidura. < Si te ha causado algún perjuicio -le dice Pablo a Timoteo-, o si te debe algo, ponlo en mi cuenta, que yo te lo pagaré» (versículos 18s). Como fuera, el esclavo fugitivo llegó a Roma, probablemente con la intención de pasar inadvertido entre los numerosos habitantes y visitantes de la gran ciudad; pero, como fuera, llegó a estar en contacto con Pablo, y se convirtió a Cristo -el hijo que Pablo tuvo cuando estaba en la cárcel (versículo 10).

Entonces sucedió algo fuera de serie. Estaba claro que Pablo no podía seguir escondiendo a un esclavo fugitivo, y además sucedió algo que complicó el problema. Tal vez fuera la llegada de Epafras. Puede que Epafras reconociera a Onésimo porque le hubiera conocido antes en Colosas, y que entonces se descubriera toda la historia; o puede que, con la llegada de Epafras, a Onésimo le movió su conciencia a dar la cara a su vergonzoso pasado.

PABLO MANDA DE VUELTA A ONÉSIMO

Durante el tiempo que estuvieron juntos, Onésimo llegó a hacerse tan indispensable a Pablo, que habría querido seguir contando con su presencia. «Me habría gustado seguir teniéndole conmigo,» escribe (versículo 13), pero no quiso hacer nada sin el consentimiento de Filemón, el amo de Onésimo (versículo 14); así es que se le devolvió. Nadie sabía mejor que Pablo el riesgo que corría. Un esclavo no era una persona, sino una herramienta viva. Un amo tenía poder absoluto sobre sus esclavos. «Podía apalearlos, o condenarlos a trabajos durísimos -por ejemplo, haciéndolos trabajar encadenados en sus tierras, o en una especie de prisión de trabajos forzados. O podía azotarlos con varas, palos o látigos; podía marcarlos con hierro candente en la frente si eran ladrones o fugitivos, o hasta, si consideraba que no tenían remedio, crucificarlos.» Plinio cuenta cómo trató Vedio Polio a un esclavo que llevaba una bandeja de copas de cristal, y se le cayó y rompió una. Polio mandó que le arrojaran inmediatamente a una piscina que había en el jardín llena de voraces lampreas, que le destrozaron. Juvenal hace el retrato literario de una señora que se complacía en apalea a sus esclavas por puro capricho, y de un amo que «se deleitaba con el sonido del látigo y los lamentos del azotado

más que con el canto de las sirenas,» y que nunca estaba tan contento «como cuando llamaba al verdugo para que marcara a alguien con el hierro candente por robar un par de toallas,» «que se alucinaba con el tintineo de las cadenas.» El esclavo estaba constantemente a merced de su amo o ama.

. Lo que todavía empeoraba más la situación era que los esclavos eran oprimidos por la ley. Había en el Imperio Romano 60,000,000 de esclavos, y siempre existía el peligro de que se revelaran. Sus levantamientos se eliminaban pronto. Y si un esclavo huía, lo mejor que le podía pasar era que le marcaran con hierro candente en la frente con una F -que representaba la palabra fugitivus ; y lo peor que le podía suceder era que le crucificaran. Pablo sabía muy bien todo esto, y que la esclavitud era parte tan integrante del mundo antiguo que hasta devolverle a Onésimo a su amo cristiano Filemón era correr un serio riesgo.

LA APELACIÓN DE PABLO

Así es que Pablo le dio a Onésimo esta carta. Hace en ella un juego de palabras con el nombre de Onésimo: Onésimos quiere decir literalmente en griego *provechoso o útil*. Onésimo había sido un inútil en el pasado, pero ahora era útil (versículo 11). Ahora podría decirse que no es Onésimo sólo de nombre, sino también de carácter. Puede que Filemón le perdiera por un tiempo para recuperarle para siempre (versículo 15). Debe recibirle, no como esclavo, sino como hermano en Cristo (versículo 16). Ahora es hijo de Pablo por la fe, y Filemón debe recibirle como recibiría al mismo Pablo.

EMANCIPACIÓN

Así es que esta es la apelación de Pablo. Muchas personas se han sorprendido de que Pablo no dijera nada en esta carta en contra de la esclavitud. No la condena; ni siquiera le dice a Filemón que le dé la libertad a Onésimo; quiere que le reciba como a un esclavo. Hay algunos que han criticado a Pablo por no aprovechar la oportunidad para condenar la esclavitud sobre la que estaba construido el mundo antiguo. Lightfoot dice:

< Parece que tiene la palabra *emancipación* en la punta de la lengua, pero no llega a pronunciarla. » Había razones para guardar silencio.

La esclavitud era una parte integral del mundo antiguo; toda la sociedad estaba construida sobre ella. Aristóteles mantenía que era natural el que ciertos hombres fueran esclavos, leñadores y aguadores, para servir a las clases superiores de la sociedad. Bien puede ser que Pablo aceptara la institución de la esclavitud, porque entonces no se podía imaginar una sociedad sin ella. Además, si el Cristianismo hubiera animado a los esclavos a revelarse o a abandonar a sus amos, la única consecuencia previsible habría sido la tragedia. Cualquier revolución sería aplastada salvajemente; cualquier esclavo que se buscara la libertad sería castigado sin misericordia; y el Cristianismo habría sentado cátedra de revolucionario y subversivo. Dada la fe cristiana, era inevitable que llegara la emancipación -pero el tiempo no estaba maduro; y el haber animado a los esclavos a esperarla, o a asirla, habría producido más mal que bien. Hay ciertas cosas que no se pueden obtener de pronto, que el mundo tendrá que esperar, dándole tiempo a la levadura para hacer su obra en la masa.

LA NUEVA RELACIÓN

Lo que hizo el Cristianismo fue introducir una nueva relación entre hombre y hombre en la que se abolen todas las diferencias externas. Los cristianos somos un cuerpo, judíos o gentiles, siervos o libres (1 *Corintios* 12:13). En Cristo no hay judíos ni griegos, ni esclavos ni libres, varones o mujeres (*Gálatas* 3:28). En Cristo no hay griegos ni judíos, circuncisión ni incircuncisión, bárbaros ni escitas, esclavos ni libres (*Colosenses* 3:11). Fue como esclavo como se escapó Onésimo, y como esclavo como volvió; pero ya no era sólo un esclavo, sino además un amado hermano en el Señor. Cuando entra en la vida una relación así, los grados y las castas dejan

de importar. Los mismos nombres como esclavos y amos se convierten en irrelevantes. Si el amo trata al esclavo como Cristo le habría tratado; si el esclavo sirve al amo como serviría a Cristo, entonces no importa llamar al uno *amo* y al otro *esclavo*, porque su relación no depende de ninguna clasificación humana, sino de que ambos están en Cristo.

El Cristianismo no atacó la esclavitud en sus primeros tiempos; el haberlo hecho habría sido desastroso. Hizo más que eso: introdujo una nueva relación en la que los grados humanos dejaron de importar. Se ha de notar que esta nueva relación no le dio nunca al esclavo la oportunidad de aprovecharse: le convertía en un esclavo mejor y más eficaz, porque ahora debía hacer las cosas de tal manera que se las pudiera ofrecer a Cristo. Ni tampoco quería decir que el amo tuviera que ser suave y tolerante y complaciente, dispuesto a aceptar un trabajo mal hecho y de calidad inferior; sino quería decir que ya no trataría al esclavo como una cosa, sino como una persona y como hermano en Cristo.

Hay dos pasajes en los que Pablo establece los deberes de esclavos y amos *Efesios* 6: 8-9 y *Colosenses* 3:22 - 4:1. Pablo los escribió cuando estaba preso en Roma, y es muy probable que fuera cuando Onésimo estaba con él, y que reflejen mucho de las largas conversaciones que Pablo tuvo con el esclavo fugitivo que se había convertido a Cristo.

Según este parecer, *Filemón* es una carta privada, enviada por Pablo a Filemón cuando le devolvió a su esclavo fugitivo; y la escribió para exhortar a Filemón a recibir a Onésimo, no como recibiría un amo pagano a un esclavo fugitivo, sino como un cristiano recibe a otro.

ARQUIPO

Pasemos ahora a considerar la otra teoría sobre esta carta. Podemos empezar considerando el lugar de Arquipo. Se le menciona en *Colosenses* y en *Filemón*. En *Filemón* se mandan saludos a Arquipo, *nuestro compañero de milicia* (versículo 2); y ese título hace suponer que Arquipo era el pastor de la comunidad cristiana en cuestión. También se le menciona en *Colosenses 4:17*: < Decidle a Arquipo: "Mira que cumplas el ministerio que has recibido del Señor".> Ahora bien, esa advertencia viene después de una serie completa de referencias muy definidas, no a Colosas, sino a *Laodicea* (*Colosenses 4:13,1 Ss*). ¿Podría ser que el hecho de que aparezca entre pasajes relativos a Laodicea implicara que Arquipo fuera también de Laodicea? ¿Por qué había de recibir él este mensaje personal? Si estaba en Colosas, oiría la carta cuando se leyera cuando todos los demás de allí. ¿Por qué había de enviársele esta advertencia personal? Sin duda es posible que la respuesta sea que no estaba en Colosas sino en Laodicea.

En ese caso, esto quiere decir que la casa de Filemón estaba en Laodicea, y que Onésimo era un esclavo fugitivo laodicense. Esto debe de querer decir que la carta a Filemón iba dirigida de hecho a Laodicea; y en ese caso, la carta perdida a Laodicea que se menciona en *Colosenses 4:16* no sería otra que la *Carta a Filemón*. Esto resolvería varios problemas.

Recordemos que en la sociedad antigua, con su opinión propia de la esclavitud, Pablo asumía un riesgo considerable al devolverle a Onésimo a su amo. Así que se puede opinar que *Filemón* no es realmente sólo una carta personal. Es verdad que va dirigida a Filemón y ala *iglesia que está en su casa*. Y además tenía que leerse en Colosas. ¿Qué estaba haciendo Pablo? Sabiendo el riesgo que asumía al hacer volver a Onésimo, estaba movilizándolo a su favor la opinión de la Iglesia tanto en Laodicea como en Colosas. La decisión acerca de Onésimo no se le podía dejar exclusivamente a Filemón; había de ser la decisión de toda la comunidad cristiana. Resulta

que hay un pequeño, pero importante detalle lingüístico que apoya esta teoría. En el versículo 12 la versión Reina-Valera hace escribir a Pablo que *ha enviado de nuevo* a Onésimo a Filemón. El verbo griego es *anapempein*; este es el verbo que se usa regularmente con el sentido de referir un caso a alguien

oficialmente para una decisión. Y el versículo 12 debería traducirse muy probablemente: < Elevo este caso a vuestra consideración para que lleguéis a una decisión,> es decir, no solamente a Filemón, sino también a la iglesia que se reunía en su casa.

Hay mucho que decir a favor de esta teoría. Sólo tiene una dificultad. En *Colosenses 4:9* se cita a Onésimo como *uno de vosotros*, lo que parece indicar que era colosense. Pero E. J. Goodspeed, que presenta esta teoría con tal erudición y persuasión, arguye que Colosas, Hierápolis y Laodicea estaban tan próximas, y formaban hasta tal punto una misma iglesia, que se las podía considerar una comunidad; y que, por tanto, *uno de vosotros* no tenía que querer decir necesariamente que Onésimo fuera de Colosas, sino simplemente que venía de aquel grupo íntimamente relacionado. Si estamos dispuestos a aceptar esto, se le elimina el último obstáculo a esta teoría.

LA CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA

Goodspeed no se detiene aquí, sino sigue reconstruyendo la historia del Onésimo que fuera una vez esclavo fugitivo de una manera sumamente conmovedora.

En los versículos 13 y 14 Pablo deja muy claro que le habría gustado mucho seguir teniendo a Onésimo consigo. < Yo habría estado encantado de quedármelo, para que él me pudiera servir como vuestro representante durante mi encarcelamiento por el Evangelio; pero he preferido no hacer nada sin tu consentimiento para que tu amabilidad no fuera por compromiso, sino por tu propia libre voluntad.> Le recuerda a Filemón que le debe su misma alma (versículo 19). Dice, con una gracia encantadora: < ¡Déjame que me aproveche yo ahora de ti un poco!> (versículo 20). Dice: < Confiando en tu obediencia te escribo, sabiendo que harás más de lo que yo te diga> (versículo 21). ¿Se puede suponer que Filemón rechazara tal solicitud? A la vista de un lenguaje así, ¿podría él hacer otra cosa que devolverle a Onésimo otra vez a Pablo con su bendición? Goodspeed da por seguro que Onésimo volvió con Pablo y que llegó a ser su ayudante en la obra del Evangelio.

EL OBISPO DE ÉFESO

Avancemos cosa de cincuenta años. Ignacio de Antioquía, uno de los grandes mártires cristianos, es conducido a Roma para ser ejecutado. En su viaje escribe cartas -que se han conservado- a las iglesias de Asia Menor. Se detiene en Esmirna, desde donde escribe a la iglesia de Éfeso, y en el primer capítulo de esa carta tiene mucho que decir acerca del maravilloso obispo de Éfeso. ¿Y cómo se llamaba aquel obispo? Onésimo; e Ignacio hace exactamente el mismo juego de palabras que había hecho Pablo -es Onésimo, no sólo de nombre, sino también de naturaleza, hombre provechoso para Cristo. Bien puede ser que el esclavo fugitivo llegara a ser con el paso de los años el gran obispo de Éfeso.

LO QUE CRISTO HIZO POR MÍ

En este caso, hay otra incógnita más que se nos resuelve. ¿Cómo fue que sobrevivió esta carta breve, escrita en una sola hoja de papiro, y por qué llegó a incluirse en la colección de las cartas de Pablo? No trata de ninguna gran doctrina, ni ataca ninguna gran herejía; es la única carta personal entre las cartas indiscutibles de Pablo. Es prácticamente seguro que la primera colección de las cartas de Pablo se hizo en Éfeso, hacia- finales del siglo I o principios del siglo II. Era precisamente entonces cuando Onésimo era el obispo de Éfeso, y bien puede ser que fuera él el que insistiera en que esta carta se incluyera en la colección, aunque era breve y personal, para que todos pudieran saber lo que la gracia de Dios había hecho por él. Por

medio de esta carta el gran obispo quiso que todo el mundo conociera que él había sido una vez un esclavo fugitivo, y que le debía su vida a Jesucristo por medio de Pablo.

¿Volvió Onésimo a Pablo con la bendición de Filemón? ¿Llegó a ser el gran obispo de Éfeso el que había sido un esclavo fugitivo? ¿Insistió él en que esta cartita se incluyera en la colección paulina para dar testimonio de lo que Cristo, por medio de Pablo, había hecho por él? Probablemente nunca lo sabremos con absoluta seguridad, pero es una historia preciosa de la gracia de Dios en Cristo -¡y quisiéramos que hubiera sido verdad!

FILEMÓN

UN HOMBRE AL QUE ERA FÁCIL APELAR

Filemón 1-7

Esta es una carta de Pablo, preso de Jesucristo, y del hermano Timoteo, a nuestro muy querido Filemón nuestro colaborador, juntamente con la hermana Apia, y Arquipo nuestro compañero de milicia, y la iglesia que está en tu casa: ¡Que la gracia y la paz de nuestro Padre Dios y del Señor Jesucristo sean con vosotros!

Siempre Le doy gracias a Dios cuando te menciono en mis oraciones porque oigo del amor y de la fe que tienes en el Señor Jesús y para con todos los que están consagrados a Dios. Le pido que las obras amables de beneficencia a las que te mueve la fe sean poderosamente efectivas para aumentar tu conocimiento de todo lo bueno que hay en nosotros y que cada vez nos acerca más a Jesucristo. Me has hecho sentir mucho gozo y ánimo; porque, hermano mío, has alentado los corazones del pueblo de Dios.

Esta carta a Filemón es extraordinaria, porque vemos en ella a Pablo pidiendo un favor. No ha habido nadie que pidiera menos favores que Pablo; pero en esta carta está pidiendo uno, no para sí, sino para Onésimo, que se había descarriado y a quien Pablo estaba ayudando a volver al camino. El principio de esta carta también es sorprendente. Pablo se solía identificar como *apóstol*; pero en esta ocasión está escribiendo como un

amigo a otro, y omite el título oficial. No escribe como *el apóstol* Pablo, sino como Pablo *el anciano y preso de Cristo*. Desde el principio de esta carta Pablo aparca toda referencia a su autoridad y hace su petición apelando exclusivamente a la simpatía y al amor.

No sabemos quiénes eran Apia y Arquipo, pero se ha sugerido que Apia sería la mujer y Arquipo el hijo de Filemón, porque ellos también tendrían mucho interés en la vuelta de Onésimo, su esclavo fugitivo. No cabe duda que Arquipo había estado en la obra de Cristo con Pablo, porque este le llama su compañero de campaña.

Está claro que Filemón era un hombre al que era fácil pedirle un favor. Todos los creyentes conocían su fe en Jesucristo y su amor a los hermanos, cuya noticia había llegado hasta la misma Roma, donde Pablo estaba preso. Su casa debe de haber sido como un oasis en el desierto, porque Pablo dice que allí recibían aliento los corazones del pueblo de Dios. Es precioso pasar a la Historia como hombre en cuya casa podía descansar y cobrar aliento el pueblo de Dios.

En este pasaje hay un versículo que es muy difícil de traducir, y acerca del cual se ha escrito mucho. Es el versículo 6, que la versión Reina-Valera traduce: < Pido para que la participación de tu fe sea eficaz en el conocimiento de todo el bien que está en

vosotros por Cristo Jesús.» La frase *la participación de tu fe* es muy difícil. En griego es *koinónia písteós*. Por lo que podemos ver hay tres interpretaciones posibles. (a) *Koinónáa* puede querer decir *compartir*; por ejemplo, puede referirse a compartir un negocio. En ese caso puede que quiera decir *tu participación en la fe cristiana*; y *podría* ser una oración para que la fe que comparten Filemón y Pablo conduzca a Filemón a cada vez mayores profundidades de la fe cristiana. (b) *Koinónia* puede querer decir *comunión*; y esto puede ser una oración para que *la comunión cristiana* conduzca a Filemón cada vez más hondo en la verdad. (c) *Koinónia* puede querer decir *el acto de compartir*; en ese caso el versículo querría decir: «Es mi oración que tu manera de compartir

generosamente todo lo que posees te conduzca cada vez a mayores profundidades del conocimiento de las cosas buenas que conducen a Cristo.»

Creemos que el tercer sentido es el correcto. Es obvio que la generosidad cristiana era una cualidad de Filemón; tenía amor al pueblo de Dios, y en su casa descansaban y recuperaban fuerzas los hermanos. Y ahora Pablo le va a pedir a este hombre tan generoso que sea aún más generoso. Aquí hay una gran idea, si nuestra interpretación es correcta. Quiere decir que aprendemos más y más de Cristo ayudando a otros. Quiere decir que vaciándonos de nosotros mismos, nos llenamos de Cristo. Quiere decir que el tener las manos y el corazón abiertos es la manera más segura de aprender más y más de las riquezas de Cristo. El que conoce mejor a Cristo no es el investigador intelectual, ni siquiera el santo que pasa la vida en oración, sino el que se conduce en amorosa generosidad para con sus semejantes.

LA SÚPLICA DEL AMOR

Filemón 8-17

Yo podría atreverme a darte órdenes en Cristo en relación con tus deberes, pero por mor del amor prefiero hacerlo en forma de súplica, yo, Pablo, tal como soy, ahora ya un hombre de edad y además un preso de Cristo. Lo que te pido es para el hijo que me ha nacido estando yo preso -quiero decir Onésimo, que te fue inútil una vez, pero que ahora nos puede ser útil a ti y a mí. Te le estoy enviando de vuelta, lo que es para mí como enviarte un trozo de mi propio corazón. Yo habría querido seguir teniéndole a mi lado, para que me sirviera en tu lugar en el encarcelamiento que me ha venido por causa del Evangelio; pero no quise hacer nada sin tu consentimiento, para que no te sintieras obligado a hacerme el favor que te pido, sino me lo concedieras de buena gana. Puede que se apartara de ti por un tiempo para que le recuperaras para siempre; y no ya como esclavo, sino como un hermano querido, especialmente para mí, y aún más para ti, tanto como hombre como como cristiano. Si me tienes por colega, recíbele como me recibirías a mí.

Pablo, por ser Pablo, podía haberle exigido a Filemón lo que hubiera querido; pero prefiere pedirselo humildemente. Un regalo tiene que darse con libertad y de voluntad; si se da por obligación, ya no es un regalo.

En el versículo 9 Pablo se describe a sí mismo. La versión Reina-Valera -que seguimos aquí- traduce < Pablo, ya *anciano*, y ahora, además, prisionero de Jesucristo. » Buen número de expertos proponen sustituir por otra la palabra *anciano*. Se arguye que Pablo no podía realmente describirse como anciano. Seguramente todavía no tenía ni sesenta años. Se encontraba entre los cincuenta y cinco y los sesenta. Pero sobre esa base, los que objetan a la traducción *anciano* están equivocados. La palabra que se aplica Pablo es *presbytés*, y el gran escritor médico griego Hipócrates dice que un hombre es *presbytés* desde los cuarenta y nueve hasta los cincuenta y seis años de edad; y solo después llegaba a ser un *guerón*, la palabra griega para *viejo*.

Pero, ¿qué otra traducción se sugiere? Hay dos palabras que son muy semejantes; sólo se diferencian en una letra, y se pronunciaban exactamente igual. Son *presbytés*, *anciano*, y *presbeutés*, *embajador*. Es el verbo correspondiente a esta última el que usa Pablo en Efesios 6:20, cuando dice: «Yo soy un *embajador* en cadenas.» Si creemos que la palabra original sería *presbeutés*, Pablo está diciendo: «Soy un embajador, aunque soy un embajador en cadenas.» Pero es mucho más probable que debamos retener la traducción *anciano* porque Pablo está apelando en esta carta todo el tiempo, no a ningún puesto que ocupara o a ninguna autoridad que poseyera, sino

solamente al amor. No es un embajador el que está hablando, sino un hombre que ha llevado una vida dura, y ahora se encuentra solo y cansado.

Pablo hace su petición en el versículo 10, y es por Onésimo. Advertimos cómo difiere el pronunciar el nombre de Onésimo, casi como si quisiera evitarlo. No presenta ningunas disculpas por él; admite abiertamente que era un tipo inútil; pero hace la salvedad de que ahora es útil. El Cristianismo, como solía decir James Denney, es el poder que hace buenos a los malos.

Es significativo notar que Pablo pretende que en Cristo la persona inútil se hace útil. La última cosa que el Cristianismo está diseñado para producir es gente indiferente e ineficaz; produce personas que son útiles y que pueden hacer un trabajo mejor de lo que habrían podido hacerlo si no conocieran a Cristo. Se decía de Alfonso X el Sabio que < de mirar tanto al cielo se le cayó la corona. » El verdadero Cristianismo produce personas que asuran al Cielo para ser útiles en la Tierra.

Pablo llama a Onésimo el hijo que le ha nacido en la cárcel. Un dicho rabínico decía: < Si uno le enseña la Ley al hijo de su prójimo, la Escritura le considera lo mismo que si le hubiera engendrado. » El llevar a una persona a Jesucristo es por lo menos tan importante como el haberla traído a este mundo. ¡Felices los padres que le dan la vida de este mundo a sus hijos, y también los conducen a la vida eterna; porque entonces son los padres de sus hijos por partida doble!

Como ya hemos advertido en la introducción a esta carta, el versículo 12 tiene un doble sentido. Pablo escribe: < Estoy enviándote de vuelta. » Pero el verbo *anapémpein* no quiere decir solamente *enviar de vuelta*, sino también *eleva un caso a la autoridad competente*; y Pablo le está diciendo a Filemón: < Te remito este caso de Onésimo a ti, para que des sobre él el veredicto que esté de acuerdo con el amor que debes tener. » Onésimo debe haberle llegado a ser muy querido a Pablo en aquellos meses de prisión, porque le hace el elogio de decirle a Filemón que se le envía como si se tratara de un pedazo de su propio corazón.

Y entonces llega la súplica. Pablo habría querido quedarse con Onésimo, pero se le devuelve a Filemón para no hacer nada sin su consentimiento. Aquí volvemos a tener otro detalle significativo. El Cristianismo no pretende ayudar a una persona a escapar de su pasado y huir de él, sino permitirle a uno arrostrar su pasado y elevarse por encima de él. Onésimo se había fugado. Pues bien, entonces tenía que volver atrás, asumir las consecuencias de lo que había hecho y elevarse por encima de ellas. El Cristianismo no es nunca una evasión; es siempre una conquista.

Pero Onésimo vuelve atrás con una diferencia. Se escapó como esclavo pagano; vuelve como hermano en Cristo. Va a serle difícil a Filemón el ver en el esclavo fugitivo a un hermano; pero eso es precisamente lo que le pide Pablo: < Si estás de acuerdo en que tú y yo somos socios en la obra de Cristo, y en que Onésimo es mi hijo en la fe, debes recibirle como me recibirías a mí. »

Aquí encontramos otra cosa muy significativa. El cristiano siempre debe recibir a la persona que vuelve atrás después de cometer una equivocación. Demasiadas veces miramos con suspicacia a la persona que se ha descarriado, y le hacemos ver que no estamos dispuestos a otorgarle otra vez nuestra confianza. Creemos que Dios puede perdonarla, y que la perdona; pero a nosotros nos resulta demasiado difícil. Se ha dicho que lo más alentador de Jesucristo es que confía en nosotros en el mismo terreno en que hemos sido derrotados. Cuando una persona ha cometido una equivocación, la vuelta atrás le puede ser muy dura; y Dios no puede perdonar a la ligera a la persona que, pagada de su propia justicia o carente de simpatía, le hace todavía más difícil la rehabilitación al que vuelve arrepentido.

ÚLTIMA PETICIÓN Y BENDICIÓN FINAL

Filemón 18-25

Si Onésimo te ha perjudicado de alguna manera o te debe algo, ponlo en mi cuenta. Yo, Pablo, lo escribo de mi puño y letra, y yo lo pagaré. Por no decirte que eres tú el que te me debes a ti mismo. Sí, hermano mío, déjame aprovecharme de ti cristianamente. ¡Anímame el corazón cristianamente! Te escribo con absoluta confianza en tu buena disposición, porque sé muy bien que harás más de lo que te pido.

Al mismo tiempo, ve preparándome alojamiento; porque espero que por vuestras oraciones se os concederá el que vaya a visitaros.

Te saludan Epafras, mi compañero de cárcel por Jesucristo, lo mismo que mis colaboradores Marcos, Aristarco, Demas y Lucas.

¡La gracia del Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu! Amén.

Es una de las leyes de la vida que alguien tiene que pagar el precio del pecado. Dios puede perdonar, y perdona; pero ni siquiera Él puede librar a una persona de las consecuencias de lo que ha hecho. La gloria de la fe cristiana es que, exactamente de la misma manera que Jesucristo asumió los pecados de todos los hombres, así también hay algunos que, por amor, están dispuestos a ayudar a pagar las consecuencias de los pecados de aquellos que les son queridos. El Cristianismo no ha permitido nunca a nadie no pagar sus deudas.

Onésimo tiene que haberle robado a Filemón, además de escapársele. Si no se había apropiado de algún dinero de Filemón, es difícil comprender cómo consiguió hacer el largo viaje hasta Roma.

Pablo escribe de su puño y letra que se hace responsable de la deuda, y la pagará hasta la última peseta.

Es interesante notar que este es un ejemplo preciso de un *jeirógrafon*, la clase de recibo que se menciona en Colosenses 2:14. Se trata de un documento autógrafo contra Pablo, de una obligación voluntariamente aceptada y firmada.

Es interesante saber que Pablo podía pagar las deudas de Onésimo. Una y otra vez encontramos sugerencias que nos muestran que Pablo no estaba totalmente falto de recursos económicos. Félix le mantuvo prisionero porque tenía esperanzas de cobrar un rescate (Hechos 24:26); Pablo pudo alquilar una casa el tiempo que estuvo detenido en Roma (Hechos 28:30). Bien puede ser que, si no hubiera escogido la vida de misionero de Cristo, podría haber vivido cómoda y tranquilamente de sus propios recursos. Esta puede muy bien ser otra de las cosas a las que renunció por Cristo.

En los versículos 19-20 escuchamos hablar a Pablo con un destello de humor: «Filemón, tú me debes a mí el alma, porque fui yo el que te trajo a Cristo. ¿Me dejas que me aproveche de ti ahora un poco?» Con una sonrisa afectuosa, Pablo le está diciendo: «Filemón, tú me has sacado a mí un montón. ¡Déjame que saque yo algo de ti!» El versículo 21 es típico de la manera que tenía Pablo de tratar con la gente. Siempre seguía la regla de esperar lo mejor de los demás; no dudó realmente nunca de que Filemón accedería a su petición. Es una buena regla. El esperar lo mejor de otras personas esa menudo encontrarnos a mitad de camino de conseguirlo; y es también ayudar a los otros la mitad del camino a tomar su decisión. Si dejamos suponer que esperamos poco, eso será lo que consigamos, si acaso.

En el versículo 22 tenemos una muestra del optimismo de Pablo. Aun en la cárcel, cree posible que se le devuelva la libertad en respuesta a las oraciones de sus amigos. Ahora había cambiado de plan. Antes de que le metieran preso había tenido la intención de dirigirse a la lejana España (Romanos 15: 24,28). Puede que después de años en la cárcel, dos en Cesarea y otros dos en Roma, Pablo comprendiera que debía dejarles los lugares lejanos a los más jóvenes, y que para él,

al acercarse al final de su carrera, el mantener sus contactos con los viejos amigos era lo mejor.

En el versículo 23 hay una lista de personas que mandan recuerdos, que son los mismos camaradas que aparecen en Colosenses, y así se llega al final con la bendición encomendando a la gracia de Dios Filemón y a Onésimo al mismo tiempo.